

Es difícil huir del pasado cuando se tiene
una bala alojada tan cerca del corazón

STEVE HAMILTON

SANGRE BAJO CERO

NOVELA GANADORA DEL PREMIO EDGAR



ESPA
EBOOK

Alex McKnight lleva catorce años viviendo con el miedo en la sangre, en forma de bala a menos de un centímetro del corazón. Maximilian Rose, el psicópata que lo hirió y que mató a su compañero cuando estaban en la policía, acabó en prisión. McKnight, por su parte, vive tranquilo en un pequeño pueblo llamado Paradise... Hasta que el asesinato de un corredor de apuestas hace saltar las alarmas otra vez. Rose sigue en la cárcel, pero el crimen lleva su sello inconfundible. Y McKnight empieza a sentir su aliento en la nuca, en un pueblo que empieza a parecerse a cualquier cosa excepto a un paraíso.

Sangre bajo cero es el brillante debut de Steve Hamilton en el género negro. Su éxito forzó al autor a continuar la saga de novelas del detective Alex McKnight, que ya va por la décima entrega.



Steve Hamilton

Sangre bajo cero

Alex McKnight 01

ePub r1.0

Titivillus 29.11.15

Título original: *A Cold Day in Paradise*

Steve Hamilton, 1998

Traducción: Isabel Notario Matey

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en espaebok.com

A Julia y Nicholas

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias al condado de Chippewa, Michigan, por su hospitalidad y su paciencia con los sureños como yo. Para aquellos que nunca han estado allí, si alguna vez tienen que conducir desde Sault Ste. Marie a Paradise, no se preocupen por si se quedan atascados en la nieve. No quiero decir que les vaya a pasar, aunque si van entre noviembre y marzo es muy probable que les ocurra, pero también es cierto que con toda seguridad el primero que pase por allí les ayudará, porque en esa zona la gente es así. Así pues, si alguno de los personajes de este libro que viven en esa zona no muestra un comportamiento digno, piensen que es solo producto de mi imaginación desbordante.

Gracias también a mi equipo literario, Bill Keller, Frank Hayes, Vernece Seager, Douglas Smyth, Kevin McEneaney y Laura Fontaine. Si no hubiera sido por vosotros, todavía estaría prometiéndome a mí mismo que cualquier día empezaría a escribir otra vez. Gracias a Liz Staples y Taylor Brugman, por vuestro tiempo y conocimientos de la zona. A Chuck Sumner y Alfred Schwab, por vuestro ánimo. A Ruthe Furie, Bob Randisi y Jan Grape de Private Eye Writers de EE. UU. A las incomparables Ruth Cavin, Marika Rohn y a todos los trabajadores de la editorial St. Martin.

Debo dar las gracias a Cheryl Wheeler, del Departamento de Seguridad Privada e Investigación de la Policía Estatal de Michigan, por su ayuda técnica; a Larry Queipo, anterior jefe de Policía del pueblo de Kingston, Nueva York; y al Dr. Glenn Hamilton, del Departamento de Medicina de Urgencia de la Universidad Estatal de Wright.

Sobre todo, gracias a Julia, mi mujer y mi mejor amiga, y a Nickie: eres mi hijito perfecto, y siempre lo serás.

1

Tengo una bala en el pecho, alojada a menos de un centímetro del corazón. No quiero pensar mucho en ello, ahora forma parte de mí, pero, de vez en cuando, en determinadas noches, me acuerdo. Puedo sentir su peso, la dureza de su metal. Incluso aunque durante catorce años esa bala haya estado caliente en el interior de mi cuerpo, en noches como esta, cuando está muy oscuro y sopla el viento, noto que está tan fría como la noche.

Era una noche de Halloween, lo cual siempre me hace pensar en mi época como policía. No hay nada comparable con ser un policía en Detroit en una noche de Halloween. Los chicos llevan máscaras, pero en lugar de hacer trastadas si no les dan regalos, incendian casas. Al día siguiente puede haber cuarenta o cincuenta casas reducidas a esqueletos negros, todavía humeantes. Todos los policías están en la calle buscando chicos con latas de gasolina y dando aviso de los incendios, para evitar que se extiendan de forma incontrolada. Solo hay una cosa que es peor que ser un policía de Detroit en una noche de Halloween: ser bombero.

Bueno, aquello ocurrió hace mucho tiempo, hace catorce años que esa bala impactó en mí, y ocurrió a más de cuatrocientos kilómetros de aquí, concretamente al sur. Podría haber ocurrido en otro planeta, en otra vida.

Paradise (Michigan) es un pequeño pueblo situado en Upper Península, a la orilla del lago Upper, al otro lado de la bahía de Whitefish desde Sault Ste. Marie, o «el Soo», como lo llama la gente de allí. En Paradise, en una noche de Halloween, se pueden ver en los árboles fantasmas de papel agitados por el viento procedente del lago, o un coche lleno de chicos disfrazados que se dirigen a una fiesta, con brujas y piratas mirándote por la ventanilla de atrás, mientras esperas en un semáforo en rojo del centro de la ciudad. Puede que,

cuando entres, Jackie esté detrás de la barra con su careta de gorila. La broma consiste en que esperes a que se quite la máscara para gritar.

Aparte de esto, una noche de Halloween no es muy distinta de cualquier otra noche del mes de octubre en Paradise: pinos, nubes y el primer atisbo de nieve en el aire. Y el lago más grande, frío y profundo del mundo, esperando a convertirse en un monstruo en noviembre.

Dejé el camión en el aparcamiento del Glasgow Inn. Los asiduos estaban ya dentro: era una noche de póquer. Llegué con más de dos horas de retraso, por lo que estaba seguro de que habían empezado sin mí. Me había pasado toda la tarde en un aparcamiento de tráileres en Rosedale, intentando conseguir hablar con alguien. Un contratista de la zona había estado montando una caravana nueva, que volcó y aplastó las piernas a uno de los trabajadores. No llevaba en el hospital ni una hora, cuando el señor Lane Uttley ya estaba allí a su lado ofreciéndole la mejor asesoría legal que podía pagar un hombre cuyo cuerpo se ha reducido a la mitad. Me dijo por teléfono que probablemente se llegaría a un acuerdo sin ir a los tribunales, pero siempre está bien saber que hay un testigo en caso de que intenten llegar a juicio. Alguien que testifique que el tipo no estaba totalmente borracho y que no estaba alardeando al intentar mantener en equilibrio una caravana de cinco toneladas.

Empecé en el lugar del accidente. Era un espectáculo raro: la caravana todavía se tambaleaba, un extremo se desmoronó y cayó al suelo. Mientras el sol se iba poniendo por detrás de los árboles, fui pasando por las casas de los vecinos para preguntarles. No tuve demasiada suerte: unos cuantos me dieron con la puerta en las narices y un perro se quedó con un buen trozo de tela del pantalón. Había probado a ser investigador privado durante seis meses, pero no me iba demasiado bien.

Al final, encontré una mujer que dijo haber presenciado lo que pasó. Después de describir lo que había visto, me preguntó si le iba a dar algo de dinero por su descripción. Le dije que tendría que hablarlo con el señor Uttley y le dejé su tarjeta: «Lane Uttley, abogado, especializado en daños personales, indemnizaciones a trabajadores, accidentes de coche, accidentes laborales, negligencia médica, productos defectuosos, accidentes relacionados con el alcohol, defensa de delitos», con su dirección en el Soo y

su número de teléfono. Echó una mirada a las letras diminutas, esas que aparecen en una pequeña tarjeta de presentación.

—Lo primero que haga mañana por la mañana será llamarle —dijo.

No me apetecía volver conduciendo otra vez al despacho de Lane para darle mi informe, así que ella lo llamaría probablemente antes de que él supiera quién era. Eso le dejaría bastante confundido, pero hacía frío, era tarde, estaba deseando beber algo y era ya muy tarde para mi partida de póquer.

Se supone que el Glasgow Inn debería contar con un ambiente escocés. Así que en vez de sentarte en un taburete y quedarte mirándote la cara en el espejo de detrás de la barra, te sientas en una silla bien mullida delante de la chimenea. *Si Escocia es así cuando me jubile quiero irme allí. De momento, me conformo con el Glasgow Inn.* Para mí era como un segundo hogar.

Cuando entré, la gente ya estaba sentada y jugando, como me había imaginado. Jackie, el dueño del local, estaba sentado en su silla habitual con los pies cerca del fuego. Primero me saludó a mí con la cabeza y después a la gente que estaba en la barra. Leon Prudell estaba allí, de pie, con una mano en la barra y otra agarrando un vasito. Por su aspecto, no era el primero que se tomaba.

—Bueno, bueno —dijo—, pero si es el señor Alex McKnight.

Prudell era un hombre de grandes dimensiones, pero la mayor parte del peso la tenía acumulada en la cintura. Tenía el pelo de color rojo vivo y siempre sobresalía entre todos los demás. Con solo verlo, con la camisa de franela de cuadros escoceses y las botas de caza de cien dólares, se sabía que había vivido toda su vida en la Upper Península.

Los cinco hombres de la mesa de póquer dejaron de jugar, en mitad de la partida, para observarnos.

—Señor McKnight, detective privado —dijo él—. El señor Importancia en persona, ¿eh? —Con ese sonido gangoso del dialecto *yooper*, esa leve entonación en su voz que le hacía parecer casi canadiense.

Aparte de los jugadores sentados en la mesa, en el local podría haber una docena de hombres. El lugar enmudeció, mientras se volvían uno a uno para mirarnos, como si fuéramos un par de pistoleros preparados para disparar.

—¿Qué te trae hasta Paradise, Prudell? —pregunté.

Me miró durante un buen rato. Un tronco de los que estaban en el fuego hizo un ruido repentino, como un disparo. Se bebió lo que le quedaba en el vaso y lo dejó en la barra.

—¿Por qué no lo hablamos fuera? —dijo.

—Prudell —dije—, fuera hace frío y he tenido un día duro.

—Yo creo que tenemos que hablarlo fuera, McKnight.

—Déjame invitarte a algo, ¿vale? —dije—. ¿Puedo invitarte a algo y lo hablamos aquí?

—Sí, claro —dijo—. Me puedes invitar a una copa o a dos. Puedes pasar al otro lado de la barra y prepararlas tú mismo.

—¡Por Dios! Esto es demasiado, hoy no.

—Es lo mínimo que puedes hacer por un hombre al que le has quitado el trabajo.

—Venga, Prudell.

—Toma —dijo. Se metió una de sus enormes manazas en los bolsillos y sacó las llaves del coche—. Olvidaste coger esto también.

—Prudell...

No esperaba conseguir las llaves tan rápidamente y menos con tan mala intención. Me dio con ellas justo encima del ojo izquierdo antes de que pudiera retroceder.

Los cinco hombres se levantaron de la mesa a la vez.

—No hace falta, chicos —dije—. Sentaos.

Me agaché para recoger las llaves, y sentí que me corría un hilo de sangre por el rabillo del ojo.

—Prudell, no sabía que tenías un brazo tan fuerte. Podríamos haber sacado partido de él cuando jugaba a la pelota en Columbus.

Le devolví las llaves.

—Voy a tener que llevar una careta.

Me limpié la sangre con la palma de la mano.

—Fuera —dijo.

—Tú primero —dije.

Salimos al aparcamiento, y nos quedamos de pie uno frente al otro con una luz tenue; estábamos solos. Los pinos cimbrecaban a nuestro alrededor movidos por el viento. El aire estaba empapado de la humedad procedente del

lago. Intentó golpearme dos veces, pero no lo consiguió.

—Prudell, ¿no somos un poco mayorcitos para esto?

—Cállate y lucha —dijo.

Intentó pegarme con todo lo que tenía a su alcance. No sabía luchar, pero me podía hacer daño si no tenía cuidado. Y desgraciadamente, estaba más borracho de lo que creía.

—Prudell, ni siquiera te acercas —dije yo—. Igual tienes que limitarte a tirar las llaves.

Pensé: *Haz que enloquezca, no dejes que se calme y empieza a buscar su punto débil.*

—Tengo mujer y dos hijos.

Siguió lanzándome ganchos con la mano derecha.

—Ahora mi mujer no va a poder tener su coche nuevo. Y mis hijos no podrán ir a Disney World como les prometí.

Esquivé un rechazazo, luego otro, y otro. *A ver uno por la izquierda, pensé. Venga, un buen golpe de izquierda con la flojera que da la borrachera, Prudell.*

—Había un tipo que trabajaba para mí y me ayudaba cuando me asignaban un trabajo —dijo—. Juro por Dios, McKnight, que era su único medio de vida. Si ahora le ocurre algo, tú eres el responsable.

Intentó lanzarme dos rechazazos directos más, antes de que la idea de lanzarme un corto con la mano izquierda saliera con toda la rabia y el güisqui que había en su cabeza. Cuando lo consiguió, el golpe ya era tan lento y suave como un alud de barro. Me acerqué a él y le lancé un gancho justo a la mejilla, volviendo el puño ligeramente hacia abajo al final, como me había enseñado mi viejo entrenador de tercera base. Prudell cayó con todo su peso y se quedó en el suelo.

Me quedé allí mirándole, mientras me friccionaba el hombro derecho.

—Levántate, Prudell —le dije—. No te he dado tan fuerte.

Estaba a punto de empezar a preocuparme, cuando finalmente se levantó de la grava.

—McKnight, te cogeré —dijo él—. Te lo aseguro.

—Aquí estoy casi todos los sábados por la noche —le dije—. Claro que sí, casi todas las noches. Tú sabes dónde encontrarme.

—Cuenta con ello —le dije.

Estuvo tambaleándose por el aparcamiento durante un minuto hasta que recordó cómo era su coche. A lo lejos se oía el ruido de las olas al golpear las rocas.

Volví a entrar en el bar. Los hombres me miraron primero a mí y luego a la puerta. Sacaron sus conclusiones y siguieron con la partida de póquer. Eran los de siempre, el tipo de gente a la que ni siquiera tenías que saludar, incluso aunque no les hubieras visto en una semana. Simplemente te sentabas allí y mirabas tus cartas. Me coloqué una servilleta en el ojo para detener la hemorragia.

—Ese payaso debe de haber estado ahí dos horas esperándote —dijo Jackie—. ¿Qué quería?

—Cree que le he quitado el trabajo —dije—. Trabajaba para Uttley.

—¿El un investigador privado?

—Le gusta creérselo.

—Yo no le pagaría ni dos centavos por encontrarse su propio pene.

—¿Por qué pagarías a un hombre por encontrarse su propio pene? —preguntó alguien llamado Rudy.

—No lo haría —dijo Jackie—. Es solo un dicho.

—No es un dicho —dijo Rudy—. Si lo fuera, lo habría oído antes.

—Solo es una expresión —dijo Jackie—. Dile que es una expresión, Alex.

—Limítate a repartir las cartas —dije.

Jugué un poco al póquer y me tomé unas cervezas tranquilamente. Todas las semanas Jackie cruzaba el puente para traer cerveza de calidad desde Canadá, razón de más para acudir a este local. Por un momento, olvidé todo lo relativo a aparcamientos para tráileres y detectives privados retirados y cabreados. Me di cuenta de que ya eran demasiadas desgracias para una noche. Pensé que podía relajarme un poco e incluso volver a sentirme persona otra vez.

Pero la noche me reservaba otros planes, porque en ese momento iba a entrar Edwin Fulton en el local. Bueno, Edwin J. Fulton, el tercero, y su mujer, Sylvia. Tenían que elegir precisamente esa noche para aparecer por allí.

Evidentemente acababan de estar en alguna velada. A saber dónde puede haber una velada en Upper Península, pero para Edwin eso es pan comido. Iba de punta en blanco con su mejor traje gris, un abrigo gris marengo y una bufanda roja enrollada al cuello con pulcritud. Era evidente que el traje estaba hecho a medida para hacerle parecer más alto, pero no con mucho éxito, ya que seguía midiendo quince centímetros menos que su mujer.

Sylvia llevaba un abrigo de piel hasta los pies, yo diría que de zorro, para cuya confección debían de haber utilizado unos veinte animales. Tenía el pelo negro, recogido, y cuando se quitó el abrigo, todos pudimos ver un modelito negro que dejaba al descubierto sus piernas y hombros perfectos. ¡Maldita sea! Esa mujer tenía hombros. Incluso en una noche fría como aquella tenía que ir con algo así. Sabía que todos los hombres que había allí la estaban mirando, pero yo tenía la morbosa sensación de que si yo no hubiese estado allí, ella no se habría quitado el abrigo. Me lanzó una mirada rápida que me dolió más que el golpe de las llaves de Prudell.

Edwin me hizo un leve gesto, mientras pedía unas bebidas rápidas. Tenía esa mirada, esa cara de póquer que siempre mostraba cuando estaba con su mujer en público.

—Decidme algo —dijo Jackie a todos en general—. ¿Cómo puede acabar una mujer como esta con un imbécil como Edwin Fulton?

—Yo creo que tiene algo que ver con tener mucho dinero —dijo Rudy.

—O sea, que si yo tuviera un millón de dólares, en vez de estar con él, ¿estaría sentada en mi regazo?

—No lo sé —dijo Rudy—. Para un tío tan feo como tú probablemente harían falta cinco millones.

No se quedaron mucho rato; después de tomarse algo se marcharon, simplemente una parada rápida para deslumbrar al personal y después a seguir su camino. Mientras Edwin la ayudaba a ponerse el abrigo me echó una mirada más. Parecía que había conseguido lo que quería.

Seguí pensando en ella durante un rato mientras jugaba al póquer. No me ayudaba a concentrarme en el juego y tampoco ayudaba a mi estado anímico. Fuera comenzaba a soplar el viento; se podía oír como golpeaba las ventanas.

—Los vientos de noviembre llegan pronto —dijo Jackie.

—Son ya más de las doce —dijo Rudy—. Es uno de noviembre, llegan

justo a tiempo.

—Reconozco mi error.

Aproximadamente una hora después volvió Edwin, esta vez solo. Se quedó un rato en la barra, esta vez con una expresión de abatimiento que esperaba que yo notara. Menos mal que no intentó venir a nuestra mesa; de hecho, había jugado con nosotros una vez y perdió su dinero tan rápido como un hombre puede perderlo jugando al póquer con apuestas bajas. Pero quedarse con el dinero de alguien que no le da ningún valor no tiene gracia. Por esa razón, y por seguir protestando como si de repente fuera un niño, nunca más se le invitó a jugar.

La mayor parte de las noches me acercaba a él y le preguntaba cómo estaba. No sé si me daba pena o si me sentía culpable por lo que sentía por Sylvia, o igual me caía simpático. Puede que lo considerara amigo mío, a pesar de todas las razones evidentes que había para que no lo hiciera. Pero, por alguna razón, esa noche no me apetecía. Lo dejé allí de pie, cerca de la barra, hasta que se dio por vencido y se marchó.

Me sentí mal en cuanto oí el golpe de la puerta.

—Una noche de estas lo llamaré —dije.

Esperaba alcanzarle en el aparcamiento, pero cuando salí, ya se había ido.

De vuelta a casa, hay un tramo en la carretera principal, en el que los árboles se abren y permiten ver una magnífica perspectiva del lago. Las nubes no dejaban pasar demasiada luz de luna, pero era suficiente para ver que las olas eran cada vez más grandes, quizá entre un metro y un metro y medio. Sentía que el viento movía el camión mientras conducía. En algún lugar, a más de trescientos metros bajo las olas, había veintiún hombres durmiendo todavía, desde hacía veinte años, cuando se hundió el *Edmund Fitzgerald*. Apuesto a que aquella noche era como la de hoy.

El viento siguió soplando hasta que llegué a casa, e incluso cuando estaba en la cabina notaba que entraba por las rendijas. Apagué todas las luces y me enrollé en el edredón más grueso que tenía. En la oscuridad absoluta podía oír como me susurraba la noche.

Me dormí, no sé por cuánto tiempo. Oí un ruido: era el teléfono.

Sonó unas cuantas veces antes de que pudiera cogerlo. Cuando lo hice, una voz me dijo:

—Alex.

—¿Hola?

—Alex, soy Edwin.

—¿Edwin? Pero ¿qué hora es?

—No sé —dije—. Creo que son las dos de la mañana.

—Las dos de la..., por Dios, Edwin, ¿qué pasa?

—Pues tengo un pequeño problema, Alex.

—¿Qué tipo de problema?

—Alex, sé que es muy tarde, pero ¿existe alguna posibilidad de que vengas aquí?

—¿Adónde? ¿A tu casa?

—No, estoy en el Soo.

—¿Qué? Pero hace solo dos horas te he visto en el bar.

—Sí, lo sé, venía de camino hacia aquí.

—Edwin, ¿qué demonios ocurre?

Me quedé temblando durante un rato, escuchando al mismo tiempo el viento soplando fuera y un zumbido en la línea telefónica.

—Alex, por favor —dijo finalmente.

Su voz comenzó a quebrarse.

—Por favor, ven aquí. Creo que está muerto.

—¿Quién está muerto? ¿De qué hablas?

—De verdad, creo que está muerto, Alex, pero la sangre...

—Edwin, ¿dónde estás?

—La sangre, Alex. —Casi no podía oírle—. Nunca he visto tanta sangre.

2

Estaba de pie, en la habitación de un motel barato, dentro de los límites de la ciudad de Soo a las dos y media de la madrugada, observando a un hombre que había muerto esa noche, un hombre que al parecer había perdido toda la sangre que circulaba por su cuerpo.

Había sangre por todas partes; era de un rojo fuerte que contrastaba con el suelo blanco del baño, y donde había empapado la alfombra tenía un color más oscuro, casi negro. Estaba en las paredes, en rayas grandes lo bastante amplias como para gotear hasta llegar al suelo, y también estaba por encima de su cuerpo. Parecía que lo habían bañado en ella, como si fuera un huevo de Pascua.

Al ver la sangre, el miedo se apoderó de mí otra vez. Lo sé todo sobre el miedo, de dónde viene, por qué lo siente un hombre. Pero saberlo no hace que sea más fácil evitarlo. Podía sentir que surgía dentro de mí, desde la base del estómago hasta un punto situado justo detrás de los ojos. No podía detenerlo.

—¡Ay, Dios mío! —dije susurrando—. ¡Ay, Dios mío!

Era un hombre grande. No sabía si lo había visto antes; mi mente no me daba para eso. Su garganta estaba abierta de oreja a oreja; también lo habían disparado en la cara. No podría decir qué era lo primero que le habían hecho, dispararle o cortarle el cuello. Más adelante, supuse que probablemente lo habían disparado en primer lugar, y después le habían cortado el cuello mientras caía al suelo, pero en ese momento no pensaba en nada más que la sangre y lo que me estaba provocando.

La puerta del baño estaba abierta. Estaba retorcido en el suelo, con la cara mirando hacia arriba, en calzoncillos y camiseta interior, sin zapatos, los ojos

algo abiertos. Había perdido parte de la cara bajo uno de los ojos. Todas las luces de la habitación estaban dadas. La televisión, encendida cerca de la cama. Estaban poniendo alguna película antigua en blanco y negro; el sonido, apagado. Las dos camas estaban sin deshacer; las sábanas estaban en un montón en el suelo. La sangre llegaba justo hasta las sábanas. Un extremo estaba ya teñido de rojo.

No sé cuánto tiempo estuve allí de pie; no podía moverme. Al final, miré hacia arriba y me vi reflejado en el espejo. *No toques nada, sal de la habitación, no toques nada, sal, sal, sal, sal ahora.*

Salí fuera y cerré la puerta. Creí que iba a vomitar cuando una ráfaga del aire frío de noviembre procedente del lago se me clavó en el rostro. Edwin estaba de pie bajo una luz fluorescente barata, temblando. Bajo la luz tenue, parecía vulnerable y fuera de lugar.

Todavía estaba engalanado, como lo había visto en el bar. No pude evitar darme cuenta de que su bufanda era una sombra perfecta de rojo sangre.

—¿Está muerto?

—¿Qué? —dije.

—¿Está muerto?

—¿Está muerto? ¿Me acabas de preguntar si está muerto?

Edwin se ciñó el abrigo al cuerpo.

—¡Ay, Dios! —dijo.

—¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé.

—Edwin, por Dios.

—No sé lo que ocurrió, Alex —dijo él—, lo juro.

—¿Has llamado a la policía?

—No, todavía no.

—¿Qué? No me lo puedo creer. ¿Qué te pasa? ¿Has despertado a alguien? ¿Dónde está la recepción?

Estábamos en un sencillo motel, de siete u ocho habitaciones en una fila. Se llamaba Riverside, aunque el río St. Mary está a tres kilómetros al este.

—Creo que está por allí —dijo—. Pero espera un minuto, Alex. Vamos a estudiar esto detenidamente.

—¿De qué hablas?

—Bueno, vamos a pensar en la forma correcta de proceder.

—Entra en el camión —dije.

—No creo que podamos irnos —contestó.

—Tengo un teléfono en el camión, Edwin. Entra en el camión.

El camión está aparcado cerca del Mercedes plateado. Solo había un coche en el aparcamiento. El dueño del motel estará sin duda plácidamente dormido todavía, sin saber que en la habitación número seis han asesinado a alguien. Una de dos: o tiene el sueño más profundo del mundo, o el asesino ha utilizado un silenciador.

Una vez que estuvimos los dos en el camión, arranqué, puse la calefacción y saqué el móvil de debajo del asiento.

—Bueno, lo primero que vamos a hacer es llamar a la policía —dije yo—. ¿Vas a llamar tú o yo?

—Tú y el *sheriff* del condado sois muy buenos amigos ¿no, Alex?

—Lo conozco. ¿Y eso que tiene que ver?

—Solo que pensaba que si llamas tú...

—Edwin, ¿has visto la señal que había ahí que decía: «Bienvenidos a Sault Ste. Marie»?

—Sí.

—¿Qué te dice eso?

—Quiere decir que estamos en Sault Ste. Marie.

—Lo que significa que...

—No lo pillo —dijo.

—Lo que significa que tenemos que llamar a la policía de Soo. Esto no es competencia del condado.

—Mierda —dijo.

—¿Tienes problemas con la policía de la ciudad?

—No —dijo él—, ninguno. No tengo ningún problema con la policía de Soo.

—Buenos días —dije por teléfono—. Soy Alex McKnight, investigador privado, y me gustaría informarles de que ha habido un asesinato. Sí, estoy en el Riverside Motel. Sí, en la calle Three Mile. Sí...

—No me lo puedo creer —dijo él. Todavía hacía tanto frío en el camión como para que su aliento fuera visible. Se frotó las manos y echó su aliento

sobre ellas.

Una ráfaga de viento zarandeó el camión. Mientras estaba al teléfono, miré al motel. Cada año atraviesan el condado de Chippewa muchos turistas, pero este lugar parecía solitario y olvidado. Había un pájaro en la señal al lado del nombre del establecimiento. No sabía si era un pelícano, una gaviota o sabe Dios qué.

—Sí, buenos días, oficial —dije.

Me habían pasado con alguien distinto. Repetí de nuevo la información y les aseguré que esperaría a que llegara el coche patrulla. Soo era una ciudad bastante pequeña, así que estaba seguro de que no tendrían departamento de homicidios; probablemente solo habría algunos detectives a tiempo completo para ocuparse de los delitos más importantes. En los últimos cinco años, solo recordaba haber leído algo sobre un asesinato, así que quienquiera que fuera el tipo que estaba en la habitación empapándola de sangre, había hecho aumentar bruscamente el índice de homicidios. Enviarían a un par de policías del turno de noche y luego despertarían a Roy Maven, el jefe de policía. Lo conocía solo por su reputación y por lo que el *sheriff* del condado me había dicho un día tomando una cerveza. No me apetecía conocerlo a las dos y media de la mañana.

—¿Y ahora qué? —dijo Edwin.

—Ya están de camino.

—Fantástico —dijo.

—Bueno, ¿me vas a decir lo que pasó?

Movió la cabeza.

—¿Por dónde empiezo?

—Empieza por decirme quién es el que está ahí dentro.

—Se llama Tony Bing. Es un corredor de apuestas... Lo era.

—Sigue —dije.

—Vine a saldar una deuda.

—¿A esta hora de la noche?

—Me llamó antes —dijo—. Quería el dinero.

—¿Qué hace eh un motel?

—Vive aquí. Supongo que hay gente que lo hace: viven en un motel.

—Sí, eso tengo entendido —dije—. ¿Cuánto le debías?

—Cinco mil dólares —dijo.

—¿Tienes el dinero?

—Sí, aquí —dijo. Se palpó el bolsillo del abrigo.

—Así que viniste hasta aquí conduciendo, para darle su dinero. ¿Y que pasó después?

—Llamé a la puerta y no contestó nadie.

—¿Y entraste?

—La puerta estaba abierta. Imaginé que estaría dormido.

—¿Entraste hasta dentro?

—Vine hasta aquí solo para darle su dinero —contestó—. No me iba a ir sin dárselo.

—Vale —dije—. Así que entras y lo ves.

—Sí.

—Y después me llamas a mí.

—Sí, también tengo teléfono en el coche —añadió, señalando su Mercedes.

—Ves que el hombre está muerto y me llamas.

—Exactamente —asintió él—. Dios mío, ¿has visto alguna vez algo así?

—Sí —dije—. Lo he visto.

—Es verdad —convino—. Teniendo en cuenta que has sido policía, probablemente lo hayas visto muchas veces en Detroit.

—Dos o tres veces cada noche —apunté—. Llegas a acostumbrarte.

—¿Dos o tres veces cada noche? ¿De verdad? ¿Tan a menudo?

Por cincuenta centavos le habría dado una bofetada allí mismo en el camión.

—Edwin, ¿puedo hacerte una pregunta más?

—Claro.

—En el nombre de Dios, ¿por qué me llamaste a mí en lugar de llamar a la policía?

—No sé, Alex. Tienes que entender el estado en que me encontraba: entro en aquella habitación y me encuentro con ese tío, me moría de miedo, supongo. No sabía qué hacer, así que te llamé. Y después llamé a Uttley.

—Vale, esto es demasiado. Un momento, ¿llamaste a Uttley? Eso no me lo habías dicho.

—Supongo que, como es mi abogado, pensé que sería mejor que lo llamara también.

—¿Qué dijo él?

—Dijo que llegaría enseguida. Me extraña que no haya llegado todavía.

—Vive al otro lado de la ciudad —dijo—. Yo tuve que venir desde Paradise.

—Debe de estar poniéndose el traje de abogado —dijo él—. De todas formas, el primero en quien pensé fue en ti, Alex. Espero que lo tomes como un cumplido.

—Recuérdame que te envíe unas flores, Edwin.

—Y también porque eres detective privado y trabajas para Uttley.

—Vale.

—Ni que decir tiene que creo que tú trabajas para mí, Alex —dijo él—. No solo porque trabajas para mi abogado. Eso no es a lo que me refiero.

—Esto...

Podría estar en la cama; ahora mismo podría estar en la cama tapado con la manta, pensé.

—Y además, teniendo en cuenta que eres tan amigo del *sheriff* del condado, pensé que sería bueno. Aunque, como tú dices, esto no es un tema del condado porque ha ocurrido en la Ciudad. Supongo que tampoco me di cuenta de eso. Lo siento, Alex, tengo la cabeza hecha un lío en este momento.

Un coche de la policía de Soo entró en el aparcamiento con las luces parpadeando.

—Empieza el espectáculo —dijo.

Eran un par de policías jóvenes que no tendrían más de veinticinco años. Recuerdo cuando estuve en el turno de noche los dos primeros años en Detroit. En el turno de noche solo había policías jóvenes que acababan de entrar y veteranos que estaban haciendo horas extras antes de jubilarse.

—Buenos días, oficiales —dijo—. Este es Edwin Fulton; él descubrió al muerto.

Incliné la cabeza hacia él. Parecía apenado ahí de pie, al lado de mi camión, con las manos metidas en los bolsillos.

—Soy Alex McKnight.

—¿Dónde está? —dijo uno de los policías.

—Habitación seis —contesté.

Pensé en decirles que no miraran, pero sabía que al final tendrían que hacerlo. En la academia no aprendían nada que los preparara para esto.

—Por Dios bendito —oí decir a uno de ellos cuando se asomaron a la habitación.

Cerraron la puerta y así la dejaron.

Uno de los oficiales se me acercó.

—El jefe Maven vendrá en unos minutos —anunció.

—Ya me lo imaginaba —dije—. ¿Está bien tu compañero?

Había desaparecido detrás del coche patrulla. No era difícil imaginar lo que estaba haciendo.

—No sé. Voy a despertar al dueño del motel.

El jefe Maven se presentó unos minutos más tarde. Salió del coche con el aspecto de un hombre al que han sacado de la cama en mitad de la noche para ir a ver la escena de un crimen. Sacó un bloc de notas del bolsillo y habló un minuto con los oficiales; miró la puerta de la habitación seis y después a nosotros dos.

—McKnight —dijo mientras se aproximaba a nosotros—, Alex McKnight.

El hombre tenía los ojos azules que tienen los policías, un bigote que necesitaba un buen recorte, el rostro avejentado. Y esa voz que un viejo policía utiliza, de la misma forma que un dentista usa el torno.

—Ese debo de ser yo —contesté.

—¿Ha sido usted quien ha llamado?

—Sí, jefe.

—Comience por el principio.

—Yo lo encontré —dijo Edwin.

Maven le echó una mirada que habría levantado a un muerto.

—Todavía no estoy hablando con usted —le espetó.

Edwin se calló y miró al suelo.

—Este es Edwin Fulton —expliqué—. Él fue quien lo encontró y me llamó. Yo vine al lugar de los hechos y llamé a la policía. Eso es todo.

—Aquí dice que es detective privado.

—Sí.

—¿Tiene identificación?

—Todavía no —dije—. Hace solo unos meses que tengo la licencia.

Arrancó una hoja de su bloc.

—¿Y por qué no escribes su dirección y su número de teléfono en un trozo de papel y nos imaginamos que es su tarjeta?

Lo miré un momento, y cogí el trozo de papel.

—De acuerdo; ahora voy a hablar con usted, señor Fulton.

—Sí, ¿señor? —Intentaba no temblar, lo intentaba con todas sus fuerzas.

—¿Debo entender que encontró usted al muerto en la habitación?

—Sí, señor.

—¿Debo entender que después llamó inmediatamente al señor McKnight?

—Sí, señor.

—Y después de eso, ¿qué hizo?

—Llamé a mi abogado, señor.

Prodigiosamente, en el momento justo, Uttley entró en el aparcamiento con su pequeño BMW rojo.

Maven cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz.

—Y después, señor Fulton —dijo él—, ¿qué hizo después?

—Esperé aquí, señor, hasta que llegó Alex.

—¿En algún momento se le ocurrió marcar el teléfono de emergencias?

—Lo siento, señor —contestó.

Me miró en busca de ayuda, pero no lo consiguió.

—No se me ocurrió.

—Ya veo.

—Buenos días, caballeros.

Apareció Lane Uttley; Edwin tenía razón, llevaba puesto su traje de abogado. Parecía que se había duchado, afeitado y pasado por el salón de belleza para despertar al peluquero y que le hiciera un corte rápido.

—Alex —continuó hablando tras cambiar a su tono de voz de abogado—, gracias a Dios que estás aquí. Edwin, tienes un aspecto fantástico. Jefe Maven, Roy, decidme que pasa aquí.

Maven miró un momento al abogado.

—Esperen aquí —dijo—, todos.

Fue a la habitación y abrió la puerta. Desde atrás veíamos cómo asomaba la cabeza. Se quedó de pie todo un minuto, sin moverse. Al final, cerró la puerta y habló de nuevo con sus oficiales. Estos ya habían despertado al dueño del motel, un hombre mayor y desconcertado que estaba de pie entre ellos con unas botas y un abrigo encima del pijama.

—¿Es muy desagradable el aspecto de ese tipo? —me preguntó Uttley.

—Lo han disparado en la cara y le han cortado el cuello —dije—. Parece que Soo se ha quedado sin corredor de apuestas.

—Tony Bing —añadió Edwin—. Vine a darle algún dinero.

—Sé quién es. Hablaremos de todo lo demás en la comisaría, mientras mis oficiales hacen aquí su trabajo.

—Por supuesto, Roy —dijo Uttley—. Haremos todo lo que podamos para ayudar.

—Se lo agradezco mucho —respondió Maven—. Ahora, señor Fulton, ¿me deja ver su zapato izquierdo?

—¿Disculpe?

—Su zapato izquierdo, señor Fulton. Si mira usted la suela verá que hay sangre.

Edwin me puso una mano en el hombro y levantó su pie izquierdo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

—Quíteselo —dijo Maven.

—¿Ahora?

—Venga, Roy —le pidió Uttley—. Seguro que puedes...

—Ha alterado la escena del delito, señor Fulton. Deme ese zapato.

Edwin se lo quitó y se lo dio. Era de piel gris y suave; probablemente valía más que mi camión.

Maven sacó una bolsa del bolsillo de su abrigo y lo metió en ella.

—Gracias —dijo—. Ahora, si usted y su abogado hacen el favor, acompáñenme a la comisaría.

—Roy, por Dios bendito —dijo Uttley—, le has quitado un zapato.

—Señor Uttley —dijo Maven—. Creo que debería aconsejar a su cliente que salte sobre su pie derecho, así, de esta forma.

Levantó su propio pie y dio unos cuantos pasos saltando, por lo que sonaron las llaves que llevaba en los bolsillos.

—¿Lo ve? Es sencillo. Es casi tan fácil como marcar el teléfono de emergencias.

Volví conduciendo hasta Paradise. A toda velocidad se tardan treinta minutos y respetando el límite son cuarenta y cinco. No tenía prisa por llegar a casa.

El sol ya estaba saliendo y no soplabla el viento nocturno. Por la carretera 28 te alejas del lago; más adelante hay una carretera que cruza, por la cual también puedes ir a Bay Mills Casino o al Kings's Club. Si sigues recto, la carretera se adentra en el Bosque Nacional de Hiawatha a través de los pinares y de un par de pueblos pequeños llamados Racó y Strongs. Se vira a la derecha por la carretera 123, y enseguida se ve otra vez el lago. Después de pasar por el Parque Estatal Taquamenon se llega a Paradise. Hay una señal que dice: «¡Entra usted en Paradise! ¡Nos alegra que esté aquí!».

Intenté no pensar; no había ocurrido, era un mal sueño.

Uttley me daba las gracias; me decía que me fuera a casa y durmiera un poco. Edwin estaba allí de pie con esa mirada perdida. Por una vez, todo el dinero del mundo no solucionaría un problema. El jefe Maven estaba jugando a sus crueles jueguecitos con nosotros. Había conocido a tantos policías como él...

Vuelve, Alex. ¿Pero adónde? Vuelve a Detroit.

Quédate justo ahí; no pienses en nada más. En realidad, no llegaste a entrar en la habitación de ese motel, en realidad no lo viste. Todo estaba teñido de rojo, rojo, todo rojo.

Intenté evitar que acudiera a mi mente la imagen siguiente, pero no pude: vi la sangre de nuevo. Un enorme y escalofriante lago rojo de sangre.

Aquel día en Detroit, vuelvo allí de nuevo, la sangre, igual que aquella noche, el mismo color, del mismo tipo. La sangre siempre es igual.

Franklin está en el suelo. Mi socio está en el suelo. Mi socio está sangrando. *Haz algo.* Hay tanta sangre. *Levántate. Levántate y ayúdale.*

¿Estoy sangrando yo? ¿Es mía esta sangre? ¿Importa eso? La sangre siempre es igual. Es siempre igual.

Maldita sea. Pensé que ya lo había superado. Creía que todo había pasado.

Mientras entraba, intenté recordar dónde había puesto aquellas pastillas. Hacía tiempo que no las tomaba; solo en las noches que lo pasaba mal, solo para superar esas malas noches.

Tenía que encontrarlas. Solo las tomaría esta vez, solo una vez más. Necesitaba dormir, solo un par de horas. Necesitaba cerrar los ojos y no ver a Franklin en el suelo a mi lado.

Encontré las pastillas en la parte trasera de mi botiquín. Sin mirarme en el espejo, cogí una y luego otra.

Las pastillas te ayudarán una vez más, como un viejo amigo. Harán que todo parezca blanco: no más sangre. Su efecto hará que el rojo se difumine y se convierta en rosa, y luego el rosa se apague poco a poco, hasta llegar al blanco inmaculado cuando te relajes del todo.

3

Cuando me desperté, tenía la cabeza colgando de un extremo de la cama. Abrí los ojos y me quedé mirando el suelo de madera. Por un momento, mi mente estuvo totalmente vacía; después, todo volvió.

Me levanté de golpe de la cama y fui al baño. Llevaba la misma ropa que la noche anterior. Me vi los ojos con los bordes rojos y tenía un pequeño hematoma en el ojo izquierdo, en el que me habían golpeado las llaves de Prudell. A pesar del aire helado de noviembre, estaba sudando. Me miré en el espejo, dejé que el odio fuera creciendo hasta saturarme y salí afuera.

Había un montón de leña de roble blanco fuera de la cabaña; cogí el hacha y me lancé a cortarla. Partí cada tronco por la mitad y esa mitad en cuatro cuartos, apuntando con el hacha primero solo con la mano izquierda y luego con las dos, lentamente y con cuidado, dejando que el peso de la hoja del hacha cogiera su propio impulso, mientras subía por encima de mi cabeza y después bajaba hasta llegar al tronco, sin apuntar ni siquiera al tronco, sino al centro del montón de leña. Me balanceé, tanto por haber cortado hasta el último tronco como por el dolor que se me estaba poniendo en el hombro del que me habían extraído la segunda y la tercera bala.

Necesitaba sentir su ritmo, como cuando bateaba. En esos escasos momentos, pensaba en aquellos tiempos en los que no existía nada más que un continuo fluir de pelotas de béisbol, que te llegaban de forma que podías golpearlas fuerte, una y otra vez, hacia la pared o hacia los asientos.

Cuando terminé con el montón, di marcha atrás con el camión sintiendo un hormigueo en las manos. Todavía podía sentir en el cuerpo los efectos secundarios del miedo. Me dolían los músculos como si hubiera corrido una maratón.

Conduje por el camino de tierra hasta la primera cabaña de alquiler y dejé caer media carga de leña, colocándola cerca de la puerta delantera para que los hombres no tuvieran que ir lejos a por ella. En la siguiente cabaña hice lo mismo; volví a por otra carga y después descargué la madera en la tercera, cuarta y quinta cabañas; seguí trabajando, adentrándome más y más en el bosque. Era ya bien avanzada la mañana, así que no fui a casa de nadie: todos se habrían ido de caza.

Todavía era temporada de caza con arco de ciervos. O eso creía yo; era difícil saber exactamente todas las épocas de caza. Sabía que la temporada habitual de caza con arma de fuego empezaría enseguida y después, un par de semanas más tarde, la temporada de tiro con armas de avancarga. La temporada de la caza de osos acababa de terminar, pero no estaba seguro de si también lo había hecho la de pavos salvajes. Sabía que la de zorros gris y rojo estaba abierta todo el invierno, al igual que la de lince rojos, mapaches, coyotes, conejos, ardillas, faisanes, urogallos y becardas. La de alces ya se había cerrado, pero volvería a abrirse en diciembre. Por ahora, la mayoría de los cazadores eran asiduos, gente del sur del estado que volvía la misma semana todos los años. Les gustaban las cabañas y el hecho de que andando solo treinta metros entraban en terreno del estado. También les agradaba que les dejara la leña justo delante de la puerta.

Cuando volví a la cabaña, encendí mi estufa de leña para que hiciera un poco de calor. Me quité la ropa y me quedé en calzoncillos para hacer pectorales y abdominales. Notaba la frialdad del suelo de madera en la espalda desnuda, pero seguí hasta que conseguí empezar a sudar. Intentaba que a través del sudor mi cuerpo expulsara las sustancias químicas de los músculos, de la sangre.

Me di una ducha caliente, dejando que el agua cayera con fuerza sobre mí, durante más de veinte minutos. Me vestí y preparé unos huevos y café. Mientras esperaba, apreté el botón del contestador. Era la inconfundible voz de Uttley, tan delicada y estudiada como un concierto de violín. Debió de llamar mientras yo estaba llevando la madera.

¿Cómo estás, Alex? Soy Lane. Son aproximadamente las doce y media del domingo. Te llamo solo para asegurarme de que anoche

llegaste bien a casa y para darte las gracias otra vez por tu ayuda. No sé lo que haría Edwin sin ti; eres el mejor amigo que alguien puede tener, lo digo en serio. Estaré en casa todo el día si quieres llamarme. Si no, te veré mañana en la oficina. Espero que puedas pasarte, pero si quieres tomarte un par de días, hazlo. Hagas lo que hagas, no hay problema. Hablaré contigo luego, Alex, hasta luego.

No me apetecía todavía hablar con Uttley ni con nadie de ese tema. Me eché el abrigo encima y me dispuse a afrontar el día. Había salido el sol, puede que por última vez antes de que llegara el invierno. Bajé por el camino de acceso y crucé la carretera principal para adentrarme en el bosque. No era muy inteligente introducirse en el bosque en mitad de la temporada de ciervos. La ley obliga a ponerse algo de color naranja brillante para salir de caza en el estado de Michigan, pero aunque solo se vaya a pasear por el bosque y no se vaya a cazar, sería absurdo no vestir de naranja. Dios sabe que en esta zona hay bastantes cazadores del sur del estado medio borrachos dispuestos a disparar a todo lo que se mueve. Pero no me importaba, hoy no.

Caminé por el sendero hasta el lago, pasando por los alerces y pinos de Banks, y después hacia el norte por la orilla. En este trozo no hay playas de arena; no hay nada tan sugestivo y agradable como eso. En su lugar hay rocas, más rocas que estrellas en el cielo, golpeadas y empapadas por las olas desde que se retiraron los glaciares. En ellas había muchos desechos traídos por los vientos nocturnos, tablas y unos cuantos trozos de lo que fue una pequeña barca de madera. El agua estaba bastante tranquila, pero tenía el aspecto que suele tener en el mes de noviembre, de que en cualquier momento podía ponerse peligrosa.

Debí de caminar una hora en dirección norte, pasando por el último embarcadero y subiendo por la orilla salvaje en la que no había rastro de vida humana. Allí había más abedules, junto con algunos pinos del Canadá y abetos negros. Estaba lo suficientemente lejos de todo; podía pensar en lo que había pasado la noche anterior. *Vale, así que alguien había matado a un corredor de apuestas.* Había conocido en Detroit a muchos corredores de apuestas; recordaba haber arrestado a dos. Lo asumieron bien, era parte del trato. Te cogen, pagas la multa y vuelves al negocio. Aparte de eso, era una

forma bastante monótona de vivir, sentado al teléfono todas las tardes encargándote de las apuestas. Algunos incluso son policías. Mientras que los delincuentes son perseguidos, un corredor de apuestas es casi un miembro respetable de la sociedad. Entonces, ¿por qué mataron a este tipo en una habitación de un motel?

Dejó de pagar a alguien, algún pez gordo. A alguien se le metió en la cabeza que este tipo se estaba tomando algunas libertades y se lo cargaron. Estoy seguro de que ocurre, no todos los días, pero ocurre.

Fuera quien fuera, el asesino lo tenía todo pensado con antelación. Probablemente usase un silenciador, pero entonces, ¿para qué le cortó el cuello? Simplemente le disparas en la cara y si no cae fulminado, lo hará en dos minutos. ¿Por qué hay que dejarlo todo hecho un asco? Alguien que es un asesino de profesión no hace eso, no a menos que sea algún tipo de mensaje. ¿Un mensaje para otros corredores de apuestas que pudieran cometer el mismo error? Puede, o puede que fuera algo personal.

Lancé un par de piedras al agua hasta que mi hombro se resintió. Una nube cubrió el sol; el viento comenzó a arreciar de nuevo. Las olas empezaron a golpear las rocas con más fuerza. Mientras comenzaba a volver caminando, cogí una piedra de la zona y me la guardé en el bolsillo para que me diera buena suerte.

En el camino de vuelta a la cabaña anduve un poco más deprisa. Me sentí un poco mejor después de haber apartado ese pensamiento de mi mente, de poner algo de distancia entre mí mismo y un acto de violencia fortuito que no tenía nada que ver conmigo. Anduve por encima de aquellas rocas como un hombre que tiene de nuevo un sitio a donde ir. Y además, estaba empezando a quedarme completamente helado.

Esta vez, antes de volver caminando por el bosque, miré a ver si había cazadores. Mis seis cabañas estaban situadas en un antiguo camino de transporte de madera. Mi viejo había comprado esta tierra a principios de los años sesenta; venía todos los fines de semana, cortaba los árboles y preparaba el lugar para su primera cabaña. Las construía a la antigua usanza, como debía ser. Se cogen algunos pinos fuertes y se marca toda la zona con una motosierra, para que cada tronco encaje perfectamente encima del otro. No dejó ni una sola grieta; no habría sido correcto.

Aquel verano lo ayudé. Fue en 1968, el año que los Tigers ganaron la World Series. Estudié un año más en el instituto y después tenía intención de ir a una liga de pelota de secundaria en vez de a la universidad. Aquello no le gustaba mucho, pero no hablaba demasiado de ello. Una tarde, se me enganchó la punta de la motosierra en un tronco y casi me arrancó la oreja. Me llevó al hospital de Soo mientras yo me presionaba con un trapo.

—Te gusta aprenderlo todo por la fuerza ¿no? —dijo—. Ojalá pudiera volver a ser joven e idiota otra vez.

Después continuó explicándome por qué no iba a durar ni un día en las ligas de secundaria, si mis lanzamientos a la segunda base seguían pasándome por encima. Él mismo, cuando era joven, cogió algunos. Me habló sobre la práctica de las cuatro costuras, aunque ya me lo había contado cien veces.

—Cuando yo tenía tu edad —dijo—, tenía una pelota en la mano siempre que estaba despierto. La agarras y la vuelves de forma que tengas las cuatro costuras entre los dedos. Agarra la pelota, dale una y otra vuelta hasta que forme parte de ti. De esa forma, tus lanzamientos a la segunda no se escapan.

Eso pasó, ¿hace treinta años? Murió hace un par de años, después de que yo dejara la policía. Todavía seguía intentando digerir lo que había pasado. Cobraba las tres cuartas partes del sueldo por invalidez y llegué aquí con la intención de liquidar el terreno y las cabañas. Había construido cinco más él solo, cada una más grande y mejor que la primera. Cuando decidí quedarme un tiempo, me reservé la primera, aunque era la más pequeña y había algunos agujeros en los troncos por los cuales pasaba el frío. Estoy seguro de que esos troncos eran los que yo había puesto cuando era joven e idiota.

Después pasé una tarde tranquila de sábado en el Glasgow, leyendo el periódico mientras tomaba un filete y una cerveza canadiense fría. La noticia del asesinato había llegado demasiado tarde para la edición del sábado, así que la buena gente del condado de Chippewa tendría que esperar un día más para conocer la noticia. Aquí no eran poco frecuentes las muertes violentas, pero habitualmente el culpable era el lago. Cada año era probable que murieran cuatro o cinco hombres, víctimas de tormentas repentinas. El

crimen era algo distinto. Durante dos semanas todo el mundo estaría nervioso y después olvidaría incluso que había sucedido.

—Buenas tardes, Alex.

Levanté la cabeza del periódico. Edwin estaba de pie al lado de la silla frente a la mesa.

—Siéntate —dije.

Y él se sentó.

—¿Y? —preguntó él—. ¿Hay algo interesante en las noticias?

Le miré y pasé una página.

—En el periódico de hoy no —dije—. El de mañana será algo más emocionante.

—Sí, ya lo sé —contestó—. Ya me lo ha dicho un periodista hoy. ¿No te parece extraño?

—¿Te lo dijo un periodista? ¿Cómo ha conseguido tu nombre?

—No lo sé —dijo—, pero ya sabes cómo son esos periodistas.

—Ajá.

—Yo no les di tu nombre —dijo—. Es decir, que no les dije que ibas a venir a ayudarme. Pensé que era lo menos que podía hacer.

—Esto...

—Lo siento mucho, Alex. No tenía que haberte molestado.

—Edwin, ¿puedo preguntarte algo? —Bajé el periódico y lo miré a los ojos. Llevaba una camisa de franela roja ese día, intentando parecerse a los del pueblo, pero no funcionaba.

—Sí, claro, adelante. Lo que sea.

—En primer lugar, ¿por qué te relacionas con ese tío? ¿No me dijiste que no ibas a jugar más?

—Sí —respondió—. Sí, lo dije.

—Estabas sentado justo al otro lado de mi mesa, tal y como estás ahora —dije. Miré en toda la habitación—. No, era justo allí. Esa mesa que está al lado de la ventana. ¿Te acuerdas? «Yo, Edwin Fulton el tercero, por la presente decido que nunca más volveré a jugar y que me iré a casa y seré un buen marido para Sylvia, y Alex nunca tendrá que venir a buscarme al casino y sacar mi trasero de allí para llevarme a casa porque he estado dos días fuera». ¿Te acuerdas de haber dicho eso?

—Sí —contestó—. Me acuerdo muy bien.

—¿Cuándo fue eso?

—No lo sé, más o menos a finales de marzo. Justo después de aquel pequeño episodio.

—Sí, ese pequeño episodio —dije.

Podía sentir que crecía el odio dentro de mí y no era porque Edwin estuviera jugando otra vez. Si un hombre quiere tirar su dinero, es asunto suyo. Pero es que entonces deja a su mujer en casa durante días seguidos, sola en esa enorme casa vacía tan apartada. Una mujer como Sylvia, que tenía tanto de lo que yo ansiaba. Los inviernos aquí duran demasiado, tenía mucho tiempo para pensar en ello, a sabiendas de que ella estaba sola en esa casa esperándome.

—Alex, no es lo que piensas.

—No, por supuesto que no. Le estabas entregando cinco mil dólares en su habitación del motel, en mitad de la noche, pero no porque estuvieras jugando.

—Alex...

—Según parece, el tipo estaba por allí vendiendo galletas de las jóvenes exploradoras y tú le compraste dos mil cajas.

—No lo entiendes —dijo.

—Sí que lo entiendo; ese es el problema, que te entiendo demasiado.

Edwin se levantó de la mesa; creí que se iba, pero en vez de hacerlo se dirigió a la barra y pidió un Manhattan. Lo cogió y volvió a sentarse.

—Alex —dijo él—, tengo un problema y lo sé; pensé que lo había resuelto. Creí que ya lo había superado, pero estaba equivocado. Lo admito ¿vale? Estaba equivocado. Todavía lo tengo.

—De acuerdo —contesté.

—No sé si alguna vez has tenido algún problema como este —añadió—. No da la impresión de que seas el tipo de persona que haya tenido alguna vez problemas con el juego. Probablemente no puedas identificarte con ello, pero no es muy distinto de cualquier otro tipo de obsesión o como quieras llamarlo. Ya sea el juego, el alcohol o las drogas, realmente es lo mismo. ¿Alguna vez has tenido algún problema de ese tipo?

—Digamos, por poner un ejemplo —contesté—, digamos que lo tengo.

—De acuerdo, pero sea lo que sea, te ofrece algo. Ya sea una bebida, una pastilla o una apuesta, te proporciona una determinada sensación. ¿Sabes a qué me refiero? Es una sensación que no puedes obtener de ninguna otra forma. Y al final llegas a un punto en el que sabes que está empezando a hacerte daño, pero tienes que seguir adelante. Para mí es una sensación de arriesgar algo. Veo la bola girando en la ruleta, o el que reparte las cartas enseña un seis y yo tengo un once. Es como si me diera una descarga eléctrica, Alex. Y créeme, ninguna otra cosa me hace sentir así. Nada puede sustituirlo.

—Entiendo hasta qué punto te afecta, Edwin. Sé que es una adicción como cualquier otra.

—De acuerdo, digamos que eres alcohólico y en lugar de apuntarte a un programa de rehabilitación, intentas primero algo distinto. Digamos que en lugar de intentar dejar el alcohol totalmente, intentas reducir su consumo, así que sabes encontrarle el truco. O sea, en lugar de beber güisqui bebes cerveza.

—Te estarías engañando a ti mismo —observé.

—Probablemente tengas razón —admitió—. Pero eso ha sido idea mía, ¿te das cuenta? Pensaba que si podía jugar menos, podría controlarlo.

—No te sigo.

—Alex, lo que te engancha no es ganar, sino lo que tú prevés que va a pasar. No es saber si vas a ganar o a perder, sino cómo consigues sentirte así. Yo pensaba que si hacía apuestas en el fútbol, podría hacer que esa predicción me sirviese durante más tiempo. En lugar de tener que jugar una mano de *blackjack* una y otra vez para mantener esa sensación, todo lo que tenía que hacer era apostar a un resultado de fútbol y mantener esa apuesta toda la semana. Como si tuviera durante días una cerveza en la mano.

—Edwin, por Dios.

—Solo te estoy diciendo lo que pienso, Alex. Las alineaciones de fútbol salen los lunes por la mañana, así que hago una apuesta rápida y es como si consiguiera un pequeño éxito, siempre que sea suficiente dinero como para que tenga alguna relevancia, como quinientos dólares, puede que mil. Es todo lo que necesito. Podría relajarme durante una semana.

—¿Y cuánto tiempo llevas haciendo esto?

—Unos dos meses —dijo—. Desde que comenzó la temporada de fútbol. Además, me iba bastante bien hasta el absurdo partido del Brigham Young. ¿Tú te crees? Iban veinte puntos por delante y quedaban dos minutos. ¡Veinte puntos! Y en ese momento regalan dos asquerosos puntos. Yo apostaba siete, así que pierdo por un punto. Esos mormones no saben defender, ese es el problema.

—¿Un equipo de fútbol mormón no sabe defender? ¿Tú crees que ese es el problema?

—Solo era una broma, Alex. Sé cuál es mi problema. Ver a ese tipo muerto ha sido una llamada de atención para a mí. Podría ocurrirme a mí si no dejo esta actividad.

Dio un buen trago a su copa y se recostó en la silla.

—¿Qué quieres decir?

—Que no voy a jugar más, nunca más, esta vez va en serio.

—¿Te gustaría apostar por ello? —dijo.

Se rio.

—Jugadores Anónimos —sugerí—. Están registrados.

—Tienes razón —dijo—. Mañana los llamo.

—De acuerdo.

—No, de verdad —dijo—. De verdad que los voy a llamar.

—Vale.

—Ahora me voy a casa, Alex, me voy a casa con mi mujer.

—Edwin —dijo—, si sales por esa puerta y te vas al casino, te encontraré y te mataré con mis propias manos.

—Me voy a casa, Alex. Te lo prometo.

—Entonces, vete ya.

—Gracias, Alex. Déjame que te invite.

—No tienes que hacerlo.

—Pero quiero hacerlo.

—Anda, vete.

—Quiero pagarte la cena.

—¡Fuera!

—Voy a invitarte a cenar y no puedes evitarlo.

Fue a la barra y le dio a Jackie unos cuantos billetes señalándome a mí.

Después se despidió con un gesto de la mano y salió.

No podía parar de sonreír; había algo en aquel hombre que me impedía odiarle. De alguna manera, era muy parecido a mi antiguo socio, Franklin. Edwin medía un metro y sesenta centímetros escasos, tenía forma de barril de pepinillos, era más blanco que la pared, tenía más dinero de lo que pesaba y era un jugador compulsivo; mientras que Franklin medía bastante más de un metro noventa y dos centímetros por lo menos, era un exjugador de fútbol negro y estaba tan pelado de dinero como cualquier otro policía de servicio de Detroit, por lo que no contribuía al bote semanal ni con cinco pavos. Sin embargo, a mí me parecía que de alguna forma los dos eran exactamente iguales.

«Eres mi mejor amigo, Alex», me dijo Edwin una noche, mientras estábamos sentados en este mismo bar. Acababa de terminarse su tercer Manhattan, pero sabía que no era el alcohol lo que le hacía decirlo: lo dijo porque tenía algún significado, como si hubiese estado pensándolo durante mucho tiempo y de pronto encontrara el coraje para decirlo.

Franklin nunca tuvo la oportunidad de decirlo, o por lo menos no cara a cara. Tuve que oírlo a través de segundas personas cuando él ya no estaba y hablé con su viuda.

—Hablabas siempre de usted —me contó ella—. Todas las discusiones que tenían sobre los deportes, y también todas las veces que lo ayudó. Lo admiraba mucho, señor McKnight. Sé que él no habría dicho esto jamás, pero debería saber que lo consideraba su mejor amigo.

Al pensar en Franklin y en lo que le había pasado, aquella sonrisa se borró de mi cara.

Me fui a casa. Era otra noche de viento. Antes de irme a la cama me quedé de pie en el baño mirando un frasco de pastillas. *No las necesitas*, me dije. Me miré en el espejo. *No las necesitas*. Me froté las cicatrices del hombro. *Ya no te duele tanto. No necesitas una pastilla para ir a dormir. Y si sueñas con Franklin, pues bueno, podrás soportarlo; ocurrió hace catorce años.*

Podía oír que soplaba el viento a través de las rendijas del camión.
Ya no las necesitas. Eres lo suficientemente fuerte sin ellas.

Abrí el frasco y después lo cerré otra vez. Puse las pastillas en el botiquín y apagué la luz.

Me dormí un rato y después sonó de nuevo el teléfono. Miré el reloj: eran las tres de la madrugada.

Lo cogí.

—Maldita sea, Edwin —mascullé—. ¿Qué pasa ahora?

—Buenas noches, Alex —dijo una voz de hombre.

Estaba claro que no era Edwin. Era una voz baja, sibilante, casi como de reptil.

—¿Quién es?

—Soy yo, Alex. ¿No sabes quién soy?

—¿Quién eres? —pregunté—. ¿Y por qué narices me llamas a las tres de la mañana?

—¿Te ha gustado, Alex?

—Gustarme, ¿el qué? ¿De qué hablas?

—Sabía que él te lo diría por lo menos a ti, pero no puedo creer que te despertara y que fueras hasta allí conduciendo para verlo.

Sentí que me ardía el estómago. *Concéntrate en su voz, mantén la mente despejada, visualiza su cara.*

—No puedo decirte lo feliz que me hace, Alex. Me hace feliz que ahora estemos unidos. No sabía ni siquiera que iba a ocurrir.

No podía identificar esa voz, no tenía ni idea de quién podría ser.

—¿Qué pensaste, Alex? ¿Qué pensaste de mi trabajo?

—¿Te refieres al asesinato que ocurrió anoche?

—Yo no lo llamaría asesinato —dijo—. Nadie lo echará de menos. Lo vi hablando con tu amigo, ya sabes; ellos no me vieron, pero yo estaba allí. No me gustó lo que le decía a Edwin. Era un hombre muy malo, Alex, así que pensé que ya que no podía hacer algo bueno por ti, podía hacerlo por tu amigo.

—¿Quién eres?

—Edwin parece un hombre encantador, Alex, lo he estado observando. Al principio estaba un poco celoso, tengo que admitirlo.

—Maldita sea, ¿quién eres?

—Seguiremos en contacto, Alex. ¡Que duermas bien! La próxima vez no

tardaré tanto en ponerme en contacto contigo; estoy feliz de que por fin vayamos a estar juntos.

4

La mañana llegó lentamente. La oscuridad daba paso a una luz débil de noviembre, ensombrecida por las eternas nubes grises y por los pinos que había al otro lado de la ventana. Cuando llegó la luz del día, yo estaba sentado en la cama, con los ojos medio abiertos y con la espalda recostada contra el áspero perfil de la pared hecha con troncos.

No había dormido desde aquella llamada. Una vez que mi corazón recuperó su ritmo normal, me senté en la cama y analicé cada palabra que él había pronunciado, cada matiz de su voz, y aun así no podía ponerles rostro ni nombre. Al final llegué a un estado de trance por agotamiento, ahí sentado mirando fijamente al teléfono.

Y en ese momento sonó. Nunca había percibido en toda mi vida un sonido tan fuerte. Cuando conseguí recuperar el aliento, sonó una segunda vez, luego una tercera. Me bajé de la cama y lo cogí sin decir nada.

—¿Hola?

No creo que sea la misma voz. Esperé.

—Hola, ¿Alex? —Era la voz de... ¿Uttley?

—Lane, ¿eres tú?

—Sí, Alex. ¿Estás bien? ¿Te he despertado?

—No —contesté—. Estoy bien, es solo que... estoy bien.

—Perdona por llamarte tan pronto —se disculpó.

—De verdad que estaba despierto —dije—, créeme.

—Vale, vale —respondió—. Escúchame, sé que esto te va a sonar raro. Acabo de llegar al despacho y tengo un mensaje en el teléfono. Este tipo dice que va a matarme.

—Espera, Lane —interrumpí—, esto es muy importante. Dime

exactamente lo que te dijo.

—A ver: me dijo que tenía una de mis tarjetas y que no quería verme hablando más con su mujer, y que si alguna vez me veía, me mataría.

—¿Qué? ¿Una de tus tarjetas?

—Eso es lo que dijo.

—Que no quería verte hablando con su..., ah, espera un momento, creo que puedo saber de quién se trata. ¿Cuándo dejó el mensaje?

—Creo que fue el viernes por la noche, no sé a qué hora.

—Ah, vale —dijo. Di un profundo suspiro—. Sé quién es. ¿Recuerdas que yo iba a detenerme en el aparcamiento de tráileres para ver si podía obtener alguna declaración sobre el accidente?

—Sí, sobre el caso Barnhardt, el de las piernas. Dios mío, con todo el jaleo de la otra noche se me ha olvidado. Además, tenía que haber pasado por el hospital para ver qué tal está el pobre hombre. Maldita sea.

—Hablé con una mujer que vio el accidente y le di tu tarjeta. Debe de haber sido su marido el que te ha llamado.

—Estupendo —dijo—. Asesinado por un marido celoso, y encima ni la conozco.

—Probablemente sea una fanfarronada. Si quisiera matarte, habría ido al despacho; tiene tu dirección.

—Dios —exclamó—, ¿por qué me hice abogado?

—No te preocupes por eso —le tranquilicé—. No es nada.

—¿Estás seguro de que estás bien? Por tu voz no lo parece.

—Estoy bien —dijo—. Solo era que... —Dejé de hablar.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Luego te lo digo —contesté—. Me detendré en el aparcamiento de tráileres camino del despacho. Estoy seguro de que podemos solucionarlo.

—¿Vienes al despacho?

—Creo que debería.

No podía soportar la idea de quedarme aquí solo todo el día, solos el teléfono y yo.

—Bien —respondió—. Cuando llegues a la ciudad, puedes pasar a ver al jefe Maven, que quiere tener una pequeña conversación contigo.

—Estupendo —dijo—. Mi vida se está poniendo más interesante por

momentos.

Nada más colgar, volví a coger el auricular y llamé a Edwin. Me contestó a la quinta llamada.

—Edwin —saludé—. Soy Alex, ¿todo bien por allí?

—¿Alex? ¿Qué hora es? ¿Qué ocurre?

—Solo quería asegurarme de que todo estaba bien.

—Alex, anoche te dije que vendría a casa directamente, y eso es lo que hice. Te lo prometo.

—Te creo, Edwin. No me refiero a eso. Simplemente, me preguntaba si habías tenido alguna llamada en mitad de la noche.

—No, no he tenido ninguna, ¿qué pasa?

—Probablemente nada —dije.

No tenía sentido asustarlo todavía.

—Ahora necesito saber algo sobre el corredor de apuestas. Se llamaba Tony Bing, ¿verdad?

—Sí, pero ¿por qué quieres saber algo de él ahora?

—Edwin, por favor, en este momento tienes que confiar en mí. Cuando te reunías con él, ¿siempre lo hacías en algún sitio en especial?

—Sí, hay un bar en el Soo llamado Mariner's Tavern. Ahí es donde estaba siempre si quería verlo, pero normalmente hablaba con él por teléfono.

—Ya, pero cuando quedabas con él, ¿siempre era allí?

—Si no recuerdo mal, sí.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—Déjame pensar. Supongo que debió de ser el lunes pasado por la noche, cuando fui a darle su dinero.

—Edwin, si le pagaste el lunes, ¿por qué le ibas a pagar otra vez el sábado por la noche? Y ¿para qué ibas a desplazarte hasta su habitación del motel? Acabas de decir que solo lo viste en ese bar.

—Por el amor de Dios, Alex, ¿qué es esto? ¿Me estás sometiendo a un tercer grado? Todavía no me he levantado de la cama. Fui a verlo el sábado porque perdí más dinero, ¿vale? Perdí la apuesta el jueves por la noche. Colorado estaba a punto de marcar; tenían la pelota en la línea de los cinco metros y en ese momento, ese imbécil lanza una intercepción.

—Ahórrate las explicaciones, Edwin.

—Sí, lo sé. No empieces.

—Entonces, ¿por qué fuiste a su habitación del motel?

—Alex, me llamó el sábado a casa. Me dijo que quería el dinero ese mismo día. Le dije que esa noche tenía una fiesta y que no podría dejar de ir, así que me dijo que sería mejor que me pasara por su habitación después de la fiesta o que nunca más me ayudaría. ¿Vale?

—Pensé que habías dicho que solo ibas a apostar quinientos o mil de una vez. Parece que has perdido cinco mil en una sola apuesta.

—Me estás tocando las narices, Alex.

—Lo siento, Edwin. No lo puedo evitar.

—Bueno ¿qué pasa contigo? ¿Por qué me haces todas esas preguntas? Eres peor que el jefe Maven.

—No te preocupes por él —dije—. Hablaré bien de ti cuando le vea hoy.

—Dios, ¿quiere verte?

—Sí, y no creo que sea para pedirme que vaya al baile con él.

Oí de fondo la voz de Sylvia, así que me despedí y colgué. Todas las mañanas me levantaba pensando que era posible que ya no la quisiera. No quería imaginármela en la cama al lado de él o junto a la cama vistiéndose.

Me recuperé y salí de allí. Volví a pensar en ello otra vez mientras iba conduciendo. Él dijo que vio a Edwin y al corredor de apuestas en un bar, así que era lógico pasarme por Mariner's Tavern para ver si había algo sospechoso. Era poco probable, pero merecía la pena parar para comprobarlo. Aparte de eso, ¿qué podía hacer? ¿Decírselo a la policía? No podía imaginarme contándole esta historia al jefe Maven, pero acudir a él parecía lo lógico.

Primero debía ocuparme de ese otro tema absurdo. Di la vuelta, me dirigí hacia el pueblo de Rosedale y encontré otra vez el aparcamiento de tráileres. Allí estaba, todavía intacto, el camión volcado. En la carretera había un par de mujeres, en cuyas manos llevaban tazas con líquido humeante. Estaban mirando fijamente al tráiler, y cuando pasé con mi camión se quedaron mirándome. Primero se vuelca un tráiler y ahora llega un hombre conduciendo uno. ¿Adónde va a llegar esta vecindad?

La mujer con la que había hablado vivía dos puertas más abajo. Entré por el camino de acceso y salí del camión. Cuando llamé a la puerta, no oí nada.

Llamé otra vez más fuerte.

—¿Quién es? —contestó la voz de un hombre desde dentro.

—Soy Alex McKnight, investigador privado.

—¿Qué quiere?

—Trabajo para Lane Uttley. Estuve aquí el sábado y hablé con su mujer.

—¿Qué hacía molestando a mi mujer?

—Solo quería hacerle un par de preguntas sobre el accidente del tráiler.
¿Podría abrir la puerta y hablar conmigo?

En la puerta había una pequeña ventana rectangular. Vi que el hombre me miraba y después desaparecía, y oí a su mujer gritándole, y él la contestaba gritándola también. *Una cosa es segura: este no es el hombre que me llamó la noche anterior.* Era un tipo inofensivo con orejas de soplillo que hacía el papel habitual de marido excesivamente protector, como le dije a Uttley. Estaba a punto de llamar a la puerta otra vez, cuando se abrió de pronto.

El hombre tenía un rifle; lo colocó apuntándome justo al pecho.

—Vete ahora mismo de aquí antes de que te meta un tiro, ¡joder!

Otra vez la misma sensación, tan fuerte como la noche anterior cuando estaba en aquella habitación de hotel. Ese día en Detroit, el arma me apuntaba. No puedo detenerle, nos va a disparar, primero a Franklin y luego a mí.

Di un paso atrás y me caí. Escaleras. Caí rodando por un tramo de escaleras. Estoy en el suelo. *Levántate y sal de aquí.* No podía moverme. Me sentía como si estuviera sumergido en cemento hasta el cuello.

Franklin estaba a mi lado en el suelo; se estaba muriendo. Toda esa sangre.

—¡Márchese! —dijo el hombre—. Si alguna vez vuelve a venir por aquí a molestar a mi mujer, le juro que lo mataré.

Entra en el camión. Me levanté del suelo, recordé cómo se andaba. *Entra en el camión.* Intenté torpemente encontrar la puerta y al final conseguí abrirla. *Llaves, necesito llaves, ya las tengo en la mano. ¿Cuál es la llave del con tacto?* Lo intenté con una, luego con otra. Al final metí la que era y arranqué el camión. Di marcha atrás y casi me doy un golpe con otro tráiler al retroceder atravesando la calle. Intenté ponerlo en marcha, pero el motor se aceleró. *Está en punto muerto.* No podía respirar. *Ponlo en marcha. ¿Por qué*

no puedo respirar? Las dos mujeres que estaban en la carretera se asustaron como pajarillos cuando por fin conseguí meter una marcha y salí disparado por delante de ellas.

Cuando estuve a unos kilómetros del pueblo, paré el camión. Me quedé a un lado de la carretera con las manos agarrando el volante. *En el nombre de Dios, ¿qué es lo que te pasa? Relájate, simplemente relájate.* Inspiré aire profundamente una vez y después otra.

Bueno, tómatelo con tranquilidad. Ahora estás bien. Ese imbécil solo quería asustarte y lo ha hecho justo en uno de los peores días. Perdiste la calma solo un momento. Después de la semana que has tenido, es comprensible.

Y además, esta ha sido la primera vez que alguien te ha apuntado con un arma desde lo que pasó en Detroit.

Recuerdo que estaba sentado en el despacho de un psiquiatra. El departamento me obligó a ir después del tiroteo. Yo creía que era una pérdida de tiempo, no prestaba mucha atención a lo que me decía, pero recuerdo solo una cosa. Dijo que siempre tendría este gatillo en la cabeza. Con un pequeño detalle volvería a encontrarme en aquella habitación, tirado en el suelo con tres balas en el cuerpo. Un ruido fuerte, como un disparo o incluso el ruido del motor de un coche. Me dijo que incluso un determinado olor podía ser el detonante.

O incluso el hecho de ver sangre.

Mariner's Tavern tenía la apariencia que uno podría imaginarse. Del techo colgaba una red de pesca con conchas y estrellas de mar; había un arpón de cazar ballenas colgado de la pared. Estaba en la calle Water, justo al lado de Locks Park, con grandes ventanas en la parte norte del edificio. Durante el verano podía uno sentarse y ver pasar por las esclusas a uno o dos cargueros cada hora. Se elevaban o descendían siete metros, dependiendo del sentido en el que iban. Ahora que había llegado ya noviembre, la temporada de los cargueros casi había terminado.

Solo quería parar y entrar para hablar un momento con el camarero, pero al final acabé sentado en una mesa durante un buen rato. Era el único cliente

del local; miraba por la ventana hacia el río St. Mary y por el otro lado a Soo, Canadá. No era capaz de acordarme de la última vez que tomé una copa antes del mediodía, pero este día lo necesitaba.

Hice un pequeño brindis por mí mismo. ¡Por tu brillante decisión de hacerte investigador privado!

El verano pasado, una noche Lane Uttley me encontró en el Glasgow Inn. Me dijo que Edwin era uno de sus clientes y que le había contado todo sobre mí: que yo había sido policía en Detroit, incluso el tema del tiroteo.

—Un hombre al que disparan tres balas tiene que ser un hijo de puta resistente —dijo—. Edwin dice que todavía tienes una bala en el pecho. ¿Alguna vez se ha activado el detector de metales del aeropuerto?

—Sí —dije.

—¿Qué dicen cuando les cuentas lo de la bala?

—Normalmente solo dicen: «¡Ay!».

—¡Ajá! —exclamó—. Ya me imagino. Bueno, señor McKnight, no le haré perder el tiempo. Estoy aquí porque tengo un gran problema y me pregunto si usted puede ayudarme a solucionarlo. Verá, se trata del investigador privado que trabaja para mí, Leon Prudell. ¿Le conoce?

—Creo que lo he visto antes.

—Sí, bueno, a riesgo de ser grosero, debo decir que la situación con el señor Prudell no va del todo bien. Imagino que usted ya sabe lo que hace en realidad un investigador privado, ¿no?

—Yo diría que principalmente se encarga de reunir información, hacer entrevistas y vigilar.

—Exactamente —dijo él—. Como puede comprender, es muy importante tener a alguien que sea inteligente y en quien se pueda confiar. He trabajado algo en defensa penal y con algunos clientes de hace tiempo como Edwin, ya sabe, en temas de testamentos, etcétera. Pero el grueso de mi trabajo se centra en casos de negligencia, accidentes, malas prácticas, ese tipo de cosas. Para eso es para lo que necesito un hombre que sea competente en la recopilación de información.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —pregunté—. Yo no soy investigador privado.

—Ah —contestó—, pero podría serlo. ¿Alguna vez ha pensado en ello?

—No puedo decir que lo haya hecho.

—En este estado, la legislación sobre detectives privados es bastante flexible. Todo lo que necesita son tres años como oficial de policía y un bono de mil dólares. Usted fue policía durante ocho años, ¿no? ¿Expediente intachable?

—¿Es una pregunta? —respondí—. ¿O ya lo ha comprobado?

—Tendrá que perdonarme —dijo—. Ya le he dicho que valoro la buena información.

—Bueno, voy a tener que declinar su oferta. Gracias en cualquier caso.

—Me gustaría mucho que se lo pensase. Estoy dispuesto a hacer que esto le merezca la pena.

—Está bien —dije—, me lo pensaré.

Volvió dos noches más tarde, esta vez con uno de los informes de Prudell en la mano.

—Quiero que lea esto —dijo—. Estos son los temas de los que me ocupo todos los días.

Al parecer, habían enviado a Prudell a un centro turístico en Drummond Island para informarse sobre el trabajo de socorrista temporal, como prueba para un juicio sobre un ahogamiento. El informe era una mezcla de anotaciones sin importancia y faltas de ortografía.

—Escuche esto, Alex —dijo—: «Doce y cuarto. Los sujetos vuelven al trabajo después de comer bajo un árbol de mediano tamaño. Los sujetos se ponen nerviosos al verme con la cámara». Entiendo que cuando habla de «sujetos» se refiere a socorristas. Y entonces, ¿por qué no dice simplemente «socorristas», Alex? Le digo que este tío acabará conmigo.

—¿Qué le hace pensar que yo podría hacerlo mejor? —inquirí.

—Venga, Alex, no se haga de rogar.

—No sé, señor Uttley.

—Alex, trabaja cuando quiere hacerlo y usted le pone el precio. Yo mismo aportaré su bono del Estado. No puede rechazarlo.

La verdad era que había estado pensando en ello. Como policía, siempre había sido bueno en el trato con la gente; los hacía sentirse cómodos, sentían que podían hablarme de tú a tú. Estaba bastante seguro de que podía ser un buen detective privado. Además, no me hacía gracia cobrar las tres cuartas

partes de la paga por invalidez, y no tener mucho más que hacer que cortar madera y hacer limpieza después de las cacerías de ciervo.

—Solo pongo una condición —dije—. No habrá casos de divorcio; no voy a seguir a un tipo para hacerle una foto con los pantalones bajados hasta los tobillos.

—De acuerdo —prometió—. No he llevado casos de divorcio en diez años.

Un mes más tarde ya tenía mi licencia. Al parecer, él conocía a alguien en Lansing que pudo arreglar los papeles con esa rapidez. Un día, a finales de agosto, después de haber recibido la licencia, me dio un papel con un nombre y una dirección.

—¿Quién es este? —pregunté.

—Es un comerciante del Soo —explicó—. He pedido un arma para ti, que por supuesto tienes que recoger tú. Cumplimenta los trámites burocráticos, tú conoces a alguien en la comisaría del condado, ¿no? También necesitarás el permiso.

—Espera un momento —interrumpí—, ¿de qué tipo de arma se trata?

—Un revólver reglamentario del calibre 38. Es el que utilizabas tú cuando estabas en la policía, ¿no?

—Sí —dije—. Pero es que no quiero llevarla otra vez, si a ti no te importa.

—Vale, no pasa nada —aceptó—. Bueno, pues simplemente déjala en casa; nunca se sabe.

Estuve un rato intentado averiguar por qué había pedido aquella arma para mí, y de repente se me ocurrió la razón. Quizá era porque le gustaba la idea de que yo la tuviera. Me lo podía imaginar sentado al otro lado de la mesa frente a un posible cliente al que le decía: «Sí, señor, ahora trabaja conmigo un hombre competente que por supuesto lleva pistola. Ahí fuera la vida es peligrosa. Una vez le dispararon tres veces, y todavía tiene una bala alojada en el pecho. Es el tipo de hombre que ambos necesitamos que esté de nuestro lado».

Cuando finalmente recogí el arma, la llevé a casa y la puse en la parte de atrás del armario. No había vuelto a tocarla desde entonces.

El camarero no sirvió de ninguna ayuda. Le pregunté si él había estado allí el pasado lunes y tardó un minuto en pensarlo, así que no creía que fuera capaz de recordar si aquella noche había allí algún personaje sospechoso. Así pues, le pagué y me dirigí al despacho de Uttley. Estaba a la vuelta del juzgado, entre un banco y una tienda de regalos. Toda la zona céntrica de la ciudad volvía a oler a dinero otra vez gracias a los casinos. A Uttley, al igual que a otros hombres de negocios de allí, le iba bien. Lo raro era que, por una vez, una gran parte del dinero iba a parar en primer lugar a los indios chippewa y después, poco a poco, llegaría a todos los demás. Yo sabía que había mucha gente por allí a quien le costó entenderlo.

Uttley estaba al teléfono cuando entré; me saludó con la mano y me hizo una seña para que me sentara en una silla muy mullida. La decoración de su despacho era la típica de Uttley: una mesa que podría servir de pista de aterrizaje, cuadros enmarcados de sabuesos y jinetes dispuestos para la caza del zorro, más de diez o doce plantas de interior exóticas que siempre estaba pulverizando con su pequeño atomizador.

—Jerry, ese número no funciona y lo sabes —estaba diciendo por teléfono—. Vas a tener que trabajar bastante en él hasta que volvamos a hablar.

Hizo un movimiento teatral con la cabeza y un doble arqueado de cejas mientras tapaba el receptor con la mano.

—Ya casi he acabado —me susurró.

Cogí la pelota de béisbol que estaba en su mesa y leí algunas firmas. Sin ni siquiera pensarlo, di la vuelta a la pelota y la cogí con el agarre de las cuatro costuras, preparado para lanzarla a la segunda base.

—De acuerdo —dijo, mientras colgaba. Se frotó las manos—. ¿Qué tal estás?

—No puedo quejarme —contesté.

—No te harías ningún bien si te quejaras, ¿verdad?

—Anoche recibí una llamada interesante —empecé.

Cuando le conté todo, se quedó mirándome fijamente con la boca abierta.

—¿Se lo has contado al jefe Maven? —preguntó.

—Todavía no he pasado a verle —contesté—. Pensé que sería mejor que pasara primero por el bar, para ver si el camarero se acordaba de algo del

lunes por la noche.

—Apuesto a que no se acordaba.

—No.

—Bueno —reflexionó—. No sé qué decir. ¿Quieres que vaya contigo a la comisaría?

—No tienes que hacerlo. Voy a ir a verlo ahora mismo.

—El jefe Maven puede ser un poco... temperamental —dijo.

—Es una forma de decirlo.

—Ah, y por cierto —añadió—, me preguntaba si podrías hacerme un favor.

—¿Qué favor?

—La señora Fulton querría hablar contigo lo antes posible.

Disimulé mi sorpresa.

—¿Sylvia Fulton quiere verme?

—No, no —explicó—. Theodora Fulton, la madre de Edwin. Llegó ayer de Grosse Pointe; va a quedarse con ellos un par de días.

—¿Por qué quiere verme?

—Está preocupada por su hijo. Cree que tú podrías ayudarle.

—¿Qué espera que haga yo?

—La señora Fulton es una señora mayor fantástica, Alex. Puede que un poco excéntrica; de hecho, solo los ricos lo son. Todos los demás están simplemente locos.

—Yo también lo he notado —admití.

—En cualquier caso, es muy protectora con su hijo. Vino en cuanto supo lo que había ocurrido. Parece que él corre algún tipo de peligro.

—Entonces, quizá no deba contarle lo de nuestro nuevo amigo el asesino, ¿no?

—Encontraré la forma de no mencionarlo en nuestra conversación —dijo—. Alex, debería avisarte de que esta mujer es muy vehemente; tiene una forma distinta de ver las cosas. Quiere contarte un sueño que ha tenido.

—¿Qué tipo de sueño?

—Soñó con lo que había pasado la noche del sábado. La inquietó mucho, Alex. Cree que Edwin será el próximo.

—¿Lo dices en serio?

—No sé qué pensar, Alex. Todo lo que sé es que mientras nosotros estábamos aquí en el aparcamiento, la madre de Edwin se encontraba en Grosse Pointe, a 480 kilómetros, soñando con ello. Lo vio, Alex. No vio quién lo hizo ni nada. Solo vio cómo quedó todo después.

—¿Qué? Quieres decir...

—La sangre, Alex. Dice que vio la sangre en su sueño.

5

No era el mejor día para dar un paseo por el río, pero parecía más divertido que mi cita con Maven. Seguí por el sendero atravesando Locks Park, mirando el agua, fría y vacía. No había ningún carguero dirigiéndose a las esclusas, ni embarcaciones pequeñas para dar una vuelta. Ni la más mínima señal de vida.

El sendero iba en dirección este, nada más salir del parque y sobre la zona de césped de la parte frontal del juzgado. Había dos estatuas: una era la grulla gigante de la leyenda ojibwa, la que se posó aquí cerca del río y trajo a los indios. La otra era la loba amamantando a Rómulo y Remo. No sabía si existía alguna correlación entre aquello y la ciudad de Sault Ste. Marie.

El edificio del gobierno local estaba ubicado justo detrás del juzgado. Era feo, un simple rectángulo de ladrillos tan gris como el cielo en noviembre. En ese mismo edificio tenían su sede la policía de Soo y el Departamento del *Sheriff* del Condado. También estaba allí la cárcel del condado, en uno de cuyos lados había un pequeño patio para los prisioneros, que era en realidad una simple jaula de casi dos metros cuadrados, con una mesa de *picnic* dentro, rodeada por otra valla con alambre de cuchillas en su parte superior.

Me detuve para entrar primero en la oficina de información del condado y saludar al ayudante del *sheriff*.

—¿Está hoy Bill por aquí? —pregunté.

—No, hoy está en Caribou Lake —contestó—. ¿Quiere que le diga algo?

—No, era solo por curiosidad —dije—. En realidad he venido a ver al jefe Maven.

—Él está por allí —me indicó el ayudante, señalando el pasillo.

—Sé dónde está —aseguré—. Solo estoy pasando el rato.

—No lo culpo —respondió.

Cuando me iba, le vi sonreír y mover la cabeza.

Pregunté en la oficina de información de la ciudad y esperé allí unos minutos mientras la mujer lo llamaba por teléfono. Se levantó y me dijo que la siguiera; al mirarme, entendí que no quería que la considerase responsable por lo que iba a ocurrir.

Me llevó por un laberinto de pasillos hasta el mismo centro del edificio, adonde nunca llegaba la luz del sol. Solo se oía el zumbido constante de las luces fluorescentes. Me llevaron a una pequeña sala de espera con sillas de plástico duro, donde había un hombre sentado, mirando al suelo fijamente. Un par de esposas lo mantenían unido a un trozo de metal incrustado en la pared de cemento. Me senté justo enfrente de él. En la mesa había un cenicero; no había revistas.

—¿Tienes un cigarrillo? —me preguntó el hombre.

—Lo siento —contesté.

Volvió a mirar fijamente el suelo y no dijo nada más.

Yo seguí allí sentado mucho tiempo; a mí me parecieron primero días, luego semanas, meses, hasta que tuve la sensación de que llegaría la primavera y todavía no habría salido. Finalmente, se abrió una puerta y el jefe Roy Maven me saludó desde dentro. El despacho tenía cuatro paredes de cemento, sin ventanas.

—Una buena idea la de pasar por aquí, señor McKnight —dijo mientras me hacía señas para que me sentara en la silla que estaba delante de su mesa —. Tenía muchas ganas de hablar con usted.

—Ya lo imagino, por la prisa que tenía en que viniera a verlo inmediatamente.

Pasó por alto lo que dije, mientras cogía una carpeta de papel y se ponía un par de gafas para leer como las que llevan las abuelas, que desentonaban con su rostro de tipo duro. Hojeó el contenido de la carpeta hasta que llegó a la página que quería.

—Vamos a ver lo que tenemos aquí —dijo—. Alexander McKnight, nacido en 1950 en Detroit. Terminó el bachillerato en la Henry Ford High School de Dearborn en 1969. Aquí dice que jugó dos años en la liga de béisbol de secundaria. —Levantó la vista para verme—. No pudo usted

golpear la curva. En realidad, aquí no lo dice, simplemente me lo imagino.

—Parece que tiene un archivo completo sobre mí —dije.

—Esto es solo su solicitud para investigador privado. Es parte del informe oficial, todo el mundo puede verlo. —Continuó leyendo—. Ocupó varios puestos interesantes durante un par de años, pintor, camarero. Fue al Dearborn Community College un par de años, donde estudió Justicia Penal. Entró en la policía de Detroit en 1975, donde estuvo siete años. Tiene dos distinciones por méritos; no está mal. Herido durante el desempeño de su trabajo en 1984. Poco después se jubiló por incapacidad. Recibe las tres cuartas partes del sueldo el resto de su vida, no está mal, ¿eh? Por supuesto, es lo mínimo que se debe hacer cuando se declara la invalidez de un hombre. —Me miró por encima de las gafas—. Y en su caso, ¿esa invalidez es...?

Lo miré fijamente.

—Me dispararon tres veces —dije.

Movió la cabeza.

—¡Qué mala suerte!

Se quedó mirándome un rato, esperando a que le contara la historia; pero no lo hice, así que volvió a mirar los papeles.

—Se mudó aquí en... ¿Dónde lo ponía? ¡Ah!, aquí está, se trasladó aquí en 1985. Desde entonces ha estado aquí. Es curioso, porque la mayor parte de la gente que se jubila por invalidez se va a Florida o Arizona, a algún lugar más bonito y cálido. Pero usted está aquí.

No dije nada.

—Usted lo ha elegido —dijo—. Bueno, veamos, cumplimentó su solicitud en julio y obtuvo su licencia en agosto. Parece que alguien ha acelerado un poco el papeleo. Debe de tener amigos influyentes.

Me quedé sentado mirándolo. Eso me trajo recuerdos, esa fanfarronería de viejo policía. Lo había visto tantas veces... Yo mismo de vez en cuando la había utilizado; era tan fácil. El problema era que cada vez era más difícil dejar de hacerlo cuando acababa la jornada de trabajo. No es el tipo de cosas que quieres llevarte a casa; solo hay que preguntarle a mi exmujer.

—Ahora, señor McKnight —añadió, quitándose las gafas—, teniendo en cuenta que usted es bastante nuevo en cuestiones de investigadores privados, voy a confesarle un par de pequeños trucos del negocio. ¿Le importa que lo

haga?

—Adelante —dije.

—Muy bien. Lo primero, cuando un investigador privado está de servicio en un tema que es competencia de la policía, habitualmente es de rigor pasarse por la comisaría de policía para identificarse y decir lo que se está haciendo. Por supuesto, no es que a mí me importen esas formalidades, pero en algún momento hay que ir a ver al jefe de policía, a quien en realidad no le gusta nada el hecho de que se esté trabajando en su ciudad y que ni se haya ido a presentarse.

—Me parece justo.

—Segundo, e incluso más importante, le sugeriría que la próxima vez que Edwin Fulton lo llame a mitad de la noche y le pida que vaya a ver el lugar del delito, pierda un minuto para asegurarse de que efectivamente ha llamado primero a la policía. En realidad, yo diría que cuente con que no ha llamado a la policía. Después de todo, este no parece ser su fuerte. Pero dado que usted mismo ha sido policía, y teniendo en cuenta lo importante que es para un policía llegar a la escena del delito antes de que lo hagan los amigos y vecinos, debería adelantarse y llamar usted mismo. De hecho, voy a darle mi número de teléfono para que la próxima vez que el señor Fulton quiera que vaya usted a ver un asesinato me pueda llamar directamente, de día o de noche.

Nos quedamos los dos sentados, mirándonos el uno al otro.

—Detestaría tener que molestarlo en su casa —dije al final—. La próxima vez simplemente avisaré a la comisaría.

—Eso estaría bien —dijo.

Cogió una copia del *Sault Star*, el diario de Soo, Canadá, que estaba sobre la mesa.

—¿Ha visto ya esto? En Canadá aparecemos en portada.

—Todavía no lo he leído.

—«Un vecino asesinado en una habitación de motel de Soo, en Michigan». Este titular es para usted; vea cómo se aseguran de mencionar que ocurrió a este lado del río. ¿Sabía que dos de mis hombres tardaron cinco horas en limpiar aquella habitación? ¿Ha limpiado usted alguna vez tanta sangre?

—No puedo decir que lo haya hecho.

—Para cuando salimos de la habitación y sacamos el cuerpo de allí, la mayor parte de la sangre estaba ya seca. Por supuesto, en cuanto le echas agua encima es como si recuperara vida y comienza a extenderse otra vez. Intentas limpiarlo, pero es como si fuese pintura: estás pintando toda la habitación de rojo. Uno de mis oficiales ha estado enfermo desde entonces. Creo que está planteándose dedicarse a otra cosa.

Contuve el nudo que tenía en el estómago.

—Bueno, este es el trato. Ya he hablado con el señor Fulton, así que me preguntaba si tiene usted algún otro tipo de información para mí. ¿Conocía al muerto?

—No —dije.

—¿No lo había visto nunca? ¿Nunca hizo apuestas con él?

—No juego.

—¿Ha oído hablar alguna vez al señor Fulton de él antes de aquella noche?

—Sabía que estaba haciendo apuestas en algún sitio —dije—, pero nunca mencionó a nadie por su nombre.

—¿Cuándo le vio por última vez antes de que él lo llamara el sábado por la noche?

—Lo vi un momento en el Glasgow Inn. Él fue allí con su mujer y más tarde volvió a ir solo.

—¿Qué aspecto tenía esa tarde? ¿Dijo algo fuera de lo corriente?

—No hablé con él —contesté.

—¿No habló con él? Él dice que ustedes son muy buenos amigos.

—Yo estaba jugando al póquer.

—Creí que había dicho que no jugaba.

—Eso no es jugar —aclaré—, es un juego de poca monta.

Asintió con la cabeza.

—De acuerdo —dijo. Cerró mi carpeta y la metió en un cajón—. Por ahora ya es suficiente.

Pensé en irme en ese mismo instante. Que le den a este tío. No tenía ganas de contarle lo de la llamada de teléfono, pero sabía que si no se lo decía, sería el tipo de cosa que me rondaría la cabeza y me obsesionaría.

—En realidad, jefe Maven, he disfrutado mucho aquí hablando con usted; creo que no me puedo ir todavía.

En una fracción de segundo perdió su sonrisita de hueso duro de roer.

—Voy a tomarme una taza de café con un terrón de azúcar —proseguí—, y después le contaré una pequeña conversación que mantuve anoche con el asesino.

Merecía la pena contarle la historia solo para verle perder esa rutinaria imagen de tipo duro, aunque solo fuera durante un minuto. Le conté todo lo de la llamada de teléfono mientras él apuntaba absolutamente todo. Pero me quedé sin el café.

Tomé un almuerzo rápido en el Glasgow, y al final hojeé todo el periódico. Había una foto del motel en la primera página. Se veían las barreras que la policía había colocado para acordonar el lugar y unos cuantos oficiales que llevaban lo que parecía un gran saco de ropa para lavar. Estoy seguro de que el señor Bing pesaba lo suyo, incluso a pesar de haber perdido entre seis y siete litros de sangre.

Había un par de párrafos en los que hablaban de Edwin, «heredero de la fortuna Fulton», como el primero que había llegado al lugar del crimen, pero de mí no hablaban.

Cuando terminé de leerlo, me fui a casa de los Fulton. No estaba lejos de Paradise; solo había que subir por Sheephead Road, pasar por el Museo de los Naufragios y seguir por la carretera hasta el antiguo faro de Whitefish Point. Me desvié por la carretera que va en dirección oeste por la playa hasta llegar a la casa de los Fulton, que ocupaba un espacio de alrededor de cien hectáreas en el condado de Chippewa.

A una distancia de aproximadamente un kilómetro y medio, vi a alguien caminando por la carretera. Cuando vi de quién se trataba, pensé en darme la vuelta e irme, pero, en vez de hacerlo, me paré a su altura y bajé la ventanilla.

—Bonito día para dar un paseo —dije a modo de saludo.

Sylvia siguió paseando sin mirarme.

—Si le gusta el tiempo gris y frío, sí —contestó.

—Voy a ver a tu suegra.

—Bien.

—¿Está hoy Edwin por ahí?

—Está en el despacho.

—¿Qué hace en el despacho? —pregunté—. ¿Por qué necesita un despacho?

—Cuenta su dinero —dijo—. Hace negocios y habla de ello.

—¿No puede hacerlo desde casa?

Al final me miró por primera vez; esa mirada de ojos verdes me atravesó.

—Prefiere pasar un rato fuera de casa —explicó.

—No lo entiendo —repliqué.

—¿Qué? —preguntó.

Paré el camión mientras ella se volvía hacia mí y ponía sus antebrazos en la puerta.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—No sé —dije—. Pues el hecho de que no quiera pasar más tiempo contigo.

Movió la cabeza y miró hacia el cielo.

—Has tenido coraje para decir algo así.

—Sylvia, ¿así va a ser a partir de ahora? ¿Vas a actuar así siempre?

—Sí, Alex. —Se apartó del camión—. Así que es mejor que te acostumbres.

—Bueno, creo que ya sé de qué vas —dije.

—¿Ah, sí? ¿De verdad?

—Por primera vez en tu vida no has conseguido lo que querías. Ese es todo el problema. Simplemente odias que yo sea el único que ha conseguido acabar con ello.

—Alex, en este mundo solo hay dos cosas que odie: vivir en este acantilado helado de mala muerte en el otro extremo del mundo, y haber sido lo suficientemente estúpida para mezclarme contigo. Es decir, mírate, mira esta... cosa en la que vas conduciendo por ahí.

—Sylvia, no.

—Pareces un, un leñador o algo por el estilo.

—Te lo advierto.

—No, ni siquiera un leñador, porque un leñador tala árboles, ¿no? Hacen

falta agallas para eso. Tú pareces... pareces el tipo que entrega la leña y la coloca cerca de la casa. Eso es lo que pareces.

—Adiós, Sylvia —dije—. Ha sido muy agradable conversar contigo, como siempre.

A medida que me alejaba, la veía por el retrovisor cada vez más pequeña.

No tardé mucho en llegar a la residencia de los Fulton. El edificio fue construido en la década de los años veinte por el abuelo de Edwin y su padre había introducido mejoras en varias ocasiones. Los Fulton manejaban dinero del negocio automovilístico y formaban parte de Grosse Point, un pequeño y lujoso barrio periférico situado al lado del río Detroit. Mantenían esta finca apartada en Upper Península como cabaña de verano. Aunque para los Fulton, una cabaña era una fortaleza de 464 metros cuadrados de piedra y cristal y enormes vigas de madera cortadas de los antiguos bosques. Ahora que él vivía aquí todo el año, no podía calcular cuánto dinero debía de haberse gastado Edwin en mantener la carretera libre de nieve durante el invierno.

Theodora Fulton estaba sola en la casa. Cuando consiguió abrir la enorme puerta de entrada de madera de roble, pareció alegrarse de verme.

—Usted debe de ser el señor McKnight —dijo.

—Sí, señora —contesté—. Encantado de conocerla.

Sabía que tenía ya más de sesenta años, pero en sus ojos había claridad y tenía una sorprendente fuerza cuando me estrechó la mano. Aunque llevaba el pelo recogido, se podía apreciar que tenía menos canas que yo.

—Pase, por favor —dijo—. ¿Puedo ofrecerle un café? Acabo de prepararlo.

—Sí, señora. Me encantaría.

Me llevó al salón principal. El techo tenía una altura de unos siete metros y en él predominaban las sólidas vigas redondas que estaban sin terminar. Las ventanas daban al paisaje del lago Upper en todo su esplendor.

—¿Ha estado en esta casa alguna vez? —preguntó—. Es bastante agradable, ¿verdad?

Sí, de acuerdo, era encantadora. Si hubiera ahorrado cada penique que gané, y me la hubiera construido yo mismo, tendría una cabaña algo así como una tercera parte de lo maravillosa que era esta.

—Sí, he estado aquí una o dos veces —respondí.

—Acomódese, le traeré una taza.

Me senté en uno de los tres sillones. Cuando ella se fue, la habitación se quedó en silencio excepto por el ruido que hacía un reloj y el débil sonido del viento procedente del lago.

—Aquí tiene —dijo cuando volvió.

Tomé mi taza de la bandeja y me eché un terrón de azúcar con las pinzas de plata.

—Gracias, señora —dije.

—Por favor, llámeme Theodora —me pidió—, o Teddy; mis amigos me llaman Teddy.

—¿Qué tal «señorita Fulton»?

—Como prefiera.

Sacó un par de gafas y se las puso. No pude evitar darme cuenta de que parecían exactamente iguales a las que el jefe Maven se había puesto en su despacho.

—Su aspecto impone, ¿verdad, señor McKnight? Pero su rostro parece amable.

—Gracias.

—Edwin habla de usted con mucha admiración. Dice que tiene una bala alojada cerca del corazón.

—Sí, señora, la tengo.

Me preguntaba si a estas alturas habría alguien en el estado de Michigan que no lo supiera.

—¿Sabía que Andrew Jackson tenía una bala cerca del corazón en su etapa como presidente?

—No, no lo sabía.

—Fue por un duelo. El otro hombre le disparó en el pecho, pero Jackson no cayó. A él le sobraba una bala, así que sacó fuerza y mató al otro de un disparo. ¿Qué habría hecho usted, señor McKnight?

—¿Quiere usted saber si me ocurrió en un duelo?

—Sí, si usted estuviera en un duelo, y el otro hombre disparara antes, pero usted no cayera.

—Supongo que tendría que dispararle, que tendría una buena razón para

hacerlo. Si no, no hubiese estado en un duelo.

—Supongo —dijo—. De todos modos, nunca pudieron extraer la bala del pecho de Jackson; tuvo que vivir con ella toda su vida. Al parecer, eso le ocasionó bastantes problemas. ¿Le molesta su bala?

—No, en realidad no —dije.

—Me alegra saberlo.

—Señorita Fulton —dije—, ¿en qué puedo ayudarla?

Bajó la mirada a la taza de café.

—Lo siento. Creo que estoy haciendo todo lo que puedo para evitar el tema. Supongo que el señor Uttley le habló de mi conversación con él.

—No entró demasiado en detalles.

Asintió con la cabeza.

—Bueno, como seguramente usted sabe, estoy muy preocupada por mi hijo Edwin. Su padre murió hace muchos años y creo que para él ha sido muy duro. No ha tenido a nadie a quien admirar; por eso estoy tan contenta de que usted sea su amigo, señor McKnight.

—Pues no sé, señora Fulton, es que últimamente no he pasado mucho tiempo con él.

Su mujer era otra historia.

—Sí, pero aun así, creo que usted es ahora mismo su mejor amigo.

No sabía qué decir. Es verdad que era algo así como un mejor amigo.

—Señor McKnight —dijo—, no ignoro los problemas de mi hijo... Sé que tiene una especial atracción por el juego; si no, ¿por qué viviría aquí todo el año? Al principio, pensé que simplemente estaba tratando de alejarse de mí; supongo que es la reacción típica de una madre. O que estaba cansado de todas las obligaciones sociales de la ciudad, o que simplemente le gustaba estar aquí en el bosque, sin comodidades ni ningún criado. Me doy cuenta de que eso parece absurdo. Por supuesto, sé que lo que hace que se quede aquí son los casinos indios. Si los cerraran, se iría al día siguiente. Aunque eso me recuerda que quería hacerle una pregunta: si los casinos son legales aquí, ¿por qué estaba jugando con el corredor de apuestas?

—Estos casinos solo tienen juegos de mesa y máquinas tragaperras; no hacen apuestas de deportes. Para eso tienes que hablar con un corredor de apuestas.

—Ya lo entiendo —respondió—. ¿Lo ve? Ahora me alegro de que viniera a verme. Edwin no quiere hablar de estas cosas conmigo.

—El señor Uttley me habló de un sueño que tuvo usted.

—Sí —contestó—. El sueño: espero que si se lo cuento no lo encuentre totalmente absurdo.

—Por supuesto que no —dije.

—El sábado por la noche... —comenzó.

Miró por la ventana mientras empezaba a contarme su sueño con una voz lenta y calmada.

—Fue la noche que él encontró a aquel hombre, como resultó después, aunque en realidad no lo sabía en ese momento. En el sueño, vi sangre, una enorme cantidad de sangre; estaba absolutamente aterrorizada, porque, debo decírselo, tengo aversión a la sangre. El simple hecho de verla, incluso mi propia sangre si me pincho en el jardín, es insoportable. En el sueño había tanta..., parecía que había más sangre de la que puede caber en un cuerpo humano. Estaba flotando en ella, ya sabe cómo ocurre en los sueños, y de repente salí volando de la sangre y estaba en el bosque. Bajaba por una carretera con árboles a ambos lados, o mejor dicho, veía que había algo avanzando por la carretera; era un coche, que iba bajando despacio. Fue lo más vivido que he visto nunca en un sueño: el coche iba desplazándose lentamente por la carretera, era de noche, no tenía luces, iba guiado por la escasa luz de luna que le marcaba el camino. Intenté mirar por el parabrisas para ver quién lo conducía, pero no lo pude ver; estaba demasiado oscuro. Y entonces me di cuenta de que había estado antes en esa carretera: era la que conduce hasta esta casa.

Se calló y me miró.

—Señor McKnight —me dijo—, cuando Edwin me llamó y me dijo lo que había ocurrido, le supliqué que se fuera de esta casa, pero no lo hizo. Me dijo que era idiota, así que hice lo único que podía hacer: vine yo sola conduciendo hasta aquí. ¿Se imagina usted? Mi chófer tenía el día libre, así que saqué el coche y vine hasta aquí. No he conducido un coche en diez años; ni siquiera tengo ya el permiso. Pero sabía que tenía que venir e intentar sacar a Edwin y Sylvia de esta casa.

—No se fueron, ¿verdad?

Podía imaginar que Edwin se iba a quedar, pero ¿por qué quería quedarse allí Sylvia? Dios sabe que odiaba este lugar.

—No, no me creían —dijo—. Supongo que no puedo culparlos. Pero entonces, anoche...

—¿Anoche? ¿Qué pasó anoche?

—Estaba en una de las habitaciones de invitados, pero no podía dormir. Seguí paseando por aquí mirando por las ventanas. Creo que al final debí de dormirme en el sofá durante un rato, pero poco después me desperté otra vez. Creí que había oído algo afuera, así que fui a la puerta de atrás, desde donde se ve la carretera, y, no sé, creí que había visto algo. Un coche.

—¿Qué tipo de coche?

—Pues no podría decirle. Ni siquiera estoy segura de que estuviera. Puedo habérmelo imaginado.

—Señorita Fulton, ¿a qué hora ocurrió?

—Justo después de las dos en punto.

El teléfono sonó en mi casa a las tres, pensé. Y el hombre dijo que había estado viendo a Edwin.

—¿Hizo usted algo? —pregunté—. ¿Llamó usted a la policía?

—No, no lo hice —dijo—. Cuando miré de nuevo se había ido, bueno, si es que llegó a estar ahí.

—¿Se lo ha contado usted a Edwin?

—Sí. Dijo que si miras a la oscuridad durante un tiempo, comienzas a ver lo que te da miedo.

—Entonces, ¿qué quiere usted que haga?

—Quiero que se quede esta noche aquí —dijo—. Puede que un par de noches, si fuese necesario.

—Señorita Fulton...

—Se lo estoy suplicando, señor McKnight. Le pagaré lo que quiera.

—Señorita Fulton, estoy seguro de que el *sheriff* puede conseguir que venga alguien unas cuantas noches.

—No —dijo.

Su voz se transformó en la de una mujer que está acostumbrada a hacer las cosas a su manera, sobre todo porque estaba dispuesta a pagar por ello.

—Eso no funcionará. El *sheriff* no va a enviar un hombre a pasar aquí la

noche solo porque una mujer mayor tiene un sueño y cree que ve cosas en la oscuridad. Quiero a alguien que se quede aquí una o dos noches para sentirme mejor. Le quiero a usted, señor McKnight; ya le he dicho que será bien recompensado.

No podía soportar la idea de quedarme en este lugar, pero la señora Fulton siguió intentando convencerme con ardides de profesional experimentada, hasta que al final accedí. He notado que la gente rica es un poco irritante: ni siquiera espera a ver si haces algo por ella sencillamente por pura bondad. Va directa al dinero; lo agita delante de ti como si estuviera ofreciendo un caramelo a un niño.

Sylvia todavía estaba en la carretera cuando me fui.

—¿Has estado aquí fuera todo el rato? —pregunté cuando me paré a su lado—. Tenías que volver a intentarlo, ¿eh?

—No iba a entrar en esa casa estando tú dentro —dijo.

Sus mejillas estaban de color rojo vivo por haber estado expuestas al viento.

—Es una casa grande —observé—; ni siquiera tendrías que haberme visto.

—Lo habría sabido —contestó—. Habría notado que estabas dentro.

—Sí, bueno, entonces esta noche percibirás que estoy —dije—. Por cierto, ¿qué hay para cenar?

—¿De qué hablas?

—Quiero asegurarme de que traigo el vino adecuado.

—Si es una broma, no tiene gracia.

—No estoy bromeando, Sylvia. Tu suegra me ha contratado para pasar la noche. ¿Vas a decirme ahora qué hay de cena o no? Si traigo vino tinto y pones pescado, te aseguro que lo vas a sentir.

Volví a mi cabaña con la idea de coger lo necesario para pasar una sola noche y asegurarme de que todo estaba bien. Tenía un amigo que vivía un poco más adelante, llamado Vinnie LeBlanc, que vigilaría las cosas un par de días. Era un indio chippewa, miembro de la tribu Bay Mills. Como la mayoría de los chippewa que vivían por aquí, tenía algo de francés, algo de italiano, algo de

Dios sabe qué más. Trabajaba como repartidor de cartas de *blackjack* en el casino de Bay Mills y, en la temporada de caza, a veces hacía de guía de algunos de los hombres que alquilaban las cabañas. Sabía cómo exagerar el tema de los indios cuando guiaba por el bosque a un puñado de gente del sur del estado. Y por supuesto, se hacía llamar por su apodo ojibwa, Cielo Rojo, porque, como él mismo había dicho muchas veces, ¿quién va a contratar a un indio que se llame Vinnie?

Aparqué cerca de mi cabaña y salí del camión. Cuando me acerqué a la puerta, vi que había algo en el escalón.

Era una rosa, una simple rosa encarnada.

La recogí y miré a mi alrededor; solo había pinos y nadie le habría visto dejarla aquí. Miré en el suelo a mi alrededor: no había huellas de personas ni de neumáticos.

Abrí la puerta y miré dentro: respiré tranquilo al ver que no había nadie. No había signos de que hubieran forzado la entrada, pero nunca se sabe. Comprobé que en el teléfono no había ningún mensaje.

Una simple rosa encarnada hizo que comenzara a pensar en algo, pero no llegué a recordarlo.

O quizá no quería hacerlo; puede que no quisiera relacionarlo.

Iba a aplastar la rosa, pero pensé en no hacerlo: alguien me dijo una vez que daba mala suerte destrozar una rosa.

La puse en un vaso de agua, hice mi equipaje, volvía salir y cerré la puerta con llave.

—Voy a tener que echar de menos tu llamada esta noche —dije al viento—. Quienquiera que seas si me llamas a mitad de la noche, oirás que después de sonar cuatro veces, salta el contestador. Puede que tenga que cambiar el mensaje y decir: «Si eres un maníaco homicida que llama para volverme loco, por favor, pulsa el uno; todos los demás, pulsad el dos».

Volví al camión y me senté en el asiento del conductor unos minutos. Al final, salí del camión y entré en la cabaña.

Rebusqué en el fondo del armario, lanzando la ropa y las botas por los aires hasta que encontré lo que buscaba. Introduje una bala en cada una de las seis recámaras y me metí la pistola en el cinturón.

6

—Dios, Alex, esto me hace sentir bien —dijo Edwin—. Ahora me siento un hombre libre.

Estaba sentado en una de las sillas mullidas delante de la chimenea, con los pies apoyados en un escabel de piel, una copa de coñac en una mano y un puro en la otra. Yo estaba sentado en la otra silla, mirando el fuego, también con un coñac en la mano, pero había prescindido del puro.

—Es extraño, ¿no? —dijo.

—¿El qué es extraño?

—Cómo salen las cosas. Algo tan... espantoso, y aun así resulta ser lo mejor que me ha pasado nunca. Es como si... ¿Alguna vez has visto una peonza cuando comienza a tambalearse sin control?

—¡Ajá!

—Y entonces se da con algo y pum, de repente vuelve a girar con suavidad. Eso es lo que me ha pasado a mí.

—De acuerdo —dije—. Bien.

—No, en serio —insistió—, ya no siento la necesidad de jugar. Ya se me ha pasado del todo.

—Si eso es totalmente cierto, me alegro, Edwin.

—Por supuesto que es verdad —dijo.

Se levantó para echar un tronco a la lumbre. En la pared, encima de la chimenea, había una cabeza de ciervo con una cornamenta de doce puntas. Me preguntaba si habría alguien en este mundo que pudiera pensar por un segundo que el propio Edwin había matado al animal.

Cuando volvió a sentarse dijo:

—Bueno, ¿me vas a decir lo que pasa? ¿Por qué querías que te dijera

cuándo vi por última vez a Tony Bing?

—Edwin, primero déjame preguntarte algo. ¿Has visto últimamente a alguien por aquí que parezca extraño o sospechoso? ¿Alguien que te haya parecido que estaba observándote o siguiéndote?

Se quedó pensando un momento.

—No, no lo creo. Es decir, no he notado nada parecido. ¿Debería estar pendiente?

—Puede —dije—. Simplemente estáte atento y ten cuidado.

—¿De qué va todo esto, Alex?

—No estoy seguro, Edwin. No quiero alarmarte más de lo que debo y, por supuesto, no quiero asustar a tu mujer ni a tu madre. Digamos que tengo una razón para creer que podría haber alguien ahí fuera observándote a ti, a mí, o a los dos. Alguien que haya estado relacionado con ese asesinato.

—¿Sabe esto el jefe Maven?

—Lo sabe —dije.

Ambos miramos el fuego durante un minuto.

—¿Hay alguna posibilidad de que volváis por un tiempo a Grosse Point? —le pregunté por fin.

—¿Crees que deberíamos?

—Podría ser una buena idea.

—No quiero irme —dijo.

—¿Y si yo creyera que en realidad deberíais irnos, Edwin?

Exhaló una gran nube de humo.

—No vamos a irnos, Alex.

—Vale —dije.

No sabía qué más decir. Nos quedamos en silencio otra vez. De un tronco saltó una chispa que fue a parar a la habitación. Edwin se limitó a mirar cómo se apagaba sobre la alfombra, la quemaba y dejaba un agujero negro pequeño; no hizo nada por evitarlo. Probablemente, al día siguiente llamaría a alguien para que decorase la habitación de nuevo.

—En cualquier caso, me alegro de que estés aquí —dijo—. Estaba a punto de pedirte disculpas por el comportamiento de mi madre.

—Simplemente se preocupa por ti.

—Lo sé —dijo—, pero yo pensaba que era absurdo que te quedaras aquí

esta noche.

—No pasa nada.

—Aunque debo decir que si este es el precio que hay que pagar para que vengas a cenar...

—La cena estaba exquisita —dije—; tu madre es una gran cocinera.

—Bueno, me alegro de haber podido reuniros a ti y a Sylvia en la misma habitación durante un rato. Sé lo que hay entre vosotros dos.

Me dio un vuelco el corazón.

—¿Qué quieres decir?

—Alex, estoy seguro de que te has dado cuenta. Sylvia te tiene un poquito de manía.

—No sé de lo que hablas.

—Espero que no te lo tomes como algo personal. Siempre ha tenido un poco de manía a un determinado tipo de hombre. Me refiero a tu aspecto, el tipo de hombre que parece que eres, un tipo grande y fuerte. Nunca le habías caído simpático y esto me hacía sentirme mal. De todas formas, creo que esta noche te ha conocido un poco mejor y ahora le gustas de verdad.

Durante la cena, Sylvia había estado encantadora; fue una representación increíble.

—Por cierto, ¿dónde ha ido? —dijo—. Probablemente esté con mi madre en algún sitio, hablando mal de mí. Ya sabes cómo son las mujeres, ¿eh?

—Estoy aquí, cariño —dijo.

Los dos nos volvimos para verla entrar en la habitación por detrás de nosotros. Llevaba puesta una bata, la misma que llevaba aquella primera noche, la primera y única noche en que la toqué. La llevaba abierta por el cuello, y le sentaba tan bien que me dieron ganas de tirarle mi copa.

—¿Vienes a la cama? —preguntó abrazándose al cuello de Edwin.

—¡Ah! —dijo Edwin—. Estás estupenda; voy ya mismo.

Ella se dio la vuelta y me miró.

—Buenas noches, Alex. Espero que puedas... acomodarte.

—No te preocupes por mí —dije.

Cuando se fue, Edwin se levantó y apagó su puro.

—He estado descuidando a esta mujer —dijo—, pero ya no lo voy a hacer más, Alex. Esto también forma parte del nuevo Edwin.

Simplemente asentí con la cabeza.

—¿Estás seguro de que no quieres dormir en la otra habitación de invitados?

—No, estoy bien aquí en el sofá —dije.

Las dos habitaciones de invitados estaban en el otro extremo de la casa. Quería estar aquí en el centro, cerca de las puertas, por si acaso.

—Haz lo que quieras —dijo—, me voy a la cama. Deséame buena suerte.

Me hizo un guiño y un leve gesto de saludo. Cuando se fue, me senté y terminé mi copa de *brandy* mientras me preguntaba cómo había llegado hasta allí. *Soy un detective privado y me van a pagar por dormir en el sofá con mi arma.*

Pensé en la llamada de teléfono y en la rosa que habían dejado en el umbral de mi casa. Me quedé sentado un buen rato, confiando en encontrar un sentido a todo aquello, pero no pude.

Después, la señora Fulton entró en la habitación y se sentó en la silla de Edwin.

—¿Puedo traerle algo?

—No, estoy bien, señora.

—¿Sabe usted que los dos tenemos algo en común? —preguntó. Cruzó las piernas y miró al fuego.

—¿El qué, señora?

—El miedo —dijo—. Los dos sabemos lo que es el miedo.

Tardé un minuto en darme cuenta. Esta mujer tenía suficiente dinero para protegerse a sí misma de cualquier cosa, ¿qué podría saber sobre el miedo?

Pero entonces la miré a los ojos, vi cómo se movía la lumbre y vi algo más, algo que reconocí.

—Cuénteme —dije.

—No he contado esta historia a mucha gente, Alex, pero siento que puedo contársela a usted porque sabe de lo que hablo, del miedo de verdad. El tipo de miedo que te hace cambiar para siempre.

—Sí —contesté—. Sí, lo sé.

—Cuando tenía dieciséis años me secuestraron. Supongo que ese es uno de los peligros de crecer en una familia de mucho dinero. Estuve varios días. En un momento dado, me iban a cortar un dedo y enviárselo a mi padre.

No dije nada; miraba al fuego como hacía ella y escuchaba su voz.

—Había tres hombres —dijo—. Uno de ellos se aseguró de que los otros no me hicieran daño. Incluso cuando el jefe quería cortarme el dedo, este hombre no lo dejó. Se pelearon por mí, le dijo al jefe que le mataría si me tocaba. Aunque fue uno de los hombres que ayudaron a secuestrarme, creo que había empezado a enamorarme de él. Es raro, ¿verdad? Cuando estás tan asustada, todo lo que sientes es igual de fuerte; y lo que oyes, lo que ves, incluso el color de las cosas es más intenso. Sabe de lo que hablo, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Lo entiende porque lo ha vivido —dijo—. Lo supe en cuanto le conocí, Alex. O al menos desde que le pregunté por esa bala que tenía en el cuerpo; entonces me di cuenta. Me di cuenta de que teníamos esto en común. Por eso sabe por lo que estoy pasando ahora, todo este tema de mi hijo. Ya sabe, es mi único hijo.

—Señora Fulton, todo va a salir bien. Es solo que él estaba en lugar erróneo en el momento equivocado.

—Bien, me alegro de que esté usted aquí —dijo—. Creo que esta noche hasta voy a poder dormir.

Me dio las buenas noches y salió de la habitación.

Me quedé sentado mirando cómo se apagaba el fuego. Al final me levanté y me puse a pasear. Miré por la ventana que daba al camino de entrada, y apagué la luz exterior para poder ver en la oscuridad. No se distinguía nada.

Salí y bajé por el camino unos cientos de metros. Era una noche tranquila y, como no soplaban el viento, la sensación de frío no era tan fuerte. Me di la vuelta y volví a la casa paseando hasta el porche, desde el que se veía el lago. Cuando las nubes se disiparon, la luna, que no estaba llena, proyectaba su débil luz en la enorme superficie del lago Upper. El agua estaba tan calmada esa noche que se podía uno imaginar navegando bajo aquella luna.

Volví dentro y me senté en el sofá; saqué el arma del cinturón y la coloqué en la mesa de centro, en la cual había una foto de boda. La cogí y miré los dos rostros. Sylvia estaba radiante con su velo blanco; Edwin esbozaba una gran sonrisa de tonto. Mi viejo habría dicho: «Sonreía como un burro comiendo abejorros». Ese era el aspecto que tenía Edwin el día de su boda al lado de Sylvia. Volví a colocar la foto en la mesa y recosté la cabeza

en el sillón. Al final caí en un estado de somnolencia, entre la vigilia y el sueño.

En ese momento oí algo y me desperté de golpe. ¿De dónde venía el ruido? Me incorporé y traté de alcanzar el arma.

Ya no se oía nada.

Sylvia estaba ahí con mi revólver en la mano. Estaba apuntando con él a mi pecho.

—Sylvia, ¿qué demonios...?

—Debería matarte —dijo—. Debería matarte ahora mismo; eso estaría bien, Alex.

Su bata se abrió y a la luz de la noche, pude ver su pecho y el suave vello que desaparecía en las sombras entre las piernas. No hizo ningún ademán de taparse.

—Sylvia.

Dejó el arma en la mesa de centro.

—Vaya perro guardián que eres —dijo mientras se marchaba.

Volvió a subir las escaleras, dejándome allí sentado en la oscuridad mientras intentaba recuperar el aliento.

—Maldita seas —dije en voz baja—. Estúpida zorra loca.

Me levanté y volví a pasear un poco mirando otra vez por las ventanas. Caminé hasta el extremo de la casa en el que estaban las habitaciones de los invitados y puse la oreja en la puerta de la habitación de la señora Fulton. Se oía el ritmo de su respiración mientras dormía.

Volví a tumbarme en el sillón, pensando que ya no podría dormir más en toda mi vida, pero al final me quedé dormido; no pude evitarlo. Después de las dos noches de sangre y llamadas de teléfono a altas horas de la noche estaba más que agotado. *Por lo menos esta noche no tendré que atender otra llamada*, pensé mientras caía dormido.

Vi la sangre; era el sueño de la señora Fulton. Estaba flotando en ella. Se extendía en todas direcciones hasta donde me alcanzaba la vista.

Y en ese momento vi el coche que se desplazaba lentamente y en silencio entre los pinos, con las luces apagadas. No podía ver al conductor.

Sonó el teléfono.

Salté del sofá y me caí sobre la mesa del centro; no sabía dónde estaba. El

teléfono, ¿dónde está el teléfono? Sonó otra vez, recordé dónde estaba, cogí el arma y subí por las escaleras. Sonó una tercera vez.

—Alex, ¿estás ahí? —Era Edwin que hablaba desde la habitación principal. Sonó una cuarta vez.

—¡Sí!

Llamé a la puerta y la abrí. Edwin había encendido la luz que había cerca de la ventana. Sylvia se incorporó a su lado parpadeando. El teléfono sonó una quinta vez.

—¿Cojo el teléfono?

—Déjame —dije—. Bordeé la cama para ponerme por su lado y me arrodillé. Sonó una sexta vez.

Lo cogí, al otro lado de la línea no se oía nada, hasta que oí la voz de un hombre.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

—¿Quién es? —dije.

—¿Quién es usted? ¿Está Edwin Fulton?

No era la voz, la que estaba esperando, sino alguien distinto. Alguien a quien yo conocía.

—Soy Alex McKnight, ¿quién es usted?

—¡McKnight! ¿Qué hace usted ahí? Soy el jefe Maven.

—Jefe Maven —dije. Edwin me miró sorprendido.

—Maldita sea, McKnight. ¿Quién es usted, el mayordomo de los Fulton?

—¿Por qué llama? —pregunté—. ¿Qué hora es?

—No sé qué hora será —dijo—, supongo que serán... ¿Las tres? ¿Las tres y media? Llamaba al señor Fulton por si él sabía dónde estaba. Estaba decepcionado, McKnight. Esta vez no estaba usted en la escena del crimen esperándome.

—Maven, ¿qué demonios ocurre?

—Ha habido otro asesinato —dijo—. Parece que otro corredor de apuestas. Lo encontraron al lado de un restaurante en la calle Ashmun.

—¿Qué pasó?

—El cocinero lo encontró cuando estaba sacando el cubo de la basura —dijo—. Al parecer, lo dispararon tres o cuatro veces.

—¿Cree que fue el mismo asesino?

Miré a Edwin y Sylvia; ambos me estaban observando. Sylvia empezó a temblar.

—Bueno, yo no soy adivino, McKnight, pero tengo la sensación de que vamos a encontrar las mismas balas de la misma pistola.

—¿Quién era la víctima?

—Un tipo llamado Vince Dorney. ¿Le conoce?

—Vince Dorney. No, no lo conozco. —Miré a Edwin, quien negó con la cabeza—. Y Edwin tampoco.

—Está ahí mismo, al lado del teléfono, ¿eh? —dijo Maven—. Parece que os he llamado en medio de vuestra fiestecita.

—Ahórrese los comentarios, Maven. Y... bueno, ¿le ha rajado otra vez?

—No, esta vez no —explicó—. Esta vez utilizó el cuchillo para otra cosa.

—¿Qué quiere decir?

—Creo que es mejor que venga ahora mismo, McKnight.

—¿De qué habla? ¿Dónde está?

—En realidad, estoy llamando desde un coche patrulla aparcado junto a su cabaña.

Lo primero que vi fueron las luces del coche patrulla, las luces azules y rojas filtrándose por entre los pinos. Cuando volví la esquina, vi cuatro coches delante de mi cabaña: uno del condado, otro del estado y dos de Soo, y delante de mi puerta había ocho hombres. Cuando paré el camión y salí, no me llevó mucho tiempo imaginar dónde estaba el espectáculo.

—Señor McKnight —dijo Maven—, qué amable ha sido usted al venir aquí esta noche.

Saludé con la cabeza a los dos delegados del condado; los había visto una o dos veces en el Glasgow Inn.

—Algunos de los chicos del condado y del estado han sido tan amables de pasarse por aquí —continuó Maven—. Estaba explicándoles a estos caballeros que estamos a pocos kilómetros de Soo y que, como este caso es competencia de Soo, lo llevaré yo.

—¿Qué ocurre? —dije—. ¿Por qué está usted aquí?

—He intentado llamarle en cuanto he sabido lo del asesinato al lado del

restaurante; no estaba en casa, así que empecé a preocuparme y envié un coche solo para asegurarme de que estaba bien. Yo soy así —concluyó.

—Y ¿por qué vino usted aquí? ¿Por qué están aquí todos estos policías?

—Llamé al condado y al estado en señal de cortesía —respondió—. Yo esperaba que hicieran lo mismo si uno de ellos viniera a llamarme al Soo. Ahora vaya a echar un vistazo a la puerta delantera.

Pensé en la rosa que me habían dejado allí, y me estremecí al pensar en lo que podrían haberme dejado esta vez.

Fui a la puerta; uno de los policías de Soo estaba haciendo una foto con una cámara instantánea. En el momento del disparo del *flash*, vi un trozo de papel pinchado en la puerta con un cuchillo de caza grande.

—No lo toque todavía, McKnight —dijo Maven por detrás de mí.

El oficial quitó el cuchillo con cuidado y lo puso en una bolsa de plástico y en otra bolsa puso la nota.

—¡Qué pena de puerta! —observó Maven—. Va a quedar una marca horrible.

—¿Qué pone? —pregunté—. Déjeme leerla.

—Espere —dijo Maven.

Le cogió las bolsas al policía y las enfocó con una linterna.

—Parece que el cuchillo tiene sangre —dijo—. Apuesto a que el laboratorio averigua de quién es.

Se lo volvió a dar al oficial y aplastó la bolsa de plástico de forma que se viera la nota.

—Dios bendito —dijo mientras la leía.

Tardó bastante tiempo en terminar. Pude ver que había muchas palabras escritas en una sola página. Cuando terminó, me la pasó sin mediar palabra. Parecía que la nota estaba escrita con una vieja máquina con la cinta gastada.

ALEX.

Sabes **quién soy**. Supongo que es difícil de creer, pero **créetelo porque ahora estoy aquí y es el momento de que los dos estemos juntos y terminemos el trabajo que nos han encomendado, las barras de hierro no podían detenerme. Todo este tiempo he estado vigilándote. Sí, sabes quién soy. Sabes**

quién eres TÚ, es decir, que sabes que tú eres quien va a llevarnos a todos a un lugar mejor. No me había dado cuenta antes porque estaba cegado por el poder del mal, pero ahora veo que has sido elegido para vencer a la muerte y mostrar a otros el camino que han de seguir. El mal está ahí, sabe quién eres y debes tener cuidado. He quitado de en medio al hombre que estaba amenazando a tu amigo, como señal de buena voluntad por mi parte hacia ti, pero hay otros a nuestro alrededor que convierten este lugar solitario en un campo de batalla y esta noche me he deshecho de otro que estaba enviando señales de microondas para que vinieran más. Utilicé una técnica distinta para que ellos sigan haciendo cábalas. Hay que hacer que siempre estén investigando, y al no haber tanta sangre, van a tardar más en descubrir que él no está, pero con el tiempo nos encontrarán. Te prometo que no van a llegar hasta ti. Me complace ayudarte después de todos estos años. Quién iba a pensar que todo iba a salir así. Y pensar que llegué a creer que eras uno de ellos disfrazado. Te estoy vigilando y no puedo esperar al día en que por fin estemos juntos.

Siempre tuyo,

ROSE.

P. D. Esta noche te he llamado, pero no estabas, lo cual hizo que me pusiera triste, así que no lo hagas más.

Leí la carta dos veces y se la devolví a Maven. Todos los oficiales estaban mirándome.

—Le voy a decir una cosa —dijo Maven al final—: su correo es mucho más interesante que el mío.

—Es imposible —dije—. No hay forma de que esté ahí ni de que haya podido escribir esta carta.

—Imagino que sabe quién es esta mujer llamada Rose.

—Sí —dije—. Conozco a Rose. Es un hombre, no una mujer.

—De acuerdo, un hombre llamado Rose. ¿De qué le conoce?

—Fue hace catorce años —dije—. Es el hombre que me disparó. Es el hombre que mató a mi compañero.

7

Estamos en 1984. El verano en Detroit es largo y caluroso. Ese verano, la cocaína todavía era la reina, el polvo que ya ha pasado de moda; se consumía por toda la ciudad. El *crack* era solo un rumor. Había estado en la policía durante ocho años, y estaba a punto de hacer el examen para detective. Mi socio, Franklin, era nuevo en el trabajo. Era un jugador de fútbol retirado. Estaba en la línea ofensiva; jugaba en la Universidad de Michigan, que fue el segundo equipo de la clasificación de los diez mejores en su último año. Los Lions lo ficharon, pero en la primera semana de entrenamiento se destrozó la rodilla, así que volvió, terminó su licenciatura y un par de años más tarde entró en la policía. Lo pusieron conmigo, porque creyeron que un exjugador de fútbol y un exjugador de béisbol se llevarían bien, pero se equivocaron.

—Esto es lo que hace un jugador de béisbol —dijo una tarde en nuestro coche patrulla.

Habíamos estado discutiendo todo el día.

—Está parado en un campo; de vez en cuando puede llegarle una pelota, y si no la golpean bien para que le llegue justo a él, es posible que tenga que desplazarse un poco hacia los lados. En eso tienes razón, a veces el hombre tiene que moverse hacia los lados.

Me limité a mover la cabeza. Íbamos camino del hospital; uno de los médicos de urgencias había llamado para avisar de una incidencia y nuestro coche era el que estaba más cerca.

—Y después, cuando ya ha terminado en el campo —siguió Franklin—, vuelve al banquillo a descansar. Bueno, es que es duro estar ahí de pie sin más, ¿no? Por eso tiene que irse a la sombra y sentarse en un banco. De acuerdo, se sienta un rato, bebe algo y después, ya se sabe, ¡es hora de que se

levante y vaya a bañar! Así pues, tiene que levantarse e ir a quedarse de pie en una pequeña caja que han pintado a oscuras y bañar con ese palo grande, ¿no? Lo reconozco, mover ese gran palo supone un gran esfuerzo. Bueno, ¡sí falla al dar a un par de pelotas, acaba golpeando con el palo unas cinco o seis veces!

—Sigue hablando, Franklin —dije—. Sigue metiendo el dedo en la llaga.

—Pues entonces, ahí va esta, Alex. Digamos que golpea la pelota, ¿qué hace entonces? Tiene que correr hasta llegar a la primera base. ¿De qué distancia hablamos? ¿Unos veintiocho metros?

—Sí, veintiocho metros. Muy bien.

—¡Un hombre tiene que correr veintiocho metros! Y si quiere intentar hacerlo dos veces, ¡son cincuenta y seis metros!

—Un jugador de fútbol con habilidades matemáticas —observé—. Vaya ventaja.

—Por cierto, ¿adónde vas? —preguntó.

—Al hospital Memorial —dije—. Este es el mejor camino.

Iba bajando por la calle Brush, adentrándome en el mismo centro de la ciudad de Detroit. Todavía se notaba el calor del día por las calles, bastante tiempo después de que el sol se hubiera ido.

—Es lo mejor si no tienes prisa —dijo—. Deberías haber cogido por la calle St. Antoine y bajar directo por el Tribunal de Justicia.

—No, por aquí se va más rápido —dije—. No sabes de qué hablas.

—Amigo, yo crecí en esta ciudad. ¿Qué sabrás tú?

—¿Ves? Ya estamos aquí —anuncié.

Me dirigí a la parte de atrás del edificio, cerca de la entrada de urgencias.

—Si me escucharas, a estas horas ya habríamos llegado y habríamos vuelto.

—El día que te escuche será el de mi jubilación —contesté.

Entramos esperando encontrarnos el caos habitual, pero todo parecía tranquilo. Había una mujer en la sala de espera con una bolsa de hielos sobre la mejilla. A su lado, había un hombre sentado doblado sobre sí mismo, abrazándose y meciéndose suavemente. En el mostrador de recepción, una enfermera estaba revisando un montón de archivos; nos miró y tardó en reaccionar. Una de dos, o yo estaba buenísimo o Franklin era demasiado

grande.

—Perdone, señora —habló por fin Franklin—. Somos oficiales de policía.

—Por si hasta ahora no había visto el uniforme —dije—. No haga caso a mi compañero, es un exjugador de fútbol.

No parecía que ninguno de los dos le hiciéramos gracia.

—Ustedes quieren ver al doctor Myers —dijo—. Siéntense.

Nos sentamos en la sala de espera, y vimos a la mujer cambiarse la bolsa de hielo al cuello. Alguien le había dado una buena paliza.

—Perdone, señora —dije—. ¿Está usted bien?

La mujer nos miró.

—¿Tengo un aspecto normal?

—No, señora, supongo que no. ¿Puedo hacer algo por usted?

La mujer negó con la cabeza.

—¿Le ha hecho esto su marido?

Negó con la cabeza de nuevo.

—Porque si ha sido él...

—Déjenme tranquila, ¿vale?

—Señora, solo quería decir...

—No quiero escuchar lo que me va a decir, ¿vale? No quiero escucharlo.

Levanté las manos en señal de que me rendía y me coloqué en mi sitio. Estuvimos allí bastante tiempo. Se oían los sonidos procedentes de la ciudad: un perro ladrando, una sirena ululando en la distancia. En verano, Detroit siempre era peor, pero esa noche era muy tranquila. Hacía incluso más calor que de costumbre; y todavía había huelga de autobuses. No había ningún partido de los Tigers, porque los All-Stars estaban de vacaciones. No podía entender cómo estaba tan vacía la sala de urgencias. Seguí esperando que aquellas enormes puertas dobles se abrieran de golpe y entraran heridos.

—Bueno, Franklin, dime —pregunté—, ¿has intentado alguna vez golpear una pelota rápida?

Franklin me miró.

—¿Alguna vez has hecho que alguien te lanzara una pelota de béisbol a la cabeza a más de 150 kilómetros por hora?

—Sigue intentándolo, Alex.

—Lo digo en serio, Franklin. Estoy tratando de explicártelo. Evidentemente, no conoces otros deportes; supongo que, a pesar de todo, lo entiendo. En serio, ¿qué puesto ocupabas cuando jugabas al fútbol? Ocupabas un puesto de ataque, ¿no? Veamos, te agachabas y ponías una mano sobre el suelo y cuando el jugador que dirigía el ataque decía: ¡hut^[1]!, te levantabas y golpeabas al tipo que estaba delante de ti. ¿Correcto? ¡Ah! No, espera, era mucho más complicado, ¿no? Algunas veces el jugador que dirigía el ataque decía: ¡hut, hut! Y tenías que ser lo suficientemente inteligente para no levantarte y golpear al tipo hasta oír el segundo ¡hut!...

Antes de que él pudiera decir nada, entró el doctor Myers en la habitación.

—Lo siento, oficiales —se disculpó—. Por favor, síganme.

Al levantarnos dejé a la mujer junto a la bolsa de hielo un papelito en el que estaban mi nombre y el de Franklin y el número de teléfono de nuestra comisaría. No esperaba que me llamara, pero pensé que era todo lo que podíamos hacer por ella esa noche.

Al salir de la sala de espera, el médico nos condujo a un pequeño vestíbulo detrás de la zona de la recepción. Era un hombre de raza negra, delgado, con aspecto de médico meticuloso. Su voz tenía una cadencia ligeramente caribeña. Después de rechazar un café con donuts, al final nos dijo por qué había llamado a la policía.

—Hay un hombre que ha estado viniendo por aquí —comenzó— con bastante asiduidad. Aunque en realidad nunca se sabe cuándo va a aparecer. Viene varias noches seguidas, después desaparece durante unos días y vuelve a aparecer. Es evidente que está algo trastornado; probablemente padezca de esquizofrenia paranoica, aunque no podría asegurarlo. Es que no tengo tiempo de intentar hablar con él.

—Cuando está aquí, ¿qué hace? —pregunté.

—La mayor parte del tiempo, simplemente..., le parecerá raro: se esconde.

—¿Se esconde?

—Teníamos una gran planta en la zona de espera, ya sabe, como una palmera. Solía quedarse de pie detrás de ella. Al final, tuvimos que quitar la planta porque asustaba a los pacientes.

—Tienen guardas jurados, ¿no?

—Tenemos algunos —respondió—, no los suficientes. Siempre que los llamamos, cuando ellos aparecen ya se ha ido. Es como si tuviera un sexto sentido.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo aquí?

—Ha estado esta misma noche hace rato —contestó—. Esta vez llevaba una bata de médico; creo que debe de haberla robado de nuestro armario. Estaba paseándose cerca de las salas de reconocimiento, haciéndose pasar por médico. Una de las enfermeras lo detuvo y él la contestó con algo parecido a: «Disimule, enfermera, soy agente secreto».

Miré a Franklin y moví la cabeza.

—Fantástico.

—Estamos acostumbrados a tener gente bastante rara por aquí —explicó—. Lo da la zona, pero este hombre está resultando muy problemático.

—¿Tiene alguna idea de cómo se llama? ¿O dónde vive?

—No sabemos su nombre, pero creo que sabemos dónde vive ahora. En cuanto la enfermera llama a seguridad desaparece otra vez, pero el agente lo vio en la calle y lo siguió. Hay un edificio de apartamentos a unas ocho o nueve manzanas, en la esquina de Columbia con Woodward, justo antes de la autopista. Vio entrar al hombre, pero no pudo ver en qué apartamento se metió.

Escribí la dirección en mi cuaderno de notas.

—¿Qué aspecto tiene este hombre? —pregunté—. ¿Cómo sabremos que es él?

—Ah, lo sabrán —repuso—. Estoy seguro de que en esa vecindad es el único hombre blanco. Y si con eso no les vale, lo único que tienen que hacer es —buscar la peluca.

—¿La peluca? ¿Qué tipo de peluca?

—El hombre lleva una peluca rubia —indicó—, una de esas pelucas rubias que sobresalen hasta aquí. —Colocó sus manos a treinta centímetros de la cabeza.

—Gran peluca rubia —dije mientras lo escribía en mi cuaderno—. ¿Algo más?

—Es un hombre blanco loco que lleva una gran peluca rubia —resumió.

Parecía cansado—. ¿Qué más necesitan?

Encontramos el edificio de apartamentos en la esquina de Columbia con Woodward. Con todo lo que había hecho en la zona centro, no había que ir demasiado lejos para ver el auténtico Detroit, ese en el que Franklin y yo pasábamos la mayor parte del tiempo, bien solucionando peleas domésticas o contestando informes de tiroteos. Se podía ver que el edificio fue bonito en su momento, pero ya hacía mucho que había perdido su aspecto original.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó Franklin.

—¿Cómo crees tú? —dije—. Iremos llamando a las puertas.

—Me lo temía.

Comenzamos por el primer piso. Franklin iba por una parte del pasillo y yo por la otra. Si alguien contestaba a nuestras llamadas, normalmente se trataba de una mujer atemorizada mirándonos detenidamente con uno, dos o tres niños tras ella. En el segundo piso, por fin, había una mujer que estaba dispuesta a ayudarnos.

—¿Se refiere a ese chico blanco? ¿El de la peluca? Vive en el último piso, no sé en qué puerta. No he visto nunca a un hombre tan loco.

Le dimos las gracias y subimos directos al último piso.

—Esa mujer nos ha ahorrado un montón de llamadas —observé—. Deberíamos hacer algo por ella.

—No hay nada que podamos hacer —repuso Franklin.

El hecho de ver un lugar como este siempre le afectaba más que a mí. Detroit era su hogar; para mí solo era mi lugar de trabajo.

Encontramos a nuestro hombre en la primera puerta a la que llamamos. Abrió la puerta solo una rendija y nos miró. El pelo rubio le abultaba varios centímetros más por encima de la cabeza.

—Policía. Caballero —dije—, ¿podemos hablar con usted un momento?

Me miró a mí, luego a Franklin, e hizo lo mismo varias veces sin decir nada.

—¿Podemos pasar? —pregunté.

—¿Por qué? —contestó con una voz completamente monótona.

—¿Podemos hablar con usted? —insistí.

—¿Por qué quieren hablar conmigo?

—Abra la puerta, por favor.

—¿Él también tiene que entrar?

El hombre negó con la cabeza señalando a Franklin.

—Es mi socio —expliqué—. Se llama Franklin, yo me llamo McKnight.

¿Puedo preguntarle cómo se llama usted?

—¡Ah! —dijo—. Buen intento.

—Caballero, abra la puerta, por favor —intervino Franklin.

El hombre se sobresaltó al oír su voz.

—¿Qué quiere? —inquirió—. ¿Por qué están ustedes aquí?

—Acabamos de estar en el hospital —expliqué—. Nos han dicho que ha estado usted allí acosando a la gente. Y ahora, ¿podemos pasar un momento, por favor, y hablarlo con usted?

Abrió lentamente la puerta. Nada más entrar en el apartamento, ya tenía una opinión sobre él. Medía un metro setenta y dos y puede que estuviera algo gordo. Llevaba pantalones vaqueros, viejos pero limpios, zapatillas de tenis y sudadera. No llevaba gafas ni tenía barba. Podría pasar por alguien normal si no hubiera tenido la maldita peluca puesta.

—¿Acosando? —preguntó—. ¿Han dicho que he estado acosando a la gente? ¿Eso han dicho?

El apartamento era pequeño; había una mesa con tres sillas, un sofá que probablemente se convertía en cama, una cocina pequeña y un baño, pequeño también. Solo había una lámpara en la esquina, que daba una mísera luz al resto de la habitación. Por la ventana no entraba luz. Ni siquiera estábamos seguros de que hubiera ventana, porque las cuatro paredes estaban completamente cubiertas de papel de aluminio.

Nos quedamos ahí de pie mirando el lugar. Finalmente, Franklin dijo:

—¿Quién le ha decorado esto? ¿El hombre de hojalata?

El tipo miró a Franklin con los ojos llenos de odio. En lo más hondo de mi cabeza había algo que me avisaba; sabía que pasaba algo, pero, en ese momento, solo pensé que el tipo era un simple fanático. No era capaz de imaginarme qué más le podía estar pasando por la cabeza.

—Hay una buena razón para poner papel de aluminio —dijo.

—Sí, una vez me lo contaron —dijo Franklin—. Es para evitar las ondas

de la radio, ¿verdad?

El hombre negó con la cabeza.

—¿Ondas de radio? ¿Cree usted que el aluminio rechaza las ondas de radio? Esto es para las microondas.

—¿Microondas? —dijo Franklin—. Por supuesto.

—¿Dijo usted que se llamaba McKnight? —se dirigió a mí.

—Sí —contesté.

—¿Quizá sería posible tener esta —miró a Franklin de arriba abajo—... esta conversación en privado? Me alegraría poder hablar con usted a solas.

—No, eso no sería posible —respondí. Sabía que Franklin tenía mucha paciencia, pero estaba empezando a preocuparme. Si nuestros papeles se hubieran intercambiado, yo ya habría estado defendiendo la necesidad de retorcerle el brazo y ponérselo en la espalda para esposarle.

—No lo pillo —dijo el tipo.

Empezó a balancearse de adelante hacia atrás, primero con un pie y luego con el otro.

—Vosotros, ¿sois compañeros de verdad? ¿Trabajáis juntos todos los días?

—Todo el día —contestó Franklin—. Algunas veces incluso bebemos de la misma fuente.

—Esto es muy interesante —observó—. Podría tratarse de información valiosa.

—Está bien, caballero —dije—, voy a sentarme.

Cogí una de las tres sillas y me senté a la mesa.

—Mi socio se va a sentar también.

Franklin siguió mirando al hombre y finalmente se sentó a mi lado.

—Por favor, siéntese, caballero.

El hombre se sentó.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—Mi apellido es Rose —respondió—. Eso es todo lo que voy a decirle.

—¿No tiene nombre?

—Los nombres de pila son nombres personales —dijo—. Si sabes el nombre de pila de alguien, tienes poder sobre él. No volveré a cometer ese error.

Franklin cruzó los brazos y miró al techo.

—Entiendo que ha estado pasando el tiempo en la sala de urgencias del Memorial.

—¿Eso le dijeron?

—Sí, eso es lo que me dijeron.

—Puede que haya pasado por allí, una o dos veces.

—Dicen que ha estado allí con bastante frecuencia.

—¿Y les cree? —preguntó.

—No les haga caso —respondí—. ¿Ha estado usted allí?

—Supongo que debo de haber ido —dijo—. Si se lo dijeron.

—Señor Rose, no está facilitando las cosas.

—¿De verdad pasan todo el día juntos?

—Oh, Dios mío —dijo Franklin. Vi que ya estaba harto—. ¿Qué demonios pasa con usted? Va al hospital asustando a la gente y pasa todo el día actuando como un loco. Es decir, si está usted loco, pues ya está, váyase a un psiquiatra; si toma drogas, pues apúntese a un programa de desintoxicación. Haga algo por usted mismo. O simplemente siéntese ahí en su habitación de papel de aluminio, no me importa. Simplemente no moleste a la gente del hospital, ¿vale? Ya tienen suficientes problemas para que vaya usted a esconderse detrás de las plantas. Y ¿qué hay de la peluca? Por cierto, parece un cantante de rock. ¿Cómo se llama, Alex? Este tipo del pelo...

—¿Peter Frampton? —dije.

—No, el otro, el de Led Zeppelin.

—¿Robert Plant?

—Sí, ese tipo —apuntó Franklin—. Es exacto a él.

—Creo que se parece más a Peter Frampton —contesté.

—¿Han terminado ya? —intervino él.

—No, me temo que no, señor Rose —dije—. Verá, tenemos que decirle algo muy importante y usted tiene que escucharnos, ¿de acuerdo? Tiene que dejar de ir a ese hospital, ¿me comprende? No puede ir más.

—Me temo que no va a ser posible —contestó.

—¿Por qué no es posible?

—Estoy haciendo algo importante allí —dijo—. No puedo dejarlo ahora. ¿Juegan al billar?

—Señor Rose...

—Saben lo que hace la octava bola ¿no? Divide al resto de las bolas en altas y bajas. La alta y la baja frecuencia. La octava bola es negra, el negro significa división, separación y muerte, la ausencia de luz.

—Señor Rose...

—La bola blanca es blanca, toda luz, colores, es todo parte del blanco. El blanco es vida y movimiento. Ninguna otra bola puede moverse hasta que lo hace la blanca.

—Señor Rose —dije—, ¿no cree usted que debería hablar con alguien? ¿Se está ocupando de usted algún médico? ¿Toma usted alguna medicación?

—Esto es un truco, ¿verdad? —inquirió—. Está usted disfrazado.

—Señor Rose...

—Muy inteligente —opinó—. Tengo que reconocerlo, va usted afinando cada vez más. Me está haciendo más preguntas para distraerme. —Lanzó una mirada a Franklin y después volvió a mirarme fijamente—. Y usted entra aquí como si fuera uno de nosotros; incluso habla como uno de nosotros, muy convincente.

Franklin y yo nos miramos y asentimos. Esto ya era suficiente para ir a comisaría y después, incluso encerrarlo en una celda bien cerrada en algún sitio.

—No va a funcionar —advirtió—. Esta vez habéis cogido al hombre equivocado.

Sacó el arma antes de que ninguno de los dos pudiera reaccionar, antes de que pudiéramos pensar en reaccionar. Se movió con la rapidez de una serpiente. Juro que antes de que pudiéramos oír desgarrarse la cinta adhesiva bajo la mesa ya nos estaba apuntando.

Era una Uzi. En pocos años, se extendió su uso, pero en 1984, todavía eran una novedad. Todos los soldados que trabajaban en la coca querían tener una. Una vez, al pasar lista, nos mostraron una Uzi; se fabricaban en Israel, disparaban 950 tiros por minuto, las balas eran de pistola de nueve milímetros, la funda era de metal. Y no hacía más ruido que una máquina de coser.

—Señor Rose —dije lentamente—, baje el arma.

Yo tenía ambas manos sobre la mesa. Franklin tenía los brazos cruzados.

No sabía cuál de los dos desenfundaría, o si tendríamos siquiera la oportunidad de hacerlo.

—Díganme quién les envió —ordenó.

Ambos miramos la Uzi. Estoy seguro de que Franklin estaba pensando lo mismo que yo, aunque él tenía más que perder que yo: tenía dos hijas, de tres y cinco años. Uno quiere volver a ver a su familia otra vez; no desea morir en el apartamento de un hombre chiflado, solo porque este piensa que tú eres su enemigo secreto.

—Señor Rose —dije, intentando respirar—, le prometo que le diremos lo que quiera, pero baje el arma, por favor.

—¿Sabe que me la encontré? —dijo.

Bajó la mirada al arma una fracción de segundo. Me subió por la espalda un escalofrío. No fue lo suficiente para coger mi arma. Necesitaba que desviara la mirada un instante más, lo suficiente para tener la oportunidad. *Si estás realmente loco, compórtate como tal: entra en trance o algo parecido.*

—Me la encontré en un callejón —explicó—, después de que uno de vuestros amigos matara a alguien. Él no me vio, pero yo estaba mirando. La tiró a un contenedor; fue muy descuidado.

—Señor Rose —dijo Franklin casi susurrando—, por favor...

—No me hable —dijo apuntando con el arma al pecho de Franklin—. No quiero oír nada de lo que me pueda decir.

Franklin tragó saliva.

—Y ahora usted —se dirigió a mí otra vez—. Dígame cómo lo hizo, ¿cómo se volvió blanco?

—Se lo contaré cuando baje el arma —respondí—. Déjela ahí, sobre la mesa.

Baja la mano derecha, saca el revólver de la funda, vuelve a ponerlo boca arriba. *¿Cuánto tiempo va a durar esto? ¿Debería hacerlo?*

Negó con la cabeza.

—Bueno, vaya situación —dijo—. Ahora no voy a saber de qué color es usted. Me temía que esto iba a ocurrir.

Baja la mano, desenfunda, sácala y dispara. Cógela, sácala, dispara. En mi mente iba viendo el movimiento que iba a hacer, esperando quizá a poder reducir el tiempo una fracción de segundo. *Baja la mano, desenfunda, sácala*

y dispara. Cógela, sácala, dispara.

—¿Sabe usted? En el hospital he aprendido mucho haciendo de agente secreto. Al principio no quería el trabajo, pero después me dijeron que el elegido debía saber cómo mataba a la gente el enemigo, cuáles eran las últimas técnicas para que pudiéramos realizar la defensa adecuada.

Franklin estaba inmóvil a mi lado. *No puedo hacerlo, si me muevo me matará. Ni siquiera me voy a acercar más a mi arma; tiene que mirar hacia otro lado. Por favor, mira hacia otro lado, solo un segundo.*

—¿Sabes lo que de verdad me afecta? —prosiguió—. Estáis intentando con tanto ahínco encontrar la mejor forma de matar a la gente que casi os matáis unos a otros. ¿Es solo para practicar?

Se hizo un silencio. Lo miré a los ojos. Parecía que estaba mirando por el agujero de una mina hasta ver el Infierno.

—No tenéis ningún respeto por la vida, ¿no? —dijo—. El elegido dice que si algo no tiene respeto por la vida, matar a ese algo no es realmente matar. Especialmente si utilizas la misma técnica que ellos utilizan. Esa es la clave.

Se hizo el silencio. *¿Cómo podía haber echado un vistazo a esos ojos y no saberlo? Debería haberlo esposado nada más entrar.*

—Así que en realidad no voy a matarte.

—Señor Rose... —dije.

—Voy a tener que quitarte de en medio. Así es como lo llama el elegido, lo llama «quitar de en medio».

—Señor Rose...

Nos acercó la Uzi unos centímetros más.

—Y ¿saben cuál es la técnica más reciente? —dijo.

¿Voy a coger su arma? ¿Le doy una patada al arma y lo aparto a un lado? Le miré la mano, ¿estaba tensa? *Si intento coger el arma, ¿disparará?*

—Por supuesto que lo saben —continuó—. Todos ustedes lo hacen, ocurre casi todos los días. Lo he visto en el hospital. He oído a los médicos hablar de ello.

Vas a tener que hacer algo, vas a tener que arriesgarte.

—«Ahí va otro que han matado con ese sonido silbante del arma al disparar», dicen. «¿Cuántos han matado así esta semana? ¿Cinco ya?».

—Señor Rose... —advertí.

Un intento más de hablar con él y, si no funciona, entro en acción.

—Suenan bien, ¿verdad? —dijo—. ¡Ssss!

Sabía lo que eran los asesinatos con ese silbido y Franklin también. Ese verano habíamos tenido muchos. Los traficantes de droga metían un tiro en el cuerpo a un tipo por entrar en su zona o por no pagar pronto o simplemente por mirarlos raro. Coges una Uzi y le disparas una ráfaga rápida en mitad del cuerpo, veinte o puede que treinta disparos desde la cabeza hasta la verga. Eso es un silbido.

Actúa, actúa ahora. Ve y cógele la pistola. Ahora, ¡ahora!

No me moví.

Disparó a Franklin, justo en el pecho. La Uzi escupía balas haciendo un sonido como un gato ronroneando. Fui a por el revólver; sentí que las balas me daban en el hombro derecho, no sabía cuántas. Sentí todas al mismo tiempo, como cuando una pelota rápida rebota en el guante y te da en el hombro. Escuché el sonido de mi arma disparándose, y los gritos del hombre llamado Rose.

Estaba en el suelo, al lado de Franklin, que todavía estaba vivo. Vi que sus ojos me miraban solo un momento y después se fue. Intenté coger la radio. Tenía sangre en las manos, en la cara, en los ojos. Había sangre por todas partes.

Dije algo por la radio, no recuerdo qué. Estaba ahí tirado en el suelo mirando al techo. Había un agujero. No le di. Cuando las balas impactaron sobre mí, disparé justo al techo. ¿Por qué gritó? ¿Le asustó el ruido? ¿Se ha escapado? ¿Cuántas veces me ha disparado? ¿Cuánto tiempo va a pasar hasta que me muera?

Y ¿por qué no puso papel de aluminio en el techo? En las cuatro paredes sí, pero ¿en el techo no? Miré a Franklin otra vez y me quedé mirándolo hasta que perdí el conocimiento.

—Maldita sea, McKnight —dijo Maven—. ¿Por qué no fue usted a coger el arma la primera vez que les apuntó?

Había estado escuchándome en silencio mientras le contaba la historia. Él

conducía el coche patrulla, yo iba en el asiento del copiloto. Mi voz había sido el único sonido que habíamos oído en el coche, todo el camino de Paradise hasta Soo. Estábamos a punto de llegar a la comisaría. El sol ya había comenzado a salir haciendo que en el horizonte, al este, el color del cielo pasara de negro a un gris rojizo.

Repasé toda una lista de cosas que decirle, sitios poco agradables a donde mandarlo, cosas que podría hacerse y al final, solo dije:

—No sé por qué.

Negó con la cabeza. Pasamos por un viejo almacén. La mitad de las ventanas estaban rotas; bajo la vulgar luz de una farola, había un gato lamiéndose las patas obviando nuestra presencia.

—Me decía —prosiguió— que este tipo le ha encontrado después de... ¿cuántos años?

—Catorce años —dije.

—Todos los policías de Detroit no consiguieron apresarlos.

—Bueno, jefe —dije—, verás, esa parte no se la he contado todavía.

—¿Qué parte?

—En realidad, lo cogimos, unos seis meses después.

—¿Qué quiere decir?

—Lo cogimos merodeando por otro hospital en el otro extremo de la ciudad. Yo acababa de dejar la policía, pero volví para identificarlo. Testifiqué en su juicio.

—Déjeme adivinar —intervino—: lo absolvieron por loco.

—No —dije—. Su abogado lo intentó, pero no coló: no, porque se trataba de un asesino de policías. Le cayó cadena perpetua por lo de Franklin y doce años más por lo mío. Sin posibilidad de libertad condicional.

—Quiere decir que ese tipo, Rose, está...

—Está en la cárcel —terminé la frase, mirando por la ventana—. O al menos, eso creía yo.

8

Cuando por fin llegamos a la comisaría, ya había salido el sol. A medida que se acercaba el invierno amanecía cada vez más tarde. *¿Cuándo he dormido por última vez en estas últimas, frías y duras horas?* Y ahora estaba de nuevo en la comisaría. Tenía el estómago como si lo hubieran dado la vuelta.

Maven me condujo a su despacho e hizo que me sentara otra vez en la dura silla de invitados.

—De acuerdo —dijo.

Cogió un pedazo de papel y un bolígrafo. Garabateó en el cuaderno varias veces, lanzó el bolígrafo a una esquina de la habitación y sacó otro.

—Malditos bolígrafos, no duran ni una semana. Bueno, McKnight, una vez más, ¿cómo se llamaba el tipo?

—Rose.

—¿En algún momento averiguó su nombre de pila?

—Maximilian —contesté—. Lo supimos en el juicio.

—¿Maximilian? No me extraña que no se lo dijera. —Empezó a escribir—. ¿Cuándo lo condenaron?

—En diciembre de 1984.

—¿Sabe a dónde lo mandaron?

—A Jackson —respondí.

Dejó de escribir.

—¿Lo enviaron a Jackson?

—A una prisión de máxima seguridad —aclaré—. Dijeron que estaba «mentalmente trastornado pero funcional», según el término que ellos utilizan. No lo suficientemente loco para estar internado en un hospital, pero sí para que estuviera vigilado.

—¿Me está diciendo que enviaron a este tipo a la prisión de máxima seguridad de Jackson, sin posibilidad alguna de libertad condicional? ¿Está seguro?

—Lo estoy —dije.

—McKnight —dijo—, entonces este tipo está todavía allí; tiene que estar.

—Eso es lo que se supone.

—¿Qué? ¿Cree que se ha escapado? ¿Cuándo fue la última vez que escapó alguien de Jackson? ¿Ha escapado alguien alguna vez?

—No sé —dije—. Todo lo que sé es lo que leí en aquella nota.

Se pasó los dedos por la cabeza, por encima del poco pelo que le quedaba.

—Supongo que debería hacer una llamada para comprobarlo. ¿Qué hora es? ¿Poco más de las seis?

—Estoy seguro de que habrá alguien —dije.

—Probablemente tenga razón, McKnight. Lo último que supe es que estaban enviando a los presos a casa por la noche.

Buscó entre los papeles que había en su mesa.

—Supongo que debería ponerme en contacto con la oficina del estado. ¿Dónde está el número? Hay una mujer que trabaja aquí; entra sobre las siete. Ella siempre sabe dónde encontrar ese tipo de cosas. Vaya, ya está aquí.

Cogió el teléfono y marcó. Me quedé mirándolo.

—Buenos días —dijo finalmente—. Soy el jefe Maven, de la comisaría de Soo. Necesito ponerme en contacto con la prisión estatal de Jackson. Sí, sí, eso es. Llamaré a su jefe más tarde y lo pondré al corriente. Sí, de acuerdo. Eso estaría bien. Esto... ¿hay alguna forma de que me ponga en contacto con ellos y me pase la llamada? Bueno, ya sabe, les da la contraseña estatal secreta o lo que tenga que hacer, para que sepan que no soy un imbécil que va por ahí llamando para divertirse. Sí, se lo agradecería, muchas gracias. De acuerdo, esperaré.

Mientras esperaba, levantó la vista para mirarme.

—Cuando era policía, ¿tuvo que tratar alguna vez con los agentes estatales?

—No mucho —dije.

—Son condenadamente buenos —dijo—. El problema es que lo saben,

pero siempre que les hagas algún cumplido mientras hablas con ellos, normalmente colaboran. Supongo que los policías de Detroit actuaban de la misma forma. —Estuvo ahí sentado durante un buen rato golpeando con el bolígrafo en la mesa—. Ah, buenos días. Me llamo Roy Maven, soy jefe de policía de Sault Ste. Marie. Hoy tenemos una pregunta un poco inusual. Tienen un interno llamado Maximilian Rose, que entró a finales de 1984 en condiciones de máxima seguridad. Esto..., supongo que solo hay una forma de preguntar esto. ¿Sabe usted si el señor Rose está todavía en las instalaciones?

Maven se alejó el teléfono del oído. Yo mismo podía oír al tipo que estaba al otro lado del teléfono.

—Maldita sea —dijo Maven—. Solo le estoy haciendo una pregunta, ¿vale? No tiene que ponerse antipático. Si usted dice que él está ahí, pues es que está. Eso es todo lo que quería saber.

—Pídale que lo compruebe —dije.

Maven puso su mano tapando el auricular y me miró.

—¿Perdone?

—Pídale que vaya a comprobar que Rose está allí —dije.

—El hombre dice que nunca se ha escapado nadie de máxima seguridad.

—Puede que lo dejaran irse —conjeturé—. Igual hubo una confusión con las órdenes. Pregúntele.

Maven puso los ojos en blanco.

—Perdone, caballero —dijo por teléfono—. Nos preguntábamos si podría ir un momento a comprobar si está, solo para asegurarnos. Sí, eso es lo que le pedimos. Sí, ha oído bien, oye usted perfectamente, sí. Sí, sí, sí. Verá, esto es lo que va a hacer, ¿vale? Lo voy a guiar paso a paso. Primero, suelta usted el dónut, que no es de buena educación hablar por teléfono con la boca llena. Después, mira a ver si encuentra a Maximilian Rose en su librito, comprueba en qué celda está y llama a uno de los guardas para que mire en esa celda, o lo puede hacer usted mismo, eso se lo dejo a su elección. A continuación, vuelve al teléfono y me dice si está. Y yo se lo agradezco y usted dice, tranquilo, para eso estamos. Y después vuelve a coger su dónut y se lo come. ¿Vale? ¿Se cree usted capaz de hacerlo? Ah, por cierto, un pequeño consejo: cuando vaya a comprobarlo, asegúrese de que le ve la cara. Algunas veces el

prisionero mete su ropa bajo la manta para que parezca que está en la cama. De hecho, es posible que haga meses que este tipo, Rose, se haya escapado y usted ni siquiera se haya dado cuenta... Sí, lo mismo le deseo, colega. No es culpa mía que esté usted sentado en una mesita vigilando una prisión a las seis de la puta mañana. Es evidente que en algún momento tomó usted una decisión incorrecta. Ahora, vaya a alumbrar la cara de Rose con su linterna antes de que hable con su superior.

Maven sujetó el auricular en su regazo y negó con la cabeza.

—Esta es la razón de que me encante mi trabajo —comentó—. Tengo que ponerme en contacto con gente tan maravillosa.

Me miró como si fuera culpa mía y volvió a golpear con el bolígrafo en la mesa mientras esperaba.

—Sí, hola otra vez —dijo por fin—. Estaba empezando a preocuparme por usted... Ya lo ha hecho y estaba, está usted seguro, está absolutamente seguro. Vale, bien, sí, bien. Me ha sido de gran ayuda, muchas gracias. ¡Que tenga un buen día en la prisión! Vigile bien para que nadie le clave un cuchillo por la espalda.

Colgó el teléfono.

—¿Seguro que estaba allí? —pregunté.

—Eso dicen.

—Entonces, ¿quién dejó la nota?

—Dígamelo usted —dijo.

Levanté las manos.

—No tengo ni idea.

Miró otro trozo de papel que había sobre su mesa.

—¿Está usted seguro de que nunca ha escuchado hablar de Vince Dorney? —dijo—. El Gran Vince, como le llamaban. Por lo que yo sé, el Gran Vince, aparte de hacer apuestas de vez en cuando, se encargaba de otros temas. Trabajó para el condado en un asunto de drogas.

—Nunca he oído hablar de él —dije.

—Su asesinato fue bastante espectacular. Estaba tirado al lado de ese restaurante en la basura. Menudo aspecto debía de tener cuando lo encontró el cocinero.

Maven se quedó mirándome un buen rato. Yo lo miré a los ojos y no

aparté la mirada.

—Bueno, McKnight, ¿qué tenemos aquí?

—Parece que tenemos dos asesinatos —contesté.

—Qué bien les enseñan en Detroit, ¿eh?

—¿Qué más quiere que diga?

—Quiero que me diga quién cree que está dejándole esas notas —dijo—, dejando aparte a un hombre que ha estado en la cárcel durante los últimos catorce años.

—No lo sé —respondí.

—Esto va a quedar muy bien en el informe, ¿no? Dos asesinatos en tres días. Mi querido amigo el alcalde se va a poner tan contento.

—No parece muy afectado por la muerte de los dos hombres —observé.

Por un momento, Maven pensó en ello y sacó su cartera.

—Mire —dijo—. ¿Ve estas dos fotos? —Mantuvo la cartera abierta para que pudiera ver las fotografías de las dos niñas pequeñas.

—¿Son sus hijas?

—Esta es mi hija —señalando la foto de la izquierda—. La foto es bastante antigua. Tenía siete años cuando se la hicieron. Esta otra era su mejor amiga, Emily, también de siete años. La asesinaron y yo fui el encargado de decírselo a su familia. —Volvió a cerrar la cartera y se la metió en el bolsillo—. Todavía llevo su foto. He oído a mucha gente decir que no debería. Dicen que debería intentar separar el trabajo de lo demás, no dejar que eso me afecte. Sin embargo, yo llevo la foto porque me recuerda la razón por la que estoy aquí. Bueno, y sobre estos dos tipos, ¿qué tenemos? Tony Bing era un corredor de apuestas. Lo cogieron tres veces, pagó la multa y volvió otra vez a las andadas, a quedarse con el dinero de la gente. Ya sé que no es lo mismo que poner a alguien una pistola en la cabeza, pero se quedó con el dinero de la gente, que es igual. El año pasado, averigüé que le estaban dando vales de comida. Sí, ya lo sé, oficialmente no tenía ingresos, así que va y acepta vales de comida, por Dios bendito. Era de ese tipo de gente. Y el otro, Big Vince Dorney, era el mismo demonio. Para él, hacer apuestas era solo una afición. Era una forma como otra cualquiera de mantenerte en sus garras. Te prestaba dinero, te vendía drogas, lo que fuera con tal de conseguir algo de influencia, y después te fastidiaba de verdad. Durante dos años hemos

estado intentando que cayera. ¿Crees que me va a quitar el sueño, el que finalmente le hayan quitado de en medio? ¿Y crees que voy a quedarme ahí sentado y escuchar toda esa sarta de estupideces que tú me cuentas? ¿Un tipo que ni siquiera fue capaz de desenfundar?

—Ha sido un discurso impresionante, Maven, sobre todo la parte relativa a la niña pequeña. Seguro que esas fotos venían cuando compró la cartera, ¿no?

—McKnight, usted y yo vamos a tener un verdadero problema. Cuando terminemos con este caso, recuérdeme que me quite la placa y tengamos unas palabritas en la calle, ¿vale?

Lo miré. Era un tipo totalmente despreciable; probablemente diez años mayor que yo, pero estaba seguro de que era capaz de pelear.

—Lo tendré en cuenta —dije.

—De acuerdo. Estaré deseando que llegue ese momento. Mientras tanto, vamos a ver si podemos averiguar quién está matando a todos los corredores de apuestas, ¿vale? ¿Quiere usted seguir echándome una mano a ver si conseguimos hacer algo?

—Estoy tratando de ayudar todo lo que puedo —dije.

—¿Dice usted que este tipo le dejó una rosa ayer?

—Sí.

—¿Qué hizo usted con ella?

Dudé.

—La puse en agua —contesté.

—Interesante —observó—. ¿Es así como le enseñaron en Detroit a manejar las pruebas? Si hubiera encontrado un arma, ¿también la habría puesto en agua?

No podía aguantar más. Me apetecía saltar al otro lado de su mesa y estrangularlo.

—Maven —dije—, solo era una rosa que dejaron en la entrada de mi casa. En ese momento, no había razón alguna para creer que tuviera algún significado. Si le hubiera llamado y le hubiera dicho: «Oiga, creo que debería venir a coger esta rosa que alguien ha dejado delante de mi puerta, ya sabe, un hombre que se llamaba Rose, que una vez me disparó y mató a mi compañero. Creo que está en la cárcel desde hace catorce años, pero a pesar

de todo pienso que puede haber sido él». ¿Qué habría dicho usted?

—Vale, ahórrese los comentarios —accedió—. Vamos a tenderle una trampa.

—¿Tender una trampa con qué?

—Con un localizador de números de teléfono, genio. ¿No quiere averiguar quién es el tipo que le llama?

—Creí que ya no hacían falta equipos especiales. ¿No se puede marcar un código especial?

—Sí, al marcar asterisco cinco siete se envía un registro de búsqueda automática a la compañía de teléfonos. Pero deberíamos mandar también una buena grabación de este tipo. ¿Tiene alguna grabadora de teléfono en su oficina de detective privado?

—No tengo oficina —respondí.

—Un detective privado que trabaja desde una cabaña de madera —dijo—. Usted habría conseguido que Abe Lincoln se sintiera orgulloso, ¿no?

—Maldita sea, Maven, si no para de...

—Vale, vale, tranquilo —concedió—. Simplemente vamos a prepararlo. Haremos que un policía le lleve la unidad de teléfono cuando vaya a instalar la unidad de vigilancia.

—¿Unidad de vigilancia?

—Un hombre en un coche que vigile su cabaña. Seguro que en la academia le hablaron de las unidades de vigilancia.

—¿Para qué necesito una unidad de vigilancia?

—McKnight, es usted el hombre más tonto de todo el condado de Chippewa. Alguien mata a dos personas y después clava un cuchillo en su puerta en mitad de la noche. ¿No cree usted que deberíamos saber si va a volver?

—Si vuelve, puedo ocuparme de él yo solito.

—De ninguna manera —dijo—. Voy a poner un hombre allí todas las noches hasta que lo cojamos. ¿Hay por allí alguna casa de algún vecino en la que se pueda instalar? Por supuesto, utilizaremos un solo coche.

—La cabaña más próxima está a cuatrocientos metros. Supongo que puede conseguirle un sitio apartado de la carretera, al lado de la curva.

—¿Tendrá un buen ángulo de visión?

—Algo escaso —respondí—. Ayudaría algo si me proporcionase usted una radio.

—De acuerdo —dijo él—. El hombre llegará al anochecer.

—A los Fulton no les va a gustar nada esto —dije.

—Y eso, ¿por qué?

—La señora Fulton me está pagando por quedarme en su casa solo para vigilar.

—Bueno, pues tendrán que encontrar otra niñera —contestó—. Dios sabe que pueden permitirse a quien quieran. Quiero que usted se quede en su cabaña por si llama. No parece que vaya a hablar con nadie que no sea usted. Después de todo, es usted el elegido.

Lo miré y negué con la cabeza.

—Maven, con todo el tiempo que he estado aquí, ni siquiera me ha ofrecido una taza de café.

—Debe de haberlo pasado mal —dijo—. Estoy seguro de que ha oído que hago un estupendo café.

—Ya me voy —respondí—, si a usted le parece bien.

—Seguiremos en contacto —dijo.

—Una cosa más —añadí—. ¿Dónde encontró el cuerpo? ¿El de Vince Dorney?

—¿Qué quiere saber?

—Es solo por curiosidad —dije.

—No me gustan los detectives privados curiosos. Sobre todo porque estoy intentando resolver un par de asesinatos. McKnight, los detectives privados no se ocupan de los asesinatos. ¿O ha estado viendo usted demasiadas películas?

—No voy a entrometerme en sus asuntos —aclaré—; solo quiero saberlo. Tiene que admitir que estoy involucrado en esto.

—Supongo que lo habrá leído en los periódicos —respondió—. Lo encontramos detrás del Angelo's.

—¿Ese pequeño local al lado del canal?

—El mismo —confirmó—. Manténgase lejos de allí.

—Venga, jefe —dije—. ¿Por qué iba a ir?

—Lo digo en serio, McKnight. Manténgase totalmente apartado de allí.

—Usted es el mandamás, jefe. Nos vemos.

Cuando salí, me froté los ojos e inspiré profundamente aquel aire frío. Me metí en el camión y me senté un rato, esperando que todo cobrase sentido, pero no lo logré. Arranqué y me dirigí al restaurante Angelo's.

Hay un canal para producir energía hidroeléctrica que divide la ciudad. El restaurante Angelo's era una pequeña pizzería situada en la parte norte del canal justo antes del puente. En la puerta delantera había una señal que decía: «¡Cerrado temporalmente! Abriremos de nuevo en cuanto podamos». Pegué la nariz al cristal y miré adentro. No podía haber más de siete u ocho mesas. Vi un teléfono público en la pared del fondo. ¿Fue allí donde mi hombre misterioso vio al Gran Vince? Escúchame: hombre misterioso. Todavía no quiero llamarle Rose.

No puede ser Rose. No puede ser.

Di la vuelta para llegar a la parte trasera. Todo el callejón estaba acordonado con la típica cinta amarilla que delimita la escena del crimen. Había dos policías uniformados vigilando, bebiendo café. Esa mañana, todo el mundo bebía café menos yo.

—¿Puedo ayudarlo, caballero? —dijo uno de los policías.

Lo reconocí porque había estado en el motel. Era uno de los dos policías que apareció primero, antes de que llegara Maven. No conocía al otro hombre; probablemente fuese su nuevo socio después de que el otro renunciara.

—Soy Alex McKnight —me presenté—. La otra noche nos vimos en el motel.

—Ya me parecía que lo conocía —dijo.

—Solo estoy mirando —añadí—. Supongo que es aquí donde se encontró el cuerpo.

—Justo al lado de ese tonel —dijo. Señaló un gran barril de metal lleno de grasa. Todavía podía verse la sangre en el suelo—. Solo estamos esperando a que venga un compañero a recoger otra muestra.

—Creo que fue el cocinero quien lo encontró.

—Eso dicen.

—Ahora mismo no sabe el nombre, ¿verdad?

—No, no lo sé —contestó—. De todas formas, no estoy seguro de que al

jefe le guste que hable de ello.

—No se preocupe por el jefe —lo tranquilicé—. Él y yo somos viejos amigos.

—Ajá —dijo, sin demasiada convicción.

—Me preguntaba si alguien ha visto algo sospechoso esta noche. Una cara nueva en el restaurante o algo parecido.

—Tendrá que hablar con uno de los detectives sobre ese tema —respondió—, o con su viejo amigo el jefe.

—No hay problema —repuse—. Solo estaba pensando si podría hacerme un favor.

—¿Cuál?

—No le diga al jefe Maven que he estado aquí, ¿vale?

Cuando me fui, los dos se quedaron riéndose y moviendo la cabeza en señal de negación. Entré en el camión y me quedé un rato dentro, para pensar en lo que iba a hacer. Al final, crucé el puente que atravesaba el canal, por la zona comercial hasta la calle Three Mile. A la luz del día, la apariencia del motel Riverside no era mejor y tampoco estaba más próximo al río.

Comprobé que todavía estaba prohibido entrar en la habitación seis; la puerta estaba sellada con cinta amarilla. Pensé que eso no beneficiaba nada al negocio de aquel hombre. Lo encontré en la oficina, sentado a la mesa, viendo la televisión.

—Buenos días —dijo—. ¿Busca usted alojamiento?

Recordaba haberlo visto aquella noche fría con el pijama y las botas puestas.

—No, señor —repuse—. Me llamo Alex McKnight, soy investigador privado. Estuve... estuve aquí el sábado por la noche. Soy quien llamó a la policía.

—Ya —dijo.

Quitó el sonido de la televisión.

—No quiero molestarlo —proseguí—. Solo me preguntaba si había notado usted algo raro antes de esa noche. ¿Vio usted a alguien desconocido por aquí?

—Casi todo el mundo que viene por aquí es desconocido —contestó—. Esto es un motel. La única persona que he visto más de una vez fue el señor

Bing. Vivió aquí casi un año.

—Entiendo —dije—. Pero aquel día, ¿había alguien aquí que pareciera... fuera de lo común o fuera de lugar de alguna manera?

—Recibía visitas a todas horas —explicó—. Ya se lo dije a la policía. Sabía que era corredor de apuestas, pero aparte de eso, no era asunto mío. Me pagaba todas las semanas.

—Puede que esto le parezca raro —continué—, pero ¿ha visto usted por aquí últimamente a alguien con una gran peluca rubia? Quiero decir, un hombre.

—¿Un hombre con una peluca? ¿De qué habla? ¿Y por qué tengo que contestar más preguntas? Ya le he dicho todo a la policía.

—Ya lo sé, caballero. Sé lo difícil que debe de haber sido esto. Solo estoy investigando algo por motivos personales.

—No he visto a ningún hombre con ninguna peluca —dijo—, ni a ninguna mujer. —Volvió a poner el sonido a la televisión. Me di por enterado, se lo agradecí y me fui.

Antes de volver al camión, pasé por la puerta de la habitación seis. Me quedé de pie, imaginando cómo había ocurrido. Edwin dijo que la puerta no estaba cerrada con llave. Bing parecía recién salido del baño. ¿Estaba ya puesto el silenciador en el arma o lo puso allí sobre la marcha? Entra y le dispara en la cara. Saca el cuchillo, le corta la garganta de oreja a oreja. Miré hacia el suelo; habían limpiado toda la sangre. Me preguntaba qué aspecto tendría ahora la habitación. ¿Podrían haber quitado toda la sangre del suelo? ¿Se podría pasar a la habitación y que no se notase que allí habían matado a alguien? Intenté volver el picaporte; estaba cerrado con llave. Pensé volver a la oficina, a preguntarle al hombre si me podía abrir.

Entonces me di cuenta de que no, que no quería volver a ver la habitación. No quería volver a ver nunca más una habitación de motel.

Volví a la parte norte de la ciudad, y me pasé otra vez por Mariner's Tavern. Volvería a preguntar al camarero si se había acordado de algo de la noche en que Edwin se reunió allí con Tony Bing. Al menos eso es lo que me dije a mí mismo. Cuando llegué, estaba abierto y el camarero estaba allí, pero por supuesto no recordaba nada más. Volví a sentarme cerca de la ventana y a mirar en dirección a Canadá a través de las esclusas. Por fin, me tomé mi café

matutino con algo sólido que me permitiera seguir funcionando. Había sido otra noche larga y no parecía que, a corto plazo, mis noches fuesen a ser menos complicadas.

Lane Uttley estaba al teléfono cuando llegué a la oficina. Colgó en cuanto me vio.

—Por fin estás aquí —dijo—. ¡Por Dios bendito, entra y siéntate!

Me agarró por los dos brazos y me colocó en su silla de invitados. Era una silla más mullida que la del despacho de Maven.

—Edwin me llamó y me dijo lo que había pasado.

—¿De verdad te llamó Maven desde su cabaña?

—Sí, lo hizo.

—Edwin dijo que tenía algo que ver con un cuchillo. Eso es todo lo que sabía.

Uttley se sentó encima de su mesa mientras yo le contaba toda la historia. Cuando llegué a la parte de la carta que estaba en mi puerta, estalló.

—Por cierto, ¿qué demonios hacía él en tu cabaña?

—Dijo que me había llamado cuando encontró a Dorney detrás del restaurante. Yo no estaba allí, así que envió a un hombre a comprobar que todo estaba bien.

—Sí, estoy seguro de que él solo estaba buscándote —dijo—. Pero ¿me estás diciendo que él vio la carta antes de que tú lo hicieras?

—Sí.

—¿Tenía orden de registro?

—No —repuse—. Pero la carta no estaba en un sobre, sino pegada a mi puerta, a simple vista.

—Aun así, está mal —recalcó—. Y después, ¿te llevó a la comisaría para interrogarte?

—Fui voluntariamente —contesté—. Quería saber más sobre Rose. —Le conté el resto de la historia, el tiroteo, cómo cogimos finalmente a Rose, todo hasta la llamada de Maven.

—¿Me estás diciendo —preguntó— que Roy Maven llamó a la prisión esta mañana para ver si Rose estaba allí todavía?

—Eso es lo que hizo —contesté.

—Y estaba.

—Está allí —afirmé.

—Es increíble.

—Es una forma de decirlo.

—Alex, estoy preocupado por todo este tema de Maven. ¿Quieres que hable con él?

—¿Sobre qué?

—Para que no te moleste —explicó—. Ojalá me dejes al menos ir contigo la próxima vez a hablar con él.

—Maven es inofensivo —objeté—. Solo es un poli fanfarrón; he visto miles como él.

—Parece que está realmente encaprichado contigo, Alex. Lo vigilaré muy de cerca.

—No me preocupa Maven —dije—. Me preocupa Rose.

—Te refieres al tipo que se está haciendo pasar por Rose.

—Sí, a ese, sea el que sea —afirmé.

—No puede tratarse de Rose —opinó—. Tú mismo lo dijiste, está en la cárcel.

—Lo sé, es solo que...

—¿Qué, Alex?

—No sé —me rendí—. Es una sensación rara. ¿Hay algo más que podamos hacer? Averiguar quién es el que está realmente en la cárcel.

—¿De qué hablas? Maven llamó, ¿no?

—Sí, lo hizo, pero no sé, puede que alguien cometiera un error. Puede que el que creen que es Rose en realidad no lo sea.

—¿Qué? ¿Rose tiene un sustituto que está cumpliendo la condena por él?

—Sé que parece una locura —dije—. Es aquella nota..., algunas de las cosas que en ella decía...

—Bueno, ¿qué quieres que haga?

—¿Podemos presentar un recurso de hábeas corpus o algo así?

—Se presenta un recurso de hábeas corpus cuando se cree que alguien ha sido detenido ilegalmente —repuso—. No creo que se pueda presentar solo porque se quiera estar seguro de que el hombre es el que ellos dicen que es.

—Podemos ponernos en contacto con él, ¿verdad? ¿Podemos hablar por teléfono con él?

—Puede que sí —concedió—. Probablemente, él tenga que dar su beneplácito.

—¿Puedes intentarlo?

—Veré lo que puedo hacer —prometió—, si realmente quieres que lo haga.

—Sí, claro. Solo para asegurarnos.

—Creo que tendrías que irte a casa —dijo—. Tienes un aspecto horrible.

—Lo haré —aseguré—. Aunque creo que primero debería pasarme por casa de los Fulton. Dices que hablaste con Edwin, ¿cómo están?

—Solo están preocupados por ti. Anoche saliste corriendo de allí después de la llamada de Maven.

—Les pedí que consideraran la idea de marcharse de aquí por un tiempo. Ya sabes, ir hacia el sur del estado hasta que todo pase. ¿Crees que ayudaría algo que se lo dijese también tú?

—Ya se lo he dicho —afirmó.

—¿Y no se van?

—Se quedan, Alex. Creo que no quieren irse y dejarte aquí enfrentándote solo a esto.

—Eso es una locura —dije—. Ah, probablemente la señora Fulton confíe en que vaya otra vez a pasar allí la noche, pero tengo que estar en la cabaña. ¿Sabes de alguien más que pueda quedarse allí?

—No se me ocurre nadie en este momento.

—¿Y tu viejo investigador, Leon Prudell?

—Ah, Dios —exclamó—. Preferiría hacerlo yo mismo.

—¿Tienes un arma?

—En realidad sí la tengo —admitió—. Tengo una pequeña Beretta que está muy bien.

Me sorprendió escuchar eso. Nunca hubiera pensado que Lane Uttley tuviera un arma. Y de haberla tenido, me imaginaba que sería un arma italiana cara, de importación.

—¿Sabes disparar?

—He ido al campo de tiro un par de veces —aseguró—. No soy malo.

—Parece que estás tratando de convencerte —dije—. Podría ser peor. Es una casa bonita y la señora Fulton te hará la cena. Solo tienes que dormir en el sillón y mantenerte alerta.

—Y si aparece, ¿qué pasa? —dijo—. ¿Qué pasa si aparece por la casa?

—Es fácil —dije—: lo matas.

9

Era otra noche tranquila, en la que sorprendentemente no soplaba el viento típico de noviembre. Pensé que era mejor porque así, si aparecía, le oiría.

El policía se había quedado por allí a vigilar en su coche camuflado. Lo sentía por él: tenía que pasar toda la noche en el coche y me acordé de que yo tuve que hacer lo mismo en Detroit.

Enchufé el teléfono que me había dado Maven. Al entrar una llamada, se pondría en marcha un mecanismo de búsqueda de su procedencia y empezaría a funcionar la grabadora. Lo único que tenía que hacer era coger el teléfono y hablar. Si era el mismo tipo y quería saber mi opinión sobre su último asesinato, yo le seguiría la corriente para que me lo contara todo. Al menos, ese era el plan.

El policía me dio también un *walkie-talkie*. En cuanto se colocó en su puesto, situado en la misma curva de la carretera del transporte de madera, lo llamé.

—Le oigo alto y claro, señor McKnight —dijo—. Si aparece alguien, desde aquí lo veré. Pero si oye algo, dé un grito por este aparato.

—De acuerdo —respondí—. Espero que le estén pagando el doble por estas horas extras.

Corté la transmisión y puse el *walkie-talkie* y mi revólver en la mesa de al lado de mi cama. No podía hacer otra cosa que esperar.

Me tumbé en la cama a escuchar el silencio. Me pareció que había pasado mucho tiempo; miré el reloj. Ni siquiera eran las once. Sonó el teléfono. Me levanté y cogí el arma.

Tranquilo, Alex, por Dios.

Oí que el aparato del teléfono se ponía en funcionamiento de forma

automática. Localizaría el número incluso antes de que yo lo cogiera; ya había empezado a sonar, se oía el zumbido débil que hacía la cinta grabando.

Cogí el auricular.

—¿Sí?

—Alex, soy yo, Lane; estoy en casa de los Fulton. La cena ha sido estupenda; siento que no hayas podido estar. Tenía usted razón, la señora Fulton es una gran cocinera.

—Salúdala de mi parte —dije.

—Lo haré. Escucha, solo quería asegurarme de que todo iba bien por ahí. ¿Está todo preparado?

—Sí, lo está.

—Bien, de acuerdo. Entonces colgaré. Esto, por cierto, hoy he intentado llamar a la prisión. Tenían confinamiento en las celdas porque había algo de revuelo en la sección de Rose. Me dio la sensación de que ocurría una vez a la semana. En todo caso, no pude ponerme en contacto con Rose. Mañana lo intentaré otra vez.

—Vale, gracias —dije—. Te lo agradezco.

—De nada, Alex. Si pasa algo llámame, ¿de acuerdo?

—Vale.

—Quiero decir, por supuesto, primero llamas a la policía y luego a mí.

—Claro —asentí.

—De acuerdo. Me voy a vigilar el palacio. Mañana hablaré contigo.

Volví a tumbarme en la cama. Todavía tenía el arma en la mano; me quedé mirándola de cerca y comprobé que estaba cargada. Era exactamente igual que la que llevaba cuando era policía. Supongo que por eso la compró Uttley: creyó que yo estaría acostumbrado a un revólver de servicio. Pero al tenerla en mi mano pensé en algo. *¿Por qué no fui a por mi arma inmediatamente? Podía haber desenfundado a tiempo. ¿Me habría disparado entonces a mí primero? En ese caso, puede que yo estuviera muerto y Franklin todavía estuviera vivo. ¿Eso sería malo?*

El teléfono sonó otra vez. El aparato se puso en marcha. Otra búsqueda, otra grabación. Contesté.

—¿Señor McKnight? Soy Teodora Fulton.

—Señora Fulton —respondí—, ¿está todo bien por ahí?

—Sí, por el momento. Aunque he de decir que me sentiría mucho más segura si estuviera aquí.

—Estoy seguro de que estará usted bien —repuse—. Lane es un buen hombre.

—Es el abogado de Edwin, ¿no?

—Sí, lo es, señora.

—¿Permite que los abogados lleven armas?

—Sí... claro, por supuesto —dije—. ¿Por qué no?

—No me parece bien. Los abogados ya son peligrosos sin ir armados, ¿no le parece?

—Está usted ocurrente, señora Fulton.

—Por favor, perdóneme —se disculpó—. Solo necesitaba escuchar su voz y desearle las buenas noches, Alex... No crees que esa persona vaya a aparecer por aquí, ¿verdad?

—No —dije—. No lo creo.

—De acuerdo, Alex. Cuídese mucho. Buenas noches.

Anduve un poco por el interior de la cabaña, y me quedé mirando por cada una de las ventanas hacia fuera. Cogí el *walkie-talkie* y pulsé el botón.

—¿Está usted bien ahí fuera?

—Sin incidencias —respondió—. Voy a salir un momento del coche para cambiar el agua al canario, pero no se preocupe, voy con la radio en todo momento.

Cerré la transmisión y volví a poner la unidad sobre la mesa. Comprobé el arma otra vez. *Alex, te vas a volver rematadamente loco antes de que acabe la noche.*

Sonó el teléfono otra vez. Era casi medianoche. Lo cogí.

—Alex, soy yo, Edwin.

—¿Qué pasa?

—Nada —dijo—. Todo está bien. Solo quería saber qué tal estás.

—Edwin, por Dios bendito. Ya me ha llamado Uttley y después tu madre.

—Bromeas. No los he oído, estaba en el *jacuzzi*.

—Estoy bien, Edwin.

—Tienes que probar alguna vez este *jacuzzi* —añadió—. Es una buena ayuda para relajarse.

—En este momento no me puedo ni imaginar lo que significa estar relajado —repuse.

La verdad era que ya había probado el *jacuzzi*. Fue cuando pasé la noche allí con Sylvia; Edwin se había ido a Detroit para recibir no sé qué premio humanitario. Las demás veces que lo probé fueron momentos fugaces por la tarde o puede que alguna hora robada a la noche, cuando estábamos seguros de que él estaba en los casinos. El simple hecho de pensar en ello me hizo sentirme mal otra vez. Sí, era culpable. Pero también tuve la terrible sensación de comprender que lo haría otra vez si tuviera la oportunidad, y a la vez, la misma y terrible sensación de que ya no tendría la posibilidad.

Es eso exactamente en lo que tienes que pensar, Alex, mientras esperas a que venga a hacerte una visita un asesino. Ahora la nochecita ya está completa.

—¿Estás ahí todavía, Alex?

—Sí, perdona —respondí—. Supongo que tengo los nervios de punta.

—No me extraña. Ya te dejo; solo quería decirte que todos estamos pensando en ti.

—¿Estáis seguros de que no queréis volver a Grosse Point por un tiempo? —pregunté.

—Ni hablar, Alex; vas a tener que aguantarnos. Buenas noches.

Colgué el teléfono. Sylvia sería la próxima en llamar, ¿no? Simplemente para dar unas buenas noches rápidas y un «te odio a muerte». Y con ella ya habría hablado con todos los miembros de la casa.

No llamó. Al final me tumbé otra vez en la cama con la ropa puesta y apagué la luz. Sabía que si dejaba una luz dada me sentiría mejor, pero era mejor esperar en la oscuridad porque así podría verlo, y él a mí también.

Me quedé dormido, pensando otra vez en aquel día en Detroit. Dijera lo que dijera por la radio, no fue lo suficiente para que nos encontraran allí. Mis recuerdos pasaban del techo del apartamento al del hospital. Había un médico mirándome y alumbrándome el ojo con una linterna. Luego más oscuridad, y después llegaron otro médico y una enfermera.

Y mi mujer mirándome, mordiéndose el labio. Yo intentaba hablar, pero no podía; cerré los ojos. Cuando los volví a abrir, ella ya no estaba.

Y después creo que llegó un periodista a hacerme preguntas; y una

enfermera lo echó de allí.

No sé cuantos días estuve en la cama del hospital. Por fin pude fijar la vista poco más que un momento fugaz. Y poco después, pude levantar la cabeza. Sentí que tenía en el hombro derecho un grueso vendaje; vino un médico y se sentó en una silla cerca de mi cama.

—Señor McKnight —dijo—, ¿cómo está usted hoy?

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —pregunté—. ¿Qué ha pasado?

—Lleva seis días —respondió—. Le dispararon tres tiros.

—Mi socio —recordé—, Franklin.

—Ya había muerto cuando lo encontraron.

—Sí —dije. Dejé caer la cabeza sobre la almohada—. Eso pensaba.

—El funeral se celebró el domingo —me informó el médico.

—¿Y qué pasó con el hombre que me disparó, que nos disparó? ¿Lo cogieron?

—No —respondió.

—¿Fue el alcalde Young al funeral por Franklin?

—Sí, estuvo.

—Bien —asentí—. A Franklin siempre le cayó simpático el alcalde Young. Era una de las cosas por las que discutíamos.

—Señor McKnight, tengo que comunicarle lo que ha pasado. Solo pudimos extraerle dos balas.

—¿Dos? ¿Dónde está la tercera?

—Todavía la tiene dentro —dijo—. De hecho, está pegada al corazón. Parece que rebotó contra la clavícula y se detuvo justo al lado de la membrana del pericardio.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunté.

—Lo que quiere decir es que es usted una persona muy afortunada. Aunque ahora mismo, imagino que no lo cree.

—No, en realidad, no.

—Si la bala se hubiera desplazado medio milímetro, podría haber roto la membrana. El corazón podía haberse ahogado en su propia sangre.

—¿Por qué no pueden sacarla?

—Bueno, podríamos. Vamos a tener que planteárnoslo. Cuando le trajeron había perdido mucha sangre y nos llevó mucho tiempo estabilizarle.

Después, tuvimos que sacarle las otras dos balas. Una hizo una muesca en un pulmón y se paró en la escápula; y la otra se insertó en el músculo rotador. Me temo que ya no va a poder golpear más la pelota.

—Soy *catcher* —dije.

Levantó la mirada del informe.

—¿Perdone?

—No importa —me rendí—. Prosiga usted.

—No me gusta el sitio en el que está la tercera bala, señor McKnight. Está en una posición que nosotros llamamos retrocardíaca, en el mediastino inferior, lo que significa que está entre el corazón y la médula espinal. En ese momento, una operación entrañaría más riesgos que beneficios. Hemos decidido mantener un riguroso control, ir viendo cómo se encuentra. Por supuesto, si hubiera habido cualquier señal de peligro, ya habríamos hecho algo.

—¿Y ahora qué?

—Se lo crea o no, no parece que esa bala le esté produciendo daño alguno en estos momentos. No sería la primera vez que dejamos una a alguien en el cuerpo. Por ejemplo, cuando está incrustada profundamente en un músculo, normalmente pensamos que causaremos más daño accediendo a ella que dejándola.

—Pero esta está al lado del corazón —protesté.

—Sí —asintió—. Es poco corriente; como le dije, es usted afortunado por seguir vivo.

Yo, muy afortunado. Pues vale.

Cinco meses más tarde, todavía llevaba el brazo derecho en cabestrillo. Acababa de dejar la policía. Mi matrimonio no estaba acabado, ni mucho menos. Y entonces, van y cogen a Rose una noche en otro hospital del otro extremo de la ciudad. Mi oficial en jefe vino a casa y me recogió para llevarme a la comisaría. Tenían a cinco hombres en la sala de identificación. Varias veces me tocó estar en la otra parte del cristal mientras algún testigo observaba todas las caras. Ahora, yo era el testigo.

En el juicio me senté en el banquillo, señalé al hombre llamado Maximilian Rose que estaba sentado en la mesa de la defensa y dije: «es ese de ahí». Me miró con esos ojos penetrantes.

Lo declararon culpable y lo encarcelaron. Vi a los dos funcionarios que lo custodiaban sacarlo de la sala. Lo enviaron a prisión para el resto de su...

Un sonido. El teléfono.

El teléfono estaba sonando.

Me desperté y cogí el arma de la mesa. Mi corazón latía muy fuerte. El reloj marcaba las tres menos tres minutos.

El teléfono sonó otra vez; la máquina se puso en marcha y localizó la llamada. Pude ver el número en el visor.

Levanté el auricular. No oía nada.

—¿Hola? —dije.

Silencio.

—¿Está ahí?

Silencio.

—Diga algo —insistí.

Silencio.

—¡Maldita sea, diga algo!

Silencio.

—Dígame lo que hizo —le pedí—. Quiero escucharlo todo; dígamelo todo. —Silencio—. Maldito tío de mierda, ¿quién eres?

Colgó.

Estaba a punto lanzar el teléfono por los aires, pero me contuve. Cogí el *walkie-talkie*.

—Oiga —dije.

—Estoy aquí, McKnight. ¿Todo bien?

—Acaba de llamar.

Le di el número que aparecía en el aparato.

—Espere —contestó. Le oí marcar el número. Sabía que solo les llevaría unos segundos localizarlo, y en pocos minutos encontrarían el lugar desde donde se hizo la llamada. Algo dentro de mí me decía que la llamada se habría realizado desde un teléfono público. Dos coches patrulla irían corriendo al aparcamiento vacío de una gasolinera o un restaurante. El teléfono público estaría vacío, iluminado por una farola, y alrededor no habría ni un alma.

Pensé en lo que decía la nota. Por supuesto, no la tenía allí. No podía

mirarla para convencerme de que era de verdad. No podía leerla para intentar que todo tuviese sentido. ¿Qué decía? ¿Cuáles eran las palabras exactas?

No puede tratarse de Rose. No puede estar allí, está en la cárcel. No es posible que esté en ningún otro sitio.

La nota. ¿Qué decía? Algo sobre microondas, sobre el elegido, sobre que yo estaba disfrazado.

No le conté nunca nada a nadie.

No se lo dije a mi mujer. Ni al psiquiatra al que me envió el departamento. No le dije nunca nada a nadie.

Cuando dijo eso, solo había tres personas en esa habitación. Rose, Franklin y yo. Y Franklin está muerto.

10

Al día siguiente, pasé a ver a Maven. Tenía en su mesa la grabación del teléfono.

—Era una llamada hecha desde un teléfono público de la calle Ashmun —anunció—. Está a solo una manzana del lugar del segundo asesinato.

—No entiendo por qué no dijo nada —apunté.

Maven se frotó la barbilla.

—Es como si supiera que lo estaban grabando.

—¿Cómo lo iba a saber?

—Dígamelo usted.

Negué con la cabeza.

—Es usted único, jefe.

Cogió el trozo de papel y lo miró otra vez.

—Es raro que tuviera otras tres llamadas anoche. Todas están hechas desde el mismo número.

—El de los Fulton.

—Sí.

—¿Y qué?

—Solo que es raro —repitió.

—Me llamó Uttley, luego la señora Fulton y luego Edwin.

—¿Está el señor Uttley cuidando de ellos?

—No teníamos muchas más opciones, jefe —expliqué—. No me puedo mover de la cabaña ¿recuerda? Y usted no parecía muy dispuesto a poner allí un policía.

—Ah, estoy seguro de que están bien —aseveró.

—No le sigo —dije.

Sentí que comenzaba a arderme el estómago. ¿Cuánto tiempo tendría que seguir viendo a este cabrón todas las mañanas?

—Es su psicópata personal, McKnight. ¿Por qué iba a querer molestar a su amigo? En su nota dijo que le caía bien, ¿no?

Lo miré.

—¿Alguna vez me van a dar un café aquí?

—Puede que algún día, McKnight. La próxima vez que esté de buen humor.

Ya había tenido suficiente ración de Maven en una mañana, así que me fui. Mientras estaba en la ciudad, me pasé a ver el teléfono público. Todavía había allí un detective acabando su trabajo. Estaba esparciendo el polvo para buscar huellas dactilares. Todavía podían verse restos del polvo en el teléfono.

En la zona había una pequeña librería y al lado una tienda de regalos, pero no me imaginaba a nadie por allí a las tres de la mañana. E incluso si hubiese habido alguien, ¿se habrían dado cuenta de que había un hombre haciendo una llamada desde un teléfono público?

A lo mejor si el hombre llevara una gran peluca rubia...

El restaurante Angelo's estaba un poco más abajo en la misma calle, así que me acerqué para verlo otra vez. Todavía estaba desierto; di la vuelta por el callejón de atrás. La policía había limpiado el lugar bastante bien. Tuve que ponerme de rodillas con las manos apoyadas en el suelo, para poder apreciar el ligero residuo de sangre que quedaba en la base del barril de grasa.

¿Qué hacía yo allí? Estaba en un callejón pequeño y sucio, a cuatro patas como un perro, con unos pantalones que probablemente se me habrían estropeado ya. ¿Qué buscaba? Ni siquiera lo sabía. Todo lo que sabía era que esto de pasarme el día sentado preguntándome quién era esa persona y cuál sería su próximo paso me estaba volviendo loco.

Al volver a Paradise hice una llamada a los Fulton desde mi móvil. Estaban todos bien, aunque Uttley tenía tortícolis por haber dormido en el sillón. Me dijo que intentaría ponerse en contacto con la prisión otra vez, en cuanto llegara al despacho.

Me fui a casa, dormí un par de horas y después fui al Glasgow. Jackie era la única persona que había allí, pero casi mejor así.

—No te he visto desde hace un par de días —dijo mientras abría una cerveza canadiense para dármela. Dios le bendiga.

—Las cosas se están disparatando un poco —contesté.

—¿Has leído hoy el periódico? Ha habido otro asesinato en la ciudad.

Le quité el periódico. Su titular decía: «Un vecino asesinado al lado de un restaurante. Segundo asesinato en tres días». Leí la historia, pero no me aportó ninguna información que yo no conociese ya. Intentaron que Maven les dijera algo, pero él les dio el típico argumento de que la investigación estaba en una fase inicial y no podía decirles nada. La foto de Maven estaba en la segunda página; no era muy fotogénico.

—Qué coincidencia —dijo Jackie—. Esto... ¿no he leído algo que relacionaba a Edwin con el primer asesinato? ¿El del motel?

—Él encontró el cuerpo —dije.

Estaba a punto de contarle todo, él sabía escuchar, pero no lo hice. Me sentía demasiado cansado y confundido para volver a rememorarlo todo. *Puede que lo haga la próxima vez, pensé. Iremos a sentarnos en una mesa y le explicaré todo. Puede que él me ayude a encontrar algún sentido a todo esto.*

Volví a la cabaña y llamé a Uttley.

—Ha terminado el confinamiento en las celdas —anunció—. Hoy he podido hacerles llegar un mensaje.

—Estupendo, ¿y qué pasó?

—Bueno, no estaba seguro de qué debía decir. Simplemente les pedí que comprobaran que estaba Rose, que se aseguraran de que le hacían una foto.

—Quizá me acerque a hacerle una visita —dije.

—¿De verdad quieres ir hasta allí a verle?

—Puede que esa sea la única forma de saber si realmente es él —repuse.

No obstante, no podía pensar en estar en una habitación con él, incluso aunque entre nosotros hubiera un cristal reforzado de diez centímetros.

—Puedo intentarlo —dijo.

—Gracias —contesté—. ¿Te quedas esta noche otra vez en casa de los Fulton?

—La señora Fulton quiere que se quede alguien. Mientras se nieguen a irse, supongo que tendré que seguir quedándome con ellos.

—Estás haciendo una buena obra —dije.

Él se rio.

—Espera a que vean lo que les voy a cobrar.

Llegó la noche otra vez y con ella otra pequeña dosis de miedo. Me descubrí pensando en esas pastillas que había en la parte trasera del botiquín, pero no podía permitirme cogerlas. Tenía que estar preparado.

El mismo policía esperó toda la noche en el mismo lugar. Se llamaba Dave; tenía mujer y dos niños en casa. Lo sentía por él, porque tenía que pasarse toda la noche sentado en su coche. Esta vez le preparé café y un par de bocadillos; era lo menos que podía hacer.

Uttley pasó la noche en el sofá de los Fulton. Yo pasé la noche tumbado en la cama, mirando el teléfono cada cinco minutos. Me levanté unas cuantas veces y eché un vistazo al exterior.

No llamó, ni siquiera para oír mi voz. Ni siquiera para dejarme oír el silencio al otro lado del hilo telefónico. La noche transcurrió sin un solo ruido. No soplaba ni el viento.

Al día siguiente no tenía razón alguna para ir a ver a Maven, lo cual me dejaba dos opciones: podía aparecer a llevarle algunas margaritas al despacho o dedicarme a hacer lo que me apeteciera. Era una elección difícil, pero me quedé en casa.

Partí un poco de leña y la llevé a las demás cabañas. En mi primer viaje, paré en la curva de la carretera para ver el lugar en el que Dave pasaba las noches. Parecía que había elegido una zona de pinos tan espesa que apenas se podía distinguir la puerta de entrada.

Volví al montón de leña y acabé con mi tercer reparto. Me sentó bien utilizar el hacha, pero eso no hizo que olvidara mis problemas. Por el rabillo del ojo percibí algo que parecía pelo rubio, que resultó ser una hembra de gamo que miraba a través de la maleza. Tuve que quedarme apoyado sobre las dos manos, durante un minuto, en el bloque para cortar la leña antes de poder moverme de nuevo.

Llamé a Uttley al despacho.

—Parece que estás bastante hecho polvo —dijo.

—Y tú parece que estás al borde de un ataque de nervios —contesté—. Me preguntaba si sabías algo de la prisión.

—He hablado con ellos. El tipo iba a comprobarlo en persona, pero todavía no me han contestado.

—¿Les has dicho que quiero ir a verle?

—Alex —respondió—, este hombre te disparó. Tengo que decirte que el tío de la prisión cree que no es una buena idea intentar ir a visitarle.

—No te preocupes —lo tranquilicé—. ¿Qué me va a hacer estando en la prisión?

—Alex, es que es simplemente... malsano.

—Te diré lo que es malsano —dije—: alguien que va por ahí matando a la gente y escribiéndome mensajes de amor sobre ello.

—Pero, Alex, ese no puede ser Rose. Tú mismo lo sabes: un hombre no puede estar en dos sitios al mismo tiempo.

—¿Y si tiene un hermano gemelo?

—¿Qué? ¿Lo dices en serio?

—Solo era una idea —insistí—. ¿Y si su hermano gemelo está en prisión y el que está por aquí es el verdadero Rose?

—Si tuviera un hermano gemelo, ¿por qué haría...? No importa. Ni siquiera sé qué decir.

—Lo siento —me disculpé—. Sé que esto es una locura, pero tengo que empezar por algo.

—A ver si podemos encontrar alguna pista. El certificado de nacimiento, el historial escolar, lo que sea. Y en cuanto me contesten de la cárcel te lo diré, ¿vale?

—De acuerdo —dije—. Gracias por seguirme la corriente.

—Puede que sea esta noche —añadió—. Puede que aparezca en tu puerta de entrada.

—Eso espero —asentí—. Sé que suena raro, pero este es un asesino al que de verdad quiero ver.

Una noche más. Dave estaba en su coche; yo en la cabaña, esperando. ¿Cuánto tiempo tendría que seguir haciendo esto? Si este tipo quería torturarme, había encontrado la mejor forma: tenerme ahí plantado toda la noche.

Esa noche, el viento comenzó a soplar un poco, pero después se calmó de nuevo. En aquellas interminables horas, intenté no pensar demasiado en el pasado. No quería visualizar otra vez la muerte de Franklin. No quería ver de nuevo la mirada de Rose. Y por otro lado, ¿los ojos de quién más podía ver tumbado en la cama a las dos de la mañana, sintiendo el peso frío de mi arma?

Súbitamente, se vio una luz desplazarse por la pared. Faros.

Fui a coger el *walkie-talkie*, pulsé el botón y hablé con un murmullo ronco.

—Dave —dije—, es un coche.

Silencio.

—Dave. Oye.

Nada.

—¡Maldita sea, Dave! ¿Estás ahí?

No hubo respuesta. Afuera se oyó que se cerraba la puerta de un coche; después se oyeron pasos. Cogí el arma con las dos manos. Los pasos se detuvieron.

Di un paso hacia la puerta. El suelo crujió. Me paré.

No se oía ningún ruido, excepto mi respiración y el latido de mi corazón. ¿Qué hacía él ahí fuera?

¡Bang! El silencio se rompió. El corazón se me subió a la garganta. Llamaron a mi puerta con tal fuerza que parecía que se iba a hacer astillas. Recosté la espalda contra la pared para dejar la puerta libre. Seguramente, con la siguiente embestida se abriría de golpe. ¡Bang! Noté que el impacto hizo temblar toda la cabaña.

Y entonces, se oyó una voz bramando en la noche.

—¡McKnight!

Estaba ahí mismo en el umbral; casi podía sentir el calor de su aliento a

través de la puerta.

—¡Sal aquí, McKnight!

Rápidamente sopesé mis posibilidades. *Quédate ahí; espera a ver lo que hace ahora. ¿Tiro la puerta abajo y le sorprendo? ¿Y si va armado? ¿Estoy preparado para disparar?*

Maldita sea, ¿puedo dispararle esta vez?

Comprobé que el arma estaba preparada. *Está bien, loco de mierda. Ahí va esa. Ahora voy a abrir la puerta, y si te veo con un arma en la mano, te voy a disparar justo en el entrecejo. Tres, dos, uno.*

—¡Alto!

Otra voz. Afuera.

—¡Agáchese! ¡Ponga las manos sobre la cabeza! ¡Al suelo! ¡Venga!

Abrí la puerta. En el umbral había un hombre con la cara contra el suelo. Dave estaba de pie sobre él, con el arma en las manos.

—Señor McKnight, ¡baje el arma, por favor!

Me miré la mano: el arma estaba temblando. Apunté al suelo.

—¿Está usted bien?

—¿Qué?

—¿Está usted bien, señor McKnight?

—Sí —dije.

Miré al hombre que estaba en el suelo; estaba intentando respirar. No pude verle la cara.

—¿Dónde estaba usted? He intentado llamarlo por la radio.

Dave seguía apuntando al hombre con el arma.

—No lo he oído —dijo.

No perdí de vista al hombre que estaba en el suelo.

—Ya vienen refuerzos —anunció. Se dirigió al hombre—: Usted ni se mueva de aquí. No mueva un solo músculo.

El hombre protestó.

Me resultaba conocido ese pelo.

—Un momento —dije, agachándome para verle.

—Señor McKnight, no se acerque a él.

—Está bien, Dave —concedí.

Cogí al hombre por el pelo pelirrojo y lo levanté para verle la cara a la luz

de la entrada.

—Conozco a este hombre.

—Maldito seas, McKnight —masculló.

Estaba borracho.

—Dave —dije—, me gustaría presentarte a Leon Prudell.

—Debo de darle bastante miedo, McKnight —dijo. De su boca cayó un hilo fino de babas hasta el suelo—. ¿Se ha buscado protección policial por si aparecía yo?

—Efectivamente, Prudell. Me temía que utilizaría su mentón para contusionar mis nudillos otra vez.

Se llevaron a rastras a la comisaría a pasar la noche al pobre borracho de Prudell. A la mañana siguiente, todavía no sentía pena por él. Creí que se merecía al menos unas horas más con el jefe Maven.

Me pasé por el despacho de Uttley sobre las diez. Estaba acabando una buena sesión de llamadas de teléfono. Era la primera vez que yo recordaba haberlo visto con el pelo revuelto.

—No puedo aguantar esto mucho más tiempo —me dijo—. Todo está desmoronándose; estoy perdiendo clientes. ¿Te acuerdas de aquel tipo del aparcamiento de tráileres? Me hizo un par de llamadas que yo no contesté y fue a buscarse a otro.

—No tienes muy buen aspecto —dije.

—Espero que no sea tan malo como el tuyo —dijo.

—Puede que hoy quieras pasarte por la comisaría —dije—. Tienen a tu hombre, Prudell.

—Para nada es mi hombre —contestó Uttley—. ¿Qué ha hecho?

—Entró en mi cabaña anoche. Creo que quería que siguiéramos con la conversación de la semana pasada.

—Por Dios bendito —dijo—. ¿De verdad te culpa por haber perdido su trabajo?

—Él no tiene trabajo y yo sí —dije—. Eso es lo único que le preocupa.

—¡Qué zopenco! —dijo—. Así que supongo que ahora Maven cree que él es nuestro asesino, ¿no? ¿Por haber ido a tu cabaña anoche?

—Lo creyó solo durante unos cinco minutos —dije—. Ya se lo he explicado.

—Y entonces, ¿por qué sigue allí?

—Creo que simplemente se está desintoxicando —dije.

—Vale, déjale que se quede allí —dijo—. ¡Dios mío, qué burro es!

Nos estuvimos riendo un rato. Era ese tipo de risa que aparece cuando no has dormido durante días y te sientes muy nervioso.

—¿Qué sabemos hoy de Rose? —dije.

Tenía en la mano un bloc de papeles oficiales. Tardó un poco en fijar la mirada. Tenía los ojos rojos.

—Maximilian Rose, nacido en 1959.

Levantó la vista para mirarme.

—No tuvo ningún hermano gemelo. Condenado en 1984 a cadena perpetua, más doce años, sin posibilidad de libertad condicional. Ya te dije que ayer hablé con un funcionario del correccional. Me costó algún tiempo que entendiese nuestra situación.

—¿Tenía una foto? ¿Una foto o algo que se pudiera utilizar para identificarlo con seguridad?

—Sí, la tenía. Me dijo que fue personalmente a la celda de Rose y comprobó que estaba. Según él, el hombre de la celda era Maximilian Rose.

—Y ¿qué dijo de la petición de visitarle?

Uttley me miró y suspiró.

—Sí, ese tipo le hizo llegar la petición.

—¿Y?

—Rose se negó a ver a nadie.

—¿Qué? ¿Bromeas?

—Tiene derecho a hacerlo —explicó—. Si él no quiere, no está obligado a recibir visitas.

—Pero ¿no podemos obligarle?

—No, no podemos. Supongo que la policía sí puede.

—Estupendo —dije—. Estoy seguro de que a Maven le encantará la idea.

—No sé qué más puedo hacer.

—¿Puedo hablar con ese tipo? ¿El funcionario del correccional?

—Si de verdad quieres hacerlo —respondió—, parecía un buen hombre,

pero no sé si va a tener mucha paciencia con esta historia.

—No sé —dije—. Puede que simplemente tenga que olvidarme de ello. Es una locura, ¿no?

Uttley se sentó detrás de la mesa y miró al techo.

—Yo ya no sé lo que es una locura o lo que no lo es, Alex.

Pasé por el restaurante Angelo's otra vez. El dueño ya había abierto y estaba barriendo cuando entré y pedí un par de tostadas. Él estaba allí la noche del asesinato, pero no recordaba nada fuera de lo común. Me senté en una mesa pequeña, puede que en la misma silla que ocupó el asesino, el supuesto Rose, o como se llamara ese tipo. Pensé: *Vince Dorney estaba aquí; puede que estuviera allí en el baño, hablando por teléfono. Oye hablar a Dorney, cree oír algo sobre microondas. ¿No era eso lo que decía la nota? Decide que Dorney es malo, un hombre que hay que quitar de en medio. Pero ¿lo lleva él mismo hasta el callejón trasero?* El dueño del restaurante no tenía ninguna hipótesis sobre esto. Ni siquiera parecía tener demasiadas ganas de hablar de ello.

Un par de horas más tarde seguía en la ciudad, sentado en el capó de mi camión en la calle Portage, observando la gran extensión que ocupaba el lago Upper. Estuve ahí sentado un buen rato pensando en la noche anterior. Dave no me oyó llamarlo porque ni siquiera tenía la radio encendida. ¿Ni siquiera me di cuenta de que la unidad estaba apagada? ¿De que ni siquiera había corriente?

Y después, cuando Prudell estaba llamando a la puerta, la forma de agarrar esa arma... ¿Y si hubiera abierto la puerta antes de que llegara Dave? ¿Lo habría disparado? Además, en estos momentos, Prudell podría estar muerto. ¿Qué me estaba pasando?

Y ¿por qué, en el nombre de Dios, no quería verme Rose? No tiene ningún sentido. A menos que..., a menos que en realidad no sea Rose. El hombre tiene miedo de que me dé cuenta de que no es él si lo veo.

Escúchate, Alex, escucha lo que estás diciendo. Pero ¿qué otra explicación hay? ¿Rose es la única persona que podría haber escrito esa nota?

Déjalo, déjalo ya.

Vi cómo se iban formando nubes negras por el oeste. El viento, que comenzaba a arreciar, me golpeó en la cara e hizo que en mis ojos aparecieran lágrimas.

Al final, después de matar el tiempo dando unas cuantas vueltas conduciendo por ahí sin rumbo, fui al Glasgow a cenar. No quería volver todavía a la cabaña. Me aterrorizaba la idea de pasar otra larga noche allí.

Cuando llegué, Jackie estaba detrás de la barra.

—¿Qué demonios te ha pasado? —preguntó—. Tienes peor aspecto que yo, que ya es decir.

—Es una larga historia, Jackie. No voy a contártela hasta que me pongas una cerveza.

Me abrió una cerveza canadiense.

—Anoche vinieron un par de hombres preguntando por ti.

—Yo diría que uno de ellos era Leon Prudell.

—Sí, él llegó más tarde. Dijo que tenía que terminar un asunto contigo. Antes de que por fin se marchase, se bebió más de veinte dólares en güisqui. Sigo cobrándole de más, pero no parece darse cuenta.

—¿Quién más vino?

—El jefe de policía del Soo, ¿cómo se llama?

—¿Roy Maven?

—Sí, ese. Estuvo haciendo todo tipo de preguntas sobre ti. Ya sabes, cuándo vienes por aquí, con quién vas...

Levanté la botella.

—Por Roy Maven —brindé.

—Bueno, ¿me vas a decir lo que pasa o no?

—Que salga aquí tu maldito hijo para que podamos ir a sentarnos —pedí—. Esto nos va a llevar un tiempo.

Su hijo asomó la cabeza por la cocina. Tenía un teléfono en la mano.

—Eh, ¿está aquí el señor McKnight?

—Depende de quién le llame —dije.

—¿Conoce a una mujer que se llama Theodora Fulton? Por su voz parece que está dispuesta a matarle.

Salté del taburete y le quité el teléfono de la mano.

—¿Señora Fulton?

—Alex, Dios mío, ¿dónde ha estado? Llevo dos horas llamándole.

—Tranquila, señora Fulton. ¿Qué ocurre?

—Es Edwin.

Sentí como si me clavarán una aguja, terrible y fría, en las entrañas.

—¿Qué pasa con Edwin? ¿Qué ocurre?

—Sabía que esto ocurriría —dijo—. Tuve esa terrible sensación cuando me desperté esta mañana.

—Cuénteme, señora Fulton.

—Ha desaparecido —dijo—. Me dijo que volvería al poco rato, pero no ha vuelto. Alex, él...

Su voz se quebró un instante mientras intentaba vencer el pánico.

—Ha desaparecido, Alex. Edwin ha desaparecido.

11

Cuando llegué, la señora Fulton ya estaba de pie en la entrada. Me cogió por la parte delantera del abrigo y me metió en la casa.

—En el nombre de Dios, ¿por qué ha venido tan tarde? —dijo mientras me dirigía al sofá—. Hace veinte minutos que le llamé.

Ella no se sentó a mi lado, sino que se quedó de pie mirándome.

—He venido lo más rápido que he podido, señora Fulton. —No iba a decirle que solo había tardado quince minutos—. Por favor, tiene que decirme lo que ha pasado exactamente.

—Ha desaparecido —dijo—. Mi hijo ha desaparecido.

—¿Adónde se ha ido? ¿Cuándo se marchó?

—Fue sobre el mediodía. Dijo que necesitaba ir al despacho un rato y que volvería para cenar.

Miré mi reloj. Eran casi las siete.

—No es tan tarde —dije—; está empezando a anochecer.

—No, no —dijo—. Nunca llega tarde, Edwin nunca llega tarde a cenar. Tenía que haber estado aquí hace dos horas.

—Estoy seguro de que está bien —repuse—. ¿Le ha llamado al despacho?

—Por supuesto que lo he hecho.

Apretó su mano derecha y la cogió con la izquierda, friccionándola como si se estuviera preparando para darme un tortazo.

—Entonces, en estos momentos, probablemente esté de camino a casa.

—Lo llamé a las siete y media, ¿lo entiende? Ahora tendría que estar ya en casa.

Le cogí las manos y tiré de ella para que se sentara en el sofá.

—Por favor, señora Fulton. Estoy seguro de que hay una explicación razonable.

—No debería haberse ido —dijo—. Debería haberse quedado aquí. Es demasiado peligroso.

—No, señora Fulton, no. No puede usted pensar así.

—Tuvo una pelea con ella —dijo, tornando su voz hacia un tono frío—. Ella le gritaba. Les podía oír desde aquí abajo. Por eso tuvo que marcharse: tenía que salir de aquí.

—¿Tuvo una pelea con Sylvia?

—Sí —dijo ella—. Esa mujer hizo que se marchara.

—Bueno, eso explica por qué no ha vuelto todavía, ¿no?

—¿Qué quiere decir?

—Probablemente esté sentado en algún bar.

—¿Eso cree?

Por fin, en su voz se dibujó el primer atisbo de esperanza.

—Por supuesto —asentí—. En estos momentos está hablando con el camarero y le está contando todo. Ya sabe, tratando de entender a las mujeres. Todos lo hemos hecho.

Detrás de mí se oyó una voz que decía:

—Está en el casino.

Me di la vuelta y vi a Sylvia de pie.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Porque me dijo que iba a ir allí —respondió.

Era totalmente imposible descifrar la expresión de su cara. No sabía si estaba enfadada, o era engreída, o vete a saber qué.

—Por eso estábamos discutiendo.

La señora Fulton se quedó mirándola fijamente. Por primera vez, me di cuenta de lo que había entre ellas.

—Edwin me dijo que ya había dejado de jugar —dijo la señora Fulton.

—Se lo dijo a todo el mundo —dijo Sylvia—. Pero solo era una cuestión de tiempo; necesitaba su dosis. No pude detenerlo.

—¿En qué casino está? —inquirí.

—Empieza en un casino y cuando cree que su suerte está cambiando —prosiguió ella— se va a otro. Ya lo sabes, has ido ya otras veces y lo has

encontrado.

—Alex —dijo la señora Fulton—, ¿sabe cómo encontrarle? ¿Ya lo ha hecho antes?

—Sí —dije mirando a Sylvia.

Recordé la última vez que fui a buscarlo. Fue una noche de verano, igual de calurosa que todas las noches aquí en el lago. Sylvia quiso que pasara la noche allí, para aprovechar esa rara oportunidad de levantarnos juntos en la misma cama. Me había dicho que no volvería. «Sabes que estará fuera toda la noche». «Y si vuelve, ¿qué?». «Pues lo descubre. A lo mejor eso no está tan mal». Le dije que ya era hora de que acabásemos con esa historia. Y entonces, la noche que ya era cálida se volvió todavía más cálida.

—Por favor —dijo la señora Fulton—, vaya y encuentre a Edwin. Por favor, ¿lo hará?

—Sí —dije—. Iré y lo encontraré.

Uttley entró en la casa. ¿Por qué siempre aparecía unos minutos después de que fuera realmente necesario?

—¿Qué ocurre? —preguntó—. Alex, ¿tú no deberías estar en tu cabaña?

—Edwin ha desaparecido —dijo la señora Fulton—. Alex va a ir a buscarlo.

—De acuerdo —dije—. Está en uno de los casinos.

—Creí que había dicho...

—Lo sé —asentí—. Ha sufrido una pequeña recaída, es totalmente normal. Iré a buscarlo y después lo presionaremos todos hasta que admita que necesita ayuda para solucionar este problema.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Uttley.

—No, tú te quedas aquí —contesté—. A ver si consigues que la señora Fulton se tome un té o algo. No tardaré mucho, no hay muchos sitios en los que podría estar.

—A Maven no le va a gustar nada esto —dijo.

—A Maven no le gusta nada de lo que hago, así que no importa.

Al salir, cogí a Sylvia por el codo y tiré de ella hacia el vestíbulo.

—Maldita sea —susurré—. ¿Qué pasa contigo?

—Déjame —contestó.

Sus ojos verdes brillaron con tanto veneno como para haberme matado

siete veces, una detrás de otra.

—¿Por qué le dejaste que fuera a jugar?

—Te lo dije, intenté detenerle. ¿Y eso qué importa? Te da igual lo que le pase.

—¿Por qué estás aquí todavía? —pregunté—. ¿Por qué no le dices que quieres irte, que quieres volver a Grosse Point?

—No creo que en realidad quieras que me vaya —repuso.

—Ah, se trata de eso. ¿Le obligas a quedarse aquí porque crees que todavía tenemos una oportunidad? Porque si estás...

—Vamos, por favor —interrumpió—. Esto es tan patético y tan evidente... Está claro que el que se lo pierde eres tú.

—Lo que tú digas, Sylvia. Y ahora, si me perdonas, me voy a buscar a tu marido.

Me cogió por el brazo cuando me volví para irme.

—Alex —dijo en voz baja y sin alterarse, dejando que por un instante el odio desapareciese. Pude oler el perfume que llevaba; sabía que perduraría, que su aroma permanecería conmigo toda la noche—. ¿Qué pasa? ¿Por qué está ella tan disgustada porque Edwin se ha ido?

—No tengo tiempo de hablar de eso ahora —contesté.

—¿Está en peligro? Dime la verdad.

—Le prometí que lo traería de vuelta —respondí—, y lo voy a hacer.

—Tus promesas no significan nada —dijo sin mala intención, como si no fuera más que la pura verdad—. Lo sé por experiencia.

Primero me dirigí al Bay Mills Casino, el lugar favorito de Edwin para jugar al *blackjack*. De camino, llamé a Maven y, como no estaba, le dejé un mensaje diciéndole que no estaría en la cabaña durante un rato. Si realmente quería, podía dejar a un oficial apostado junto a mi teléfono porque Dave tenía llave. Por una noche podría hacerse pasar por mí.

Casi me alegré, al pensar en lo que le disgustaría descubrir que yo no estaba en casa. Estaba seguro de que Edwin estaba sentado en una mesa de *blackjack*, gastándose el dinero lo más rápido que podía. Ni siquiera sabía cómo se jugaba. Una vez le vi sacarle dos sietes a un crupier que tenía un

seis. No los sacó en dos veces; ni siquiera se quedó ahí, atacó con los catorce y se plantó. La mayoría de los jugadores compulsivos por lo menos se conceden a sí mismos la oportunidad de luchar de vez en cuando.

Estoy seguro de que era allí donde estaba, o en algún bar, como le dije a su madre. Sentía que me subía y me bajaba por la espalda una sensación de hormigueo, como si fuese terror acumulado: era todo producto de mi excesiva imaginación. Dios sabe que en ese momento estaba justificado.

El casino está en la reserva de Bay Mills, al norte de Brimley. No hay ninguna señal que lo identifique ni luces alrededor. El exterior es de cedro y el interior es todo de vigas de madera y con ventiladores en el techo. El aspecto no tiene nada que ver con el de un casino; no es como el de Las Vegas o el de Atlantic City, donde intentan deslumbrarte para que entres y te quedes. Lo único que es igual es el ruido con el que te topas nada más entrar. Las máquinas tragaperras, con esa música electrónica que suena a hueco; las monedas golpeando las bandejas de metal; una entrega de premio en algún lugar de la sala cada pocos segundos. La ruleta del *keno* gira y tabletea, cada vez más despacio, hasta que se para. Los crupieres avisan de todos los intercambios de dinero por fichas, los supervisores de mesa contestan. Mil voces, todas a la vez, suplican que su carta sea la correcta o que la ruleta gire hasta llegar a su número y lo puedan celebrar, o lo critiquen, si ganan o si pierden. Si uno se queda en mitad de la sala durante cinco minutos, ese ruido comienza a cobrar sentido, comienza a llamarte; te dice: «Esta es tu noche. Mientras estás en este salón nada te afecta, eres mejor que nadie, más listo, tienes más suerte. Te mereces ser un ganador».

Un tipo como Edwin lo tiene bastante difícil.

Había unas veinte mesas de *blackjack*, cada una de las cuales estaba atendida por un miembro de la tribu de Bay Mills, que repartía las cartas con precisión. No vi a Edwin en ninguna de ellas. Me acerqué a un supervisor de mesa, y le pregunté si había estado allí Edwin Fulton. Sabía que conocería el nombre.

—Acabo de llegar —respondió—. Déjeme que vaya a preguntar.

Mientras estaba preguntando, vi unas cuantas manos de *blackjack*. Los jugadores eran una extraña mezcla de gente procedente del sur del estado. Un hombre llevaba el tipo de ropa que ya no se lleva en los casinos: el abrigo

deportivo de poliéster azul, el anillo rosa, la corbata tan ancha como un babero para comer langostas. El que estaba a su lado parecía recién salido del bosque con los pantalones y la chaqueta naranja de rigor, y la licencia de caza cogida con un imperdible en la espalda. Ambos estaban poniendo sobre la mesa una inmensa cantidad de fichas y miraban fijamente las cartas, como si quisieran hipnotizarlas. Me preguntaba si aquí harían lo mismo que en Las Vegas, donde pulverizan en el aire una mayor cantidad de oxígeno para evitar que los que están apostando se cansen.

Reapareció el encargado de mesa.

—El señor Fulton ha estado aquí —anunció—. Se fue hace unas dos horas. Creo que dio un pequeño espectáculo al salir.

—Ah, fantástico —respondí—. Así que vosotros no le tirasteis por la ventana ni nada parecido, ¿verdad? Vamos, que no es que te eche la culpa.

—No sabría decirle. Como ya le he comentado, yo no estaba.

—¿Está Vinnie Leblanc? ¿Cielo Rojo? Lo siento, es que no sé cómo se hace llamar aquí, pero vive un poco más lejos que yo, por la misma carretera.

—¿Cielo Rojo? De ese sí va a tener noticias. No, creo que ha hecho un paréntesis para cenar y volverá pronto.

Di las gracias a aquel hombre y me marché. Cuando salí, inspiré profundamente en aquella fría noche; todavía estaba aturdido por los ruidos del casino. Noté una ráfaga de viento helado procedente del oeste que olía a lluvia.

Me apresuré a bajar por Six Mile Road hacia la ciudad, confiando en seguir sus pasos en las visitas a los casinos. Justo antes de llegar me sonó el móvil. Tuve el presentimiento de quién era; aun así, lo cogí.

—Señor McKnight, ¿qué demonios pasa con usted?

—Jefe Maven, qué sorpresa tan agradable.

—Se supone que tiene que estar en su cabaña.

—Y lo estaré, pero primero tengo que encontrar a Edwin.

—Maldita sea, McKnight, ¿es que estáis liados o qué?

—¿Le molestaría si fuese así, jefe? ¿Que ya estuviera comprometido?

—Que le jodan, McKnight.

—Que tenga usted también una buena noche, jefe.

Estaba frente al casino. Colgué antes de que me pudiera decir nada más.

El Kewadin Casino está en el mismo Sault St. Marie, en un pequeño terreno propiedad de la tribu Sault. Son chippewas como la tribu de los Bay Mills, pero son menos tradicionales y menos exigentes con su genealogía. Y aún lo son menos en la construcción de casinos. El Kewadin es enorme; tiene triángulos gigantes en la entrada que recuerdan a los tipis. Es visible desde una distancia de dieciséis kilómetros. Tiene un hotel de cuatro estrellas, espectáculos en directo todas las noches y toda la historia.

Miré mi reloj. Eran casi las nueve. Bueno, Edwin, tienes que estar por aquí en algún sitio. Te han pataleado el culo en otro sitio y en la ciudad no hay más locales de juego. Empecé a pasar por las filas de mesas de *blackjack*. Sabía que tenía que probar en todas, incluso en las de cinco dólares, porque le gustaba empezar por esas para ver cómo iban esa noche las cartas. Recuerdo que una vez le dije que de camino al casino tirara billetes de cinco dólares por la ventanilla del coche, porque el efecto sería el mismo.

No vi ni rastro de él. Eché un vistazo rápido por las mesas de las ruletas y las de *crap*. Algunas veces, por pura desesperación, lo intentaba allí cuando creía que su suerte necesitaba un empujoncito. No lo vi por ningún sitio.

No sabía qué hacer. Caminé de un lado a otro entre las dos salas principales, mirando otra vez las mesas de *blackjack*. Al llegar al juego de las carreras de caballos, me detuve para mirar unos minutos. Había más de veinte personas reunidas en torno a la mesa, una en cada silla, viendo a los caballitos mecánicos, cuyo tamaño no era mayor de cinco centímetros, dirigidos probablemente por imanes colocados bajo la mesa, dar la vuelta a la pista. Aun así, esta gente les gritaba como si estuvieran en el derby de Kentucky. Cualquiera otra noche, aquello me habría parecido divertidísimo.

Me metí en el camión y conduje de vuelta otra vez al Bay Mills Casino, confiando en poder ver a Vinnie esta vez. Lo encontré en una de las mesas de *blackjack* y me senté. La mujer que estaba a mi lado estaba jugando con un buen montón de fichas de cinco dólares. Su marido estaba de pie pegado a su hombro, evidentemente dispuesto a ofrecer su consejo de experto.

—Alex —dijo sin casi levantar la mirada de las cartas—, me alegro de verte. ¿Vienes a dejarnos sin blanca?

—No me gustaría destrozar este lugar —respondí—. Te quedarías sin trabajo. En realidad, solo estoy buscando a Edwin Fulton. El supervisor de

mesa me ha dicho que ha estado aquí sobre la hora de la cena. ¿Lo has visto?

Sonrió y dejó los ojos en blanco.

—Sí, lo he visto —dijo.

Le dio dos cartas a la mujer y esperó a ver qué decidía. Su marido se inclinó sobre ella y le dijo que cogiera una carta. Ella se lo quitó de encima como si fuera un mosquito.

—Se fue de aquí, serían... ¿sobre las seis?

—Parece lógico —respondió—. No era un hombre feliz. —La mujer dijo que se aseguraba y le dio las gracias. El marido alzó las manos al aire. Vinnie mostró sus cartas, robó hasta tener quince y se plantó. Igualó el número de fichas de la mujer, mientras su marido le daba masajes en los hombros.

—Alex, ¿vas a jugar una mano al menos mientras hablamos? Me vas a meter en líos.

Le pasé un billete de diez dólares.

—Dame dos fichas.

—No sé si podemos con tanto. Alex, voy a tener que llamar para que me traigan más fichas.

—Eres un indio muy gracioso —afirmé—. Dime lo que pasó.

—Lo de siempre —contó mientras repartía las cartas—. Perdió un montón, bebió un montón y se puso desagradable, así que lo echamos.

—Eso ya me lo habían dicho.

—Ya sabes, si no fuera porque ha perdido un buen montón de dinero, no creo que nunca más le dejaran entrar por la puerta.

—¿Tienes alguna idea de a dónde se fue? ¿Dijo si se iba a casa o algo?

—No lo sé. Le ofrecieron llamar a un taxi para que no tuviera que conducir, pero él dijo que tenía un chófer esperándole.

—No tiene chófer —dije.

—No creí que lo tuviera. Supuse que quería aparentar.

—De acuerdo, gracias, Vinnie.

—Hazle un favor, ¿vale? La próxima vez que quiera jugar al *blackjack*, lo encierras con llave en su habitación. ¿Quieres que te dé una carta o qué?

Doblé con un siete y un cuatro y saqué un diez para conseguir veintiuno.

—Parece que las cartas están a tu favor —dijo mientras me pagaba.

Le devolví las fichas. Tenía que salir a buscar a Edwin a donde se

encontrara. No podría dormir hasta que le encontrara, hasta que supiera que estaba seguro en casa con su maldita mujer, el lugar en el que debía estar.

—Lo has hecho bien —le dije a Vinnie mientras me levantaba—. Esta es mi noche de suerte.

12

Me senté en mi camión, que estaba en el aparcamiento del Bay Mills Casino, mirando las luces de un carguero anclado al otro lado de la bahía. Pensé: *debe de venir una tormenta fuerte. Están esperando a que descargue antes de hacer la última salida de la temporada.*

Por lo menos, tenían una razón para estar ahí sentados sin hacer nada, pero con una ligera idea del tiempo que tendrían que esperar, hasta que pudieran ponerse de nuevo en marcha.

Cogí el teléfono móvil, que en la oscuridad despedía una extraña luz verde. *Si llamo a su casa y está, podré dejar esto e irme a mi casa. No tendré que aguantar sus estupideces hasta mañana. Pero si le llamo y no está, acabaré poniendo más nerviosa a la señora Fulton.*

Por favor, Uttley, coge el teléfono. No lo cogió.

—Alex, ¿es usted? ¿Lo ha encontrado?

Era la señora Fulton.

—Todavía no, señora Fulton, pero ha estado aquí en el casino. Estoy seguro de que está bien.

—¿Dónde está ahora?

—Seguro que ahora mismo va de camino a casa —dije—. Voy a pasar por un par de sitios más, solo para asegurarme.

—Tengo un mal presentimiento, Alex —dijo—. Ya se lo he dicho, ¿no? Me gustaría que lo encontrase inmediatamente.

—No hay que preocuparse, señora Fulton —contesté—. ¿Puede pasarle el teléfono al señor Uttley, por favor?

—¿Por qué quiere hablar con él? —preguntó—. ¿Hay algo que no me haya contado?

—No, señora Fulton.

—Ha pasado algo, ¿verdad?

Su tono de voz perdía poco a poco ese carácter autoritario.

—No, señora Fulton, se lo juro, todo está bien. Solo quiero hablar un minuto con Lane.

—Alex, estoy aquí —entró la voz de Uttley—. ¿Qué pasa?

—Lane —contesté, aprovechando una pausa para calmarme—. La próxima vez, ¿podrías asegurarte de que coges tú el teléfono?

—Por supuesto, Alex. Lo siento, llegó antes que yo.

—Tienes el número de mi móvil, ¿verdad? Dame un toque si aparece por casa. Voy a comprobar un par de sitios más.

No me apetecía hacerlo, pero no tenía otra elección. Sabía que probablemente estaría en algún bar, compadeciéndose de sí mismo. Ese discurso de que iba a convertirse en un nuevo hombre, ¿cuánto duraría? ¿Siete días? *Tendría que dejarlo solo, pensé. Déjale que llegue arrastrándose a casa por la noche, y mañana dile que busque el teléfono de Jugadores Anónimos. Pero no lo puedo hacer porque le he prometido a la señora Fulton que lo encontraría.*

Y esa sensación. Ese cosquilleo subiéndome y bajándome por la espalda. Seguí deseando que desapareciera esa sensación, pero no lo conseguí.

Entré en los dos bares de Brimley, y después fui en dirección este, hacia el Soo. Paré en Mariner's Tavern. Sabía que ese había sido su bar cuando hacía apuestas con Tony Bing. Había bastantes clientes esa noche, pero no estaba Edwin.

En Sault Ste. Marie debe de haber como veinte bares. Fui a todos los que conocía; incluso encontré algunos nuevos. Primero buscaba su Mercedes plateado en los aparcamientos, y después echaba un vistazo rápido dentro por si había dejado el coche en algún otro sitio. Yo mismo lo hice en Detroit unas cuantas veces después de dejar la policía y de que mi mujer me dejara. Empezaba por un bar y me quedaba un rato tomando algo, hasta que ya no me apetecía quedarme allí y cambiaba a otro. Al final de la noche, iba andando en la oscuridad, limitándome a continuar hasta la siguiente luz brillante que había en la calle. A la mañana siguiente, tenía que ir a buscar mi coche.

Cuando ya había estado en todos los bares del Soo, fui de nuevo al Kewadin Casino y miré en todas las mesas. Pregunté a un par de supervisores de mesa si lo habían visto esa noche: no lo habían visto.

Tuve el presentimiento de que debía ir a St. Ignace para mirar en el casino que había allí. Se tardaba una hora en coche, pero por lo menos no estaría parado. Fui por la I-75; pasé al condado de Mackinac. Para entonces, ya era casi medianoche y no había demasiados coches en la carretera. Vi un coche con un ciervo atado en la parte de atrás cuyos ojos sin vida me miraron fijamente cuando pasé. En el asiento del copiloto se veía el resplandor de un cigarrillo.

Encontré el casino de St. Ignace, otro de la tribu de Sault. Iba parpadeando por la repentina claridad; miré en todas las mesas, me maldije por perder el tiempo con una idea tan absurda, volví al camión y me dirigí hacia el Soo. Otra hora de conducción; el viento comenzaba a soplar haciendo que la tormenta procedente del lago se acercase.

Dios, estoy tan cansado. ¿Por qué estoy haciendo esto?

Me escocían los ojos como si alguien me hubiera echado un saco de tierra en ellos. Sin embargo, tenía que encontrarlo, no solo por la señora Fulton, sino por mí mismo. Tenía que saber que estaba sano y salvo.

Sonó el teléfono; era Uttley.

—Alex —dijo—, ¿algún rastro de él?

—Todavía no —respondí—. Voy a seguir buscando. ¿Cómo está la señora Fulton?

—Creo que por fin es posible que se haya dormido. No, espera, creo que la oigo. Será mejor que me vaya. Buena suerte, Alex.

Probé en el Kewadin Casino otra vez. Estaba abierto toda la noche, así que él podía volver a entrar en cualquier momento. Esta vez yo tenía un aspecto raro; debía de parecer un perro callejero, que volvía una y otra vez a vagar por entre las mesas.

Los bares estaban a punto de cerrar, pero sabía que en Canadá había un par de sitios que seguían abiertos. Crucé el puente, pagué el peaje y me puse en la fila de la aduana. El hombre de la taquilla me hizo las preguntas habituales. «No, no llevo drogas ni armas de fuego en el coche. No voy a estar en Canadá más de una o dos horas». Antes de dejar que me fuera, me

preguntó si había estado bebiendo esa noche y le dije que no. Se quedó mirándome los ojos rojos como si quisiera convertir eso en un problema, pero al final me dejó pasar sin más.

Miré en todos los bares que encontré en Soo, Canadá. Allí no había casinos, pero sí unos cuantos locales de danza exótica; así los llamaban ellos. A mí las mujeres no me parecían exóticas, pero en ese momento no estaba de humor para eso.

Eran casi las tres cuando volví al puente otra vez. A mis pies veía la fundición Algoma Steel, con el fuego ardiendo incluso de noche. El viento estaba soplando más fuerte y una ráfaga golpeó el camión por los lados, por lo que por un momento pensé que iba a salir volando.

Fui una vez más al Kewadin Casino; era el único sitio que estaba abierto todavía. Ya quedaban menos personas, pero todavía había más gente jugando de lo que uno pudiera pensar. Por supuesto, en un casino no hay relojes ni ventanas: nada que te diga que llevas allí toda la noche tirando tu dinero.

Fui en dirección oeste; casi no podía mantener el camión en la carretera. Mis ojos se negaban a enfocar. Me obligué a parar en la reserva y mirar otra vez en el Bay Mills Casino. Vinnie había terminado su turno y se había ido a casa.

Y entonces hice un último gesto inútil: subí conduciendo a través de la reserva hasta el King's Club. Era un lugar minúsculo, con una sola sala con alguna máquina tragaperras. *Puede que ese sitio sea para él como tocar fondo, estar ahí de pie sin más, metiendo monedas de 25 centavos en una máquina tragaperras a las cuatro de la mañana.*

No estaba allí. No estaba en ningún sitio.

Me fui a casa porque todavía no podía mirar la cara de la señora Fulton. *Déjala dormir un par de horas más, suponiendo que haya podido dormir algo. Después de todo, puede que Edwin aparezca por sí solo. Cuando salga el sol, puede que esté en el sofá de su casa, envuelto en una manta y bebiendo chocolate caliente. En realidad, me gustaría verlo antes de acordarme de lo que me ha hecho pasar esta noche.*

Cuando estaba en mi cabaña, llamé a Dave por la radio y le pedí disculpas por haber perdido la mayor parte de la noche.

—No pasa nada —me contestó—. Ha sido otra noche tranquila. No ha

aparecido nadie, aunque ha llamado el jefe Maven. No está muy contento con usted.

—Dave, estoy demasiado cansado para nombrar todas las partes de su cuerpo por donde le pueden... Buenas noches.

Me quedé sentado en la cama. Antes de que pudiera pensar en luchar, ya me había dormido.

Sonó el teléfono. El sonido hizo que el corazón me diera un vuelco. Pensé: *Cuando todo esto pase, me voy a deshacer del teléfono para siempre. Si alguien quiere hablar conmigo, tendrá que venir a buscarme.*

Fuera ya había luz. Miré el reloj: eran las siete pasadas. Mientras el teléfono sonaba otra vez, me froté los ojos y miré la pantalla del teléfono. La llamada procedía de casa de los Fulton. Me encomendé a Dios para que fuera Edwin, que llamaba para pedir disculpas.

—¿Alex? Soy Lane.

Uttley se calló un momento. En la distancia se oía un ruido débil, como un cristal que se rompía al caer al suelo.

—No ha venido a casa.

—De acuerdo —dije—. Creo que deberíamos llamar a la policía.

—¿Encontraste anoche algún rastro de él?

—No. No desde que hablé contigo después de estar en el Bay Mills. Dijeron que había estado allí sobre la hora de la cena.

—Alex, estoy seguro de que hoy aparecerá —dijo—. Estoy seguro de que tenía que ir a dormirla a algún sitio.

—Eso espero —contesté—. Ahora ve a decírselo a la señora Fulton.

—Lo haré —asintió—. ¿Vas a llamar a la policía o quieres que lo haga yo?

—Puede que Dave todavía esté aquí —conjeturé—. Normalmente me llama por la radio antes de irse. Le diré que dé él el aviso. No me apetece hablar con Maven en este momento.

—¿Vas a venir por aquí?

—Sí —asentí—. Me lavo un poco y voy en cuanto pueda.

—Tómate tu tiempo, Alex. No vamos a ir a ningún sitio.

Mientras colgaba, pude oír gritos de fondo.

Conseguí hablar con Dave por la radio en el momento en que se estaba preparando para irse.

—Ahora mismo aviso —dijo—. No creo que en este caso se aplique la norma de las veinticuatro horas.

—Probablemente no sea nada —lo tranquilicé—, pero en estas circunstancias...

No sabía cómo terminar la frase.

—No se preocupe, señor McKnight. Lo encontraremos.

Corté la transmisión y me quedé sentado, mirando por la ventana unos minutos. Después me di una ducha caliente, me afeité y me puse ropa limpia. Volvía a sentirme casi persona. Me dije: *si anoche le pasó algo a Edwin, si él le cogió, Edwin me habría llamado para contármelo*. Tenía que creer en ello, tenía que aferrarme a esa esperanza.

Al volver a casa de los Fulton, paré en el Glasgow para tomar un café. Al entrar, vi que se iban formando nubes por el oeste. La tormenta no tardaría mucho en llegar.

Jackie salió de la cocina y me puso un café.

—Buenos días, Alex —saludó—. Pareces bastante agotado. Por cierto, ¿qué pasó anoche? Después de esa llamada saliste de aquí como loco.

—¡Ah! Edwin ha desaparecido —respondí—. Volvió a beber y se marchó a fundirse los fajos de billetes en los casinos otra vez. Probablemente esté demasiado avergonzado para aparecer.

Jackie negó con la cabeza.

—Ese cabrón... Si no fuera condenadamente rico, sentiría pena por él.

—No es tan malo, Jackie.

—Lo que tú digas, Alex.

Puso de nuevo la cafetera al fuego.

—Ah, y por cierto, alguien dejó una carta para ti.

Se me paró el corazón.

—¿Una carta?

—Estaba enrollada con cinta adhesiva a la puerta cuando llegué esta mañana.

—¿Cómo sabes que es para mí?

—Tiene tu nombre en el sobre, listo. La mayoría de la gente sabe que pasas aquí mucho tiempo. No fue una deducción mía.

—Jackie —dije intentando mantener la calma—, ¿dónde está?

—Vamos a ver —dijo.

Miró detrás de la barra.

—La puse en algún sitio.

—Jackie, esto podría ser importante.

—Tranquilo, Alex, sé que está aquí.

Miró entre un montón de papeles que había al lado de la caja.

—¿Dónde demonios la he puesto?

—Jackie, por favor, piensa.

Intenté tragar.

—Oh, por Dios bendito —exclamó.

Rebuscó en los bolsillos delanteros del delantal blanco.

—Aquí está.

Sacó un sobre y me lo puso delante. Había cuatro letras mayúsculas escritas a máquina en la parte de delante. «ALEX».

—Jackie —lo llamé. Noté que tenía la cara caliente; casi no podía respirar—. ¿Tienes un par de guantes de goma?

—Es posible —contestó—. En la cocina.

—Ve a por ellos, por favor.

Volvió y hurgó en la cocina, dejándome allí mirando fijamente el sobre. Por fin, volvió con un par de guantes de goma amarillos.

—¿Para qué los quieres?

—Tú dámelos.

Los cogí y me los puse.

—También necesito una bolsa de plástico.

Mi voz sonó como si no fuera mía.

—¿Qué pasa, Alex?

No dije nada. Abrí el sobre despacio y desdoblé el único trozo de papel que había.

ALEX

Me duele mucho ver que eriges una barrera en torno a ti, con

un policía escondido en los matorrales, como si fuera un gato esperando a un ratón. He tenido que preguntarme por qué estaba ocurriendo. Sabes que estoy aquí solo para servirte. ¿Cuántos más cepos tienes que todavía no haya visto? Durante dos días estuve triste, hasta que se me ocurrió que lo que pasaba era que te habían puesto en mi contra. Debí darme cuenta desde el principio de que él no es bueno para ti. Es como Judas, esperando poder traicionarte con el beso de la muerte antes de entregarte al enemigo. He decidido que una vez más tengo que ser un ratón listo y quitar de en medio al que te traiciona, no era tan fácil porque sabía quién era yo e intentó reunir a todas las fuerzas de la oscuridad para que lo ayudasen, pero yo era más fuerte y al final él no tuvo ninguna oportunidad. Ahora te he liberado de él y he encontrado una nueva forma de quitarlos de en medio sin dejar demasiada sangre. La sangre es la que envía las señales, no son las microondas. Ese es mi descubrimiento. Encima de él hay ahora demasiada agua fría; nunca más se le volverá a ver. Toda esa agua fría, Alex. Tú solo piensa en toda esa agua fría. Espero que esto te agrade. Creo que ahora me debes tu aprobación. ¿No crees? Creo que, por fin, es hora de que estemos juntos.

Siempre tuyo,

ROSE

Me obligué a poner la carta en la bolsa de plástico. Meforcé a pasar por detrás de la barra y coger el teléfono. Cuando contestó Maven, le dije dos cosas:

—Tengo otra nota suya. Venga al Glasgow Inn ahora mismo.

No pude decir más; no pude decir nada de Edwin. No podía ni siquiera pronunciar su nombre.

Salí a la calle para distanciarme de la nota, para respirar un poco de aire puro, ni siquiera sé para qué. Las primeras lágrimas de enfado aparecieron en mi rostro. En la distancia podía oír que se acercaba la tormenta agitando las

hojas en remolinos que se elevaban a gran altura.

No podía ver el lago entre los árboles, pero sabía que estaba ahí.

Toda esa agua fría.

13

Cuando llegó Maven todavía estaba en el aparcamiento. Había dejado de llover y de nuevo volvió a hacerlo; soplaban el viento del nordeste. Estaba ahí de pie sin más, dejando que el viento me golpeará como si fuera un perdigón.

—¿Dónde está? —preguntó Maven mientras cerraba la puerta de su coche de golpe.

—Dentro.

—¿La ha abierto?

—Sí —contesté.

Mi voz sonaba como si fuera la de otra persona.

—Sabe que es una prueba, McKnight. ¿Por qué demonios la ha abierto? Lo miré.

—Iba dirigida a mí —expliqué—. Quería leerla.

—Bueno, maldita sea, ¿por qué estamos aquí esperando, mojándonos? Se dirigió a la puerta.

—¿Va a entrar o no? —preguntó.

—No me necesita —contesté.

Negó con la cabeza y entró. Yo me quedé en el aparcamiento, con la mirada perdida. Sentí el frío recorrer todo mi cuerpo. Parecía que la bala que tenía en el interior de mi cuerpo empezaba a vibrar con el latido de mi corazón.

Al final, Maven volvió a salir. Tenía la bolsa de plástico en la mano con la carta dentro. Me miró, después miró la carta y luego volvió a mirarme a mí.

—McKnight —dijo—, cada día se vuelve usted más condenadamente tonto, ¿lo sabía?

No dije nada.

—¿Por qué coño no me lo dijo?

Me limité a mirarle. No podía comprender lo que estaba diciendo.

—Hace treinta minutos que podíamos haber tenido a toda la policía buscándole —dijo.

Oí que se abría y se cerraba la puerta principal del Glasgow detrás de nosotros. Maven siguió ahí de pie, mirándome fijamente a los ojos. Mientras él hablaba, vi cómo se formaba en su labio inferior una pequeña pompa de saliva.

—Está usted ahí de pie bajo la condenada lluvia, mientras su amigo está en el maldito fondo del lago, McKnight.

Seguí de pie sin moverme.

—¿Qué coño le pasa? —dijo—. ¿No le importa que en este momento su mejor amigo está dando de comer a los putos peces?

La saliva me salpicó a la cara mientras me daba un empujón en el hombro.

En ese momento, todo se derrumbó. Lo cogí por el cuello con ambas manos, apreté con todas mis fuerzas, con todo lo que tenía en mi interior. Si hubiera podido, le habría arrancado la cabeza del cuerpo.

Entonces apareció su rodilla y me dio en la ingle, y con la mano puesta en la parte trasera de mi brazo me echó al suelo. Me solté y empecé a intentar pegarle. En ese momento, Jackie me cogió.

—Alex, ¡por Dios bendito! —gritó mientras se sentaba encima de mí, con su delantal blanco todavía puesto.

—Quítate —le ordené.

—Tienes que ir a buscar a Fulton —contestó—. En este momento no necesitas que te detengan.

—Demasiado tarde —intervino Maven, frotándose el cuello—. Deberías habérselo dicho antes de que me atacara.

Jackie se quitó y tiró de mí para ponerme de pie.

—Maven, soy testigo de lo que ha pasado aquí. Primero le dio usted y él le respondió. Yo habría hecho lo mismo. Ahora, los dos, ¿vais a acabar con esta mierda y encontrar al tipo ese? Puede que todavía esté vivo, ¿se le ha ocurrido?

Maven volvió a su coche y sacó la radio. Yo me fui al camión.

—McKnight —oí que me llamaba—, ¿dónde cree que va?

—Voy a buscar a Edwin —contesté.

—Y una mierda. Vuelva aquí.

Ni siquiera me volví para verle mientras entraba en el camión y arrancaba levantando toda la gravilla. Por el retrovisor pude ver que tenía las manos alzadas.

Aceleré por la carretera principal en dirección a la autopista. Sabía que tenía que volver a la reserva, empezar por el Bay Mills Casino. Ese fue el último sitio en el que vieron a Edwin. Cogí el móvil y llamé a casa de los Fulton. *Por favor, contesta, Uttley. No dejes que lo coja la madre de Edwin.*

Contestó Uttley.

—Alex —dijo—, acabo de llamarte a la cabaña.

—Lane, escucha con mucha atención —contesté—. He recibido otra nota de... él. Rose, sea quien sea.

—Oh Dios.

—Ha cogido a Edwin, Lane. O por lo menos eso es lo que decía en la nota.

—No me lo puedo creer.

—Lane, tienes que inventarte una buena historia para contársela a la señora Fulton, hasta que descubramos si es cierto.

—¿Dónde estás?

—Voy de camino al casino —respondí.

—¿Has llamado a la policía?

Miré por el espejo retrovisor, en parte esperando ver el coche de Maven que aceleraba para cogerme.

—Sí, ya lo saben —dije.

—Ya voy para allá, Alex.

—Lane, no. Creo que es mejor que te quedes con la señora Fulton y con Sylvia.

—No puedo hacerlo, Alex. Tengo que ayudarte. Además, si me quedo aquí, la señora Fulton sabrá que pasa algo. Es como si pudiera leerme el pensamiento.

—De acuerdo, de acuerdo —accedí—. Nos vemos en el casino. Date

prisa.

Colgué y seguí conduciendo. Pensé en lo que había dicho Maven. *¿Por qué no le dije lo de Edwin cuando lo llamé? Tenía razón, podían haber empezado a buscarlo inmediatamente. ¿Por qué salí y me quedé parado escuchando el viento y las olas?*

Como en aquel apartamento, cuando Rose sacó el arma, me quedé parado. Soy condenadamente patético.

Me agarré al volante con fuerza hasta que los nudillos se me pusieron blancos. Por alguna razón, me acordé de Sylvia, del tacto de su piel, la última vez que estuvimos juntos, su forma de mirarme cuando yo observaba cómo caía su bata al suelo.

Dios, ayúdame. ¿Por qué estoy pensando en esto? Estoy perdiendo el juicio.

Cuando llegué al casino, vi coches de policía de Soo. Maven debía de haberles llamado desde su coche. La policía de la tribu estaba también allí, probablemente preguntándose qué hacía la policía de Soo en la reserva. Hacía solo unas dos horas que había estado allí, pero eso era cuando esperaba encontrar a Edwin tirando su dinero en las mesas de *blackjack*. Ahora, la luz de la mañana, atenuada por la lluvia, hacía que el casino tuviese una apariencia siniestra y fuera de lugar, como un manicomio.

Paré cerca de la entrada principal y entré. Puede que estuviese lleno hasta la mitad, incluso en una mañana tan triste como esa. En cuanto entré por la puerta, un oficial de Soo me salió al paso.

—Señor McKnight —dijo—, usted no debería estar aquí.

Reconocí al oficial; era el mismo hombre que vi en el motel y detrás del restaurante.

—Solo estoy tratando de ayudar —contesté—. Tenemos que encontrarlo.

—El jefe dijo que si lo veía, debía detenerle.

Lo cogí por los hombros.

—Vale, entonces no me ha visto, ¿de acuerdo? Por favor.

—Creo que debería irse a casa —sugirió—. Tenemos a todos los policías buscándolo.

—Sabe que conducía un Mercedes plateado, ¿verdad?

—Sí —asintió—. Y tenemos el número de matrícula.

—Vale —dije—. ¿Han encontrado algo aquí? Sé que anoche estuvo aquí sobre las seis. ¿Sabe algo más?

—Señor McKnight...

—Maldita sea, dígame —lo interrumpí—. ¿Han descubierto algo más?

—No —contestó—. Todos los que estuvieron aquí anoche se han ido a casa. Ahora mismo están llamando a algunos.

—De acuerdo —dije—. Sigán en ello. Yo voy a empezar a recorrer algunas carreteras para buscarlo.

—Usted ha sido oficial de policía, ¿verdad?

—Sí.

—Váyase —volvió a pedirme—. Yo no le he visto.

—Gracias —respondí.

Una vez fuera, busqué el aparcamiento principal. No había rastro de su coche. Di una vuelta por el edificio, mirando entre todos los coches del aparcamiento para empleados que había en la parte de atrás.

Cuando volví a mi coche, Uttley acababa de llegar con su BMW. Cuando salió del coche, estaba sin respiración, como si hubiera estado corriendo.

—Alex, Dios mío —dijo—, dime que esto ha sido solo un mal sueño.

—Voy a empezar a buscar su coche —contesté—. ¿Por qué no haces tú lo mismo? Nos repartiremos el trabajo.

—No, deja que vaya contigo —contestó—. Tengo un buen mapa; así podemos buscar de forma más minuciosa.

—Vale, entra —accedí.

Cogió el mapa y se metió en mi camión. Mientras salía del aparcamiento, lo miré. Cerró los ojos y movió la cabeza en señal de negación.

—¿Está bien la señora Fulton? —pregunté.

—En realidad, no —respondió—. Sabe que algo va mal.

—¿Y Sylvia?

—No sé —dijo—. No la vi cuando me fui. Creo que estaba en su habitación.

Intenté respirar. *Piensa, Alex, piensa en lo que vas a hacer.*

—El agua —propuse—. Vamos a empezar a buscar por las carreteras de la orilla; busca su coche.

—Sube por la reserva —indicó mientras desdoblaba su mapa—. Tenemos

que empezar en Lakeshore Drive.

Cuando llegamos a la orilla, empezamos a ver coches de la policía de Soo, algunos coches del estado e incluso alguno del condado. Parecía que Maven había llamado a todo el mundo.

El cielo estaba oscureciendo. La lluvia caía incluso con más fuerza.

Peinamos la zona desde Lakeshore Drive hasta Iriquois Point. Allí nos detuvimos en un pequeño aparcamiento desde el que se veía el faro. Intenté imaginarme a Edwin ahí sentado en su coche, mirando el agua. Intenté imaginarme la situación, pero su coche no estaba allí.

—Creo que tenemos que ir más lejos —sugerí.

—¿Qué? ¿Fuera de la ciudad?

—Solo es un presentimiento —expliqué—. Por aquí hay demasiada gente, incluso aunque sea tarde. Yo diría que él buscaba estar algo más aislado.

—Es lógico —dijo mientras orientaba el mapa—. Entonces vamos a seguir; recorreremos toda la zona que hay alrededor de la bahía.

Nos dirigimos hacia el oeste. Había muchas cabañas y casas de vacaciones con vistas al agua. Nos adelantó otro coche del estado.

—Por lo menos tenemos a todo el mundo buscando —comentó.

Miramos en los caminos de entrada y por entre los pinos en busca de algún rastro de su coche. No se oía nada excepto nuestra respiración, la lluvia y el rítmico sonido de los limpiaparabrisas.

—Es culpa mía —dije al final.

—¿Qué dices?

—Todo esto es culpa mía.

—No puedes pensar eso.

—Yo hice que se desplazara aquí.

—No —dijo.

Después nos quedamos callados.

Seguimos conduciendo y mirando. A medida que nos adentrábamos en el bosque, la arboleda se hacía más densa.

—Su coche tiene que estar por aquí en algún sitio —conjeturó Uttley.

—Por aquí no hay mucho que ver hasta que lleguemos a la carretera de Paradise —indiqué—. Quizá debamos ir allí y empezar...

—Espera, creo que he visto algo —dijo—. Vuelve a esa entrada.

Me paré en el arcén y di marcha atrás. Ambos nos quedamos mirando una cabaña pequeña. Al lado, había un coche plateado, pero no era un Mercedes.

—Perdona, falsa alarma —se excusó.

—Esto es imposible —contesté—. Nunca vamos a encontrar su coche. Incluso aunque lo hagamos... —No pude terminar la frase.

—Limítate a seguir —me ordenó mirándome a los ojos—. Sigue.

Seguimos por la carretera. En esa zona tan profunda del bosque no había muchos caminos de entrada. Al llegar a cada uno de ellos, reducíamos la marcha y, a continuación, acelerábamos hasta el siguiente.

No sé en cuántos caminos miramos; perdí por completo la noción del tiempo. Empezó a llover con más fuerza.

Al final, Uttley dijo:

—Alex, mira.

Había una cabaña que parecía cerrada para el invierno. Al lado había un coche de un agente del estado y al lado de este un Mercedes plateado.

—Ay, Alex.

Me dirigí con el camión a la entrada y aparqué al lado del coche del agente. Salimos para ver el Mercedes.

—Este es el coche de Edwin —confirmó Uttley.

Miramos por las ventanillas. No parecía que hubiera nada fuera de lo común.

—No está cerrado con llave —observé.

—Aun así no deberíamos tocarlo, ¿no?

Asentí con la cabeza. Todo mi cuerpo estaba entumecido.

—¿Dónde están los agentes? —preguntó.

El lugar estaba desierto.

—Vamos a ver —dije.

Fuimos por un sendero de tierra hasta la playa. En cuando nos acercamos al agua, vimos a los agentes. Estaban en un bote de remos; uno estaba inclinado como si estuviera mirando algo y el otro estaba mirando la lluvia, cubriéndose la cara con una mano y con una radio en la otra. Primero se oyó un débil crujido y a continuación, una voz que sonaba como metálica.

Corrí hacia la playa, pasando por encima de las piedras y poniendo todo

mi empeño en no caerme. Uttley iba detrás de mí. A medida que nos acercábamos al bote, los agentes nos miraban. Uno de ellos dijo:

—¿Quiénes son ustedes?

—¿Qué han encontrado? —pregunté.

—Tengo que saber cómo se llama, caballero —respondió.

—Soy Alex McKnight —dije—. Soy... —¿*Qué le digo?*— Soy amigo de Edwin Fulton. ¿Qué han encontrado? —Miré dentro del bote de remos.

—Por favor, caballero —dijo el agente—, no puede tocar nada.

—Lo sé —contesté—. Solo quiero...

Vi sangre en un lado del bote, que estaba mezclándose con la lluvia y convirtiéndose en un charco de color rosa pálido.

En dicho charco flotaba una única rosa roja que, movida por el viento, describía lentamente un círculo.

El segundo agente, el que estaba inclinado sobre el bote, miró al primero.

—Llámalos otra vez —dijo—. La lluvia está embarrándolo todo.

—Dijeron que ya estaban de camino.

—Maldita sea.

Me acerqué al bote, me subí encima y bajé la mirada para ver la sangre. Uttley estaba de pie detrás de mí cogiéndose el abrigo con ambas manos para cerrarlo y evitar que se moviera con el viento.

—Caballero —dijo el agente—. Tiene usted que quitarse de ahí encima.

No le hice caso, y seguí mirando el escámo. Me arrodillé y lo miré más de cerca. Intenté hablar, pero no podía.

Los agentes tenían que hacer algo al respecto. Tenían que recoger esta prueba antes de que el viento se la llevara.

Enrollados al escámo, había varios pelos rubios largos.

El pelo era grueso y áspero, como si fuera de una peluca rubia larga.

14

Cuando llegamos Uttley y yo, había dos policías en casa de los Fulton. Eran oficiales de Soo; nunca los había visto y por su forma de andar por la cocina, parecía evidente que lo que querían era estar en otro sitio. Cuando entramos Uttley y yo, uno de ellos nos miró de arriba abajo y dijo:

—¿Cuál de los dos es McKnight?

—Yo —contesté.

—El jefe Maven quiere que se quede aquí sin moverse, hasta que él llegue.

—Que le jodan —dije.

Estaba cansado, me ardía la cara del viento frío, pero no me importaba cómo me sentía ni lo que me haría Maven cuando me viera. Me daba igual todo.

—¿Dónde está todo el mundo? —dijo Uttley.

No había nadie excepto el policía. Había una escoba apoyada en la encimera de la cocina, cerca de un montón de vidrios rotos.

—La señora Fulton está en su habitación —anunció el policía—. Me refiero a la de mayor edad; la señora Fulton joven está fuera.

—¿Fuera? —dijo Uttley—. ¿De qué habla?

—Pues...

El policía miró a su compañero.

—Me temo que las señoras Fulton tuvieron una pequeña pelea cuando... Ya sabe, cuando supieron lo del señor Fulton.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Uttley—. ¿La han dejado salir?

Miró al gran ventanal que daba al lago. La lluvia estaba azotando con fuerza la ventana, como si pretendiera hacernos daño.

—No estaba de humor para escucharnos —explicó el policía—; no pudimos hacer nada. ¿Se llamaba usted...?

Su voz recobró el tono de policía mientras se apretaba el cinturón. Eso era lo último que necesitábamos en ese momento.

—Este es Lane Uttley —lo presenté—. Es el abogado de la familia, y si no salen ahora mismo a buscar a la señora Fulton, les va a quitar las placas.

—No me gusta ese tono de voz, señor McKnight.

—Tampoco le va a gustar que le dé una patada en el culo —contesté—. La mujer acaba de darse cuenta de que su marido está muerto y usted deja que salga ahí fuera a empaparse en esa lluvia heladora. Al menos, ¿llevaba abrigo?

El policía se me quedó mirando.

—Si no sale de aquí y la encuentra ahora mismo —proseguí—, juro por Dios que le voy a golpear tan fuerte que ni siquiera usted mismo va a poder reconocerse.

—Venga, Alex.

Uttley se interpuso entre nosotros.

—El jefe viene de camino —anunció el policía—. Puede usted hablar con él.

—Vamos a buscar a la madre de Edwin —respondió Uttley.

Me sacó de la cocina. Cuando los policías salieron, oímos que se cerraba la puerta detrás de nosotros.

Fuimos por la casa hacia el ala de invitados y nos paramos en la puerta de su habitación. Podíamos oír el débil sonido de sus sollozos. Uttley llamó a la puerta.

—¿Señora Fulton? Somos Lane y Alex.

Hubo un largo silencio y después se abrió la puerta. Parecía que la señora Fulton había envejecido diez años.

—¿Qué quieren? —preguntó con una voz cortante.

—Señora Fulton —dijo Uttley—, no sé qué decir, lo siento muchísimo.

Me miró.

—Y ¿qué pasa con usted? ¿Me va a decir también que lo sientes muchísimo?

—Señora Fulton... —empecé.

Me dio una bofetada con la mano abierta. Ni siquiera intenté detenerla.

—Se supone que tenía que protegerle —me espetó—. Era su responsabilidad.

No dije nada.

—Le odio —dijo mientras se le quebraba la voz—. Odio este sitio, siempre lo he odiado. Es frío, oscuro y está lleno de basura provinciana y de indios y..., ay Dios, Edwin, por favor. Esto no puede estar pasando.

Uttley la rodeó con sus brazos. Los dejé ahí en el vestíbulo.

Vi por la ventana que la lluvia había dejado paso a una llovizna constante. Sin embargo, el viento seguía soplando con la fuerza de un huracán y agitando la superficie del lago. Se podía ver que las olas golpeaban la orilla rocosa que había bajo la casa. Ya no era un lago; en un día así, no lo era. Era un mar, el tipo de mar que hace que los barcos naufraguen y arrastra a los hombres a la muerte. Y ahora Edwin estaba ahí fuera, en algún lugar en el fondo de toda esa agua fría. El estado dragaría el lago cerca de donde había aparecido el bote, pero sería inútil. Estas olas arrastrarían un cuerpo hasta lo más profundo y frío del lago Upper, donde estaba la tripulación del *Edmund Fitzgerald*. Los veintinueve hombres le darían la bienvenida.

Rose lo hizo; Rose mató a Edwin y después tiró el cuerpo al lago. Anoche el agua estaba bastante tranquila antes de que se formara la tormenta. Podría haberle metido más de dos kilómetros aguas adentro, incluso más, si sabía remar. Tiró el cuerpo por la borda levantándolo con esfuerzo, y lo vio hundirse. Después volvió remando a la orilla otra vez. Debía de estar muy oscuro. Puede que incluso hubiera empezado a llover. Tal vez el agua estuviera empezando a agitarse. Quizá le costara volver remando hasta la orilla, y sin embargo volvió. Lo sé porque leí su nota, vi el bote y la sangre y los cabellos rubios. De alguna manera, era él.

Y todavía anda por ahí.

Me froté la mejilla en la que me había abofeteado la señora Fulton, y miré a los dos oficiales de policía que estaban afuera. Habían dado la vuelta a la casa y ahora iban camino del sendero hasta la playa. Cuando llegaron a la playa se separaron y cada uno fue en una dirección.

Un minuto más tarde, vi venir a Sylvia por el lado opuesto de la casa. Comenzó a bajar por el sendero por el que se habían ido los policías y se

detuvo. Se volvió y se quedó mirándome, como si de repente se hubiera dado cuenta de que estaba ahí en la ventana mirándola. No llevaba abrigo, solo un jersey que estaba mojado y pegado al cuerpo; tenía el pelo alborotado por el viento y estaba temblando.

Estaba a punto de ir a por ella para ofrecerle mi abrigo e intentar convencerla de que entrara, pero algo me detuvo. En el nombre de Dios, ¿por qué no salía a por ella? No lo sabía, pero simplemente me quedé ahí de pie mirándola hasta que al final se volvió y siguió bajando por el sendero hacia el lago.

Dios, ayúdame. Todavía la quería, después de todo lo que ha pasado, todavía la quería.

—McKnight —dijo una voz detrás de mí.

Era la última voz en el mundo que me hubiera gustado oír. A continuación, noté que una mano tocaba mi hombro.

Me volví y vi a Maven. Tenía el pelo mojado y la cara roja por el viento. Pude distinguir en su cuello un par de señales que le había dejado cuando le agarré. A su lado había otro hombre, que parecía estar cortado por el mismo patrón. Era algo más joven que Maven, con algo más de pelo y un buen bigote, pero tenía esa misma mirada de policía hueso duro de roer, ese mismo aire de fanfarrón mascachicles ebrio de poder. Y estaba tan mojado y afectado por el azote del viento como Maven. Esperaba que en cualquier momento me dieran un golpe a dos bandas, pero en lugar de eso, Maven dijo:

—Alex, ¿cómo estás?

Miré primero al uno y luego al otro. No sabía qué decir.

—Escucha, Alex —siguió Maven—. Sé que es difícil para todos. Solo quería disculparme, en primer lugar por la... discusión que hemos tenido antes. Y quiero que sepas que siento mucho la pérdida de tu amigo. Este es el Detective Allen, de la policía del estado de Michigan.

—Señor McKnight —se presentó buscando mi mano—, siento tener que conocerlo en estas circunstancias.

Le di la mano. Todavía no sabía qué decir. No podía saber por qué me hablaba como un auténtico ser humano. *Debe de estar haciendo una representación para este tipo del estado*, pensé. Sin embargo, no podía imaginarme a Maven haciendo la pelota a alguien.

—El detective Allen ha estado intentando conseguir un par de botes para dragar el lago en la zona próxima a la escena del crimen, pero me temo que el tiempo no ayuda demasiado.

—Incluso aunque amainase —dijo el detective—, es usted consciente de que las posibilidades son remotas. Es un lago muy grande.

Asentí con la cabeza.

—En cualquier caso —afirmó el detective—, solo queríamos que supiera que ambos departamentos están ocupándose de este caso.

—¿Tiene el pelo? —pregunté—. ¿El del bote?

—¿El del escámo? Sí —asintió—; hemos tomado también algunas muestras de sangre. Aunque probablemente no sea muy difícil saber de quién es esa sangre.

—¿Le ha hablado Maven de Rose?

—Sí, ya estoy al corriente de la situación.

—Tenemos que hablar con él —dije—. Quiero decir, sea quien sea el que esté en la celda de esa cárcel. Puede conseguirlo, ¿verdad?

Vi que miraba fugazmente a Maven.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Hay algo que no me hayan dicho?

—Señor McKnight...

—Sabe algo de Rose, ¿verdad?

—Alex —siguió Maven—, nos gustaría que fuera a la comisaría con nosotros. Creo que tenemos que trabajar juntos para llegar al fondo de este asunto.

—Solo dígame lo que pasa —le pedí.

—Aquí no —respondió Maven—. Por favor, Alex.

Miró a su alrededor.

—No quiero molestar a nadie más. Por cierto, ¿dónde está la señora Fulton?

—Está acostada —contestó Uttley mientras entraba en la habitación—. ¿Qué pasa?

—Este es Lane Uttley —informó Maven al detective—. Es el abogado de los Fulton.

—Soy el detective Allen, de la policía estatal —dijo mientras le daba la mano a Uttley—. Solo estábamos comentando unos asuntos con el señor

McKnight.

Uttley miró a uno y otro, y luego a mí.

—¿De qué asuntos estaban hablando?

—Puede que tengan algún tipo de información sobre Rose —le conté—.

Quieren que vuelva a la comisaría para hablar de ello.

—Voy contigo —se ofreció.

—No —contesté—. Tienes que quedarte aquí, Lane. La señora Fulton necesita que te quedes aquí y Sylvia también.

Me volví y miré por la ventana.

—Sylvia está ahí fuera.

Lane se acercó a la ventana y miró.

—¿Dónde está?

—En la playa —respondí—. Va sin abrigo.

Mientras estábamos ahí de pie, volvieron a aparecer los dos policías de Soo. Subieron por el sendero hacia la casa, pero cuando nos vieron a los cuatro en la ventana, mirándolos, se detuvieron. Sentí un nudo en el estómago y me imaginé a Sylvia adentrándose en el agua fría, temblando, poniéndose de color azul. Por fin, la localicé andando por la orilla; iba justo detrás de los policías, pero ellos la ignoraban. Estaban ahí de pie viéndonos a nosotros mirarlos.

—Por Dios bendito, Lane —dije—. ¿Vas a salir afuera y a traerla aquí?

—¿Por qué no vamos los dos a por ella? —sugirió.

—Ve tú —contesté—. Yo tengo que ir a la comisaría.

Miró a Maven y a Allen. Ya iban camino de la puerta.

—Alex, algo no va bien.

—Solo vamos a hablar de Rose —expliqué—. No te preocupes por mí.

Negó con la cabeza.

—Lláname cuando acabes, Alex.

Salí con los dos hombres.

—Les seguiré con el camión —dije.

Se miraron el uno al otro. Esa mirada debería haberme indicado algo.

—¿Por qué no viene con nosotros? —preguntó Allen.

—Si lo hiciera, yo estaría allí y mi camión aquí —respondí—. Continúen, yo iré detrás.

—El señor Uttley se puede encargar de eso, ¿no? —propuso Maven—. Su coche está en la parte de atrás del casino, ¿no? Él puede llevar su camión a la ciudad y después pueden ir a recoger su coche.

No me apetecía discutir sobre ello, así que simplemente lancé mis llaves al asiento delantero del camión y me metí en la parte de atrás del coche de Maven.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que vi la parte trasera de un coche de policía. Por el camino, me senté, metí los dedos por los agujeros del armazón de metal y les miré.

—Bueno, ¿qué pasa con Rose? —Fui directo al grano.

Maven se limitó a mirarme con desdén y siguió conduciendo.

—Vamos, díganme lo que pasa —insistí.

—Hablaemos en la comisaría —respondió.

Me costó, pero por fin me percaté de la situación. Me estaban engañando.

—Maven, ¿qué coño cree que está haciendo? —pregunté.

—Por favor, señor McKnight —dijo Allen volviendo la cabeza para mirarme—, límitese a relajarse. Todos estaremos más cómodos en la comisaría.

Volví a sentarme. Después de todo lo que había ocurrido en las últimas veinticuatro horas, esto no tenía ningún sentido. *Seguramente no creen que tenga nada que ver con lo que le pasó a Edwin*, pensé. No me arrestaron, no me leyeron mis derechos.

Miré por la ventana hacia los pinos. *Edwin está muerto*. Metí un dedo por un agujero del asiento, una quemadura que alguien había hecho con un cigarrillo.

Cuando llegamos a la comisaría, intenté abrir la puerta de atrás. Por supuesto, no se abrió: había olvidado que, en los coches de policía, las puertas de atrás no se abren desde dentro. Esperé a que Maven me abriera.

—Venga, Alex, entra —me invitó—. Por aquí.

—Conozco el camino —contesté.

Sin embargo, en vez de llevarme a su despacho, me llevó a una sala de interrogatorios en la que había una mesa en el centro con cuatro sillas, otra mesa pegada a la pared con una cafetera y una pequeña nevera. Un mapa que había en la pared mostraba los diferentes tipos de peces que había en los

lagos interiores.

—Aquí tendremos más espacio —dijo—. Siéntese.

—¿Va a decirme alguien lo que pasa?

—Claro, Alex —respondió Allen—. Por favor, siéntese.

Me acercó una silla.

—¿Cómo decía que le gustaba el café? —dijo Maven—. ¿Con una porción de azúcar y sin leche?

Me senté.

—Sí —contesté—. Eso es.

Por fin me va a hacer un café. Esto se está poniendo mal por momentos.

Echó el café en una taza, me la puso delante y se sentó enfrente de mí, al lado de Allen. Miraba al uno y luego al otro, mientras del café salía una voluta de vapor.

—Señor McKnight —dijo el detective Allen—, hágale de ese hombre llamado Rose.

—Creía que me había dicho que Maven le había contado todo sobre él —contesté.

—Quiero que me lo cuente usted —insistió—. El jefe Maven podría haberse olvidado de algo.

Volví a contarle toda la historia, empezando por el hospital en Detroit, el apartamento de Rose, el arma, el tiroteo. Le conté cómo desapareció Rose, cómo nunca me imaginé que volvería a saber de él, hasta que comenzaron a llegar las llamadas de teléfono y las notas.

—Estas notas —observó Allen—. Todas parecen haber sido escritas con la misma máquina.

—Tiene sentido —respondí.

—¿Por qué dice eso?

—Porque las escribió el mismo hombre.

—Sí —asintió—, por supuesto.

—¿Adónde quiere llegar?

—Solo estaba pensando en voz alta —dijo Allen—. Hablemos de los muertos, es decir, de los dos primeros.

Maven se limitaba a estar ahí sentado, observándome.

—No los conocía.

—Tony Bing, un corredor de apuestas de la zona —empezó Allen—. Su amigo Edwin lo encontró en su habitación de motel.

—Sí —respondí.

—Tengo entendido que lo llamó a usted, antes que a la policía.

—Sí.

—En realidad, usted estaba en el lugar de los hechos antes de que llegara la policía.

—Sí.

—Eso me parece bastante raro —concluyó.

—Fue raro —convine—. Edwin hizo algo extraño.

—Algo muy raro —asintió—. ¿No diría usted que es raro, jefe Maven?

—En ese momento fue raro —dijo Maven— y ahora todavía lo es.

—El siguiente fue, ¿cómo se llamaba?

Ambos me miraron.

—Dorney —dije—, Vince Dorney. Al menos eso es lo que me dijo el jefe.

—Sí, eso es, Vince Dorney. Otro individuo de por aquí, según me han dicho. En realidad, creo que el señor Dorney era famoso porque él mismo hacía algunas apuestas, ¿no?

Ambos me miraron otra vez.

—No sé nada sobre él —dije.

—Es algo raro también —observó Allen—. Aquí tenemos a otro corredor de apuestas que acaba muerto.

—Otra cosa rara —remachó Maven.

—A su señor Rose parecen disgustarle especialmente los corredores de apuestas, señor McKnight. Es raro; no he visto que en sus notas haga ninguna mención en este sentido.

Pude notar cómo el sudor comenzaba a caerme por la espalda. Ambos tenían los antebrazos sobre la mesa y al cambiarse de sitio, su peso hizo que el café salpicara fuera de la taza.

—No me gusta a dónde quiere llegar —dije—. Hay un maníaco homicida que ha estado aterrorizándome la última semana. Hay tres hombres muertos, incluido el hombre más inofensivo que nunca he conocido, y en lugar de intentar encontrar a ese tipo, todo lo que hacen ustedes es sentarse ahí a

interrogarme como si fuera su principal sospechoso.

—Solo estamos manteniendo una conversación —respondió Maven—. Aunque podemos hacer una llamada a su hombre, Uttley, si de verdad quiere que lo hagamos. Es decir, si cree usted que necesita un abogado.

—No necesito un abogado, Maven. Lo que necesito es que usted comience a hacer su puto trabajo.

—Bueno, señor McKnight —dijo Allen—. ¿Es necesario utilizar ese tipo de lenguaje?

—Ustedes dos ni siquiera están haciendo bien su trabajo —proseguí—. Se supone que hay que ser un buen policía, o un mal policía, no un policía imbécil o un policía gilipollas.

—Siga, McKnight —intervino Maven—. Siga por ahí.

—Si no sale ahí fuera y empieza a buscar a ese tipo, juro por Dios, Maven...

—¿Que jura qué, McKnight? ¿Jura que otra vez intentará ahogarme hasta matarme?

Cogí la taza y la tiré. Dio en el mapa de los peces y estalló, dejando una gran mancha marrón por todo el condado. Maven y Allen se limitaban a mirarme sin pestañear.

—Caramba, caramba —dijo finalmente Allen—. Su hombre tiene genio.

—Fue jugador de béisbol —indicó Maven—. ¿Se lo había dicho?

—No, no me lo había dicho.

—Supongo que entonces su brazo era más fuerte.

—Eso espero; ese tiro ha sido flojo.

—No llegó a jugar en las ligas de mayor nivel —comentó Maven.

—Es una pena —afirmó Allen.

—En su lugar, se metió a policía.

—Eso tenía entendido.

—No llegó a hacerse detective —siguió Maven—. En realidad, tuvo que dejar la policía después del incidente de Rose.

—Otro fracaso que afrontar —observó Allen—. Duele pensar en ello.

—Bueno, esto es lo que creo que pasó, detective Allen, si es que le interesa oírlo.

—Por supuesto, señor Maven. Haga el favor de proceder.

—No es ningún secreto que Edwin Fulton tenía problemas con el juego. De hecho, más de una vez tuvieron que sacarlo de la reserva. Estoy pensando que puede que se metiera en problemas con estos corredores de apuestas.

—Pero creía que Fulton era un hombre rico —dijo Allen.

—Bastante —asintió Maven—. Pero ya sabes lo enfadados que pueden llegar a estar cuando te ponen las garras encima. Puede que lo vieran como una presa fácil.

—Buena observación.

—Entonces el señor Fulton pregunta a su amigo, el señor McKnight, si puede ayudarlo con este problema. Incluso puede que el propio señor McKnight debiera dinero a estos tipos.

—Podría ser, podría ser.

—El señor McKnight decide que solo hay una forma de eliminar el problema y es eliminar a los dos corredores de apuestas.

—A mí me parece demasiado radical.

—Radical, sí —asintió Maven—. Pero a veces, hemos visto matar a hombres por cuestiones mucho más nimias. Y en este caso, el señor McKnight tiene el plan perfecto. Él mismo se habría escrito esas notas para que pareciera que este hombre, Rose, había vuelto para perseguirle.

—Muy original, pero ¿todo esto solo para quitarse de en medio a un par de corredores de apuestas?

—Podría haber algo más —añadió Maven—. Puede que todo este tema de Rose ayudara a satisfacer algún tipo de antojo, algún tipo de enfermedad. Debe de haber sido duro vivir estos años sabiendo que, cuando realmente fue necesario, se quedó paralizado y acabaron matando a su compañero.

—Debe de ser un infierno vivir así —dijo Allen.

—Por supuesto, solo es una teoría, pero explicaría muchas cosas. Como, por ejemplo, por qué dejó de recibir llamadas cuando empezamos a controlar el teléfono.

—Y entonces, ¿qué pasó con el señor Fulton? ¿Qué le pasó?

—Ah, esa es la parte interesante —respondió Maven—. Después de que el señor McKnight matara a los dos corredores de apuestas, se le ocurrió esto. Pudo ocurrírsele en ese mismo momento o haber planeado todo con antelación.

—¿Quiere decir que el señor McKnight mató al señor Fulton?

—Recuerde que esa noche no estaba en su cabaña: estaba fuera buscándolo. O eso es lo que él dijo. Y todas las demás noches en las que estuvo el oficial, no pasó nada. La única noche que sale es en la que matan a Fulton. Y en esta ocasión, hunde el cuerpo en el lago. Supongo que ya se habían deshecho del arma, por lo que no quería que se encontrara el cuerpo. Así, no parecería descabellado que le hubiera matado otra persona.

—Fue un buen detalle poner la rosa en el bote, y los pelos rubios.

—Apúntale un tanto por eso.

—¡Ah!, detective Allen, me sorprende que tenga que hacer esta pregunta. ¿Por qué razón puede alguien querer matar a su mejor amigo?

—Por supuesto —respondió Allen—. Mata a su mejor amigo para quedarse con su mujer.

Ya había oído bastante.

—Si ya han terminado —intervine—, creo que me voy. Bueno, a menos que tengan una buena razón para que me quede.

—No podemos retenerle aquí —contestó Maven—. Todavía no podemos acusarlo.

—Entonces, ¿por qué me dice todo esto?

—Todos esos años en la policía —exclamó Maven—, y nunca ha visto machacar a un sospechoso.

—No llegó a ser detective —informó Allen—. Nunca llegó a aprender estas cosas.

—Apúntese uno —dijo Maven—. Nunca le han puesto una multa por pasarse de tiempo en un aparcamiento.

—Dígale como funciona esto, jefe.

—Algunas veces, cuando sabes que un sospechoso es culpable —explicó Maven—, pero no tienes pruebas suficientes, le coges y le cuentas con todo detalle lo que ha pasado.

—Le dices que sabes que lo hizo él —dijo Allen—, y que sabes que se va delatar a sí mismo.

»Le dices que vas a estar vigilándolo.

»Le dices que es solo cuestión de tiempo.

—Pero solo lo presionas si sabes que va a venirse abajo —siguió Maven.

—Si no —dijo Allen—, pierdes el tiempo.

—No creo que hoy estemos perdiendo el tiempo, McKnight.

—Veo el miedo en sus ojos —añadió Allen.

Ambos se inclinaron para mirarme. Estaban a tan poca distancia como para poder percibir el olor a puros y a loción para el afeitado.

—¿Lo ve, jefe Maven? ¿Ve el miedo?

—Sí, claro que lo veo, detective Allen. Lo veo en todo su cuerpo.

—¿Sabe cómo caza un búho, señor McKnight? —preguntó Allen.

Estuvieron ahí sentados durante un momento. Yo no dije nada.

—El escucha, espera.

—Mientras no se mueva —dijo Maven—, está usted a salvo.

—Pero en cuanto se mueva —añadió Allen—, él le oirá.

—Quiere quedarse quieto, McKnight, pero no puede.

—Sabe que el búho está ahí, esperando.

—Tiene que correr, McKnight. No puede evitarlo.

—Está demasiado asustado para no correr.

—En ese momento, se abate sobre usted. —Maven echó su mano al aire e hizo como que cogía un animal imaginario—. Y lo come.

—Le sirve de cena.

—Me entra hambre solo de pensar en ello —dijo Maven.

Me levanté.

—Encantado de conocerlo, señor McKnight —se despidió el detective—. Nos veremos dentro de poco.

—Muy pronto —añadió Maven—. Traeré el *ketchup*.

15

Cuando Maven y Allen terminaron conmigo, llamé a Uttley. No contesté a ninguna de sus preguntas; solo le dije que viniera a recogerme. Me quedé fuera de la comisaría esperándolo, mirando las esclusas, que estaban más allá del juzgado y, un poco más lejos, al puente por el que se cruzaba a Canadá. La tormenta había pasado, pero las nubes que quedaban filtraban la poca luz del sol que había y la convertían en un resplandor que parecía provenir de otro mundo. Todo tenía un aspecto raro y yo tenía el estómago revuelto.

Ese puente delimita el extremo norte de una de las autopistas más largas de Norteamérica, la Interestatal 75. Se puede ir por ella en dirección sur más de 1.600 kilómetros, saliendo de Michigan y pasando por Ohio, Kentucky, Tennessee y Georgia hasta llegar a Florida. *Olvidate de lo que Maven te ha dicho sobre no marcharte. Podía ponerme en camino por esa autopista e irme y no volver nunca.*

¿Me seguiría Rose? ¿Cuánto tardaría en encontrarme otra vez?

Por fin, apareció Uttley conduciendo mi camión.

—Dios, Alex —exclamó cuando abrí la puerta de lado del conductor—. ¿Qué te ha pasado?

—Venga, sube.

Salí del aparcamiento y me dirigí al otro lado de la ciudad. Uttley se quedó mirándome un rato y al final preguntó:

—¿Adónde vamos?

—A tu despacho.

—Le dije a la señora Fulton que volveríamos —dijo—. Y mi coche todavía está en el casino.

—Lo recogeremos luego —dije.

Llegamos a un semáforo rojo y nos quedamos ahí parados un minuto. Cerré los ojos e inspiré profundamente.

—¿Cómo están? —inquirí.

—La señora Fulton está hecha una calamidad —contestó—. Supongo que es comprensible. Al final, Sylvia entró, pero se negó a quitarse las ropas húmedas. Cuando me fui, estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia el lago.

No dije nada.

—¿Vas a decirme lo que pasó en la comisaría? —preguntó.

—Creen que maté a Edwin. Y a todos los demás.

—¿Qué? ¿Me estás tomando el pelo?

—No te estoy tomando el pelo.

Le conté todo lo que había pasado.

Lo escuchó todo, negando con la cabeza.

—Así que no querían acusarte —dijo.

—No, pero me dijeron que me quedara en la ciudad.

—Maldita sea, sabía que tenía que haber ido contigo.

—¿En qué habría ayudado eso?

—Necesitas un abogado, Alex —respondió—. Esto es de locos.

—Bueno, tienes razón, es verdad que necesito tu ayuda —acepté—. Pero ahora no voy a preocuparme por esos dos payasos.

Paré el camión delante de su despacho.

—¿Qué vamos a hacer, Alex? ¿Por qué estamos aquí?

—Tenemos que llamar otra vez a la cárcel —dije.

Salí y lo esperé. Se quedó un momento frotándose la frente y salió del camión.

Cuando entramos a su despacho, se sentó en su mesa y miró el reloj. Todavía no era mediodía. Hice un gesto de dolor mientras me sentaba en la silla de invitados. Me dolía todo; me sentía como si tuviera cien años.

—¿Dónde estaba el número de ese tío? —preguntó.

Miró un montón de papeles que estaban en su mesa y al final lo encontró. Después de marcar, activó el altavoz y puso el auricular boca abajo.

Contestó una voz.

—Centro penitenciario, al habla Browning.

—Señor Browning —dijo Uttley—, soy Lane Uttley, de Sault Ste. Marie. Hablamos hace un par de días.

—Sí, me preguntaba usted por un interno.

—Maximilian Rose —concretó mientras levantaba la mirada hacia mí—. Tengo aquí conmigo al señor McKnight en el despacho. Sentimos molestarle otra vez, pero me temo que nuestra situación es mucho peor. Es que ha habido otro...

Cogí el auricular.

—Soy McKnight —dije—. Quiero que me escuche detenidamente. Tengo una buena razón para creer que Maximilian Rose está aquí, en esta zona, y que es responsable de los tres asesinatos.

—Es imposible —dijo Browning—. Ese hombre está aquí en la prisión. Ya hemos pasado por esto.

—No me importa por lo que ha pasado usted —contesté—. Tiene que creerme; hay algo que no va bien. No sé cómo ha ocurrido, pero creo que el hombre que tienen ahí no es Rose.

—Señor McKnight, ya se lo dije al señor Uttley y ahora se lo voy a decir a usted. Yo mismo le hice la foto, estuve delante de su celda. Desde entonces le ha crecido una barba bastante larga, pero...

—¿Qué? ¿Una barba? Nadie me había hablado hasta ahora de ninguna barba.

Miré a Uttley. Se limitó a encogerse de hombros.

—Sí, ahora el hombre tiene barba, pero es el mismo.

—¿Cómo puede estar seguro? —pregunté—. Debe de tener un aspecto diferente; bueno, sea el que sea no debe de parecerse al de la foto.

—Señor McKnight...

Yo diría que estaba disimulando su enfado. Me hablaba tan bajo como a un niño.

—Si dejara de afeitarme, al cabo de un mes tendría barba, y un año más tarde, tendría una gran barba, pero seguiría siendo el mismo hombre.

—¿Por qué no quiere verme? Explíquemelo.

—No sé por qué no quiere verle. No importa la razón, pero no podemos obligarle.

—Quiero que me envíe su foto por fax —le pedí—. Y después quiero que

le haga una foto instantánea en la celda y que me la envíe por fax también. Le daré el número de fax de Uttley.

—Si esa petición la hace un agente de policía, lo haré.

—No creo que eso ocurra —repliqué—. ¿Por qué no lo puede hacer usted?

—Si hay una investigación en marcha sobre un asesinato y usted cree que Rose está involucrado, ¿por qué no llama a la policía? —inquirió—. Tiene que admitir que esto parece extremadamente raro.

No sabía qué decir. «¿No llaman ellos porque creen que lo he hecho yo?». ¿Adónde me lleva esa respuesta?

—No tengo tiempo de explicárselo —respondí—. Por favor, tiene que creerme, han muerto tres personas.

—Consiga que la policía me llame.

—Se lo estoy suplicando —insistí.

—Lo siento.

—Pues váyase a la mierda. —Colgué el teléfono de golpe.

Me quedé ahí mirando al suelo. Uttley estuvo callado un rato y al final dijo:

—¿Y ahora qué?

—Vamos a coger tu coche —respondí—, para que te puedas ir a casa de los Fulton.

—¿No vienes conmigo?

—No, no creo que deba ir en este momento.

—¿Y qué vas a hacer?

—Voy a intentar buscarlo.

—¿Dónde? —preguntó.

—No sé. En todas partes.

—La policía debería estar haciéndolo.

—No lo está haciendo.

—Por lo menos, ¿mantendrán allí al hombre de fuera de la cabaña?

—No —respondí—. ¿Por qué deberían hacerlo?

—Maldita sea —masculló.

Cogió el teléfono.

—Voy a llamar a ese cabrón ahora mismo.

—No le llames.

—¿Qué?

—No quiero que vaya ningún hombre más.

—¿Por qué no?

—En su nota, Rose decía que sabía que el hombre estaba allí. No sé cómo, pero lo sabía.

—No lo pillo —dijo.

—¿No lo entiendes? Si Rose sabe que hay un oficial allí, este corre peligro.

—¿Y qué pasa si aparece ahora?

—Estaré esperándole —contesté.

—Alex, no puedes hacerlo. No de esta forma; por lo menos, déjame que esté allí.

—No —me negué—. Esto es entre él y yo.

—Mírate —insistió—. ¿Por qué no me dejas quedarme una noche contigo para que puedas dormir?

—No necesito dormir —repuse—. Dormiré cuando todo esto acabe.

Estuvo discutiendo un rato, pero sabía que no ganaría. Al final, lo llevé de vuelta al casino para recoger su coche. Quería venir para ayudarme a buscar a Rose, pero lo convencí de que la señora Fulton y Sylvia lo necesitaban más que yo ese día. No sé si él pensaba lo mismo, pero me dejó allí y volvió a su casa.

Fui al Bay Mills Casino en busca de Vinnie. Pensé que sería el hombre por el que tendría que empezar; él había visto a Edwin la noche anterior. Puede que hubiera visto a alguien más con él. O por lo menos podría decirme quiénes fueron los que echaron a Edwin de allí; puede que hubieran visto a alguien.

Alguien.

¿Cómo me encontró? ¿Cuánto tiempo había estado aquí? ¿Ha estado observándome? Si en los últimos días se me hubiera ocurrido mirar alguna vez por el retrovisor, ¿lo habría visto en el coche detrás de mí? Ese pequeño restaurante al lado del despacho de Uttley, el lugar en el que yo solía desayunar más frecuentemente después de pasar a verlo: ¿estuvo alguna vez en un reservado, al otro lado del salón, viendo cómo comía? Si hubiera

bajado el periódico y hubiera levantado la vista para verlo, ¿lo habría reconocido?

No encontré a Vinnie en ninguna de las mesas de *blackjack*, así que me quedé unos minutos observando la escena. Me dije que estaba esperando a que apareciera Vinnie para empezar a trabajar, pero era mentira. La única razón de que estuviera allí era que no tenía ni idea de lo que podía hacer a continuación.

Cuando finalmente me fui del casino, me metí en el camión y fui en dirección oeste por la orilla hasta el lugar en el que había aparecido el bote. Era un sitio tan bueno como cualquier otro; comenzaría por el final e iría retrocediendo. Mientras conducía, intenté imaginar cómo había ocurrido. Encontraron su coche en la cabaña, así que Edwin debió de bajar por esta misma carretera. ¿Estaba solo en ese momento? No podía imaginarme por qué iría por ahí. ¿Estaba Rose con él en el coche? ¿Iba conduciendo Edwin y Rose iba sentado a su lado, con un arma en las costillas, o conducía Rose? Puede que Edwin estuviera tumbado en el asiento de atrás, ya muerto. Aunque no recordaba haber visto sangre cuando Uttley y yo miramos dentro del coche.

El maletero, estaba en el maletero. En estos momentos tienen el Mercedes en la comisaría y están abriendo el maletero. ¿Cuánta sangre de Edwin encontrarán?

Intenté sacar ese pensamiento de mi cabeza, pero no con mucho éxito. Seguí pensando en la sangre de Edwin.

Cuando llegué al sitio donde encontramos el bote, bajé por el camino de entrada y me detuve cerca de la cabaña. Todavía estaba desierto; hasta el verano siguiente no habría nadie. Encima había una veleta; no la había visto antes. Giraba como loca movida por el viento.

Salí del camión y caminé despacio hasta la playa. El bote no estaba: se lo habían llevado y el coche también. No quedaba rastro, nada que hiciese pensar que allí había pasado algo.

Miré al agua. Había dejado de llover. En el cielo, las nubes se desplazaban con rapidez. El viento me golpeaba la cara. Sentía como si todo el calor del mundo hubiera desaparecido. Parecía como si nunca más fuera a sentir calor.

Esperaba que no hubiera sufrido, que cuando hubiera llegado allí ya estuviera muerto y fuera solo un cuerpo que se iba a hundir en el agua. Esperaba que no hubiera muerto sangrando en el bote, viendo remar a Rose; que no hubiera sabido que estaba a punto de morir, que enseguida hubiera sentido el impacto del agua congelada, que hubiera luchado con la fuerza que le quedaba, pero que no habría sido suficiente.

¿Por qué tuvo que elegir a Edwin entre todos? Tenía todo el dinero del mundo, y aun así era el hombre más indefenso que había conocido nunca. Quería odiarlo por estar casado con Sylvia, pero no podía. Pensé en aquella noche, en la que me dijo que yo era el único amigo de verdad que había tenido. Decía que todos los demás lo querían por su dinero.

El único amigo de verdad que había tenido. Me tiro a su mujer, y después aparece un loco que formaba parte de mi pasado y lo mata.

Lo único que queda por hacer es encontrar a Rose. Eso es lo único que puedes hacer: encontrar a Rose.

Tiene que estar metido en algún sitio. A juzgar por las llamadas de teléfono y las notas, probablemente no salga demasiado durante el día. Sin embargo, tiene que comer. Miré por la playa arriba y abajo. Desde donde yo estaba no podía ver ninguna otra cabaña, pero sabía que estaban dispersas entre los árboles. Podría haber irrumpido en una de ellas y en el interior quizá hubiera comida. Nadie lo encontraría en esta época del año. Pero había cientos de cabañas en la orilla; me llevaría semanas mirar en todas.

Pero no, él no entraría por la fuerza en una cabaña. No sé por qué, pero lo sabía. Estaba intentando ponerme en su lugar, ver el mundo a través de sus ojos. Todos los que están a tu alrededor son alienígenas maléficos. No puedes confiar en nadie. Durante el día te escondes. *¿Dónde te escondes? En algún lugar seguro. Detrás de una puerta maciza con una buena cerradura.* Recordé que en su apartamento tuvimos que esperar hasta que abrió todas las cerraduras. Si entras en un lugar por la fuerza, has forzado la puerta o la ventana, y entonces no puedes cerrarla y echar la llave al salir.

Volví al camión. *Está en un motel; la cerradura de la puerta no es suficiente porque el hombre de la recepción y la señora de la limpieza tienen llave, pero en la puerta hay una cerradura de pestillo que solo se puede abrir desde dentro.*

Salí marcha atrás por la entrada y volví conduciendo al Soo. Allí mató a Bing, después de verlo en el bar y el restaurante en el que mató a Dorney, que estaba a solo unas manzanas. Puede que estuviera en esa parte de la ciudad al otro lado del puente. Tenía sentido o, al menos, todo el sentido que aquello podía tener.

Fui a la ciudad, intentando recordar todos los moteles que había. Ya hacía tiempo que todos los veraneantes se habían ido. Los que ahora había tenían que ser sobre todo cazadores. ¿Destacaría Rose entre esa multitud? ¿Se acordaría de él un empleado de la recepción? El primer asesinato fue hace ¿solo siete días? ¿Cuánto tiempo estuvo aquí antes de eso? ¿Cuánto tiempo ha estado observándome?

Seguí mirando por la ciudad; me paraba en todos los moteles que veía. No tenía demasiadas cosas sobre las que trabajar; no tenía placa, ni foto que enseñarles: solo una somera descripción. Un hombre raro, unos ojos que no se olvidaban fácilmente, puede que llevara una gran peluca rubia o no. Evidentemente, sí, si llevaba la peluca rubia uno se acordaría de él. Llevaba en la ciudad por lo menos una semana, probablemente más. Yo mismo debía de tener un aspecto raro: no había dormido ni me había afeitado. Llevaba la ropa del día anterior, la camisa que se había mojado con la lluvia y al secarse se había llenado de arrugas.

La mayoría de los recepcionistas eran más amables de lo que yo podía esperar, y parecía que creían que yo era detective privado, incluso aunque no llevara identificación. Sin embargo, nadie había visto ninguna peluca rubia, ni unos ojos que no se olvidaban con facilidad.

Estuve todo el día ocupado en ese tema, conduciendo desde la parte oeste de la ciudad hasta llegar a la autopista. Perdí la cuenta del número de moteles que había visitado. Habría sido desalentador pararme a pensar en ello, pero al menos tenía algo que hacer, algo más, aparte de esperar. Fui al Riverside Motel, donde empezó todo; no pensaba que Rose se hubiera alojado allí. Vio a Bing en ese bar y después, probablemente lo siguió hasta la habitación de su motel. Habría sido demasiada coincidencia que Rose estuviera alojado también allí. Aun así fui; tenía que verlo otra vez. Estaba cerrado. En la ventana de la recepción habían pegado un gran cartel de «Se vende».

Entré en el aparcamiento vacío y estuve un rato. Me había pasado la

mayor parte del día buscándolo, pero ahora se me estaban acabando las ideas.

Un momento, pensé. *Comencé en el Soo porque allí empezaron los asesinatos y después seguí en dirección oeste. Puede que eso signifique retroceder. Rose me encontró de alguna forma y sabe que vivo en Paradise, así que puede que esté allí.* Merecía la pena intentarlo.

Fui conduciendo por la bahía hasta llegar a Paradise. De camino, me paré en el casino otra vez. Estaba Vinnie, pero no pudo decirme nada que fuera de utilidad. No había visto nada sospechoso. Encontró a los agentes de seguridad que habían echado a Edwin por la puerta delantera, pero tampoco sirvieron de mucha ayuda.

Paradise es una ciudad pequeña, pero hay suficiente turismo como para llenar una docena de moteles. Todos eran pequeños negocios familiares, de ocho o diez habitaciones con bonitas vistas del agua. En el vestíbulo tenían folletos del Museo de los Naufragios y del Parque Estatal de las Cataratas de Tanquamenon, excursiones en verano, caza en otoño, motos de nieve en invierno. Conocía a la mayoría de los propietarios, al menos lo suficiente como para saludarlos si los veía en la oficina de correos, pero ninguno pudo servirme de ayuda. Si Rose estaba en Paradise, sabía bien cómo esconderse.

El sol estaba empezando a ponerse. Paré en el Glasgow, con la intención de cenar algo, recapitular y prepararme para otra noche de larga espera. Allí estaban algunos de los habituales, pero nadie me habló. Todos deben de haberse enterado de la pelea que Maven y yo tuvimos en el aparcamiento por lo de Edwin. Jackie me sirvió un plato, me apretó ligeramente el hombro y después me dejó solo.

Cuando llegué a casa ya era tarde. Di una vuelta a la cabaña y entré. No estaba seguro de lo que podía encontrarme; me pareció que era lo que debía hacer. Una vez dentro, miré el aparato que todavía estaba conectado al teléfono. Cogí el *walkie-talkie*, lo encendí, escuché las interferencias y lo apagué. Esto no me haría ningún bien. Me extrañaba que Maven todavía no me hubiera pedido que se lo devolviera. Debía de habersele olvidado. *Ahora mismo probablemente esté en casa, sentado delante de la televisión, dándose cabezazos. «Maldita sea», le está diciendo a su mujer: «se me ha olvidado decirle a McKnight que devuelva el aparato del teléfono y la radio. Es propiedad de la policía», pensé.*

El arma todavía estaba en la mesa que había al lado de la cama; la cogí y me quedé con ella en la mano. No había mucho más que hacer, aparte de sentarme en la cabaña y esperar. Ahora todo dependía de Rose.

Me senté en la cama un rato, pero entonces me di cuenta de que era un error: me podría dormir con facilidad. Me levanté y me senté en una de las sillas de madera de la cocina. El tiempo pasaba despacio; miré mi reloj. Ni siquiera eran las once. Me levanté y miré por la ventana, pero no vi nada excepto mi reflejo. Apagué todas las luces del interior y probé de nuevo. La única luz que había afuera, la de encima de la puerta principal, no ayudaba mucho. Solo pude ver el final de la carretera, mi camión, el montón de leña y los primeros pinos. A partir de ahí, el bosque se extendía en todas direcciones. La luna era solo una sombra detrás de las nubes.

Todo estaba en calma. Hacía tiempo que se habían ido los grillos. Las ranas de San Antonio dormían hasta que pasara el invierno; no se oía el viento; los árboles no se movían.

Volví a sentarme en la silla. Hacía rato que notaba la cabeza cargada. Uttley tenía razón: necesitaba dormir. Debería haberle dejado venir una noche.

A lo mejor puedo llamarlo todavía. Quizá pudiera llamar a Uttley. *El teléfono, coge el teléfono, cógelo y llámale. Voy a coger el teléfono.*

Me imaginé cogiendo el teléfono; había sangre en él. Miré la sangre que había en mis manos: había un charco en el suelo. Había sangre por todas partes.

Esto es un sueño, tengo que despertarme, no me puedo dormir ahora, no puedo dormirme.

Levanté la cabeza de la mesa. *No estoy en mi cabaña, delante de mí hay una ventana.* Me levanto y voy hacia ella. Hay un gran patio y cuatro paredes alrededor, miles de ventanas. En el centro del patio hay un hombre. Casi no puedo verlo; el patio es muy grande. Está de espaldas, encorvado sobre algo.

Se da la vuelta y me mira. Entre las mil ventanas, sabe que estoy aquí. Me está mirando a mí. Veo que ha estado afilando un cuchillo en una piedra de afilar antigua. Acaricia el cuchillo mientras me mira.

Corro, estoy en un pasillo, es el del edificio de apartamentos de Detroit. Voy corriendo, paso por cientos de puertas y abro una. Franklin está tendido

en el suelo, cubierto de sangre, pero me está mirando. Me dice: «no me dejes aquí». Las paredes están cubiertas de papel de aluminio.

Cierro la puerta; oigo que Franklin me llama incluso cuando voy corriendo. Las piernas no me responden, no puedo correr lo suficientemente rápido. El pasillo no acaba nunca.

Al final abro otra puerta y allí está Edwin, tendido en una mesa blanca, mojado y cubierto de algas. Lo miro y le digo que lo siento. Él intenta abrir los ojos, pero no tiene ojos: se los han comido los peces.

Aporrean la puerta con insistencia. Edwin intenta agarrarme, no ve, pero sus manos encuentran mi brazo. Tira de mí mientras yo intento alejarme de la puerta.

Siguen aporreando con la suficiente fuerza como para tirarla abajo. Pronto entrará; ya no puedo huir de él por más tiempo.

Me despierto.

Estaba sentado a la mesa de mi cocina. No había ningún ruido excepto mi respiración y el débil tictac de un reloj.

Y otra vez vuelven a aporrear la puerta.

Salté de la silla. *Mi arma, ¿dónde está mi arma?* Más golpes.

Maldita sea, mi arma, no sé dónde está, no está en la mesa ni en la cama. ¿Dónde coño está mi arma?

Aporrean la puerta, otra vez más.

Ahí, bajo la mesa de la cocina. La tenía en la mano cuando me dormí. *A cuatro patas, coge el arma, comprueba que está cargada, preparados, listos, levántate, ve a la puerta.*

Dejan de aporrear la puerta.

Me quedé en la puerta, escuchando.

Silencio.

Esperé. Nada.

Levanté el arma, quité la cerradura, abrí la puerta una rendija y miré fuera. Era de noche.

Sylvia me miró.

—Alex.

Tenía la misma ropa, el jersey que llevaba cuando la vi por la ventana aquel día. Ya estaba seca, pero todavía iba sin abrigo. Noté que estaba

temblando cuando la cogí por los hombros y la metí hacia dentro.

—¿Qué haces aquí?

No dijo nada. Se limitó a quedarse ahí, mirando mi cabaña. Con todo el tiempo que habíamos estado juntos y nunca había ido allí.

Cogí una manta y la envolví.

—Siéntate —dije—. Te prepararé un té o algo.

Se sentó a la mesa, en la silla en la que yo había estado durmiendo.

—No deberías estar aquí —le dije mientras ponía agua a calentar en la cocina—. Deberías estar en casa con la madre de Edwin.

—Se ha ido —respondió Sylvia mientras bajaba la vista sin mirar a nada en concreto.

—¿Qué?

—Se ha vuelto a Grosse Pointe. Dijo que no podía quedarse ni un minuto más.

—Pero ¿y qué pasa...? Es decir, ¿y si lo encuentran?

—Entonces lo enviarán allí —contestó—. Es donde se va a celebrar el funeral.

No sabía qué decir. Me quedé mirando el agua. La cabaña estuvo en silencio hasta que el agua empezó a hervir.

—¿Dónde está Uttley? —pregunté.

—Lo he mandado a casa —dijo—. No me cae bien, ¿cómo puedes trabajar para él? Me recuerda a un vendedor de coches de segunda mano.

—Sylvia, maldita sea.

—¿Qué, Alex? —Por fin, levantó la vista para mirarme—. ¿Qué?

—No sé —dije—. Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes?

—Todo —respondí—. Siento que haya ocurrido todo esto.

Empezó a decir algo, pero se limitó a negar con la cabeza y bajó la vista de nuevo. Le preparé un té y le puse la taza delante, en la mesa.

—Se ha ido —murmuró—. Se ha ido de verdad.

—Sí.

—Es exactamente lo que quería que pasara —siguió ella—. Lo deseaba todas las noches.

—Sylvia, no hables así.

—Es verdad, Alex. Quería que desapareciera para siempre y ahora ha ocurrido.

—No tuviste la culpa de que pasara —dije.

—Creo que sí, Alex. Creo que lo deseé con tanta fuerza que al final ha ocurrido. Y, ¿sabes?, lo más extraño es que no siento nada. Si fuera mala persona, estaría feliz; si fuera una buena persona, me sentiría culpable. Pero no me siento de una forma ni de otra. Solo estoy... Ni siquiera sé lo que siento, simplemente no siento nada.

—Todavía te encuentras en estado de *shock* —observé—. Vas a necesitar que pase algún tiempo.

—Y tú vas a estar ahí para ayudarme a superarlo, ¿verdad? ¿Es ahí donde quieres llegar? ¿Ahora que él ya no está? ¿Ahora que ya no soy la mujer de tu amigo?

—Yo no quería decir eso.

—Y una mierda no querías —me espetó.

Se quitó la manta de los hombros y se levantó.

—¿Por qué he venido aquí? ¿Qué coño hago aquí?

Miró a su alrededor.

—Esta cabaña de mierda es enana, ¿sabes, Alex? Creo que mi baño es más grande que esta cabaña.

—Sylvia, para ya.

—Debería haber sabido que sería así de pequeña. La contruiste tú mismo, ¿no? Me sorprende que todavía esté en pie.

—Te he dicho que ya está bien.

Me acerqué a ella y la cogí por los hombros de nuevo, pero esta vez la apreté un poco más fuerte.

—Déjame —dijo.

La miré.

—Déjame —pidió otra vez, pero no forcejeaba para que la soltara. No intentaba soltarse.

Seguí mirándola a los ojos, el pelo, la boca. Podía sentir el calor de su cuerpo. Maldita sea, la quería más que nunca.

Se quedó ahí mirando. No podía averiguar lo que estaba pensando. Sus ojos no dejaban traslucir nada.

—No deberías estar aquí —dije finalmente—. No es seguro.

—¿Qué quieres decir con que no es seguro? ¿No hay un policía vigilando ahí fuera?

—No —contesté.

—Sí, sí que lo hay —dijo—. En un coche camuflado, escondido en el bosque.

—No, Sylvia. Ya no está.

—Sí, sí que está —insistió—. Le he visto.

—¿De qué hablas? ¿Cuándo lo has visto?

—Esta noche —indicó—. Ahora mismo, al entrar. Ahora está ahí fuera.

16

Volví a sentir miedo; no había forma de detenerlo. Noté que empezaba en el estómago: era una sensación de frialdad que aumentaba cada vez más.

—Sylvia, por favor —dije—, dime exactamente lo que has visto. ¿Has visto a alguien dentro del coche?

—No —respondió—, solo he visto el coche. No sé qué modelo era, un coche, sin más. No es que se esconda muy bien: he visto que entre los árboles sobresalía la mitad del coche.

—¿Dónde? ¿Dónde está el coche exactamente?

—Está ahí mismo —indicó dirigiéndose a la ventana.

—No. —La agarré—. Aléjate de la ventana.

—¿Qué pasa contigo?

—No es un policía, Sylvia.

La puse delante de mí y la miré a los ojos.

—Ese de ahí fuera no es policía.

Algo dentro de ella la hizo cambiar. Noté que había dejado de estar enfadada.

—¿Quiénes? —preguntó.

—Podría ser Rose —contesté.

—¿Es el hombre que te disparó?

—Sí.

—Es el hombre que... —No terminó la frase.

—Eso creo —asentí.

—¿Por qué está aquí?

—No lo sé.

Miró a la ventana.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a llamar a la policía —dije—. Ven, tírate al suelo.

—¿Por qué tengo que tirarme al suelo? —preguntó.

Su voz denotaba que el miedo se estaba apoderando de ella.

Tiré de ella para colocarla detrás del sofá.

—Siéntate aquí.

—Alex, esto me está dando un poco de miedo.

—Voy a llamar a la policía ahora mismo —anuncié.

Cogí el teléfono. Nada, no había línea. Me quedé mirándolo.

—No me lo puedo creer.

—¿Qué ocurre?

—Ha cortado la línea telefónica, hasta ha cortado la jodida línea.

—Alex, esto está empezando a dar mucho miedo.

No dije nada.

—Alex...

Cogí el arma de la mesa y encendí la luz de la cocina. Había una linterna colgada en la pared; la cogí y apagué la lámpara de al lado de la cama. La cabaña estaba a oscuras, a excepción de la luz tenue que entraba por la ventana, procedente de la puerta principal.

—Alex, ¿qué vamos a hacer?

Me puse de rodillas.

—Vamos a esperar unos minutos hasta que los ojos se acostumbren a la oscuridad.

Se abrazó las rodillas.

—De acuerdo —dije—. Vuelvo enseguida.

—¿Adónde vas? —Me agarró el brazo.

—Voy a mirar por la ventana.

Fui gateando hasta la ventana y miré por el alféizar. La luz de fuera alumbraba el claro que había delante de la cabaña y la primera línea de pinos. A la derecha del claro, junto a la carretera, se veía la parte delantera del coche. Sylvia tenía razón: ni siquiera estaba escondido. Cualquiera podía verlo, aunque yo no acertaba a ver si dentro había alguien. En la parte izquierda del claro vi el montón de leña, mi camión y el Jaguar negro de Sylvia.

Ambos capós estaban levantados.

Volví a gatas adonde estaba Sylvia.

—Cuando entraste, ¿estaba levantado el capó de mi camión?

—No me acuerdo —respondió—. No creo.

—No cerraste tu coche con llave, ¿verdad?

—No, no lo hice, Alex. ¿Qué quieres decir?

—Ha levantado ambos capós —dije—. Debe de haber quitado las tapas del delco o algo parecido. Evidentemente, no quiere que nos vayamos a ningún sitio.

—¿Y ahora qué?

Me puse a reflexionar sobre nuestra situación. Él estaba ahí fuera en alguna parte; sabía que Sylvia estaba allí conmigo en la cabaña. No teníamos teléfono. No teníamos coches. El resto de mis cabañas estaban a cuatrocientos metros por la senda forestal, pero tampoco tenían teléfono. El más cercano estaba en la cabaña de Vinnie, a más de ochocientos metros en la otra dirección, por la carretera principal. *Si salgo a escondidas por la puerta de atrás, quizá pueda llegar, pero no quiero dejar a Sylvia sola. Y tampoco quiero llevarla.*

—Creo que deberíamos quedarnos aquí sentados un rato —propuse—, para ver lo que hace.

—¿Y si intenta entrar?

—Le dispararemos —sugerí.

—No me gusta esto —dijo.

—A mí tampoco me apasiona.

Recostó la cabeza contra la pared áspera. Pasó un minuto, luego otro, y entonces perdí toda noción del tiempo. Ahí estábamos los dos sentados en el suelo detrás del sofá, escuchando el silencio.

Por fin se oyó un ruido. Un coche que se ponía en marcha, un estruendo y una vibración. El coche necesitaba un silenciador nuevo. Después se oyó el sonido del coche desplazándose por el camino forestal. El ruido fue disminuyendo cada vez más hasta que desapareció.

—Creo que se ha ido —dije—. Se ha ido.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—¿Quién sabe? Este tío está chiflado.

—Pero ¿por qué iba a irse así, sin más?

—Sylvia, está absolutamente loco, nada de lo que hace tiene una explicación.

—¿Estás seguro de que fue él?

—Tuvo que serlo —aseguré—. ¿Quién más podría ser?

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Quédate aquí —le pedí.

Me acerqué otra vez a la ventana y miré hacia fuera. Nada, el coche se había ido. Apagué la luz de fuera; ya estábamos totalmente a oscuras.

—Alex ¿por qué has hecho eso?

—Quiero ir a ver lo que ha hecho con nuestros coches, pero no quiero que la luz esté encendida. Utilizaré la linterna.

—No salgas.

—Sylvia, si puedo arrancar uno de los coches, lo acercaré hasta la puerta. En cuanto esté cerca, sal y entra en él; nos iremos de aquí.

Abrí una rendija y miré hacia fuera. El aire frío se coló rápidamente en la cabaña. Salí y me dirigí hacia los coches, con el arma en una mano y la linterna en la otra. No quería encender la linterna a menos que fuese necesario, porque había suficiente luz de luna para poder ver hacia dónde iba.

Cuando me metí en el camión, eché un vistazo rápido a la cabina; no estaba el teléfono móvil. Miré bajo el capó, y encendí la linterna un momento, lo suficiente para ver el motor. Después de todo, no había quitado la tapa del delco, pero los cables de las bujías estaban sueltos. Bajé el arma y la linterna e intenté volver a conectarlos en la oscuridad. *Relájate*, me dije. *Relájate y piensa. ¿Cómo va esto? El uno con el cuatro por este lado, el uno aquí, el dos, el tres, un momento. ¿Así está bien? Maldita sea. Si pudiera ver lo que estoy haciendo...* Encendí la linterna un segundo, miré, la apagué e intenté quedarme con esa imagen en la cabeza. *El cuarto iba justo aquí.* Sentía que me recorría una fina línea de sudor que bajaba por un lado de la cara. *¿Dónde está ese maldito cable? De acuerdo, ¿el cinco va aquí? ¿Dónde coño está el cinco? Volví a encender la luz un segundo.*

¡Un ruido! Me tiré al suelo intentando encontrar la linterna. Cuando finalmente la apagué, me quedé en el suelo, escuchando. Me latía el corazón tan fuerte que notaba la palpitación en los oídos.

No era más que un murciélago, silbando en el aire por encima de mí; un murciélago de mierda.

Me levanté e intenté colocarme donde estaba enganchando los cables de las bujías. Me temblaban las manos.

De acuerdo, el cinco va aquí, el seis, el siete. *¿Está bien? ¿Lo estoy haciendo bien?* Maldita mierda. *¿Va a arrancar ahora este maldito camión?* El ocho es el próximo, un cable más. *¿Dónde está? ¿Dónde está el ocho? ¿Dónde coño está el ocho?* Encendí la luz otra vez un momento. *Ahí está, conéctalo aquí. Y he terminado; eso espero.*

Bajé el capó. Ni siquiera me molesté en cerrarlo del todo. *Limitate a bajarlo lo suficiente para que puedas conducir. Saldremos de aquí, bajaremos por la carretera principal, quizá vayamos al Glasgow, si todavía está abierto; llamaré a la policía. Nos tomaremos una copa, o dos o cinco. Vamos, vamos, vamos.*

Abrí la puerta y me senté. ¡La llave! *¿Dónde coño está la llave?* Encendí la linterna y coloqué el arma a mi lado. Me rebusqué en los bolsillos. *¡Mierda de llaves! Aquí están. Las saqué, busqué la del coche. ¿Por qué coño tengo tantas llaves? La llave del coche y la de la cabaña, eso es todo lo que necesito. ¿Para qué valen todas las demás llaves?*

En ese momento explotó la ventana. Todo ocurrió en el mismo instante: la explosión repentina del disparo, los cristales que salieron despedidos en minúsculos trozos y el grito que salió por sí solo de mis pulmones. Empujé la puerta y caí al suelo. *¿Estaba herido? ¿Estaba sangrando?* Ni siquiera lo sabía.

No, no estás herido, Alex, todavía estás vivo, por el momento. Contrólate, intenta respirar. No puedo respirar. ¡Maldita sea! Respira. El arma, ¿dónde está el arma? Levanté la cabeza: ahí, en el asiento del coche, cubiertas de millones de pequeños fragmentos de cristal, el arma y la linterna. Las cogí. Notaba que el cristal me cortaba las manos. *Vale, tienes un arma, tienes una linterna: ahora respira, consigue respirar.*

¿Dónde está él? Ha disparado por la ventana del copiloto, así que tiene que estar al otro lado del coche. *¿Está en el bosque? ¿Eso son veinte, puede que treinta metros? ¿Cerca del montón de leña? ¿O está al lado del coche esperando que aparezca?*

¿Qué hago? ¿Espero? ¿Me escapo?

Habla, dile algo, consigue decir algo.

—¡Rose! —grité—. Rose, ¿estás ahí?

No contestó.

—Rose, ¿eres tú?

Nada, moví la cabeza. Todavía podía oír el sonido del disparo.

—¡Maldita sea, Rose, di algo!

Oí unas risas. ¿A qué distancia? Creo que provenían del bosque. Fui agachado hacia la parte trasera del camión y miré por el borde; estaba demasiado oscuro. Me escondí otra vez detrás del camión, encendí la linterna y levanté una mano esperando a que disparase otra vez.

Silencio.

Miré por el borde, alejando al máximo la linterna de la cabeza. *Si va a disparar, que dispare a la luz.* No podía verlo por ninguna parte. Enfoqué con la linterna hacia los pinos. No había rastro de él.

—Rose, ¿dónde estás?

Tenía que estar en algún sitio entre los árboles.

—¡Sal!

Más risas; sí, venían de los árboles, ahí estaba.

—Rose, ¡he llamado a la policía! ¡Vendrán en cualquier momento! ¡Sal y tira el arma al suelo ya!

—¡Buen intento, Alex!

Esa voz, ¿es él? Fue hace tanto tiempo, ¿cómo era su voz? Por teléfono, solo oí un susurro. Era tan difícil de distinguir...

—¡Sé que has cortado la línea telefónica, Rose! ¡Pero tengo una radio!

Era un farol, pero pensé que merecía la pena intentarlo.

—¡La policía está de camino!

Hubo un largo silencio.

—No creo, Alex —contestó por fin—. Ríndete.

—¿Qué quieres de mí? —pregunté.

¿Cómo puedo razonar con él? ¿Qué se le dice a un tío que está loco?

—¿Qué quieres que haga, Rose?

—Quiero que te asustes, Alex. Eso es lo único que quiero. ¿Estás asustado?

—Sí —afirmé.

Seguí moviendo la linterna, enfocando hacia la otra zona donde empezaba la arboleda. ¿De dónde venía su voz? *¿Detrás de qué árbol está?*

—Sí, estoy asustado.

—Eso está bien, Alex.

—Ahora ya puedes irte, ¿no?

Se rio.

—Ni siquiera estoy ahí, Alex. No puedo estarlo, ¿recuerdas? Estoy en la cárcel.

—De acuerdo, Rose —dije—, ya he tenido bastante.

Enfado, tengo que sentir enfado. Tengo que levantarme y hacer algo de una puñetera vez en mi vida. No voy a quedarme aquí sentado, a esperar a que me dispare otra vez.

—Quiero que bajes el arma, Rose; baja el arma y sal aquí de una puñetera vez.

—¿Qué vas a hacer, Alex?

—Voy a ir a por ti, Rose. Juro a Dios que voy a ir a por ti y te voy a encontrar.

—No tienes arma, Alex.

Un momento. ¿No cree que tengo un arma? ¿De qué va todo esto? ¿Le sigo la corriente? ¿Intento sorprenderle?

—No es un arma de verdad, Alex —se rio—, sé que no es un arma de verdad. ¿Y ahora qué vas a hacer?

Dios, ¿y ahora qué? Esto no tiene ningún sentido. ¿Por qué iba a creer él...?

Olvidalo: está loco. No intentes adivinar lo que está pensando. Vete.

Me levanté. La linterna en mi mano izquierda y el arma en la derecha. Las junté agarrándolas con las dos manos, como me habían enseñado en la academia hacía un millón de años. El haz de luz y el arma eran todo uno; podía disparar a todo lo que viera.

—Voy hacia allá, Rose; baja el arma.

Más risas. *¿En qué árbol está?*

—Baja el arma.

Me acerqué al borde de los árboles; quería que se riera otra vez. Una rama

pequeña crujió.

—¡Baja el arma, Rose!

Allí, detrás de aquel árbol. Ahí está.

—¡¡Baja el arma!!

Vi la peluca rubia, vi el arma en su mano; la levantó y disparé. Cuatro veces, al pecho, al pecho, a la cabeza y al pecho.

Me quedé ahí de pie un buen rato. El ruido de mi arma se perdió en la noche, pero en mi cabeza continuó sonando. El susto me hizo sentir hormigueo en las manos. Podía notar el olor a pólvora quemada. No me moví.

Finalmente, un coche. No lo miré. El coche entró en el claro, las ruedas arrancaban la hierba. Se abrió una puerta y se cerró. Pasos.

—Alex, ¿qué ha pasado?

Levanté la vista. Era Uttley.

—Creo que he escuchado disparos —dijo—. Volvía de casa de los Fulton e intenté llamarte, pero no puede comunicarse contigo, así que pensé, debería...

Y en ese momento vio las piernas en el suelo. El resto del cuerpo estaba tirado detrás de un árbol.

Más pasos: era Sylvia. Salió de la cabaña y se colocó a mi lado. Miró hacia abajo.

—¿Es él? —preguntó Uttley.

Ni siquiera se dio cuenta de que Sylvia estaba allí.

—¿Es Rose?

Di un paso hacia delante y le alumbré la cara con la linterna. El disparo que le había dado en la cabeza le había quitado la peluca y había levantado una pequeña parte del cuero cabelludo.

—No —contesté.

—¿Qué?

—No sé quién es —dijo—. Nunca lo he visto.

17

Estaba sentado en la misma sala de interrogatorios; el mapa de la pesca seguía colgado en la pared. Alguien había hecho un intento desganado de quitar el café, pero todavía se apreciaba un color marrón pálido desde el lago Nicolet hasta la bahía de Potagannissing.

Uttley había llamado a la policía desde su móvil. Maven apareció poco después de que llegaran los primeros oficiales. Él mismo me trajo aquí para que se lo contara un par de veces. Cuando el detective Allen llegó, me hicieron contárselo otras dos veces y después otras ocho o diez veces, por si acaso. Supuse que a Uttley lo habrían metido en otra sala para que hiciera su declaración, y a Sylvia en otra para hacer la suya. Confié en que ellos ya se hubieran ido hace rato a su casa, a dormir o a desayunar. No podía hacerme una idea del tiempo que llevaba allí; ni siquiera sabía si era de noche o de día. En la sala no había reloj, no sabía dónde estaba mi reloj, no podía ni recordar si lo llevaba puesto la noche anterior. Supongo que podría haberme levantado y haber abierto las persianas, pero me quedé ahí en la silla, con los brazos apoyados en la mesa, mirando el mapa.

La última vez que conté la historia, un policía uniformado se estaba metiendo el dedo en la nariz y les dijo a Maven y a Allen que tenía algo importante para ellos. Mientras los veía levantarse y salir de la habitación, me di cuenta de que ambos tenían ese aire de policías de mediana edad en su forma de moverse. Con un sombrero puesto, habrían sido clavados a Joe Friday y Bill Gannon. Ese es el tipo de cosas en las que piensas cuando estás tan cansado y traumatizado como yo lo estaba.

No pensé en lo que había pasado; no pensé en lo que significaba, que había matado a aquel hombre, fuera el que fuera, que tendría que asumirlo

más adelante, cuando tuviera fuerzas para ello.

Al final, la puerta se abrió otra vez. Entraron Maven y Allen y se sentaron frente a mí. Allen suspiró profundamente y me miró a los ojos. Maven se limitó a mirar fijamente un poco más allá, a la pared. Tenía una mirada tan penetrante como si estuviera intentando atravesar una piedra en el riñón.

—Señor McKnight —dijo Allen—, ¿le dice algo el nombre de Raymond Julius?

—No —dije.

—Ese es el nombre de ese tipo.

—¿El tipo al que he disparado?

—Sí. ¿No lo había visto nunca antes?

—No.

—¿No sabe nada de él?

—No.

—Bueno —respondió Allen—, al parecer Raymond Julius sabía mucho de usted.

Maven seguía mirando fijamente a la pared; no me miraba a mí.

—No le entiendo —contesté.

—Al parecer, el señor Julius pasó mucho tiempo pensando en usted, siguiéndolo, observándolo, escribiendo sobre usted.

—¿Cómo saben eso?

—En su domicilio se han encontrado ciertos artículos.

—Sigo sin entenderlo —repetí—. ¿Escribió él las notas? ¿Mató él a Bing y a Dorney? ¿Y a Edwin?

—Eso parece bastante evidente —aclaró Allen—. Es decir, si nos atenemos a las pruebas físicas.

Miró de reojo a Maven, quien todavía no había pronunciado ni una palabra. Por fin me estaba dando cuenta de lo que pasaba. Maven había convencido a Allen de que yo era su hombre. Allen accedió a colaborar con él para pillarme en un juego a dos bandas. Ahora que sabía lo que había ocurrido de verdad, Allen estaba avergonzado, y no demasiado feliz de haber ayudado a Maven al principio.

—¿A qué tipo de prueba física se refiere?

Allen sacó un libro de notas de bolsillo y miró las páginas.

—Restos de sangre; los compararemos con esos para ver de quién son. Un silenciador para una pistola de nueve milímetros, que encaja con un arma que se le encontró al señor Julius. Por supuesto, haremos pruebas balísticas a las dos, para ver si las balas que se extrajeron a Bing y a Dorney encajan.

—Anoche no usó silenciador —observé.

—No —dijo Allen—, lo dejó en la funda del arma.

—No tiene sentido.

—Tal vez sí; usted vive en pleno bosque, pensaría que no lo necesitaría.

Me limité a mover la cabeza.

—Había una máquina de escribir en la mesa —continuó Allen—. Encontramos varias páginas escritas, en las que se describían sus movimientos durante los últimos meses. Ya sabe, como un diario; a primera vista, el tipo de letra de las páginas parece el mismo que el de las notas.

—¿Estuvo usted allí? ¿Lo vio todo?

—Sí —respondió Allen—, es donde fuimos mientras estuvo usted detenido estas últimas horas.

Miró con disimulo a Maven, quien no dijo nada.

—¿Qué decía el diario?

—En este momento no puedo entrar en detalles, pero puedo decirle que el señor Julius era un tipo muy trastornado. En su mesa también había varios recortes de noticias, fotocopias de historias que aparecieron en el *Detroit News* y en el *Detroit Free Press*, en el verano de 1984.

—El verano de 1984 —dije—. ¿Eran sobre...?

—Sí, sobre Rose, sobre el tiroteo. Había una columna en concreto que trataba de su recuperación.

—Creo que me acuerdo —asentí—; el tipo de *News* fue al hospital.

—Ese estaba clavado en la pared, justo al lado de la cama.

—Un momento —interrumpí—, esto es demasiado raro.

—Como le decía, señor McKnight, este tipo está muy trastornado. Al parecer pensaba que usted tenía algún... poder especial o algo. Pensaba que era usted algún tipo de Mesías.

—«El elegido» —concreté—. Eso decía en las notas.

—Sí, exactamente.

—Pero ¿qué hay de todo lo demás que decía en las notas? —pregunté—.

¿Cómo supo lo que Rose me dijo? No hay forma de que pudiera haberse enterado de eso, a menos que...

—Parece que ha habido una relación —dijo Allen—. En el diario, hacía referencia a algún tipo de comunicación que puede haber tenido con el señor Rose.

—¿Mientras Rose estaba en la cárcel? ¿Qué tipo de comunicación? ¿Cartas? ¿Llamadas de teléfono?

—En este momento, eso no está claro —dijo Allen—. No decía nada concreto; escribió algo sobre convertirse en Rose, sobre adoptar su identidad, en alguna medida.

—Tengo que ver todo eso —dije—. ¿Lo tiene aquí, en la comisaría?

—No, señor McKnight —repuso—. Usted sabe cómo funciona esto. Ahora mismo, todo está en su domicilio todavía. Tenemos que proceder con sumo cuidado.

—Creí que había dicho que era evidente.

—Y lo es —dijo—. Pero tenemos que seguir nuestros procedimientos.

—¿Puedo ir a su casa?

—No, señor McKnight, por favor, déjenos trabajar en ello. Le prometo que, cuando todo esto termine, le dejaremos verlo.

—Todavía no acabo de entenderlo —insistí—. Ni siquiera lo conozco, ¿cómo podía conocer él a Rose?

—Simplemente lo eligió a usted —dijo Allen—. ¿Quién sabe por qué? Simplemente lo hizo. Ya he visto unos cuantos casos como este; hay uno que recuerdo muy bien. Un hombre iba conduciendo y en un cruce le cortó el paso a alguien. Aparece el tipo al que le ha cortado el paso, le sigue hasta su casa, averigua quién era, empieza a llamarle, a enviarle notas. Y llega hasta el punto de que el hombre tiene que mudarse. Aun así, el tipo vuelve a encontrarlo y al final intenta matarle. Afortunadamente, lo cogimos a tiempo. Creo que ese es el tipo de individuo del que se trata. Normalmente hay algo sin importancia que lo provoca; lo ve y algo salta en su cabeza. De repente, lo tiene que saber todo sobre usted. En su caso, averigua que le han disparado, retrocede en el tiempo y encuentra los viejos recortes de periódicos. Simplemente construye un pequeño universo en el que usted es el centro.

—¿Cuánto tiempo hace que empezó esto? —pregunté—. ¿Cuándo

empezó todo?

—A juzgar por su diario, parece que hace cinco o seis meses.

Moví la cabeza.

—¿Por qué yo?

Maven se aclaró la voz.

—Porque sí —respondió.

Por fin habló.

—Quizá fuera por tener una personalidad dinámica, o por su increíble encanto personal. Puede que fuera por el brillo que desprende usted cuando entra en una habitación.

Allen le lanzó una mirada glacial y se volvió hacia mí.

—Señor McKnight —dijo—, Alex, aunque usted no fue acusado en ningún momento de esto, solo quiero decirle, de manera totalmente personal, que, con todo lo dolorosa que debe de haber sido esta terrible experiencia para usted, el tratamiento que recibió en este despacho contribuyó a empeorarla todavía más. Solo quiero pedirle disculpas, por lo que yo haya podido contribuir a ello.

—Es bastante justo —dije mirando a Maven—. ¿Hay algo que quiera usted añadir, jefe?

Estaba ahí sentado, como masticando.

—Solo una cosa —dijo finalmente.

—Soy todo oídos.

—Esto no tenía que haber pasado.

—Tiene razón —asentí.

—No, quiero decir que el señor Fulton no tenía que haber muerto. Si usted hubiera colaborado un minuto en este caso, podríamos haber metido en la cárcel al imbécil de Julius antes de que hubiera pasado. Por supuesto, si hubiera sido así, anoche usted no habría hecho esa actuación de pequeño vaquero. La señora Fulton no habría estado allí, muerta de miedo porque el asesino de su marido estaba en la puerta principal. Aunque la razón de que ella estuviera en su cabaña, mientras estaban dragando el lago para encontrar el cuerpo de él, es una historia aparte.

—Jefe Maven —dijo Allen—, ¿de verdad es necesario esto?

—No, no es necesario —dijo Maven—. Si los expolicías, a cuyos

compañeros han matado no eligen venir a jubilarse aquí y me amargan la vida, entonces nada de esto es necesario.

—Jefe, ese comentario ha estado fuera de lugar.

—Salga de aquí —dijo Maven—. Vuelva a su pequeño despacho del estado. Ha sido usted de gran ayuda.

Allen se puso de pie y me dio la mano.

—Alex, por favor, si alguna vez le puedo servir de ayuda, dígamelo.

Bajó la vista para mirar a Maven.

—Ya tendrá noticias mías, jefe.

—Me muero de ganas —dijo Maven.

Cuando Allen se fue, ambos nos sentamos a la mesa mirándonos sin más.

—Entiendo que puedo irme —dije finalmente.

—Puede usted despedirse de mi arrugado culo blanco —contestó.

Me levanté.

—Voy a echar de menos estas pequeñas charlas —añadí—. Quizá alguna vez podamos ir a pescar.

Salí de la comisaría, a la luz del día. Ya estaba bien entrada la mañana; el sol intentaba brillar un poco, pero no conseguía calentar el ambiente. Logré llegar al aparcamiento a trompicones, hasta que me di cuenta de que el camión estaba aparcado al lado de mi cabaña, sin ventana en la parte del copiloto. Si hubiera tenido fuerzas para reírme, lo habría hecho. No tenía ninguna gana de volver a la comisaría y pedirle que me llevara, así que me fui andando. No estaba seguro de hacia dónde me dirigía, pero moverme me hacía sentir bien.

Rodeé el juzgado en dirección al río y después seguí por la vereda que iba paralela a este hasta donde pude. Cuando llegué al extremo del parque, volví hacia las esclusas; estaba pasando un carguero grande. Empezaban a dolerme las orejas del frío, así que subí las escaleras hasta la cubierta de observación, que estaba vacía.

El barco medía unos doscientos metros de largo; estaba entrando por la esclusa situada más al sur, tan cerca de la cubierta que era como ver desplazarse un edificio lentamente al otro lado de la calle. La bandera tenía

tres barras horizontales, roja, blanca y negra con algo parecido a un pájaro dorado en el centro; supuse que era la de Egipto. Había una docena de hombres de piel oscura en el barco, embutidos en sus abrigo, que al pasar se volvieron a mirarme. Estaban tan lejos de sus casas... Esto debe de haberles parecido un nuevo y extraño mundo. Y ahora, con una carga completa de mineral de hierro, volvían de nuevo al mar, atravesando los Grandes Lagos hasta el canal de St. Lawrence para salir al océano Atlántico.

Podría saltar al barco; está lo bastante cerca. Me podrían llevar a Egipto con ellos, pensé.

—Alex, he estado buscándote por todas partes. —A mi lado apareció Uttley—. El policía de la comisaría me dijo que acababas de irte.

—Estaba mirando cómo pasaba el barco por la esclusa —dije.

Lo miró.

—¿De dónde es? ¿Qué bandera tiene?

—Creo que de Egipto.

Asintió con la cabeza.

—Me ha llamado el detective Allen y me lo ha contado todo.

No dije nada.

Dejó escapar un largo y lento suspiro.

—Ese barco tiene que recorrer un largo trecho —añadió—. ¿Cuántos días crees que se tarda en llegar a Egipto desde aquí?

—No sabría decir.

—¿Sabes que la primera esclusa se construyó en 1797? Fue destruida en la guerra de 1812 y tuvieron que reconstruirla.

Seguí mirando el barco. Habían cerrado la esclusa y habían comenzado a bajar el nivel del agua. Cuando el barco había bajado siete metros, abrían el otro extremo y lo dejaban pasar para que siguiera camino del lago Hurón.

—En la Segunda Guerra Mundial, esta fue la zona del país que se defendió más férreamente. El Gobierno pensó que si alguien iba a tirar bombas en algún sitio, empezarían por aquí. Ya sabes, interrumpir el suministro de hierro, evitar que construyéramos tanques. Por esa razón, construyeron dos bases de la Fuerza Aérea aquí en medio de la nada.

—¿Por qué me cuentas esto? —dije.

—Porque no sé qué decir.

Durante un rato, ninguno de los dos hablamos. Solo mirábamos cómo bajaba el bote mientras el agua salía de la esclusa.

—Ahora tiene que ser más fácil de llevar, ¿no? —dijo él.

—¿A qué te refieres?

—Antes creías que era Rose, aunque todo el mundo te decía que él estaba en la cárcel. Debe de haber sido para volverte loco.

—Y en vez de ser él, resulta que es un tipo cualquiera —añadí—, que por alguna razón decide pasarse la vida siguiéndome, mirándome, buscando datos sobre mi pasado, intentando convertirse él mismo en mi pasado. Por Dios bendito, esto no tiene ningún sentido.

—Por supuesto que no tiene ningún sentido.

—Dicen que de alguna forma estuvo en contacto con Rose. Supongo que se refieren al correo electrónico, ¿no? ¿No revisan el correo en la cárcel?

—Seguro que lo hacen —asintió—. Estoy seguro de que el detective Allen lo comprobará. O Maven, si consigue separar la cabeza del culo. Allen no entró en detalles, pero parece que Maven y tú no habéis hecho las paces todavía.

—¿Qué pasaría si llamara otra vez a ese tipo, Browning?

—¿El oficial del centro penitenciario? Andaría con evasivas otra vez y te enfadarías de nuevo. ¿Por qué le ibas a llamar? ¿Qué vas a averiguar? Alex, ya ha terminado. El tipo está muerto.

—A mí no me parece que todo haya terminado.

—Tienes que darte algún tiempo —dijo—. Vete de vacaciones a algún sitio cálido unos cuantos días.

El carguero había pasado al otro extremo de la esclusa. Ahora se veía la parte de atrás, donde había algo escrito en árabe y al lado ponía «Cairo».

—Tenías razón —dijo—. Esa era la bandera de Egipto. Venga, vámonos de aquí.

Me llevó a casa en su BMW. Me quedé mirando fijamente por la ventanilla los pinos; pinos y más pinos. Estaba empezando a estar harto de tanto pino. Fuimos en silencio todo el camino hasta llegar a mi cabaña. Se me hacía raro verla otra vez después de lo que había pasado. Era el mismo sitio, una pequeña cabaña construida en el bosque, y sin embargo ahora todo era diferente.

—¿Quieres que me quede por aquí un rato? —se ofreció—. ¿Para ayudarte a recoger?

—No, gracias —respondí—. Tengo que quedarme aquí solo un momento.

—Lo entiendo —dijo—; llámame si me necesitas.

—Vale.

Salí del coche.

—Eh, Alex.

Miré hacia el coche.

—Ya se acabó —dijo—, se ha terminado de verdad.

—Lo sé —asentí.

Vi que se iba y me volví para enfrentarme a ello. Mi camión estaba allí, con el capó todavía entreabierto y el asiento todavía cubierto de cristales. Del sitio en el que había estado el coche de Sylvia solo quedaba un pequeño rastro en la hierba.

Y el lugar donde estaba el cuerpo, en el bosque, más allá del montón de leña. Por supuesto, se lo habían llevado, pero no estaba preparado para ver dónde lo había matado.

Entré en la cabaña, preguntándome si alguna vez podría sentirme de nuevo como en casa. Recordé mi etapa como oficial de policía en Detroit. Nos dijeron que si alguna vez teníamos que matar a alguien, sin importar si estaba justificado o no, siempre habría un precio que pagar por ello. En algún momento, una hora más tarde, un día, una semana, repentinamente nos sacudiría el hecho de haber matado a otro ser humano. Estuve esperando a sentir esa sacudida, pero no sentí nada.

Cogí el teléfono. No había línea; se me había olvidado que la había cortado. *Tendré que ir al Glasgow para llamar, pero primero tendré que salir a limpiar todos los cristales del coche o me verá obligado a ir andando hasta allí.* No podía pensar en hacer ninguna de las dos cosas. Necesitaba dormir. *Voy a dormir un poco primero, a ver si puedo. Si es que alguna vez puedo volver a dormir.*

Necesitaba esas pastillas, solo una vez más. Después de todo lo que había pasado, ¿quién podría culparme por usarlas?

Mierda, quizá pueda dormir sin ellas, voy a intentarlo.

Me tumbé en la cama, puse otra vez la cabeza en la almohada, miré al

techo de madera y me dormí.

Me desperté unas horas más tarde sin haber soñado. Me sentía como si hubiese sido mucho más que dormir, como si el tiempo se hubiera detenido. Era ya bien entrada la tarde; en mi vida había tenido tanta hambre.

Salí con la escoba e intenté barrer la mayor parte de los cristales que había en el camión; saqué los pocos trozos de cristal que todavía estaban en el marco de la ventana. Intenté arrancar. Nada.

Levanté el capó y miré los cables. Al estar ahí de pie, recordé todo lo que sentí cuando intenté volver a conectar los cables, preguntándome cuánto viviría. Con las prisas, había puesto dos cables cruzados. Los conecté e intenté arrancar de nuevo. Conseguí ponerlo en marcha.

Lo dejé funcionando mientras echaba un vistazo por la zona para ver si encontraba el teléfono móvil, esperando que él lo hubiera tirado en el bosque. Cuando volví al sitio donde le había disparado, me paré y miré al suelo donde había caído. En el suelo había agujas de pino y unas piñas. Podría haberme puesto de rodillas y haber buscado la sangre, pero no lo hice; me limité a quedarme ahí y rememorarlo. *No creía que tuviera un arma de verdad. ¿Me había dado eso una ventaja injusta? ¿Debería haber disparado un tiro de aviso a los árboles? Pero entonces, ¿qué habría pasado? ¿Habría tirado su arma? ¿Voy a tener que estar preguntándome esto toda mi vida?*

No habrá juicio, ni oportunidad de sentarse en un tribunal y escuchar una explicación para todo ello. *Nunca averiguaré por qué me eligió.*

Dicen que fue hace cinco o seis meses cuando empezó todo. ¿Qué le hice? ¿Por qué estaba tan obsesionado conmigo?

Mientras volvía al camión, noté un fragmento afilado de cristal en el dedo. Me lo saqué y miré la línea de sangre. No hay nada tan rojo como la sangre, nada tan sencillo. Y en toda mi vida, ya había visto bastante junta.

En el Glasgow pedí un filete, el filete más grande que Jackie pudo encontrar, poco hecho, con cebollas gratinadas y setas. Jackie me dirigió una breve sonrisa. Creo que él sabía que volvía a ser yo otra vez. Él sabía que aunque todavía no era yo mismo, solo sería una cuestión de tiempo. Le pedí prestado el teléfono y empecé por llamar a la compañía de teléfonos, pero

luego me di cuenta de que probablemente fuera demasiado tarde. Les llamaría mañana para que me arreglaran la línea de teléfono. También llamaría a algún lugar en el que colocaran lunas de coche para que me sustituyeran la ventana.

Estuve sentado unos minutos bebiendo cerveza y después volví a coger de nuevo el teléfono. Contestó a la tercera llamada.

—Sylvia —dije—, solo te llamo para asegurarme de que estás bien.

—¿Por qué no iba a estar bien? —respondió—. Estoy mejor que nunca.

Su voz no sonaba bien.

—¿Estás bebida?

—Estoy más que borracha —dijo—. Estoy sentada aquí, en esta casa antigua y grande en la otra punta del mundo, sola, emborrachándome como nunca.

—¿Quieres que vaya?

—¿Por qué iba a querer que vinieras?

—Porque no deberías estar sola.

—¿Por qué no debería estar sola?

—Porque no deberías. Maldita sea, Sylvia, anoche viniste hasta mi cabaña. ¿Por qué lo hiciste?

—¿Sabes? Esa es una buena pregunta. No estoy segura de por qué fui, pero evidentemente fue algo maravilloso, otro momento decisivo de mi vida: conocí al hombre que mató a mi marido. Bueno, no, en realidad no llegué a conocerlo, sino que lo vi en el suelo con media cabeza arrancada.

—No querías estar sola —conjeturé—. Por eso fuiste a mi cabaña, ¿verdad? Vale, después de todo lo que ha sucedido, no pasa nada por que vinieras.

—Sí que pasa, Alex. Pasa algo, no sé el qué, pero pienso en ello... Dios, ¿dónde he puesto la botella?

—Ya voy para allá.

—Así que ayúdame, Dios mío —dijo.

De golpe hablaba como si no estuviera bebida.

—Si vienes te mataré. Te mataré o me suicidaré, o nos mataremos los dos. Y créeme, ahora puedo hacerlo: he estado viendo cómo lo hacen los expertos.

—De acuerdo, Sylvia —dije—, de acuerdo, tranquila.

—No me digas que me tranquilice; simplemente déjame en paz. ¿Lo has oído? Déjame en paz, coño.

No sabía qué más decir. Cerré los ojos y escuché el débil sonido de su respiración.

—¿Qué hemos hecho, Alex? —preguntó finalmente con la voz consumida por la emoción—. ¿Qué hemos hecho?

Colgó antes de que pudiera responder. Me quedé sentado con el teléfono en la mano y en ese momento, pedí a Jackie que me trajera otra cerveza.

Un par de horas más tarde, estaba de vuelta en la cabaña. Estaba oscuro; di dos vueltas alrededor de la cabaña. No podía creer que ya nadie estuviera observándome, que nadie estuviera esperando para matarme.

El arma. Ya no tenía el arma, todavía estaba en la comisaría. Pero no pasaba nada, ya no la necesitaba, ¿no?

Entré y encontré el listín telefónico. Intenté buscar a Raymond Julius, pero no aparecía en la lista.

Hace cinco o seis meses. ¿Qué pasó hace cinco o seis meses?

No vas a averiguarlo esta noche, Alex. Limitate a acostarte, mañana tienes que cortar leña y recoger todo, comprar algo de comida, por el amor de Dios, convertirte de nuevo en un ser humano.

Dormí dos horas, puede que tres, y después me senté en la cama y encendí la luz. Eran poco más de las doce.

Hace cinco o seis meses.

El listín telefónico estaba todavía en la mesa de la cocina. Busqué hasta que encontré a Leon Prudell. Era de Kinross, una pequeña ciudad al sur del Soo, cerca del aeropuerto. Cogí algo de ropa y me subí al camión. Con el aire frío entrando por la ventanilla abierta me dirigí a toda velocidad a Kinross. Era tarde, pero Leon y yo teníamos algo de lo que hablar.

No tardé mucho en encontrar su casa. Kinross es casi tan pequeño como Paradise, con una calle principal y unas cuantas que cruzan a esta. Era una casa pequeña de tablas de madera, no mucho más grande que mi cabaña. Había en el aire un ligero olor a pescado. En el patio de la entrada había un columpio colgando de un árbol hecho con una rueda. Al final, la luz del porche se encendió y una mujer me miró a través de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Tengo que hablar con su marido —contesté.

—No está. ¿Quién es usted?

Pensé durante un segundo.

—Quiero contratarle —aseguré—. Tengo entendido que es investigador privado.

—Lo era —puntualizó—, pero ya no.

—Creo que es bueno —insistí—. ¿Está segura de que no va a querer encargarse de un caso? Le pagaré quinientos dólares por día.

Eso hizo que abriera la puerta de par en par.

Vi una mujer bastante grande y un albornoz rojo bastante grande también. Por su constitución, me alegré de que aquella noche en el bar fuera él quien me persiguiera y no ella.

—Está trabajando en la parada de camiones de la I-75 —dijo—, en el restaurante.

—¿La de la salida de la Ruta 28?

—Sí, esa.

—Se lo agradezco mucho, señora.

—Trabaja por las noches —dijo—, desde que perdió el trabajo como investigador privado.

—Entiendo.

—¿Conoce a un tipo llamado Alex McKnight?

—No puedo decir que lo conozca —respondí.

—Ese es el hombre que hizo que lo despidieran. Si le ve, le dice que es un cabrón, ¿vale?

—Lo haré, señora. Siento haber tenido que molestarla a esta hora.

—Por quinientos dólares, me puede molestar a la hora que sea.

Salí de allí y volví a la autopista. La parada de camiones estaba a pocos kilómetros en dirección norte por la I-75. Es uno de esos sitios que se ven desde la carretera, que están iluminados toda la noche, con cien camiones repostando o simplemente aparcados, mientras los conductores se toman un pedazo de tarta de manzana y un café.

Encontré a Prudell limpiando una mesa, con un gran delantal blanco que le caía por encima de la barriga. En cuanto me vio, dejó la pila de platos con gran estrépito.

—Bueno, mira a quién tenemos aquí —exclamó—. No me digas que vienes a quitarme también este trabajo, ¿eh?

—Siéntate, Prudell.

—A ver, me voy a quitar el delantal para dártelo, vas a necesitarlo.

Había un par de camioneros en la barra, una camarera los estaba sirviendo y otra estaba sentada en un taburete.

Todos nos miraron.

—Siéntate —ordené.

—Todo lo que tienes que hacer es mantener estas mesas limpias —siguió—, y cada hora vas a limpiar los baños. Estoy seguro de que podrás hacerlo.

—Prudell —dije, intentando controlarme; lo intentaba de verdad—. Si no te callas y te sientas, voy a hacerte daño. ¿Me entiendes? Voy a sacudirte de lo lindo aquí mismo en el restaurante.

—McKnight, si no te vas ahora mismo...

Cogí su mano izquierda y se la doblé hacia atrás contra la muñeca. Siempre era una excelente manera de convencer a alguien de entrar en la parte trasera del coche patrulla. No es tan drástico como doblar el brazo hacia la espalda, pero igual de efectivo. Prudell dio un pequeño grito y se sentó. Todos los presentes nos miraban, pero no me importaba.

—¿Qué coño te pasa? —preguntó—. ¿Estás intentando romperme la muñeca?

Me senté a su lado, estábamos muy apretados.

—Escúchame detenidamente —le pedí—. ¿Te acuerdas de aquella noche en el bar? ¿La primera noche que fuiste a por mí? Sé que estabas borracho, pero intenta recordar lo que me dijiste.

—¿A qué te refieres?

—Dijiste que te quité el trabajo y que te ibas a arruinar y que tenías una familia a la que cuidar, ¿te acuerdas? Me contaste el dramón de que tus hijos no podrían ir a Disney World y que tu mujer no podría tener su coche nuevo y toda esa bazofia. Y después dijiste algo de un hombre que te estaba ayudando. Dijiste que estaba teniendo mala suerte y que lo único que le ayudaba a seguir era hacerte recados y sentir que era importante. ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo —asintió—. Era todo verdad; en realidad jodiste a mucha

gente, no solo a mí.

Habían pasado cinco meses y pico desde que empecé a desempeñar el trabajo de Prudell. Él había estado alimentando su odio unos cuantos meses, hasta que finalmente encontró el coraje de enfrentarse a mí.

—Vale, de acuerdo —dije—. Lo que tú digas, he arruinado vuestras vidas. Ahora límitate a decirme su nombre.

—¿El tipo que estaba trabajando para mí?

—Sí —insistí—. Dime su nombre.

—Se llama Julius —contestó—. Raymond Julius.

18

Hasta que pude reaccionar hubo un largo silencio. Prudell me dio un golpe rápido con el codo en las costillas, pero eso no consiguió que me cayera del asiento, sino que hizo que me enfureciera más.

—Haz otra vez eso y te arranco la cabeza —amenacé.

—Qué genio tienes, McKnight. Deja que me vaya.

—¿Dónde vive? —pregunté.

—No sé —respondió.

—Y una mierda que no lo sabes; trabajaba para ti.

—Solo he visto su casa una vez —dijo—, y eso fue hace mucho tiempo, antes de que tú...

—Ya, ya antes de que os jodiesen a los dos. Ya lo hemos oído. Estuviste en su casa, ¿pero no sabes dónde está? ¿Qué? ¿Fuiste con los ojos vendados?

—Está en el Soo —dijo—. En algún lugar de la zona oeste, no me acuerdo exactamente, ¿vale?

—¿Has hablado con él desde entonces?

—No, no he hablado con él.

Me quedé sentado pensando en ello. Al final, me levanté, salí del reservado y dije:

—Vamos.

—¿De qué hablas? Yo no voy a ningún sitio.

—Sí que vas; vamos a buscar su casa.

—Y una mierda voy a ir. Estoy en mitad de mi jornada de trabajo.

—Ve a decirle a tu jefe que tienes que irte un momento. Dile que es una emergencia familiar.

Salió de la mesa, se colocó el delantal y cogió un plato.

—Te puedes ir a tomar por culo —me espetó.

Conté mentalmente hasta diez mientras limpiaba la mesa.

—Prudell —dije—. Tienes dos opciones: una, te golpeo contra todas las paredes de este local y después te tiro por la ventana, y estoy seguro de que me van a detener, pero ya no me importa. Y dos, que me ayudes a encontrar la casa de Julius y te pague quinientos dólares por tu tiempo.

Me miró.

—¿Esperas que me lo crea? ¿Que vas a pagarme?

—Tú eres investigador privado, ¿no? Considera esto como un caso.

—Era investigador privado —respondió—. Ahora soy ayudante de camarero.

—¿Qué eliges, Prudell?

—Eres especial, ¿lo sabías? Eres único.

—Elige, Prudell.

Tiró los platos a la mesa y volvió a la cocina atravesando un par de puertas de vaivén. No sabía si estaba llamando a la policía, cogiendo un gran cuchillo o saliendo por la puerta trasera. Al final, salió otra vez por las puertas, desatándose el delantal. Un hombre bajito con el ceño fruncido que tenía que ser su jefe salió detrás de él.

Salimos al aparcamiento sin pronunciar palabra. No le hizo gracia que al camión le faltara la ventana, especialmente al sentarse sobre algunos cristales que todavía estaban allí.

Arranqué el camión y salí del aparcamiento.

—Empieza a hablar —le pedí—. Cuéntame algo sobre Raymond Julius.

—Dios, aquí hace muchísimo frío —comentó.

Fuera, la temperatura era más o menos un grado bajo cero. No estoy seguro de cuál es la sensación térmica en un camión a casi cien kilómetros por hora sin la ventanilla del lado del copiloto. Él ni siquiera llevaba abrigo.

—Raymond —dije otra vez bien despacito—. Julius.

—¿Qué te puedo decir? Era algo raro. Le gustaba la milicia y esas cosas, odiaba al Gobierno...

—¿Así que pertenecía a una milicia?

—No, creo que lo intentó, pero no lo consiguió. Era más partidario de ser detective que soldado, o un patriota o como coño se hicieran llamar.

—¿Tenía armas?

—Sí —asintió Prudell—. Tenía armas; no tenía permiso, pero sí armas.

—¿Tenía una pistola de nueve milímetros?

—No lo sé seguro —dudó—. No me sorprendería.

—¿Sabría cómo manejar un silenciador?

—Estoy seguro de que podría —asintió—. ¿Por qué me haces todas estas preguntas?

—¿Por dónde vamos? —pregunté—. ¿Por Three Mile Road? Dijiste que por el oeste de la ciudad; sé un poco más concreto.

—Mierda, no sé —dijo—. Creo recordar que nos bajamos aquí; una vez tuve que recogerlo cuando su coche se averió.

—¿Un viejo cacharro? ¿Sin silenciador?

—Sí, eso creo.

Cogí la salida y me dirigí al oeste.

—¿Y ahora hacia dónde?

—Ya te he dicho que no me acuerdo. —Miró la carretera pasándose los dedos por el pelo—. Creo que estaba por la zona industrial.

—¿Cómo empezó a trabajar para ti?

—Yo estaba en las Páginas Amarillas. Me llamó porque quería saber si podía trabajar para mí. Le dije que no, y me siguió llamando una y otra vez, todos los días. Dijo que haría lo que fuera, hacer recados, coger llamadas de teléfono. Dijo que tenía tantas ganas de hacerse detective privado que empezaría a trabajar sin cobrar.

—¿Qué? ¿Esperaba llegar a convertirse en investigador?

—Eso es lo que él creía; le expliqué cómo funcionaba. Tienes que obtener la acreditación del Gobierno, un permiso de armas. Eso fue lo que le hizo explotar; como te decía, ese hombre sentía un fuerte odio hacia el Gobierno. En lo que a él respectaba, el estado de Michigan era el único responsable de que él no se hiciera investigador.

—¿Y permitiste que este tipo trabajara para ti?

—Me lo suplicó. Dijo que para él era un asunto de vida o muerte. Así que pensé: «¡Caray!, me lo llevaré un día, me puede traer la comida, sustituirme cuando vaya al baño». Yo estaba observando a los socorristas, apuntando lo que hacían cada día. Pensé que vería lo aburrido que era y que se olvidaría de

ello.

—Eso fue en Drummond Island.

—Sí —asintió—. Estuve observando a esos socorristas durante tres días; escribí un informe completo. Intenté hacer un buen trabajo para Uttley. Supongo que no fue lo suficientemente bueno, ¿no?

Lo miré. Estaba con la cabeza asomada por la ventanilla en aquella fría noche. El viento movía su pelo pelirrojo, alborotándolo en todas direcciones.

—Julius ha muerto —anuncié.

No dijo nada; se limitó a mirar por la ventana.

—¿Me has oído? Ha muerto.

—Me lo imaginaba —dijo. Me miró un segundo y después miró al salpicadero—. Por la forma en que hablabas de él.

—Estuvo acosándome durante meses —proseguí—. Mató a tres hombres, incluido Edwin Fulton. Intentó matarme a mí también.

Prudell solo sacudió la cabeza.

—¿No te sorprende?

Se encogió de hombros.

—No habría esperado esto de él, pero... ¡caray! ¿Quién sabe? Recuerdo esa mirada que a veces ponía. Esto me hace pensar por qué se me ocurrió dejar que estuviera a mi lado.

—Lo maté yo —dije.

Se volvió y me miró. No dijo nada.

—No tuve otra elección —añadí.

Se limitó a negar con la cabeza.

Llegué a la calle Catorce.

—¿Es por aquí?

—Creo que sí —dijo—, creo que vine por aquí. Recuerdo haber tenido que buscar su calle por aquí.

Llegamos a una señal de *stop*. Podía ir hacia el norte por la calle Catorce o girar hacia al este por la Octava Avenida.

—¿Por dónde?

—Estoy pensando —dijo.

Nos quedamos sentados en el camión, bajo la única luz de una farola. La noche parecía inquietantemente tranquila sin el silbido del viento que entraba

por la ventana abierta.

—Sigue de frente —dijo finalmente—; creo que hay que subir por aquí.

Pasamos por unas casas de ladrillo pequeñas, construidas una cerca de la otra, la mayor parte de las cuales tenían por lo menos cincuenta años. Este era uno de los primeros barrios del Soo, de la época en que había una base de la Fuerza Aérea al otro lado de la autopista, mucho antes de que llegaran los casinos y los turistas. Subimos por la Catorce, dejando atrás la Séptima y la Sexta hasta llegar a una calle sin salida.

—Ahora me acuerdo —dijo—. Llegué hasta esta calle sin salida, y tuve que virar. Vuelve a la calle Sexta.

Hice lo que me dijo. Me estaba desorientando en aquel laberinto de calles con números. No era como en Nueva York, donde todos los números tienen algún sentido, y donde las calles van en un sentido y las avenidas van en otro.

—De acuerdo, ahora ve hasta la calle Trece y sube hasta el final. Dejamos atrás la calle Quinta y en ese punto, la calle terminaba en la Cuarta.

—Intentemos virar a la izquierda —indicó.

—Me da la sensación de que estamos moviéndonos en sentido circular —observé.

—Tómate la libertad de asumir el mando —respondió.

A medida que nos dirigíamos hacia el oeste por la calle Cuarta, las casas se hacían cada vez más pequeñas. Casi todas tenían las ventanas y las puertas cubiertas de plástico. Con la bahía ahí mismo y esa meteorología tan extrema a menos de ochocientos metros, me parecía increíble que esos lugares todavía estuvieran en pie.

—Esto comienza a sonarme —dijo.

Al tomar una curva, una señal nos informaba de que ahora íbamos por la calle Oak.

—Sí, eso es —asintió—. Me acuerdo de los nombres de los árboles. Ahora hay unas cuantas calles más por aquí con nombres de árboles. Estoy bastante seguro de que su casa es una de estas.

Seguimos por la calle Ash, luego por Walnut, y después por Chestnut. Prudell seguía mirando fijamente por la ventana abierta hacia el lado opuesto de la calle, por la parte del conductor.

—Sé que estamos cerca —aseguró—. Sé que es en este barrio.

—Hemos recorrido todas las calles —dije.

Estaba colaborando más de lo que yo hubiera pensado, pero a pesar de ello, mi paciencia estaba empezando a llegar al límite.

—No, no las hemos recorrido —repuso—. En cuanto veamos su casa, sé que la reconoceré. Tenía un revestimiento exterior horrible, lo podría describir perfectamente. Tenía el mismo aspecto que un perro sarnoso, como si estuviera mudando el pelo. Esa casa era una auténtica pocilga. La había alquilado; recuerdo que se quejaba del propietario, de que todo estaba roto; decía que en invierno las tuberías se congelaban todas las noches. Te lo juro, la forma de hablar sobre el dueño, todo lo que decía que le haría si alguna vez tuviera oportunidad...

—¿Nunca intentó hacer nada?

—No creo. Creo que le daba miedo hasta hablar con él.

Mientras él miraba la calle, yo pensé en lo que me dijo. Era un rincón oscuro en un barrio desconocido. El Soo es un lugar agradable en general, pero nunca sabes quién va a ser la excepción a la regla y se va a ofender solo por que un camión desconocido se pasee de un lado a otro por delante de la casa. Estaba seguro de que en la zona había un montón de armas, rifles muy potentes con mira telescópica para matar ciervos, escopetas.

—¿Y si seguimos? —dije.

—Un momento, ahora me acuerdo. Había una calle que me he saltado la primera vez que hemos pasado por aquí. Ni siquiera la he visto hasta que hemos dado la vuelta otra vez. Creo que tenía nombre de árbol.

Di la vuelta con el camión y me dirigí otra vez a Chestnut. Volvimos a la derecha para coger la calle Ash y seguimos por ella hasta Walnut.

—Esta vez sigue de frente —dijo.

—Es un callejón sin salida —observé.

—No, hay otra calle por aquí, ¿lo ves?

Tenía razón: no se veía hasta que no llegas al final, una bocacalle llamada Hickory.

Al virar a la derecha, vi inmediatamente el coche de la policía. Me ceñí bien a la carretera y di una vuelta completa, como si solo estuviera girando.

—¿Adónde vas? Su casa está por aquella calle.

—Hay un coche de policía delante de la casa —observé—. No quiero que

me vean.

—Pues sigue conduciendo, como si estuvieras buscando otra cosa.

—No, podrían estar buscando mi camión —dije—. No lo pondría delante de Maven.

Volví a subir por la calle Walnut pasando por delante de unas cuantas casas y paré cerca de la acera.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —inquirió.

Era una buena pregunta. En lo más profundo de mi ser, sabía que si quería encontrar una respuesta a todas las preguntas, solo podía hacer una cosa. No había forma de que Maven me dejara ver aquellos papeles, los recortes de prensa, el diario. No encontraba la manera de obligarle a que me los enseñara. Técnicamente, todas eran pruebas que se usarían para cerrar un expediente sobre tres asesinatos.

—Tengo que entrar en su casa —dije.

—¿Estás loco de remate?

—Tengo que hacerlo —insistí—. Si no lo hago, esto me va a perseguir toda mi vida.

—¿Vas a entrar por la fuerza en una casa que está precintada? —preguntó—. ¿Vas a estropear las pruebas? Eso es un delito grave.

—No me importa.

—Hay un policía justo en la puerta.

—Lo sé —dije. *Podría ser Dave, pensé, el mismo hombre que estaba vigilando mi casa. Podrían estar encargándole más trabajo fuera de su jornada normal. Pero ¿cómo podría saberlo con seguridad a menos que suba y llame a la ventana? «Perdone, ¿está Dave? ¿Hay alguna posibilidad de que pueda entrar un minuto en la casa?».*

—Y entonces, ¿cómo vas a entrar en la casa? —preguntó.

—Cuando estuviste aquí la otra vez, ¿entraste?

—Sí, un segundo.

—¿Había puerta en la parte de atrás?

Me miró un momento.

—Sí, eso creo.

—Bien.

—Realmente necesitas hacerlo, ¿no?

—Sí.

—Entonces voy contigo —propuso.

—Y una mierda.

—No voy a limitarme a quedarme en este camión, mientras tú entras en esta casa. Ya soy cómplice, así que también podría ir contigo.

—¿Por qué ibas a querer ayudarme? —pregunté—. Creía que me odiabas.

—¿Quién dice que voy a ayudarte? Solo quiero ver cómo lo haces, lo bueno que eres.

—Creo que deberías quedarte aquí —dije.

—En el restaurante me diste dos opciones, ¿te acuerdas? Ahora, yo te doy dos opciones: o vamos juntos o voy y despierto a ese policía.

Fuimos juntos, dejamos el camión donde estaba y nos metimos por el bosque hasta la parte trasera de la casa. Cogí del camión un par de guantes de trabajo, una linterna que solo encendería si era absolutamente necesario y el juego de llaves para abrir cerraduras. Los había pedido la misma semana en la que conseguí el permiso, pero nunca hubiera pensado que tendría que utilizarlos. Si lo hubiera sabido, habría practicado.

La puerta de atrás podría estar a unos cien metros del bosque. La noche era lo suficientemente oscura; nadie nos vería. Las casas de ambas aceras parecían desiertas. Subimos por la puerta de atrás y nos pusimos de rodillas en el suelo. Encendí un segundo la linterna y eché un vistazo rápido. Había un par de cubos de basura y un antiguo cortacésped. El revestimiento externo era exactamente como Prudell lo había descrito: áspero y peludo como un perro que está en época de muda. La policía había precintado la puerta.

—No se te ocurrirá romper el precinto —me susurró Prudell.

—Lo romperé si es necesario —dije.

—Espera, enciende otra vez la luz un segundo.

Cuando lo hice, él se levantó y seguí la línea de la cinta hasta el final. Cuando tiró de ella, se despegó toda.

—Han hecho un trabajo poco fino —explicó—; por este lado se despega muy bien. Deberían haberlo pegado alrededor de toda la casa.

—Me aseguraré de dar este consejo a Maven —contesté.

Me quité los guantes, saqué el juego de llaves del bolsillo y me puse manos a la obra con la puerta. Con la barra de tensión colocada, intenté un

par de posiciones por si había suerte, pero la cerradura no cedió. Fui forzando las clavijas una por una. Prudell se quedó ahí parado, emitiendo sonidos que reflejaban impaciencia. Se levantó un viento frío, el tipo de viento que se levanta en algún lugar cerca del Polo Norte, recoge una carga de humedad del lago y te azota en la cara como un puercoespín congelado. Perdí la tensión sobre la barra y tuve que empezar otra vez. Una clavija, dos clavijas, tres y otra vez volví a perder la tensión. La mitad superior de la puerta era de cristal, así que volví a meter la mano en el guante y apunté sin conseguirlo.

Prudell me paró la mano.

—¿Qué pasa contigo? —me dijo susurrando—. Dame eso.

Me cogió el juego de llaves, colocó la barra de tensión y puso las clavijas en tres posiciones.

—¿Cómo conseguiste llegar a ser detective privado? —me preguntó mientras abría la puerta.

Entré el primero en la casa. Prudell pasó detrás de mí y golpeó la puerta suavemente con la cadera para cerrarla. Pensé: *No quiere dejar huellas, no es mala idea*. Volví a ponerme los guantes de trabajo.

—¿No tienes un par de guantes quirúrgicos? —preguntó.

—Me los he dejado con el estetoscopio.

—Esos guantes de trabajo son demasiado gruesos para poder coger algo.

—No son demasiado voluminosos para darte un puñetazo en la boca si no te callas.

Fui hacia la ventana de la parte delantera, y miré a través de las cortinas. El coche de policía estaba todavía junto al bordillo; el interior estaba oscuro. Saqué la linterna del abrigo y la encendí, cubriendo con la mano la mayor parte del haz de luz.

—¿No tienes un filtro rojo? —preguntó.

—Prudell, juro por Dios que si no te callas...

—Ya no hablo más —contestó—. Adelante, haz lo que tengas que hacer. Es evidente que aquí el que tiene experiencia eres tú.

Por un momento, me imaginé dándole un golpe en la cabeza con la linterna. *Relájate Alex, tiene razón. Haz lo que tienes que hacer y sal de aquí*.

Era una casa tan pequeña que casi no podía ni ganarse el apelativo de casa. Tenía una única habitación que servía de cocina, comedor y salón. La

cama estaba separada del resto de la casa por una mampara de baratillo que ni siquiera llegaba al techo. El baño era demasiado pequeño para que cupiera más de una persona de pie. Todo el lugar tenía ese olor característico de la soledad: sábanas sin lavar, comida recocida, cigarrillos empezados.

En la encimera de la cocina había un montón de revistas, y encima de todas, un periodicucho de detectives con un titular: «Mutila a las animadoras y las entierra en su sótano». También había algunas revistas de armas y unos cuantos folletos de propaganda ordinarios: «Los federales traerán escuadrones chinos para quitarnos las armas». La habitual basura chiflada en contra del Gobierno.

Di vueltas alrededor de la habitación y me acerqué al armario donde estaban las armas. Aunque no supiera hacer otra cosa, este hombre sabía cómo cuidar sus armas. Había cinco o seis rifles colocados uno al lado del otro detrás del cristal. Olía a grasa para armas. Cerca del armario había una caja de cristal con tres revólveres. Uno reglamentario como el mío, un Magnum 357 y otro que ni siquiera sabía cuál era. Había un espacio vacío en el que debía estar colocado un cuarto, y a su lado un silenciador. Yo sabía para qué arma era el silenciador.

La policía todavía no había tocado nada; recordé cuál era el procedimiento que seguían. Probablemente mañana traerían a un equipo que haría un montón de fotografías y quitaría todo pieza por pieza. Echarían el reactivo que utilizan para localizar las huellas. No se darían demasiada prisa; después de todo, el sospechoso estaba muerto. Todo lo que harían sería archivar los expedientes de los tres asesinatos. Quizá trajesen a algunos oficiales jóvenes y los dejaran echar un vistazo como parte de su formación.

Tenía la desagradable sensación de que Raymond Julius abriría la puerta del baño y entraría en la habitación. Prudell se quedó en la puerta trasera; no se había movido. Tenía las manos en los bolsillos.

—¿Sabes lo que buscas? —preguntó.

—Sí —respondí.

Ahí estaba, en una mesa pequeña en la esquina opuesta de la habitación, la máquina de escribir.

Me acerqué para verla. Era exactamente como Allen la había descrito: una Underwood desvencijada. A su lado había dos carpetas de papel manila.

Tomé aire profundamente y cogí la primera. Era difícil cogerla con los guantes de trabajo, así que la volví a poner sobre la mesa y fui pasando las páginas una por una. Había copias de recortes de periódico antiguos, todos del *Detroit News* y del *Detroit Free Press*, de julio de 1984. Reconocí todos los titulares. «Loco mata a un policía, el segundo oficial se aferra a la vida»; «El alcalde Young hace el panegírico del oficial y solicita una investigación de los Servicios de Salud Mental»; «El asesino de policías, declarado culpable de todos los cargos».

Cerré la carpeta y abrí la segunda. Reconocí el tipo de letra inmediatamente. Era su diario; había una anotación por página. Lo alumbré con un pequeño haz de luz y leí los secretos del muerto.

19

11 de junio

Alex McKnight, quiero que esas sean las dos primeras palabras que escribo. Mientras las escribo, siento que el odio recorre mi cuerpo con la fuerza de un millón de voltios, no lo he visto en persona y cuando por la noche cierro los ojos, puedo ver su cara. Estoy seguro de que es él. Odio su cara y odio su nombre y todo lo que se refiere a él. Ahora que me ha hecho esto, no tengo otra cosa que hacer en todo el día que pensar en él y en lo que le haré, si alguna vez tengo la oportunidad. Por lo menos tengo algo que hacer. De ahora en adelante, mi propósito en la vida es averiguar todo lo que pueda sobre Alex McKnight y utilizar mis conocimientos para destruirlo. Le diréJ Hola, me llamo Raymond Julius. No me conoces, pero me has hecho mucho daño y ahora estoy aquí para devolverte el favor . ¡Cuando se lo diga, se le va a poner una cara...!

2 de julio

Ahora sé más sobre Alex McKnight. Me gusta tener este poder sobre él. Siento que lo tengo en la palma de la mano: todo lo que tengo que hacer es cerrarla y aplastarlo, Nació en 1950 en Detroit. Fue jugador de béisbol y después policía en Detroit.

Le disparó un hombre llamado Maximilian Rose; a su compañero lo mataron. Alex McKnight todavía tiene una bala en el cuerpo, al menos la tenía cuando los periodistas hablaron de él en los recortes de periódico que he coleccionado. Esta es una foto suya en la cama del hospital; esta es una foto de Maximilian Rose cuando lo llevaban al juzgado. Me ha estado ocurriendo algo extraños por la noche, cuando cierro los ojos, ya no veo a Alex McKnight, ahora veo a Maximilian Rose. No sé por qué, porque antes pensaba todo el rato en Alex McKnight. He estado observándole en su cabaña y en el bar al que va casi todas las noches. Solo tengo esta foto de Maximilian Rose y ni siquiera es buena porque es una fotocopia de un periódico. Así que, ¿por qué veo su cara todas las noches? Quizá sea porque intentó matar a Alex McKnight. Puede que ahora él sea como mi patrono. Quizá se ponga en contacto conmigo y me diga por qué está aquí. 22 de agosto Últimamente no he escrito mucho; han pasado muchas cosas. He estado en comunicación con Maximilian Rose, aunque ahora le llamo solo Rose. Ese nombre suena tan perfecto. Ahora, por primera vez en mi vida todo tiene sentido. El odio que sentía en mi corazón se ha revolucionado por lo que Rose me ha mostrado. Ahora tengo tanto poder porque estoy conectado a algo mucho más grande que yo. Rose me ha hecho verlo todo. Me dijo un secreto sobre Alex. Hay algo muy especial e importante en él. Ni siquiera sé lo que significa, pero Rose me prometió que me diría más. No puedo esperar hasta la próxima vez en que me ponga en contacto con él. Rose es una rosa, es una rosa, es una rosa.

R
 R OSE RO
 OSE ROSE SE
 ROSE ROSE ROSE
 ROSE ROSE ROSE
 ROSE ROSE
 ROSE ROSE
 ROSE ROSE
 ROSE
 RO
 SE E
 ROS
 RO
 R SE
 OSE
 RO
 SE
 RO
 SE

13 de septiembre

Cada día aprendo más. Estoy despojándome de mi antiguo
 yo, como una serpiente muda su piel. Me doy cuenta de
 por que ocurre todo esto, y de cuál es mi papel en el
 plan general. Ahora, cuando salgo, veo ala gente y me
 doy cuenta de si son buenos o malos, solo con mirarles
 la cara y escuchar su forma de hablar. Hay tanta gente
 mala por todos lados. Rose dice que esto es normal y que
 se debe a la presencia de Alex. Creo que algo grande va
 a ocurrir, puedo sentirlo; creo que Rose me va a
 regalar algo muy grande muy pronto.

9 de octubre

Soy Rose; lo diré una y otra vez, soy Rose. Este fue el regalo que Rose me dio. Su espíritu voló hacia mí y se posó en mis hombros como un pájaro del cielo. Ahora soy Rose y Rose es yo. Ahora puedo verlo todo. Alex es el elegido, me atrevo a decirlo en voz alta. Él es el elegido porque le dispararon tres veces, lo cual significa que la Santa Trinidad se ha personificado en él. La tercera bala está todavía dentro de él. Dentro de él, hay un espíritu que vibra con el mismo ritmo que el que está en mi interior. Ahora tengo cosas que hacer. Se trata de un trabajo importante que debo terminar antes de que se escriban las últimas palabras de todos los tiempos.

Mientras leía sentí náuseas en el estómago. Entonces, un ruido repentino me hizo olvidarme de ello. En la puerta trasera había alguien. Prudell me miró con los ojos muy abiertos y se tiró al suelo. Me quedé ahí paralizado, esperando que la puerta se abriera, que entrara la policía y me enfocase con la linterna en la cara, pero la puerta no llegó a abrirse.

Fui arrastrándome hasta la puerta de atrás y miré por la ventana. Un gran mapache había dado la vuelta al cubo de la basura.

—¡Vete de aquí! —susurré—. ¡Vete!

El mapache se limitó a mirarme.

—Fuera, cabrón de culo gordo —dije, mientras abría un poco la puerta.

Por fin el mapache salió por sí solo del cubo y avanzó pesadamente hacia el bosque. Me quedé un minuto en la puerta, intentando que mi corazón consiguiese un número de latidos de dos cifras.

—¿Crees que el policía ha oído el ruido? —preguntó Prudell, que estaba todavía sentado en el suelo.

—No sé —dije.

Volví a la ventana de la parte delantera y miré a través de las persianas. En el coche de policía no había luz todavía.

—Dios, espero que esté dormido o al menos que sea un poco duro de oído.

Cuando estuve seguro de que no venía hacia la casa, acabé de leer las páginas.

1 de noviembre

Ahora todo se está moviendo, todo está ocurriendo tan deprisa. He quitado de en medio a un hombre malo. Estaba hablando de cosas malas a un hombre llamado Edwin que está unido a Alex. No es casual que aquí haya tanta maldad, con todos los casinos y los hombres que pierden sus almas en el juego. Me hizo sentir bien quitar de en medio a ese hombre. Por fin puedo hacer algo de verdad. Llamé a Alex por teléfono, porque parece que se dio cuenta de lo que había hecho por él. Lo vio con sus propios ojos. Estoy radiante de felicidad, porque esto debe de ser una buena señal de que se dará cuenta. Me pregunto cuándo debo decirle quién soy.

3 de noviembre

Ahora todo transcurre muy deprisa, pero en mi interior siento una paz total. He quitado de en medio a otro hombre malo que estaba diciendo las mismas maldades que el primero. Seguro que están surgiendo de todos los rincones del mundo, pero no me preocupa. Sé que hay que hacerlo y sé que puedo hacerlo. Puse una nota a Alex en su puerta para que la viera. Le dije que soy Rose y que ahora estoy aquí para él. Todo lo que se había prometido que pasaría, ocurrirá. Nunca

supe que la sangre era tan roja; es más roja que un beso e incluso más poderosa.

6 de noviembre

Casi no tengo tiempo de escribir. Ahora todo está empezando a ir bien, como debe ser. Aunque Alex tenga a su alrededor tantos muros, sé que esto forma parte del plan. Sé que el hombre llamado Edvvin que estaba cerca de él era como el propio Judas; había que quitarlo de en medio. Esta vez he tenido todavía más cuidado con la sangre. Le he dado otra nota a Alex, e incluso le he contado mi nueva teoría de que la sangre es más poderosa que las microondas y que Edwin está en el fondo del lago, desde donde ya no molestará más. Alex, creo que ya es hora de irse. Ahora debo dormir para tener fuerza y valor para la tarea final.

7 de noviembre

Ya es hora. Casi no puedo teclear de lo nervioso que estoy. Ya es hora de ir a por Alex y cruzar la puerta con él. Sé que debe de sentir miedo e incluso algo de dolor, pero también sé que al final merecerá la pena. Sé que puedo hacer que todo ocurra como tiene que ocurrir. Sé que el arma no es de verdad. Es solo una ilusión para engañar a los hombres malos y nunca podrá hacerme daño. Ahora haré mi papel, y él hará el suyo, y cuando todo acabe, estaremos juntos para siempre.

Leí sus últimas palabras y cerré la carpeta. Quería comprobar que había algo más que me ayudara a encontrarle algún sentido. Drogas, una aguja, una jeringuilla, alguna sustancia química que le hubiera causado esta extrema

locura. No había nada.

—Vámonos de esta mierda de sitio —dije.

—Asegúrate de que lo dejas todo donde lo encontraste —me advirtió Prudell.

—Lo está.

—No, quiero decir exactamente en el mismo sitio. Las carpetas estaban justo una encima de la otra.

—No importa —dije.

—Sabes que se han llevado fotos de aquí —insistió—. Se darán cuenta de que la carpeta de arriba se ha desplazado unos centímetros.

—Limitate a salir —le ordené—. Sal.

No me importaba si se sabía que alguien había estado allí. En ese momento, podrían haber tirado la puerta abajo y esposarme. Lo que fuera con tal de que me sacaran de allí.

Le metí prisa para que saliera por la puerta de atrás. Me quedé allí respirando el aire frío de la noche, mientras él volvía a poner el precinto policial.

—Venga —le urgí—. Te he dicho que no importa.

—No seas tonto, McKnight.

Lo estuvo colocando hasta que quedó perfecto y después, por fin, salimos para adentrarnos en el bosque, donde estaba mi camión.

Entramos. Lo puse en marcha y salí, siguiendo la misma ruta que cuando entramos, por todas las calles con nombre de árbol y luego las que tenían números, de vuelta a la autopista. Durante un rato, ninguno pronunció una sola palabra; solo se oía el silbido del viento a través de la ventana abierta. Era tan frío que dolía, pero yo quería sentir esa sensación de dolor. Quería sentir algo real, algo que pudiera entender.

—¿Qué decía? —preguntó por fin Prudell.

Me quedé pensando durante un minuto. No sabía qué decir, así que me limité a negar con la cabeza. Él no me presionó para que se lo dijera.

Cuando volvimos a su restaurante, salió del camión y se fue directo a su coche.

—Eh —dije—. ¿No vuelves a trabajar?

—Creo que esta noche ha sido mi tercera ausencia injustificada —

contestó.

—¿Estás diciendo que de nuevo he sido la causa de que te echen de otro trabajo?

—Este no me importaba mucho —adujo.

—Deja que te dé por los menos los quinientos dólares.

—Olvídalo —rehusó—. No quiero tu dinero.

—Por si te interesa —añadí—, agradezco tu ayuda.

Volvió a la ventana.

—Por si te interesa —dijo él—, siento haberte dado una paliza la otra noche.

—¿Quieres decir en el bar? ¿La noche que me pegaste veinte veces y fallaste, y después de un solo puñetazo te tiré al suelo? ¿Esa noche?

—De un puñetazo, y una mierda —dijo—. Me escurrí por la grava. Te estoy hablando de cuando te tiré las llaves, y te di con ellas en la cara. Debí de dolerte durante días.

Me reí. Me sorprendía que pudiera reírme.

—Tienes razón, Prudell, me diste de verdad.

—Te lo merecías —concluyó—. A partir de ahora, apártate de mi camino.

Mientras se daba la vuelta para irse, creí ver un atisbo de sonrisa.

Le dejé en el aparcamiento, y me fui a casa conduciendo por la I-75, después tomé la Ruta 28 y la 123 hasta Paradise. En los últimos días había hecho estas rutas unas cuantas veces, conduciendo al Soo de ida y vuelta todos los días. *Ahora ya ha terminado, ¿no? Ahora, ¿vas a volver a tu vida normal?* Un perdedor demente te acecha, se pone en contacto con el loco que te disparó hace catorce años y cree adoptar su personalidad; por Dios bendito, mata a tres personas incluido Edwin, intenta matarte a ti también y al final acabas matándole tú. Ahora, ¿se supone que tienes que olvidarte de ello y volver a cortar madera y limpiar cabañas?

Iba conduciendo en la oscuridad. El olor de los pinos entraba por la ventana; un coche va detrás de mí, las luces fuertes me ciegan, me adelanta.

¿Cómo se puso en contacto con Rose? No decía cómo lo hizo.

La señal del casino, el último lugar en el que vieron a Edwin con vida. Podría ir ahora y jugar al *blackjack*, o tomarme algo. No quiero volver a esa cabaña vacía y tumbarme a mirar fijamente al cielo.

El miedo debería haber desaparecido. Rose está en la cárcel para siempre. Y este hombre; el que me ha hecho dudar de mi cordura, ahora está muerto. Le disparé cuatro veces, al pecho, al pecho, a la cabeza y al pecho. El miedo debería haber desaparecido para siempre.

Vi las luces del Glasgow; pensé en detenerme, pero seguí. Reduje la marcha al tomar la carretera del transporte de madera que llegaba a mi cabaña; pensé en irme a casa e intentar dormir algo.

Seguí.

Ella no debería estar sola. Parecía tan angustiada por el teléfono. Con todo lo que ha ocurrido, ella no debería estar sola en esa casa.

Al menos, eso es lo que me dije.

Llegué conduciendo hasta Point y volví en dirección oeste por su vía de servicio. Pensé en el sueño de la señora Fulton. El coche con las luces apagadas, deslizándose a través de estos árboles; el conductor observa la casa de noche. Lo vio en su sueño y la sangre también. Ya no parecía tan descabellado. Después de lo que había ocurrido, podía creermelo cualquier cosa.

Antes de tomar la última curva para entrar vi el resplandor. En la casa estaban todas las luces dadas. El patio tenía suficiente luz como para poder jugar al baloncesto. Mientras aparcaba el camión, pude ver todo el camino que iba a la playa y el agua. Probablemente, a casi dos kilómetros de la costa, hubiera un marinero en un carguero, mirando la casa con los prismáticos y preguntándose de dónde había salido ese nuevo faro.

En cuanto paré el camión oí la música y al abrir la puerta, se me metió en los oídos. Era como un aria de ópera, un soprano haciendo la escala musical en italiano.

No veía a Sylvia por ningún sitio.

Encontré el equipo en el estudio. Los altavoces eran tan grandes como neveras; dolían los oídos al acercarse a ellos, pero quería apagar la música. Eran de esos altavoces de diez mil dólares con más botones que un avión de reacción, pero al final encontré el interruptor y apagué todo. En medio de

aquel repentino silencio, moví la cabeza preguntándome dónde podría estar Sylvia. No tardé mucho en imaginarme lo peor. Estaría colgando de la barra del baño, o tirada en la cama con un bote de pastillas en la mano. Pero al final la oí venir, bajando las escaleras.

—¿Quién ha apagado la puta música?

—No sabía que te gustaba la ópera —dije.

Apareció por el pasillo con una botella en la mano. Su pelo estaba totalmente alborotado, tenía los ojos rojos e hinchados de llorar, o de beber, o vete a saber de qué. Tenía un aspecto fantástico.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Estaba preocupado por ti.

—Te dije que te mantuvieras alejado.

—Pero he venido de todas formas.

—No deberías haberlo hecho.

—¿Cuánto has bebido?

—Eso no es asunto tuyo.

Me acerqué a ella y le quité la botella de la mano. Era champán.

—¿Estás celebrando algo? —inquirí.

—Lo haré en cuanto te vayas.

—¿Por qué viniste a mi cabaña? No dijo nada.

—¿Estabas asustada? ¿Te sentías sola? ¿Qué te pasaba? Me miró a los ojos.

—¿Tienes alguna idea de lo mucho que te odio?

—No, no lo sé —respondí—. Muéstramelo. Me dio un tortazo, como la señora Fulton, solo que con más fuerza. Al siguiente golpe, le cogí la mano.

—Déjame.

La miré. Estaba tan cerca como para oler su perfume, para sentir el calor de su cuerpo.

—He dicho que me sueltes —repitió.

No la solté.

20

Abrí los ojos. A través del tragaluz vi que las nubes estaban cargadas; vi caer un copo de nieve, luego otro. A mi izquierda, la cabeza de Sylvia en la almohada, mirando hacia el otro lado. No sabía si estaba despierta.

Salí de la cama y me quedé de pie mirándola. No se movía. Cuando empecé a ponerme los pantalones, dijo:

—Te vas.

No me lo dijo en tono de pregunta.

—Volveré —respondí.

Se volvió para mirarme. Sujetó con fuerza las mantas alrededor del cuello.

—Lo digo en serio —afirmé—. Volveré.

No dijo nada.

—Creo que está nevando —dije.

Miró hacia el tragaluz.

—¿Vas a estar bien? —pregunté.

Era una frase de cumplido, pero no sabía qué más decir.

—No —contestó.

—Bebiste mucho champán —indiqué mientras me ponía la camisa.

Busqué por la habitación los zapatos y los calcetines.

Ella se sentó en la cama, sujetando la manta enrollada en su cuerpo.

—¿Vas a decir algo más? ¿O vas a salir corriendo otra vez?

Me senté en la cama.

—¿Qué quieres decir con otra vez? ¿Cuándo he salido yo corriendo?

—Siempre lo has hecho —dijo—, todas las veces.

—Eso era, porque normalmente Edwin volvía a casa, ¿te acuerdas?

—Esta vez no viene a casa —repuso.

En un instante, volvió a mirarme como lo había hecho otras veces, con ese fuego repentino.

—Me tengo que ir —repetí.

—¿Esperas que te suplique que te quedes?

—No —respondí—. No espero nada.

Estaba preparado para oír algo doloroso, un silencio impasible, más veneno, violencia. En lugar de eso, se limitó a mirarse las manos.

—¿Crees que me casé con Edwin por su dinero?

No sabía qué decir.

—Supongo que debes de creerlo. ¿Alguna vez te he dicho cómo lo conocí?

—No.

—Yo tenía una tienda de flores en Southfield. Yo misma la abrí; supongo que quería demostrar a todo el mundo que podía hacerlo, ya sabes, a mi familia y a todos los demás. No me había dado cuenta de lo duro que era el negocio, pero iba tirando, lo estaba haciendo bien. Un día, Edwin Fulton entra en la tienda, lleva ese traje que debía de haberle costado cinco mil dólares, esos increíbles zapatos de piel y demás. Así que rápidamente pienso: *Vale, este tipo viene a presentarse de manera educada, a tratar de impresionarme con todo el dinero que tiene.* Se acerca al mostrador y me pregunta qué tipo de flores irían bien en su ojal; dice que es malísimo para combinar los colores y que no tiene ni idea de cuál podría quedar bien con el color de la corbata. Yo tenía esas rosas procedentes de Centroamérica, de las que son muy bonitas y muy caras. Le dije: «Estas, probablemente quiera una de estas», y ¿sabes lo que dijo?

—¿Qué dijo?

—Dijo que no, que era demasiado caro. Que parecería que estaba presumiendo. En su lugar, compra un gran clavel rojo de setenta y cinco centavos.

Sonreí.

—Al día siguiente, vuelve, compra otro clavel, y al otro también, y al otro. Siempre parecía que quería hablar conmigo, pero no sé, era tan tímido..., lo cual era raro porque no esperas que los ricos sean tímidos. Unos

días más tarde, apareció y me pidió un ramo enorme. Todas las rosas que tenía en la tienda, por un valor de trescientos dólares. Tardé siglos en prepararlo; cuando por fin acabé, me pidió que yo le escribiera la tarjeta. Dijo: «Por favor, escriba en esta tarjeta que es para la mujer más maravillosa que ha pisado la tierra». Esas fueron sus palabras exactas y yo, por supuesto, me dije: «Dios mío, ¡esto es tremendamente original! Me pide que escriba yo la tarjeta y me va a decir que las flores son para mí. Pues estoy cabreada, porque ahora está tirando su dinero para impresionarme y voy a darle las gracias, pero no tengo que dárselas, porque al final tendré que volver a colocar todas las flores en su sitio». Pero no fue eso lo que hizo.

—¿No?

—No. Eran para su madre; era su cumpleaños. Él se dio cuenta de que aquello me sorprendió, así que me preguntó si yo pensaba que me las iba a dar a mí. Le dije que sí, que, sinceramente, eso es lo que estaba pensando. ¿Sabes lo queme dijo? Cuando consiguió encontrar el valor para expresarlo, me dijo que compraría las flores en otra tienda, y así podría devolverlas y pedir que le reembolsaran el dinero si no me enamoraba de él.

—Eso es fantástico.

Miró hacia el tragaluz.

—¿No crees que puede estar viéndonos ahora?

—Dios, no lo sé.

—Deberías haberle oído hablar de ti —dijo—. Me dijo que eras el mejor amigo que había tenido nunca. ¿Te lo dijo alguna vez?

—Sí, lo hizo.

—Espero que pueda —añadió—, espero que pueda vernos.

—¿Por qué?

—Durante todo ese tiempo, no supo nada de lo nuestro —dijo—. Debería habérselo dicho, no porque quisiera hacerle daño, sino porque tenía derecho a saberlo.

—Algunas cosas quizá sea mejor no saberlas.

—No creo en eso —repuso—. No me gusta que me pasen cosas sin saber por qué.

—Supongo que soy de la misma opinión —asentí—. Por eso tengo que irme ahora. Hay algo más que tengo que saber.

Me miró mientras me ponía el abrigo.

—Dime la verdad —dije—, ¿quieres que vuelva o no?

—No —respondió—. Todavía no.

—Me parece justo.

—No creo que debamos empezar de nuevo —añadió—. Podemos fingir que esto no ha ocurrido nunca.

—No —contesté.

Miró otra vez al tragaluz. La nieve estaba empezando a acumularse en las esquinas. Me quedé ahí sentado mirándola.

—Gracias por ser amigo de Edwin —murmuró.

—No creo que yo haya hecho un gran papel como amigo.

Sonrió; no era una sonrisa abierta, pero era la primera que la había visto esbozar desde hace meses.

—Te habría perdonado cualquier cosa, incluso esto.

Me fui. No la besé ni la toqué. Mientras me iba, me pregunté si alguna vez volvería a tocarla.

Fui a mi cabaña, me di una ducha, me cambié de ropa y me tomé un café. Después volví rápidamente al camión y me dirigí al Soo a toda velocidad. La nieve caía a ráfagas, pero todavía no había empezado a cuajar en el suelo. Por la ventana abierta entraron algunos copos en el camión.

Cuando llegué al despacho de Uttley, lo encontré guardando cosas en una caja de cartón grande. Su aspecto volvía a ser el de siempre: recién afeitado, con el pelo peinado hacia atrás, una camisa bonita y corbata.

—Alex, estás ahí —saludó—. Anoche te estuve buscando; imaginé que tu teléfono no funcionaba todavía, así que fui a tu cabaña.

—¿A qué hora fue eso?

—Tuvo que ser sobre medianoche. No podía dormir, así que pensé en ir a verte.

—Debiste de echarme de menos —dije—. Yo tampoco pude dormir, así que fui a buscar la casa de Raymond Julius.

—¿Raymond Julius? ¿El hombre al que...? —Se calló.

—El hombre al que maté. Sí, pues resulta que hizo algún trabajillo para Prudell.

Dejó de recoger.

—¿Trabajaba para Prudell? ¿En serio?

—Hacía recados para él —expliqué—. ¿Lo viste alguna vez?

—No, no lo vi —respondió—. Ni siquiera recuerdo haber oído su nombre.

—Prudell dice que le ayudó en aquel trabajo que hizo en el centro turístico, vigilando a los socorristas.

—Ah, espera un momento —dijo—. Ahora me acuerdo: dijo que tenía a un tío que le ayudaba, que le sustituía cuando iba al baño y ese tipo de cosas. No creo que me dijera su nombre; probablemente no prestase demasiada atención. Fue al final, cuando ya había decidido despedirle. Pero ¿qué pinta este tío en tu asunto de Rose?

—Estaba molesto porque le quité el trabajo. Me culpaba, empezó a acosarme, rebuscando en mi pasado. Encontró los recortes de periódico; el resto es de locos.

—Dios mío —exclamó—, ¿todo esto ocurrió porque despedí a Prudell?

—No —respondí—. Esto pasó porque el tipo estaba loco; tú no hiciste nada mal.

—No me lo puedo creer —dijo—. Esto se pone cada vez peor.

—Hay algo que todavía sigue molestándome —añadí—: ¿Cómo consiguió ponerse en contacto con Rose?

—¿Te refieres a si lo visitó o le escribió?

—Sí —asentí—. En su diario solo decía que se puso en contacto con él, pero no decía cómo.

—¿Cómo viste su diario?

—No quieras saberlo.

Levantó las manos.

—No digas nada más.

—Solo me preguntaba cómo había ocurrido. ¿Cómo había conseguido hablar con Rose? ¿Cómo averiguó todas las cosas sobre las que escribió en sus notas?

Se encogió de hombros.

—¿Quién sabe, Alex? ¿Y eso qué importa ya?

—Solo me inquieta —respondí—. Puede que deba llamar otra vez al tal Browning de la prisión.

—No vas a ir a ningún sitio —me advirtió—. Lo sabes.

—Déjame su número —dije—, puede que lo intente.

Uttley dio un largo suspiro y empezó a revisar unos papeles. Apuntó el nombre en una tarjeta y me la dio.

—Estás perdiendo el tiempo —señaló.

—Probablemente tengas razón —accedí—. ¿Qué hay de la caja? ¿Vas a algún sitio?

—Necesito unas vacaciones y creo que tú también.

—¿Adónde vas?

—Ni siquiera lo sé —respondió—. A algún lugar muy lejano, cálido, a alguna isla.

—Parece buena idea.

—Ya sabes, todas las noches que pasé en el sofá de casa de los Fulton, empecé a pensar en cosas. No estoy seguro de que quiera seguir siendo abogado, ni este tipo de abogado, ni en este lugar. Creo que voy a intentar hacer algo bonito y tranquilo durante algún tiempo, ya sabes, como, por ejemplo, el tema inmobiliario: sentarme en un despacho y recoger un buen cheque.

—No vas a volver, ¿verdad?

—No creo, Alex. Aquí han ocurrido demasiadas cosas. Me sorprende que tú no pienses de la misma forma.

—Puede que sí.

—Bueno, probablemente ya no necesite tus servicios como investigador privado.

—De acuerdo —dije—. No estoy seguro de que alguna vez haya querido serlo.

Asintió y tragó saliva.

—¿Necesitas ayuda para hacer algo? —le pregunté.

—No, esto es todo lo que necesito —dijo golpeando la caja—. Alex, no sé qué más decir. Lo de estas últimas semanas ha sido un mal trago para ti. Solo espero que, aunque poco, te haya servido de algo para superarlo.

—Por supuesto que lo has hecho.

Rodeó la mesa y me estrechó la mano, y después me abrazó, me abrazó con ambos brazos y con bastante fuerza.

—Cuídate, Alex.

Mientras cerraba la puerta, me volví para mirarlo. Hizo una última señal de aprobación con los dedos pulgares y me marché.

Fui a la ciudad e intenté encontrar un taller en el que cambiaran lunas de automóviles. En el primero no tenían el modelo de ventana de mi camión, y en el segundo y el tercero tampoco. En el último me dijeron que tenía dos opciones: una era cruzar el puente e intentar buscar un sitio en la parte canadiense y otra, pedir la luna; y, mientras tanto, precintar el camión con plástico transparente para que aguantara hasta que llegara el pedido. Decidí ponerle el plástico.

Llamé desde un terminal público a la compañía para que me arreglaran el teléfono. La señorita me dijo que intentarían arreglarlo ese mismo día, en cuanto les fuera posible, pero no me pudo decir cuándo. Le dije que no iba a quedarme sentado esperando. Después de colgar, saqué la tarjeta con el número de teléfono de Browning. Me quedé mirándola un buen rato, y después la volví a meter en el bolsillo sin marcar el número.

Cuando volvía camino de Paradise, ya había dejado de nevar, pero el día todavía era crudo y frío; el cielo estaba de color gris plomizo. En los próximos cinco meses, probablemente no vería el sol. Pensé: *Puede que Uttley tenga razón. Quizá deba irme a algún sitio y no volver nunca. Quizá me lleve a Sylvia, si logro convencerla.*

Dios, escúchate, Alex. Escúchate.

Paré en el Glasgow a almorzar. Jackie me hizo una de sus tortillas, con cebolla, pimienta, queso y toda la historia. Era demasiado pronto para tomar cerveza, pero no para uno de sus famosos Bloody Marys, o para dos o tres.

Saqué la tarjeta del bolsillo y la miré otra vez. Pensé: *Si lo llamo, me va a colgar.* Volví a dejar la tarjeta en el bolsillo.

Cuando volví a la cabaña, el hombre de la compañía de teléfonos estaba subido en su escalera. Le debo una disculpa a la compañía por dudar de ellos.

—¿Qué coño le ha pasado a su línea de teléfono? —preguntó—. Parece que alguien la ha cortado con un cuchillo.

—Es una larga historia —contesté.

Entré en la cabaña antes de que me pidiera que se lo contara.

Cuando terminó, llamó apresuradamente a la puerta.

—Ya está arreglado —anunció—. El importe vendrá en la próxima factura.

Di las gracias al hombre y cogí el teléfono para asegurarme de que daba el tono de llamada. Sin pensarlo, marqué el número de Browning. No tuve ni que mirar la tarjeta, me lo había aprendido de todas las veces que lo había mirado:

Sonó el teléfono. Pensé: *Qué demonios, aunque no diga nada más, voy a disculparme por haberle gritado.*

—Centro penitenciario, al habla Browning.

—Señor Browning —dije—, soy Alex McKnight.

—¡Ah, sí!, Alex McKnight.

—Antes de nada, escuche. Solo quería disculparme por nuestra última conversación telefónica; estaba sometido a mucho estrés y no debería haberlo pagado con usted. Sé que se limitaba a cumplir las normas.

—Eso es verdad.

—Todo va mucho mejor por aquí —dije—. Por supuesto, no era Rose.

—Por supuesto —asintió—. Él ha estado todo el tiempo aquí.

—Por supuesto —dije—. Aunque resulta que aquí había un hombre que estuvo en contacto con Rose. Y me preguntaba cómo podría haber ocurrido; estoy seguro de que ustedes guardan los registros de las visitas y las cartas. Probablemente incluso tengan que leer el correo, ¿no?

—Sí, lo hacemos.

—Escuche, señor Browning. Sé que no tengo un motivo oficial para preguntarle esto, pero por mi propia cordura, por favor, ¿hay algún modo de decirme si Rose ha estado en contacto con un hombre llamado Raymond Julius?

—¿Por qué no se lo pregunta usted mismo? —dijo.

—¿Perdone?

—Esta mañana he llamado al señor Uttley —explicó—. No estaba en su despacho, así que le dejé un mensaje.

—Se ha ido —dije—. Se ha ido de vacaciones ¿Por qué le ha llamado usted?

—Lo llamé para decirle que Maximilian Rose ha accedido a verles.

Me quedé parado con el teléfono en la mano.

—¿Señor McKnight? ¿Está usted ahí?

—Sí —respondí—. ¿Cuándo puedo verle?

—Cuando le parezca bien. Créame, él no se va a ir.

—Iré hoy —aseguré.

—Yo creía que estaba usted en Upper Península —dijo—. Eso debe de estar a unas seis o siete horas.

—Saldré ahora mismo —respondí.

—Nuestra hora de visita acaba a las tres de la tarde —me informó—. No lo conseguirá.

—Por favor, señor Browning —insistí. No podía soportar la idea de esperar. Ya había pasado suficientes noches en blanco en mi vida—. Tiene que haber una forma de que me deje verle hoy. Le aseguro que es muy importante.

Oí protestas por el teléfono.

—Señor McKnight, ¿sabía usted que es un verdadero coñazo?

—¿Significa eso que me dejará verle hoy?

—No vaya a matarse por el camino ¿me oye? El límite de velocidad es de noventa kilómetros por hora.

—Ya voy de camino —dije.

—Pregunte por mí en la puerta —añadió—. Si no, no le dejarán entrar.

Colgué y corrí hacia el camión. Llegué a Lower Península en menos de una hora, y me quedaban por recorrer unos cuatrocientos kilómetros. Todo el camino, el indicador de velocidad iba marcando más de noventa kilómetros por hora. Si a cien el camión no hubiera sonado como si fuera a explotar, habría ido incluso más deprisa.

No quería desperdiciar ni un minuto. Las respuestas, la solución, mi propia cordura. Todo me estaba esperando.

21

La prisión estatal del sur de Michigan, también llamada Jackson State, está a cien kilómetros al oeste de Detroit, pasado Ann Arbor, en mitad del estado, donde están las vacas y los campos de maíz. La cárcel constituye en sí misma una ciudad, un complejo gris de cemento y alambrada de metal con un crecimiento descontrolado. Sabía que tenía varias alas, con distintas clasificaciones de seguridad. Yo iba a la zona de máxima seguridad.

Había conducido más de cinco horas y media sin parar, deteniéndome solo para repostar e ir al baño. Me echaba agua fría en la cara, volvía al camión y seguía conduciendo. El plástico de la ventana frenaba gran parte del aire frío, pero hacía bastante ruido. Cuando cogí el desvío de la autopista a Jackson, todavía me sonaban los oídos.

Le di el nombre de Browning al encargado de la puerta. Miró su portapapeles, me pidió el carné de conducir y me dejó pasar. Dejé el camión en el aparcamiento de visitantes y pasé a la sala de espera. Había cien sillas de plástico colocadas en filas; el suelo era de azulejos. En una pared había una fila de casillas y en la otra una vitrina para trofeos. El espacio era todo para mí, porque las horas habituales de visita ya habían terminado. Le di mi nombre al guardia que estaba sentado detrás de la ventana blindada. Cogió uno de los portapapeles de la pared; debía de haber veinte. En algún lugar de la ciudad de Jackson, probablemente hubiera un hombre que se ganaba bien la vida abasteciendo de portapapeles a la prisión. El guarda miró su portapapeles y me dijo que me sentara.

Me acerqué a ver la vitrina de trofeos y miré en su interior. Todos los trofeos los habían ganado los guardas por conseguir las mejores puntuaciones en puntería. Había uno por año, desde hacía más de treinta años. Era una

táctica psicológica interesante: todos esos trofeos colocados en un lugar en el que los veía la gente que iba a visitar a los presos.

Al cabo de unos minutos, oí el sonido de una puerta a mi espalda. Entró un hombre en la sala de espera. Era un hombre grande, con el pelo cortado al rape. Parecía un sargento de instrucción.

—Señor McKnight —se presentó—, soy Browning.

Le estreché la mano.

—Venga por aquí —señaló.

Me dirigió hacia la puerta por la que él había salido. Llegamos a otra ventanilla, con otro guardia que tenía más portapapeles en la pared.

—Entre por aquí —dijo mientras pasaba por un detector de metal.

—Voy a hacer que esto suene —dije. Pasé por el aparato y oí el pitido.

El guardia abrió la puerta y me dio una bandeja de plástico pequeña, como en el aeropuerto.

—Ponga aquí todo, caballero. El reloj, las llaves...

—Es una bala —dije—. La tengo aquí. —Me señalé el corazón.

Browning y el guardia se miraron un segundo el uno al otro, y entonces el guardia sacó un detector manual y me lo pasó por el cuerpo. Cuando pasó por el pecho, emitió un sonido que duró un instante.

Browning se quedó delante de mí frotándose la mejilla.

—¿Lo hizo Rose?

—Sí —asentí.

—¿Está seguro de que quiere verle?

—Tengo que hacerlo —insistí.

—Por aquí.

Se volvió y me condujo hacia el pasillo. Sabía que había dos zonas de visita; una era para la familia, con sofás y sillas en los que te podías sentar con el interno, incluso tener contacto físico con él, si era el caso. Cuando se iban los guardas, aquello podía parecer incluso un salón. Sin embargo, cuando pasamos nosotros estaba vacío. Me llevó a la otra zona de visitas, la que tienes grabada en la cabeza porque la ves en las películas. Había una pared de cristal grueso y un par de teléfonos. Me condujo a una de las cabinas, me sentó y me dejó allí. La silla del otro lado estaba vacía.

Esperé un minuto, pensando en lo que pasaría. Cuando iba conduciendo,

todo el rato pensaba en lo que le preguntaría, en las preguntas que quería que me respondiera. En realidad, no pensaba en el día de Detroit cuando me disparó. Pero cuando saltó el detector de metal, todos los recuerdos volvieron a aparecer. Catorce años más tarde, voy a ver al hombre que me disparó tres veces y mató a mi compañero; voy a verlo otra vez.

Oí que se cerraba una puerta pesada. Vi a un guardia pasar por el otro lado, y detrás de él, un hombre que se movía lentamente, vestido con el uniforme de la prisión. Se sentó en la silla sin mirarme siquiera. Tenía el pelo largo y una larga barba con bastantes canas; estaba delgado. Las muñecas estaban tan frágiles que se podían romper como lápices. Por fin me miró.

Era él.

Conocía esos ojos. Todo lo demás en él había cambiado, pero los ojos eran los mismos. Los habría distinguido en cualquier sitio, aunque fuera en otro contexto. Olvida la cárcel, olvida que estaba esperando verle. Imagínatelo como si fuera un repartidor, ubícalo en la puerta principal de mi casa. En cuanto viera esos ojos sabría que era él.

Se quedó ahí sentado mirándome, igual que antes de dispararme. Volví a sentir miedo; en mi mente sabía que estaba a salvo, pero aun así, no podía evitar las reacciones físicas que me producía el verle.

Conseguí vencerlo e intenté concentrarme en la razón que me había llevado allí. Cogí el teléfono y esperé a que él hiciera lo mismo. Cuando lo hizo, me aclaré la voz y le hablé.

—¿Te acuerdas de mí? —pregunté.

Se limitó a mirarme a través del cristal.

—Yo era policía en Detroit —expliqué— y tú me disparaste.

—Sí —respondió.

Su voz era monótona. Casi no parecía la de un hombre; podría haber sido la de una máquina.

—Mataste a mi compañero —añadí.

—Sigue.

—Eso ocurrió hace mucho tiempo —dije—. No es por eso por lo que he venido.

—Sé por qué has venido —aseguró.

—¿Lo sabes?

—Sí —contestó—. Quieres información.

—¿Cómo lo sabes?

—Llevo aquí mucho tiempo. Me he convertido en un hombre muy listo en algunos aspectos.

Era duro mirarle. Tenía la cara demacrada y ojerosa, su pelo estaba totalmente revuelto con un mechón para cada lado, como las serpientes de Medusa, lo cual hacía que sus ojos fueran todavía más horribles.

—¿Conoces a un hombre llamado Raymond Julius? —le pregunté.

Me miró como si no me hubiera oído.

—La sabiduría es un metal precioso —dijo—. La información es la mina, ¿cómo se dice, fundir?, de la que se funde, se saca la sabiduría.

—¿Conoces al hombre? —inquirí.

—¿Es esa la palabra? ¿Fundir?

—Raymond Julius, ¿le conoces?

—Queréis toda la información, ¿verdad? —preguntó a su vez.

—¿Quién? ¿Qué quieres decir con «queréis»?

—Vosotros —respondió—. Los abogados, los psicólogos, los científicos. Queréis toda la información para ser sabios. Todos pensáis que podéis birlármela.

Suspiré profundamente.

—Yo no soy abogado, ni psicólogo, ni científico. Y no he venido hasta aquí para fundir ninguna sabiduría, ¿vale? ¿Puedes hablarme como a un ser humano por un momento?

—Cuando me descubrieron por primera vez, dije algunas cosas. Había dos policías; me acuerdo de ellos, vinieron a mi apartamento.

—¡Ah!, por el amor de Dios —exclamé—. Te acabo de decir que yo era uno de esos policías.

—Entonces me cogieron e intentaron hacerme hablar. Un hombre iba a representarme en el juicio; intentó hacerme decir que estaba loco.

—Rose, ¿me has oído? Te he dicho que yo era uno de aquellos policías.

Agitó su dedo hacia mí, y dejó escapar una carcajada que sonó como ruido de cadenas.

—Muy inteligente —comentó—. Entiendo por qué te han enviado; hasta te pareces a él. Es una estratagema fantástica; debo elogiarte por ello.

—Rose, yo estuve allí. Me disparaste, ¿te acuerdas? Nos disparaste a los dos.

—Sí, os disparé, es decir, disparé a ambos. Me doy cuenta de que estás intentando engañarme.

Apreté el teléfono. Era inútil.

—Vale, tú ganas —me rendí—. Eres demasiado inteligente para mí. Evidentemente has estado aprendiendo mucho.

—Nunca conseguirás que te lo diga —respondió—. Nunca desvelaré mi plan.

—Por supuesto que no —dije—. Dios nos libre.

—Soy fuerte —añadió—. Cada hora que pasa, me hago más fuerte.

—Ya lo veo —contesté—. Tienes un aspecto fantástico. ¿Has estado haciendo ejercicio?

—Te estás burlando de mí.

—También has perdido algo de peso. ¿Cuánto has adelgazado? ¿Te has quedado en unos 41 kilos?

—¿Te atreves a burlarte de mí?

—Sí, Rose. Me atrevo a burlarme de ti. ¿Quieres saber por qué? Porque eres un jodido loco de mierda, por eso. ¿Quieres que te cuente algo sobre el hombre al que mataste? ¿Quieres que te cuente algo sobre su mujer y sus dos hijos?

—Te han enviado ellos aquí, ¿verdad?

—Tenía dos hijas, Rose, dos niñas pequeñas.

—Sé que te han enviado.

—Tuvieron que ir al funeral de su papá, Rose. Dos niñas pequeñas ahí de pie, junto a un agujero en el suelo, porque tú mataste a su papá.

—Diles que a mí no me pueden comprar —prosiguió—. Diles que mi información no está en venta.

—¿Qué se siente al estar en la cárcel? —pregunté—. Parece que estás en el grupo principal, ¿no? Apuesto a que has hecho un montón de amigos nuevos.

—Puedo irme cuando quiera.

—¿Y por qué no lo haces? ¿Por qué no te vas ahora mismo? Vamos a tomarnos una cerveza.

—Por el momento, he elegido quedarme.

—Seguro; debe de gustarte estar aquí, seguro que te tratan muy bien.
¿Cuántas veces te han violado desde que estás aquí?

Por primera vez desde que me senté allí, miró para otro lado.

—¿Cuántas veces? —pregunté—. Dame una cifra aproximada. ¿Cien?
¿Doscientas?

Volvió a mirarme, rascándose la barba.

—¿Dónde lo hacen, Rose? ¿En las duchas? ¿Cuántas veces te han violado
en las duchas?

—Eres un idiota.

El tono de su voz dejaba traslucir miedo.

—Hay una expresión para denominarlo, ¿no? ¿Estar asustado de los
caimanes? Es cuando te da miedo darte una ducha, porque sabes que te van a
violar otra vez, ¿verdad?

—Sois todos unos idiotas.

—Cuéntame algo sobre Raymond Julius —dije.

—No sé nada de ese nombre.

—Sí lo sabes. Has estado hablando con él, o carteándote.

—Es un nombre interesante, me gusta.

—¿Cómo fue? ¿Hablaste con él o le escribiste?

—El nombre suena bien.

—¿Ha venido a verte?

—Me visita mucha gente.

—Sí, claro, seguro que todas las mañanas hay una cola en la puerta.

—Tengo muchos amigos. Ellos vienen a verme y me piden consejo.

—¿Consejo sobre qué? ¿Sobre cómo ser un puto chiflado?

—Vienen de todo el mundo.

—Dos hijas, Rose, dos niñas pequeñas. Mataste a su padre.

—Los maté a los dos —dijo.

—¿A qué dos?

—Les disparé a los dos —insistió—. Y los dos murieron.

—¿Quién murió?

—Los policías. Ambos murieron, los quité de en medio.

—Adivina, Rose. —Me apoyé más cerca del cristal—. Mírame, yo estoy

vivo.

—Los quité de en medio a los dos.

—A mí no, Rose, a mí no me quitaste de en medio.

—Los maté, los quité de en medio.

—Estuve en el juicio, ¿te acuerdas? Yo colaboré para que te encerraran.

—Estoy disfrutando con esto —contestó—. De verdad, deberías venir más a menudo.

—Mira, no me importa si crees que...

Me callé. Pensé: *Espera un momento, algo no encaja: dice que me mató. Cree que estoy muerto. No ha podido contar a Julius toda esta basura de que soy el elegido si ni siquiera pensaba que estaba vivo.*

A menos que estuviera tratando de engañarme, que estuviera jugando conmigo.

—Voy a preguntarte esto una vez más —dije—. ¿Se ha puesto en contacto contigo un hombre llamado Raymond Julius o no?

—¿Por qué quieres saberlo?

—No importa la razón —contesté—. Solo dímelo.

—En realidad te pareces mucho a ese policía —comentó—; el parecido es considerable.

Embestí contra el cristal.

—¡¡Dímelo, maldita sea!!!

Rose se echó hacia atrás en la silla, volcándola. El teléfono saltó de su mano; emitió un sonido parecido a un aullido no humano, la expresión de su cara fue brusca, de absoluto terror. El guardia del otro lado tuvo que inmovilizarlo con una llave y alejarlo de allí. Le oí gritar mientras lo arrastraban de nuevo a la celda. La puerta hizo un ruido sordo al cerrarse y después se hizo el silencio.

Me quedé ahí sentado por un tiempo. Nunca había visto a un hombre sentir tanto miedo. Durante una décima de segundo, casi me dio pena, pero después pensé en Franklin y en su familia y ese sentimiento desapareció.

Browning me estaba esperando cuando salí de la sala.

—Has hecho que se ponga como una furia —dijo—. Van a sedarle.

—Lo siento —me disculpé.

—No te preocupes.

—Voy a hacerte una pregunta.

—Que no sea dolorosa.

—¿Se ha puesto Rose en contacto con un hombre llamado Raymond Julius en los últimos seis meses? ¿Cartas o visitas?

Suspiró profundamente y miró hacia el pasillo.

—Ven por aquí —señaló.

—¿Adónde vamos?

—A la salida.

—Vale —acepté—. Me doy por vencido.

Me acompañó de nuevo a la sala de espera y de ahí a la salida. Esperaba que me diera la mano y me dijera adiós, pero me dio algo más.

—Yo no te lo he dicho —me advirtió—. En los últimos cinco años, Rose no ha tenido contacto con el exterior.

—¿Ninguno? ¿Seguro?

—Ninguno, ninguna carta, ninguna llamada de abogados, ni visitas desde el seguimiento psicológico que hicieron hace cinco años. Incluso en aquel momento, en el informe escribieron que se limitó a quedarse sentado sin pronunciar palabra. Eso es todo. Espero que eso sea lo que necesitas saber. Que tengas un buen viaje de vuelta.

Me dio la mano y se fue.

Me metí en el camión, pasé por la puerta y vi por el retrovisor que la cárcel se perdía en la distancia. Cuando salí de la autopista, puse la radio un minuto y luego volví a apagarla. Todavía no estaba preparado para oír ruido; tenía que pensar.

Vale, así que Julius nunca se puso en contacto con Rose. ¿Y entonces qué? Puede que todo estuviera en su cabeza. Leyó los recortes de prensa, y creyó hablar con Rose en la ducha o soñando, o lo que coño estuviera haciendo.

Y ¿cómo supo lo de las microondas y lo del elegido y todo eso? Porque estaba loco, porque Rose estaba loco y Julius también, y por eso pensaban en ello. Paranoia, miedo a la tecnología, ideas delirantes sobre un mesías, lo da la profesión, ¿no? Ambos estaban en la misma sintonía.

Y el resto te lo estás imaginando, Alex. Si sigues dándole vueltas, vas a acabar igual de loco que ellos. Así que encuentra una forma de olvidarlo.

Rose está en la cárcel para siempre y Julius enterrado. Todo ha terminado.
T-E-R-M-I-N-A-D-O.

Encendí de nuevo la radio y me dispuse a hacer el viaje de vuelta. Esta vez no tenía prisa. Pensé que conduciría hasta que tuviese hambre o estuviese cansado. *Para, cena algo; quizá puedas ir a un hotel a pasarla noche. Probablemente me venga bien pasar una noche alejado de todo.*

Cuando llegué a Lansing, el sol ya había empezado a ponerse. Comencé a relajarme un poco, pero solo un poco.

Al llegar a Alma, empecé a ver otra vez unos cuantos copos en el aire; el invierno llegaría rápidamente, como siempre. Enseguida quedarían las cabañas enterradas bajo tres metros de nieve. En invierno no había mucha caza, solo algún conejo y algún coyote. Alquilarían las cabañas en su mayor parte personas que se desplazaran en motos de nieve y quizá algún pescador. Las esclusas se cerrarían y la bahía y el río se congelarían totalmente, de forma que se podría caminar por la superficie incluso hasta Canadá.

Paré en Houghton Lake para cenar, donde encontré un sitio en el que tenían luciopercas frescas. Pensé en Sylvia, en lo que nos podría pasar a los dos. Ella dijo que no sabía si podríamos volver a intentarlo. Me pregunté si realmente podríamos, o si la culpabilidad y el dolor volverían a estropearlo todo. Pero en ese momento, mientras volvía al camión y respiraba el aire frío de la noche, me llegó la fuerza de algún sitio, como si fuera un azote del viento, o algo parecido. Cuando jugaba al béisbol teníamos muchos encuentros consecutivos entre ambos equipos a finales de verano. Normalmente se intenta repartir a los *catchers* entre los dos, pero a veces, tenía que jugar los dos partidos de una jornada. Te pasabas todo el día detrás de la base, preparándote para coger la pelota, levantándote para volver a lanzarla, colocándote de nuevo, así más de trescientas veces, intentando que la cabeza del bateador esté pegada, manteniendo a los corredores en la base y sacando las pelotas nulas del campo. A mitad del segundo juego, ya estaba tan agotado que tenían que ayudarme a salir del banquillo para poder abrocharme las espinilleras otra vez.

Pero si tenía un buen día, en las últimas entradas sacaba fuerza, algún resquicio de fuerza que no sabía que tenía. Aquel día en Columbus, mi mejor día como jugador de béisbol, hice la carrera decisiva en la octava entrada y

luego en la novena tuve que bloquear la base, que ocupaba su primer y gran bateador. Él bajaba por la línea como un obús, y yo cogí la pelota justo antes de que él me diera. Cuando llegué, comprobé que todavía tenía la pelota y después que mi cabeza estaba todavía en su sitio. El árbitro pronunció su nombre y ganamos el partido.

Me sentía bien al recordar otra vez aquellos días, al pensar en algo que fuera distinto.

Después, al llegar a Gaylord comencé a pensar otra vez en Julius y en todo lo que había ocurrido. Todo lo que había visto, todo lo que habían dicho, ya no pude mantenerlo apartado de mi mente por más tiempo. Por primera vez, había dejado de pensar en ello, y ahora que volvía a mi mente, empezaba a darme cuenta de algunas cosas que antes no había percibido.

Cuando llegué a Mackinac, ya había resuelto todo. Me di cuenta de que todo encajaba, desde el principio hasta el fin, y aquello me hizo enfadar muchísimo.

Eres un idiota, Alex. Eres un maldito idiota. ¿Cómo has tardado tanto en darte cuenta?

Crucé el puente hasta la Upper Península a más de ciento diez kilómetros por hora. De repente, tenía un sitio a donde ir.

22

No fue difícil encontrar su casa; no fue como cuando obligué a Prudell a recorrer toda la ciudad para encontrar la casa de Julius. Esta casa sí aparecía en la guía.

Era un barrio bonito, en lo alto de la montaña, cerca de la universidad. Puede que no fuera tan bonita como esperaba, en realidad era bastante modesta, una casa de estilo Tudor de dos plantas con un patio pequeño. Su coche estaba aparcado en el camino de entrada.

Eran poco más de las once, pero vi que las luces estaban encendidas, lo cual me alegró porque no tendría que despertarlo. Eso me habría parecido de mala educación.

Aparqué el camión en la calle, con cuidado de no bloquear la salida de su coche, porque eso también habría sido de mala educación.

Caminé hasta la puerta de entrada. Estaba a punto de llamar al timbre; sin embargo, intenté girar el pomo. No estaba echada la llave. ¡Qué bien! Entré.

Había un pequeño pasillo con un suelo de piedra. Pasé por un salón cuya chimenea estaba encendida. En la parte de atrás de la casa había un estudio con montones de libros en las paredes. Él estaba sentado detrás de la mesa, mirando un montón de folletos de viaje.

—¡Alex! —exclamó cuando me vio—. Dios mío, me has asustado.

—Buenas tardes, Lane —saludé—. Espero no molestarte.

Uttley recogió algunos folletos.

—Estaba intentando decidir a dónde me iba a ir de vacaciones —dijo—. Me voy mañana por la mañana.

Si estaba sorprendido al verme allí, lo estaba disimulando muy bien.

—Eso está bien —comenté—.

—Alex, ¿estás bien? ¿Qué pasa?

—No te levantes —contesté—. Solo voy a sentarme aquí y hacerte un par de preguntas.

Cogí una silla y me senté delante de su mesa.

—No sé a qué te refieres —aseguró—. ¿Qué preguntas?

—Ni siquiera estoy seguro de por dónde empezar —dije—. No sé qué pregunta quiero que me contestes primero.

—¿Qué pasa, Alex? ¿A qué has venido?

—De acuerdo, voy a empezar por una buena —anuncié—. Para romper un poco el hielo, ¿dónde está Edwin?

—Edwin está en el fondo del lago Upper, ya lo sabes.

—Sí, se supone que lo sé, como lo debe de saber la policía, y Sylvia, y el resto del mundo.

—No lo entiendo —dijo—. ¿De qué hablas?

—De esa noche en su casa, después de la cena. Él siguió hablando de lo bien que estaría volver a empezar. Supongo que lo decía en serio, ¿no?

—Alex, ¿de qué hablas?

—La próxima pregunta —proseguí—. ¿Cómo conseguiste que Raymond Julius matara a esos dos corredores de apuestas? Bueno, sabía que eras muy persuasivo...

—En el nombre de Dios, ¿qué es lo que te pasa?

—¿Y cómo conseguiste que creyera que mi arma no era de verdad, que se creyera todo?

Uttley se quedó sentado mirándome, negando con la cabeza, como si yo estuviera loco.

—¿Y cuando empezó todo esto? —continué—. ¿Se remonta todo a cuando me pediste que fuera tu investigador privado? ¿Era todo un montaje desde el principio?

—Creo que tienes que ir a un psicólogo —respondió—. Sé que has pasado por una situación difícil, que evidentemente te ha afectado demasiado.

—Ahí va otra pregunta —seguí sin inmutarme— y necesito una respuesta. ¿Me habrías matado si te hubieras visto obligado a hacerlo?

Dejó de mover la cabeza, se quedó sentado sin más, mirándome sin pestañear.

—La noche en que enviaste a Julius a mi casa —dije— se suponía que solo tenía que asustarme, ¿verdad? ¿Es eso lo que le dijiste? «Deja el silenciador en casa, haz mucho ruido; no te preocupes su arma, ni siquiera es de verdad». Estabas allí, justo detrás de él, ¿verdad? Estabas detrás de él y apareciste en cuanto pensaste que todo había terminado. Y afortunadamente, supongo que todo salió como estaba pensado. Pero ¿y si no hubiera sido así? ¿Qué hubiera pasado si solo le hubiera herido? ¿Y si le hubiera quitado el arma? Si por casualidad me hubiera matado, eso habría sido fácil. Te limitas a dispararle y le dices a la policía que estabas intentando salvarme. Pero, y si cuando llegaste, los dos hubiéramos estado vivos, ¿nos hubieras matado a los dos? Estoy seguro de que llevabas tu Beretta.

Abrió un cajón de su mesa y sacó el arma.

—¿Te refieres a esta?

—Sí, esa —afirmé.

—Por favor, pon tu arma sobre la mesa —me ordenó.

—No la tengo, ¿recuerdas? Se la quedó la policía.

—No soy tonto, Alex. Tienes que tener otra arma.

—No —dije—. ¿Para qué necesito una? Para mí no eres una amenaza y yo no voy a amenazarte.

—¿Qué quieres decir?

—No puedes matarme ahora —expliqué—. Eso lo estropearía todo: tendrías que deshacerte de mi cuerpo o intentar inventarte una historia absurda sobre que estaba amenazándote o algo parecido. Al final, todo se desmoronaría y a la señora Fulton no le haría ninguna gracia, ¿no?

El simple hecho de pronunciar su nombre me hizo darme cuenta: vi aquello en sus ojos.

—¿Y por qué no eres una amenaza para mí?

—Porque no puedo tocarte —contesté—. No mataste a nadie. ¿Qué voy a decir? «¿Detengan a Lane Uttley porque creo que obligó a Julius a hacerlo?». Y, por cierto, Edwin ni siquiera está muerto; todo era una conspiración y la señora Fulton está enterada de todo. ¿Adónde voy con esa historia?

Vi que pensaba en ello.

—No he venido a detenerte —añadí—. No tengo ninguna grabadora, y afuera no hay ningún policía esperando para echar la puerta abajo. No voy a

interponerme en tu camino.

—Y entonces, ¿qué quieres?

—Quiero que me digas por qué lo hiciste —dije—. Eso es todo. ¿Por qué me has hecho pasar por todo esto?

Se cambió el arma de mano. Sabía que quería contarme cómo pasó todo y, sobre todo, en el fondo él siempre sería un abogado, y los abogados necesitan hablar, especialmente para contarte lo inteligentes que son.

—Porque eras el hombre adecuado para ese trabajo —respondió—. Pero tienes que entender que no fue idea mía.

—Dime cómo organizaste todo —le pedí—. Cuéntame todo desde el principio; me lo debes.

—Todo empezó con el problema de Edwin con el juego —comenzó—. Hasta ahí, probablemente lo sepas tú; lo que no sabes es la magnitud del problema. Estaba entrampado con esos tipos por un valor de más de quinientos mil dólares.

—Eso no es mucho —observé—, al menos para un Fulton.

—Ese era el total en efectivo —dijo—. Tenía muchas otras deudas anteriores, de grandes cantidades; las pagó todas sacando dinero de la Fundación Fulton. Su madre lo averiguó y lo amenazó con cortar el grifo si no dejaba de jugar. Lo intentó, pero no podía. Le recortó el presupuesto y le quitó un montón de dinero. Se retrasó en el pago de la deuda; empezó a apostar incluso más, intentado recuperar lo que había perdido. Los corredores de apuestas empezaron a presionarlo; querían su ración todas las semanas, el pago de la deuda. Por supuesto, todos están interrelacionados: es como una enorme red.

—Por supuesto. ¿Y cuál es la razón para matar a dos corredores de apuestas? Solo son testaferros: la deuda la asumirá otro cualquiera.

—Eso es lo que intenté decirle a la señora Fulton. Le dije que sería como matar a la Hidra, ¿sabes?, el monstruo al que Hércules tenía que matar. Cortas una cabeza y le crecen dos más. Pero fue inflexible; creo que en parte era porque no quería pagar más dinero a esos tipos. Llamaban a su casa profiriendo amenazas, averiguaron su número privado y empezaron a llamarla. Creo que esa es la gota que colmó el vaso; quería verlos muertos y la señora Fulton obtuvo lo que quería.

—Y entonces contrata a un asesino a sueldo —deduje—. Como hubiera hecho cualquier otra persona rica.

—No, no quería eso. Dijo que si contratábamos a alguien, esa persona se las sabría todas, la chantajearía. Tenía ese concepto de la gente: todo el mundo querría algo de ella. Con todo lo que ha pasado, ¿quién puede culparla? Así que quería encontrar la forma de deshacerse de los corredores de apuestas y de conseguir apartar a Edwin del juego, si era posible. Y quería hacerlo perfecto, sin cabos sueltos.

—¿Sabía esto Edwin?

—Al principio no —contestó—. Lo dejó todo en mis manos. Prudell trabajaba para mí, y a su vez él tenía a ese otro tío, Raymond Julius. Era un psicópata; vino a verme varias veces por su cuenta, y me dijo que quería ser mi investigador privado. Dijo que lo haría mucho mejor que Prudell, que estaba deseando hacer lo que había que hacer. Eso me hizo pensar. Así que empecé a hacerle preguntas. ¿Qué tipo de cosas harías? ¿Harías trabajos sucios? ¿El trabajo realmente sucio? Dijo que cuanto más sucio mejor. Me contó que tenía todas esas armas, todas sin licencia. Le pregunté por qué no tenía permisos, y salió con ese rollo de que estaba harto, de la trama internacional para conseguir un gobierno único para todo el mundo, y de retirar las armas de todo el mundo, ya sabes, todas esas gilipolleces que tienen los psicópatas, sobre la conspiración de los locos por las armas. Por esa razón, intenté engañarlo un poco, solo para ver cuál sería su reacción. Le dije que quizá pudiera involucrarse en un movimiento clandestino que estaba intentando luchar contra la conspiración internacional y que podríamos necesitar a alguien que realizase ese trabajo secreto.

—Tienes que estar de broma —dije.

—Sé que todo parece una locura, pero ese tío se lo tragó. Se lo conté todo a la señora Fulton, que quizá podríamos hacerlo. Se apoderó de la idea; quería hacerlo lo antes posible, que Julius matase a los dos corredores de apuestas y que luego alguien matase a Julius. Había un problema: ella quería que yo matara a Julius, pero yo... no podía hacerlo. Así que dijo: «Que lo haga Prudell, pero con cuidado, que no quede ningún cabo suelto. No dejes que Prudell se entere de nada. Haz que parezca que Julius lo persigue o algo así, y que tiene que matarlo». Pero eso tampoco cuadraba; yo no me fiaría de

que Prudell pueda matar una ardilla con una pala.

—Y ahí es donde entro yo en acción.

—La señora Fulton te conocía; Edwin siempre estaba hablando de ti. Quería detalles, así que le conté todo lo que sabía: que eras policía, que te habían disparado... Estaba especialmente interesada en esa parte; quería saber cómo ocurrió. Quería que encontrara los recortes de las noticias, así que lo hice. Los leyó todos y me dijo que encajarías perfectamente en la trama porque sabías lo que era el miedo. Dijo que eso era algo que siempre se puede utilizar. Lo sabía por su propia experiencia. El miedo nunca te abandona.

—Así que lo tenías todo bien planeado desde el principio —dije yo—. Incluso antes de que me contrataras, antes de que me preguntaras si quería ser investigador privado.

—Sí —dijo. Debió de notar el enfado en mi voz. Movi6 el arma en la mano como para recordarme que todavía me estaba apuntando—. Pero recuerda que nada de esto fue idea mía.

—Sí, claro —repliqué—. En este juego, tu papel era solo el de un títere. ¿Y después, qué pasa? ¿Consigues que Julius mate a Tony Bing y que yo vaya a verlo? ¿Para qué servía eso?

—La señora Fulton insistió; dijo que tenías que verlo, que había que fomentar tu miedo. Siente una extraña fascinación por el miedo, Alex. Estoy seguro de que lo has notado.

—Sí, tuvimos una agradable conversación sobre el miedo.

—Le dije a Julius que las apuestas que hacía Bing eran solo una pequeña parte de la red. La mafia, el Gobierno federal, la Unión Europea, todo estaba interconectado. Y aunque Tony Bing no parecía tener mucho peso en todo el asunto, teníamos que empezar por algún sitio. Ya sabes, todo el mundo libra sus batallas donde puede, en todo el país: «Envía un mensaje a la red». Le dije que teníamos que hacer que fuera terrible, con mucha sangre, algo que nunca olvidaran. Por supuesto, en realidad eso era para ti, Alex, toda esa sangre.

—¿Y en qué momento entra Edwin?

—Edwin tenía que ver a Bing esa noche. Los cinco mil que tenía eran solo la entrega semanal para procurar mantenerlo alejado de él. Fue al motel

y después te llamó: así de fácil.

—Así que sabía lo que estaba pasando.

—Sabía que ibas a ayudarlo a resolver el problema, eso es todo. Y que a ti al final no te pasaría nada. No sé si en realidad sabía ya lo de la desaparición. Creo que él creía de verdad que matar a los dos corredores de apuestas resolvería su problema, o si no lo sabía, por lo menos estaba intentando convencerse a sí mismo.

—Y después, un par de días más tarde, Julius mata al otro corredor de apuestas.

—Lo hizo, y debo decirte que este tipo estaba metido totalmente en su papel. Estaba preocupado por el hecho de que le diera por matar gente por su cuenta, solo porque le encantaba.

—La voz del teléfono —pregunté—, ¿eras tú?

—Sí —admitió—. Nadie es capaz de reconocer la voz de nadie con un susurro. —Empezó a hablar en voz baja mascullando con un sonido ronco, el mismo sonido que yo oí por teléfono—. Alex, ¿sabes quién era?

—Y tú fuiste quien escribió las notas —añadí.

—Por supuesto —dijo—. Utilicé una máquina de escribir antigua que encontré en un mercadillo para las notas y el diario. Tenía una llave del apartamento de Julius; le dije que eso formaba parte de la clandestinidad. En caso de que lo cogieran, tenía que poder acceder a su casa.

—Y ahora los dos corredores de apuestas están muertos —proseguí—, y por supuesto esto no resuelve tu problema.

—Por supuesto que no —dijo—, como le dije a ella. Había otros hombres dispuestos a hacerse cargo de la deuda y eran incluso peores. Todavía estaba caliente el cuerpo de Dorney, y ya estaban llamando a Edwin. Por eso, creo que en el fondo no ha sido una pérdida de tiempo. Pero la señora Fulton estaba contenta; juro a Dios que en ese momento, esa mujer volvió a nacer. Entonces me lo inventé todo. Toda la historia del secuestro, cuando era una niña, era como una forma de entenderlo. El miedo a los hombres malos o a todos los hombres sin más. Por eso tenía que estar aquí; no era solo porque es una histérica del control. Quería estar cerca de ti, Alex, quería que estuvieras en la casa. Al principio, pensamos en que Julius fuera a la casa para que tú pudieras matarle allí.

—Pero la policía se metió en medio, ¿verdad?

—Sí. No nos imaginábamos que te iban a obligar a quedarte en la cabaña, con un policía esperando afuera. Y después, cuando Maven pensó que podrías estar implicado en los asesinatos, nosotros no queríamos que ocurriera eso. Esto tienes que creerlo, Alex.

—Tu preocupación por mí es muy enternecedora.

—No, en serio. Eso no beneficiaría a nadie. Durante un par de días creí que iba a volverme loco. Julius me llamaba a todas horas para saber a quién tendría que matar a continuación. La señora Fulton me llamaba para saber cuándo podríamos sacar a Edwin de la ciudad y matar a Julius. Y a Edwin no le hacía ninguna gracia esa pequeña representación de su huida; intentó echarse atrás. Si su madre no hubiera estado manteniéndolo a raya, no creo que lo hubiéramos conseguido.

—Supongo que ahora estará muy lejos de aquí —dije.

—Ni siquiera sé donde está —respondió—. Es como un programa de traslado de testigos: te dan una identidad nueva, quizá te hagan incluso cirugía plástica. Todo eso cuesta mucho dinero. La señora Fulton dijo que le agradaba poder desheredarle sin tener que morirle.

—Así, con Edwin fuera y sin el policía que había a mi puerta todas las noches, tuviste por fin la oportunidad de que todo terminara bien, ¿no? ¿Qué hiciste? ¿Decirle a Julius que yo también formaba parte de la conspiración?

—Sí —dijo—, aunque esta vez lo que queríamos era asustarte. Le dije que quitara el silenciador, que hiciera mucho ruido, que te impresionase. Yo había averiguado que tú estabas espiándome y a Julius también. Teníamos que asustarte para que la noticia llegase a Bruselas.

—¿A Bruselas? ¿En Bélgica?

—Sí, allí es donde está la sede central, ¿no lo sabías? Pregunta a algún loco por las armas. Toda la conspiración internacional informa a la oficina principal secreta con sede en Bruselas.

—No lo sabía —admití—. Pensaba que ellos se limitaban a hablar.

—Es sorprendente las historias que estos tipos se creen. En cualquier caso, le dije que tenía un plan para poder asustarte de verdad. Todo lo que tenía que hacer era ponerse una peluca rubia y fingir que era un tipo llamado Rose que te había disparado. Alguien que todavía debía de estar en la cárcel.

—¿Y cómo conseguiste que creyera que mi arma no era de verdad?

—Eso fue fácil. Tú has tenido miedo de las armas desde que te dispararon; ni siquiera puedes tocarlas. Lo que realmente le hizo creérselo fue saber que eras una de las personas que querían quitarle las armas, y que no eras lo suficientemente macho para tocarlas tú mismo, por lo que llevabas una de mentira por si alguna vez tenías que fanfarronear ante alguien.

Casi me reí.

—Le tendiste una trampa; no tuvo elección.

—Supongo que no —dijo—. Todo salió como lo había planeado. Supongo que como lo había planeado la señora Fulton, fue en defensa propia. Ahora eres libre, sin cabos sueltos.

—Y tú estabas ahí detrás de él —añadí—. Probablemente fuiste directo a su casa, colocaste la máquina de escribir y los recortes de periódicos y el diario falso que escribiste, con toda la historia de que él me estaba acosando, y de que en alguna medida se estaba convirtiendo en Rose. Y después lo seguiste hasta mi cabaña, y apareciste cuando todo había terminado con tu arma, y si las cosas no hubieran ido bien, habrías tenido que usar tu arma, ¿correcto?

Durante un instante retiró la vista y después volvió a mirarme.

—La señora Fulton me dijo que tendría que matar a alguien si no salía bien. Si por casualidad él te hubiera matado, yo tendría que haberlo matado a él, y si ambos hubierais estado vivos, tendría que haberlo matado a él y quién sabe si a ti también, en función de cómo hubiera ocurrido. Estaba pensando en cómo podría haberlo matado, Alex. Ya sabes: llegar y dispararle como si creyera que tú estabas en peligro. No quería matarte, sabías que no lo habría hecho, tienes que creerme.

Me quedé ahí sentado pensando en ello. Hubo un largo silencio; todavía me estaba apuntando al pecho con su arma. Se oyó un ruido repentino procedente de la chimenea.

Al final Uttley se aclaró la voz.

—¿Cómo lo descubriste?

—El diario —dije—. No encajaba; se supone que este tío estaba obsesionado conmigo y que todos los días habría escrito páginas enteras sobre mí. Y si realmente se puso en contacto con Rose, habría montones de

detalles a ese respecto, sobre cuándo, dónde, cómo. Sobre eso no escribiste nada, pero supongo que todo encaja. Sabías que lo comprobarían y averiguarían que nunca habló con él. Pero entonces, supondrían que se lo inventó. Yo mismo estaba empezando también a creerlo, aunque había cuestiones en aquellas notas que solo Rose y yo sabíamos, o al menos eso pensaba yo. Cuando le vi esta mañana, empezó a contarme que dijo cosas que no debería haber dicho. Creí que estaba hablando de mí y de Franklin, pero ahora creo que debió de decirle algo a su abogado defensor. Estoy seguro que no tuviste ningún problema en encontrarle, fingir que eras otra persona e inventarte alguna historia sobre la razón por la cual querías saber lo que declaró. ¿Qué le dijiste? ¿Que eras periodista? ¿Que eras otro abogado defensor que estaba trabajando en otro caso parecido?

—Sí, casi aciertas —admitió—. Le dije que era uno de los encargados de redactar las revisiones de las leyes. Todo lo que tuve que hacer es conseguir que hablase; ya sabes cómo son los abogados.

—Y por supuesto, el hecho de que aquella noche tú no dijeras nada por teléfono. Sabías que lo estaban grabando. Y eso que decías en las notas, que sabías que el policía estaba allí. Cuando lo observo ahora, retrospectivamente, veo que todo encaja.

—Supongo que sí —asintió.

—Y cuando estaba buscando a Edwin —dije—. Insististe en ayudarme, ¿recuerdas? Cuando yo iba a desistir, me obligaste a seguir conduciendo. En ese momento no me di cuenta, pero me condujiste directamente a aquel bote. Sabías que alguien tenía que encontrarlo antes de que la lluvia arrastrara toda la sangre. ¿Cómo lo hizo? ¿Se cortó el dedo?

—No, tenía medio litro en una bolsa. La gente rica almacena su propia sangre, ya sabes, por si necesita una transfusión. No quiere utilizar sangre corriente.

—¿Qué ganas tú con esta historia, Uttley? ¿Por qué lo hiciste? No, deja que lo adivine. Ahora vas a trabajar en Grosse Point, ¿verdad? ¿Algún trabajo atractivo en la Fundación Fulton?

—Algo así —admitió—. Ya no voy a perseguir ambulancias en este encantador páramo pequeño y helador.

—Y yo tengo que vivir con todos estos maravillosos recuerdos, ¿verdad?

¿Dos semanas de terror y a continuación, me cargo a alguien?

—Tienes más que eso, Alex. Después de todo te mereces una recompensa.

—¿Qué? ¿Vas a pagarme?

—No —dijo—. Te quedas con Sylvia.

—¿De qué hablas?

—Venga, Alex, todos sabíamos lo que pasaba. Piénsalo: ya no está casada, Edwin está muerto, es toda tuya.

—Supongo que tienes razón —respondí—. Vale, de acuerdo. Supongo que tienes que acabar de hacer las maletas.

Me levanté. El cañón del arma me siguió.

—Te agradecería que retirases el arma; está empezando a atacarme los nervios.

—¿Te marchas ya?

—¿Qué más puedo hacer? Como ya te he dicho, no puedo tocarte; sé lo que pasó, pero no puedo probarlo, así que no puedo hacer otra cosa más que marcharme.

Parecía que se había quedado sin palabras. Supongo que siempre hay una primera vez para todo.

—Vale —dijo, al fin—. Supongo que esto es una despedida.

—En realidad, no —le corregí—. Volverás a verme.

—No es una buena idea —apuntó—. Como puedes ver, la señora Fulton tiene su propia forma de hacer las cosas, y si averigua que sabes esto, empezaría a considerarte un cabo suelto, y ya sabes que odia los cabos sueltos.

—Sí —asentí—, razón por la cual nunca vas a contarle nada de la conversación que hemos mantenido, porque entonces tú también serías un cabo suelto. En realidad, tengo mis dudas de que no lo seas ya.

Lo dejé pensando en eso durante un rato.

—Mientras tanto, voy a sentarme y a esperar un rato para reflexionar sobre mis sentimientos respecto a lo que ha ocurrido. Puede que lo deje pasar, o quizá me enfade más y más. Puede que me enfade tanto que tenga que ir a por ti algún día, sin importar lo que eso me cueste y sin importar lo que la señora Fulton me pueda hacer. Puede que algún día abras la puerta principal

y yo esté allí.

Me apuntó con el arma.

—¿Sabes lo que se siente cuando alguien te apunta, Lane? ¿Cuando un trozo de metal te desgarrar el cuerpo? No te lo puedes ni imaginar; al principio no duele mucho. Si te disparara como Rose me disparó a mí, estarías ahí tirado, en el suelo, preguntándote qué ha pasado.

Sostenía el arma con ambas manos.

—Hasta que vieras tu propia sangre —añadí—. Entonces lo sabrías.

Le temblaban las manos.

Salí de la habitación.

—Adiós, Lane —me despedí—. Que tengas unas buenas vacaciones.

Volví a mi cabaña. Encontré el frasco en la parte de atrás del botiquín, eché las pastillas por el inodoro y tiré de la cadena.

El miedo había desaparecido; por fin me había deshecho de él, pero no destrozándolo, sino entregándoselo a otro.

Me eché agua fría en la cara y me miré en el espejo. *¿Qué hago ahora?*

Quizá vuelva con Sylvia, esta noche; ahora. A ver si podemos empezar de nuevo; pero no le diré lo que ha ocurrido. Dejaré que crea que Edwin está muerto.

O, ¡qué narices!, le voy a contar todo. Edwin todavía está en alguna parte, vivo. Nos han tomado el pelo. ¿Qué consecuencias tendría la noticia para ella? Quizá vayamos los dos a por ellos. Sylvia Fulton siguiéndoles la pista, hablando sobre el miedo.

No sabía qué hacer. Miré mi reloj. Eran ya más de las doce. Todavía tenía tiempo de pasar por el Glasgow, comprobar si estaban los asiduos y ver si todavía sabían jugar al póquer, tomarme un par de canadienses frías y reflexionar. Después de todo, no había prisa. El invierno iba a ser muy largo.

Me miré en el espejo y me dije: *Si realmente eres investigador privado, deberías ser capaz de encontrarlos. Deja que Edwin crea que tiene una nueva vida, allá donde esté. Deja que la señora Fulton crea que ha ganado su jueguito. Deja que Uttley pase las noches del invierno en blanco, que sueñe con sangre.*

Y en primavera, cuando el mundo se renueva, y los cazadores empiecen a volver a sus cabañas, empezarás a seguirles la pista uno por uno.

Señálalo en el calendario, junto a la temporada de caza de conejos, faisanes y urogallos. Crea una nueva categoría para la gente rica y sus abogados, con un límite de captura de tres por bolsa.



STEVE HAMILTON (Detroit, EE.UU., 1961). Nació y creció en la ciudad de Detroit. Se graduó en la Universidad de Michigan, donde triunfó en el prestigioso certamen literario Hopwood Award. Los medios de comunicación elogiaron de forma unánime *Sangre bajo cero*, su brillante debut en el género negro, cuyo éxito daría lugar más tarde a la saga del detective Alex McKnight y que obtuvo los galardones Edgar y Shamus.

Trabaja para IBM y vive en Cottekill, Nueva York, con su esposa Julia y sus dos hijos. Escribe por las noches, cuando todos se han ido a la cama.

Notas

[1] Grito con el que el jugador que dirige el ataque indica al resto de los jugadores cuál va a ser la táctica a emplear en la jugada. (*N. del T.*) <<